

ALLAN MASSIE

ROMA DESPUÉS DEL INCENDIO



ALFONSO ATTILIO BERTOLINI



alfano editore

En el otoño del año 68 d.C., el emperador Nerón se entrega a los placeres de la buena vida, mientras en Judea empieza lo que pronto se convertirá en una revuelta contra el Imperio. En sólo doce meses, las llamas han consumido tanto el Capitolio en Roma como el Templo en Jerusalén, cuatro emperadores han perdido la vida (Nerón, Galba, Vitelio y Otón) y el Imperio se halla sumido en una turbulencia de la que emergerá un nuevo líder, Tito Flavio Vespasiano. Desde el exilio al que ha sido condenado, Ecauro, amante en su día tanto del hijo como de la hija de Vespasiano, recrea mediante un conjunto de cartas ese año que cambió el mundo, un periodo caracterizado por las traiciones, la violencia, las pasiones y, también, por el heroísmo.



Allan Massie

Roma después del incendio

Título original: Nero 's Heirs

Diseño de la sobrecubierta: Iborra

Primera edición: diciembre de 2002

Allan Massie, 1999 de la traducción: María Isabel Butler de Foley de la presente edición: Edhasa, 2002 Avda. Diagonal, 519521. 08029 Barcelona Tel. 93 494 97 20 E-mail: info@edhasa.es <http://www.edhasa.es>

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 843506056X

Impreso en Hurope, S.L. sobre papel offset crudo de Leizarán Depósito legal: B45.6302002
Impreso en España

ROMA DESPUÉS DEL INCENDIO

Allan MASSIE

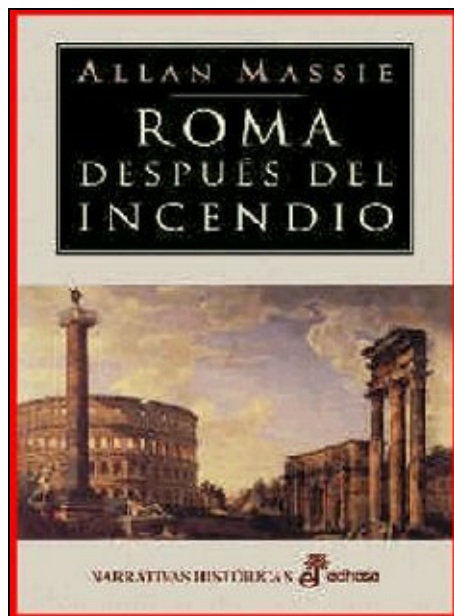
Traducción de María Isabel Butler de Foley

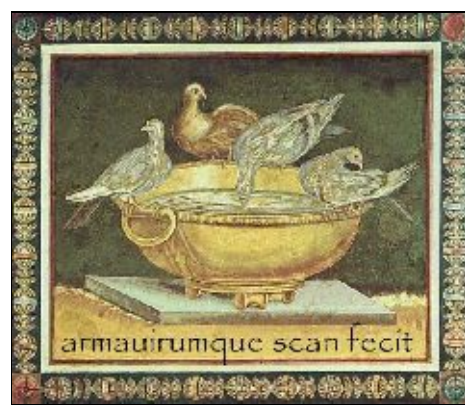
ISBN 84-350-6056-X Trad. de M^a Isabel Butler de Foley Páginas: 432 Formato: 15 x 23,3

Encuadernación: Tapa dura con sobrecubierta TELA TEMA: NARRATIVA HISTORICA

Allan Massie, se centra en esta ocasión en los últimos días de Nerón, en la rebelión de Julio Vindex, Sulpicio Galba y Salvio Otón, la revuelta de Judea, las intrigas de la familia Flavia para convertir a Vespasiano en emperador, las luchas entre los hombres de Vitelio y los de Otón por las calles de Roma, la llegada al poder de Vespasiano... unos años convulsos que marcaron el desarrollo del imperio.

Desde la muerte de Robert Graves, nadie había reproducido la Roma antigua con tanta fuerza y vigor narrativo.





A C. Cornelius Tacitus, senador:

Confieso que no sé si me siento más honrado o más sorprendido de que tú, el distinguido autor del *Diálogo sobre la oratoria*, y de la siempre digna de admiración *Vida* de tu suegro, el emperador C. Julio Agrícola, te dirijas a mí y solicites mi ayuda para preparar la materia para la Historia de estos tiempos nuestros tan terribles, tarea en la que, según me dices, atrevidamente te has embarcado.

¿Qué puedo decir yo? No puedo decirte que no, mucho menos cuando estoy seguro de que tu Historia será inmortal, y esto estimula mi deseo de que mi nombre esté asociado con ella, aunque sea de manera muy marginal. Y, sin embargo, me acobardo al pensar en la tarea que me encomiendas, en parte porque no me encuentro suficientemente preparado y en parte porque el pensamiento de aventurarme a entrar en la lúgubre cueva de la memoria me llena de temor, aprensión y odio de mí mismo. Yo, y toda nuestra generación, nos hemos empapado de mucha sangre inocente. Los gritos de los que han sido arrastrados a la prisión y a la ejecución resuenan todavía en el curso de mis agitadas y aterradoras noches. Y no sé si puedo hacer acopio de la fortaleza necesaria para escribir para ti lo que yo rememoro —y mucho menos aún aquello de lo que fui culpable— de los días del terror.

Tú sabes también esto, siendo, como recuerdo, un hombre de vívida y comprensiva imaginación, que es el manantial que alimenta tu genio. Sin embargo, me pides a mí esto, y siento tanto respeto hacia ti que, como ya he dicho, no te lo puedo negar, aunque todas las fibras de mi sistema nervioso me dicen a gritos que lo haga.

Hasta la específica razón por la que solicitas mi ayuda me hace estremecer. Tú no mencionas esta razón, pero yo sé que estás pensando en ella.

Yo fui compañero de colegio y durante algunos años el amigo más dilecto, tal vez el único amigo, del tirano Domiciano. Conocía, si es que alguien los llegó a conocer, los pensamientos más profundos de aquel hombre oscuro y secreto. Nos criamos juntos. Mi padre (o el que decía ser mi padre) fue asesinado al lado de su padre Vespasiano en una escaramuza con los bárbaros en la campaña británica. El propio Vespasiano hablaba con frecuencia afectuosamente de mi padre e incluso me hizo saber que le debía su vida. Tal vez era verdad, ¿por qué iba a decir tal cosa sino? Así que yo estuve con Domiciano durante todo ese terrible año cuando Roma dio un traspiés tras otro y parecía estar a punto de sumirse en un desastre civil.

¡Sí, sí, lo sé bien, sé demasiado! Aprendí, cuando era demasiado joven para aprender una cosa así, que los dioses no piensan en nuestra felicidad, sino sólo en nuestro castigo.

Tú me dices que ya no es peligroso el que yo vuelva a Roma, pues el tirano ya no existe. Yo ya lo sabía. No es temor lo que me mantiene aquí, en esta alejada ciudad en la frontera de las tierras bárbaras, lejos de donde florecen los limoneros. Es más bien una especie de lasitud ¿Por qué moverme? Me he hecho aquí una forma de vida. El vino es flojo y a menudo amargo, pero lo hay en abundancia. He de confesar que a veces me acuesto borracho, porque la borrachera es una protección contra los malos sueños. Y tengo una mujer, parte griega y parte escita, que me ama, o dice que me ama y, de cualquier modo, se comporta a menudo como si me amara. Tenemos también hijos, cuatro diablillos de pelo rizado. ¿Qué harían en Roma niños como éstos? ¿Qué podría hacer Roma por ellos? Aquí crecerán y se harán granjeros o comerciantes, criaturas útiles.

Tácito, tú que has sobrevivido y continuado viviendo en el Gran Mundo, implicado en los asuntos públicos, me despreciarás, sin duda alguna, y despreciarás mi forma de vida. Pero tú has sobrevivido gracias a cualidades de las que yo carezco, tal vez también por la virtud (aunque en nuestros tiempos la virtud acarreaba el castigo) y también por cierta protección de la Fortuna. Se me ocurre pensar que eres un favorito de los dioses, si tal cosa es posible. Pero yo tengo demasiadas cosas que reprocharme.

He consentido en el asesinato y, durante algún tiempo, he sacado provecho de mi debilidad. Fui ambicioso, y para acrecentar mi ambición, me he mantenido al margen cuando se estaban llevando a cabo malas acciones.

Me estás pidiendo que vuelva a visitar escenarios donde tuvieron lugar derramamientos de sangre, que vuelva a entrar en un mundo de traición y malicia, que me enfrente con una atmósfera de pesadilla. No te das cuenta de lo que me estás pidiendo; sería explorar los recovecos de mi memoria para destruir la paz de la que ahora disfruto.

Sin embargo, haré lo que me pides. Habrá al menos un viejo amigo a quien le he hecho un favor.

Me pides, mi querido Cornelio Tácito, que relate mis primeros recuerdos de Domiciano. Es imposible satisfacer tu deseo, por la siguiente razón: que yo no puedo recordar ningún período de mi vida en el que Domiciano no estuviera presente.

Como tú sabes, su padre, el ahora glorioso en el recuerdo emperador Vespasiano, era un hombre que no tenía un origen especial ni una fama temprana. Nació cuando el divino Augusto era aún princeps, en Reiti, en las Colinas Sabinas, y lo crió su abuela, que tenía una pequeña granja en Cosa. Creo que su padre era recaudador de impuestos, empleado en Asia, pero tal vez en esto esté equivocado. Naturalmente, cuando Domiciano o ciertamente su hermano Tito vivían, no habría sido prudente explayarse en comentar los humildes orígenes de Vespasiano, aunque el propio hombre nunca se molestó en ocultarlos. Ahora, puesto que estás escribiendo una historia verdadera, es oportuno hablar con claridad del asunto: la familia carecía de toda importancia.

Puedo decir esto porque, como sabes, ése no era mi caso. O tal vez deba decir que tú creías saberlo.

Mi propio origen era tan distinguido como era posible. Mi madre pertenecía a la *gens* Claudia, y por lo tanto eran primos de la propia familia imperial. Mi padre podía vanagloriarse de contar con numerosos cónsules entre sus antepasados Emilianos. Yo pertenecía por mi nacimiento a la alta aristocracia romana. Ahora esto me hace gracia, si se tienen en cuenta mis actuales circunstancias.

Pero ahora, puesto que ya nada me importa, puedo confesarte lo que el orgullo, a lo largo de mi vida, me ha forzado a ocultar: que M. Emilio Escauro, hijo de aquel Escauro que desempeñó un consulado durante el gobierno de Tiberio, era mi padre solamente en sentido legal y no en realidad. Hombre desagradable y afeminado, cuya ambición de riqueza y posición superaba su capacidad intelectual para alcanzarlas, consintió, con despreciable complacencia, la seducción de su mujer, mi noble madre, por parte de Narciso. ¿Necesito recordarte que él era el liberto que, según se dice, influía en el juicio del débil emperador Claudio para tenerlo controlado? Fue también él quien estuvo al mando del destacamento de la Guardia Pretoriana que arrestó y fue responsable de la muerte de la tercera esposa del emperador, Mesalina, tristemente célebre (como tú recordarás) por su flagrante inmoralidad.

No tengo la menor duda, amigo mío, de que tú, con tus severas, aunque anticuadas ideas de la virtud republicana, deploras y desprecias el comportamiento de Narciso y todo lo que él representaba. No discreparé contigo en esto, sólo quiero hacer la observación de que era evidentemente un hombre de cierta capacidad. Ahora que, en el exilio, no doy la menor importancia al linaje, puedo decir lo que en otros tiempos habría tenido vergüenza de decir: que encuentro más satisfacción en ser en realidad hijo del capaz, aunque despiadado y corrupto Narciso, que del débil Escauro, cuyo nombre llevo y de cuyos antepasados solía alardear.

Por supuesto, no conocí durante años mi verdadera paternidad. Mi madre, una mujer de carácter fuerte, me lo reveló en una de nuestras muchas peleas. No dudo que dijera la verdad, aunque sólo fuera porque Narciso había muerto hacía mucho tiempo y porque los rumores de su asociación con él no le podían haber acarreado nada más que vergüenza. Su confesión me proporcionó un arma, que algún tiempo después no tuve escrúpulos en usar contra ella. Era una mujer severa y muy dura en sus juicios. No obstante, yo la adoraba en mi juventud cuando me parecía que su belleza rivalizaba con la de la propia Venus.

Comprenderás la importancia de mi confesión a tus preguntas, porque debes de saber que fue gracias al patronazgo de Narciso por el que Vespasiano salió de la oscuridad, consiguiendo primero el mando de una legión, compartiendo después la gloria de la conquista de Britania, donde sometió a

toda la isla de Wight, y siendo después recompensado con condecoraciones triunfales y un consulado. Sin Narciso, Vespasiano habría sido, con cuarenta años, un oficial retirado sin ninguna importancia, obligado a subsistir con media paga y a hacer de granjero a una escala despreciablemente reducida. ¡No es solamente por sus méritos por lo que medran los hombres en nuestro mundo degenerado!

Una consecuencia del patrocinio de mi padre fue que el hijo mayor de Vespasiano, Tito, fuera introducido en los círculos de la corte, donde llegó a ser el compañero e íntimo amigo de Tiberio Claudio, más tarde conocido con el sobrenombre de Británico, hijo del emperador y la disoluta Mesalina. Británico y Tito eran unos cinco o seis años mayores que yo y yo seis meses mayor que Domiciano. Puedo decir que, aunque se designó a Domiciano como mi compañero de juego, era como un niño pequeño, muy menudo, tímido y poco interesado en disfrutar de la compañía de nadie, ni siquiera de la mía. Tito y Británico, por el contrario, eran brillantes y atractivos. Pero pronto ambos iban a ser relegados a la sombra por Nerón, cuando éste sucedió a su (¿asesinado?) padre como emperador.

La posteridad recordará justamente a Nerón como a un monstruo de depravación, que deshonoraba la púrpura que llevaba. La Historia lo juzgará con severidad. Tú, mi querido Tácito, te asegurarás de ello. No puedo censurarte. Ni siquiera quiero hacerlo. Después de todo yo mismo sufrí a manos de la bestia. No sólo hizo asesinar a mi padre natural Narciso, sino que una vez, cuando yo era un muchacho de once años, me cogió en el gimnasio y gritando «¡El lobo está dispuesto a seducirte!», trató de hacer precisamente eso.

Antes de que Narciso fuera desplazado, había hecho nombrar a Vespasiano gobernador de África, donde, aunque no tuvo gran éxito y una vez fue acribillado con calabazas por provincianos revoltosos, estaba al menos a una distancia de Nerón exenta de peligro. En realidad a Nerón no le desagradaba, puesto que ni le temía ni le envidiaba. Le veía como un blanco. El rostro inexpresivo de Vespasiano le animaba a cometer toda clase de bromas infantiles y maliciosas. Así que Vespasiano era más afortunado que aquellos que provocaban los celos de Nerón.

Sin embargo, Nerón tenía encanto. Espero que esto lo pongas bien claro. Hasta Petronio, a quien él llamaba su Árbitro de Elegancia, y que le despreciaba como sólo un hombre inteligente y descontento es capaz de despreciar a un payaso bullicioso, lo atestiguó. Petronio era amigo de mi madre. Cuando yo tenía catorce años trató de hacerme su catamita, pero yo lo rechacé. En su lugar se lo mandé a Domiciano. Se estremeció y dijo: «¿Ese muchacho escrofuloso? No sabes lo que estás diciéndolo». «Bueno —contesté yo—, te aseguro que estará dispuesto, al contrario que yo.» Se rió. Yo admiraba a Petronio, pero olía a manzanas podridas. Supongo que era una especie de enfermedad. Me solía leer su novela *El Satiricón*. Yo creo que esperaba que su obscenidad me excitara y estuviera dispuesto a satisfacer sus deseos. Pero yo estaba entonces pasando por una fase virtuosa. Un joven de catorce años puede ser muy mojigato. Esto no es lo que tú quieres oír. Quieres saber cosas sobre la adolescencia de Domiciano.

Pero estoy un poco borracho, como lo estoy generalmente a última hora de la tarde. Voy a acabar esta carta; continuaré mañana.

Mi padre se divorció de mi madre tan pronto como Narciso cayó en desgracia. No se atrevió a hacerlo antes. Entonces se retiró a lamerse las heridas en sus propiedades situadas en las colinas más allá de Velletri, para escribir versos malos (sus *Tristia*) que son una débil imitación de Ovidio. Yo nunca lo volví a ver.

Mi hermosa madre, cuyos propios padres habían muerto y cuyo hermano mayor rehusó, durante algunos años, recibirla o ayudarla económicamente, como era su deber, se encontró ahora pobre y casi sin amigos. Nos trasladamos a un apartamento de un tercer piso en una *insula*, en el decimocuarto distrito de la ciudad, en la otra orilla del río. Era lo único que podía permitirse con los recursos de que disponía: un sitio miserable, húmedo y frío en invierno y, debido a lo bajos que eran sus techos y al hecho de que daba a un patio interior donde no entraba el aire, intolerablemente caluroso en el verano, del que no nos podíamos escapar, como la gente de nuestra clase estaba acostumbrada a hacer, retirándonos a las colinas o a la orilla del mar. Nuestros vecinos eran de clase muy baja; algunos de ellos utilizaban en las noches de invierno la escalera común para hacer sus necesidades en lugar de salir a las heladoras letrinas públicas. Mi propio cuarto era un simple armario sin ventilación, y en las noches de insomnio, yo yacía allí planeando mi futuro y en cómo me vengaría del mundo por la mala suerte en que me había sumido siendo aún tan joven.

Mi madre llevó su mucha peor suerte con estoicismo. Pasaba largos días abrigando sus joyas y sus recuerdos. Cuando llegó el momento de pagar mi educación, vendió sus joyas, una por una. Me doy ahora cuenta de que vivía sólo para mí, y se privaba de lujos, incluso a veces de necesidades, a fin de que yo pudiera impresionar al mundo. Yo entonces no comprendía nada de su sacrificio y me resentía por las exigencias que me hacía y porque se negaba a permitirme jugar con los chicos, andrajosos y a menudo criminales, de nuestro miserable barrio.

Así es que teníamos pocos amigos. Y ésta fue la razón por la que pasé tanto tiempo de mi infancia con Domiciano. Sus circunstancias se parecían a las mías. Vivía con una tía —hermana de su padre— en la calle de las Granadas, en el sexto distrito, un vecindario sólo un poco más saludable o respetable que el nuestro. Se podría creer que la distancia que existía entre nuestras dos casas hace sorprendente nuestra amistad, porque nos hallábamos separados por la mitad de la ciudad. Pero la explicación es sencilla. Su tía sentía un gran respeto por mi madre, que había sido muy amable con ella (como frecuentemente decía) en sus días de prosperidad. Esta tía tenía los dientes para fuera, tartamudeaba y le ponían nerviosa los desconocidos. Así que traía al joven Domiciano, desde su casa y pasando el Trastevere, a presentarle sus respetos a mi madre. Por su parte, mi madre encontraba útil a la tía. Mi madre tenía pocas aptitudes domésticas (¿cómo podía haberlas tenido?), no quería salir de nuestro apartamento, despreciaba a nuestros vecinos, o al menos guardaba las distancias, lo cual, incidentalmente, aumentaba el respeto que ellos le guardaban. Dos mujeres solitarias, resentidas con el mundo, con temor de él en el caso de la tía y un desprecio en el de mi madre, formaron una alianza de conveniencia.

Dicen que el niño es el padre del hombre. Supongo que es verdad, aunque he conocido a muchos, yo entre ellos, que reaccionan tan extremadamente contra las represiones de su niñez que, en retrospectiva, es difícil creer que el hombre adulto puede tener su origen en el niño.

Podría decir más sobre este tema. Pero tú no me pides mi autobiografía y, ciertamente, ahora que estoy en el exilio, no tengo muchas ganas de escribirla.

Volvamos a Domiciano: de niño era silencioso, meditabundo, lleno de resentimientos. Sabes cómo se decía que, en sus días de emperador, se divertía atravesando a moscas con su pluma, de manera que pasó de boca en boca la broma que rezaba: «Nadie está con el princeps, ni siquiera una

mosca». La broma no carecía de fundamento; era el tipo de niño que se deleitaba en arrancarle las alas a los insectos, las patas a las arañas y así sucesivamente. Recuerdo que una vez trajo una rana viva a nuestro apartamento y se puso a descuartizarla. Cuando yo le pedí que dejara de torturar al animal y que al menos matara a la desdichada criatura antes de hacerle la autopsia, murmuró, sin levantar su enmarañada cabeza —recordarás que nunca te podía mirar de frente— que él aprendía más descuartizándola cuando todavía estaba viva. Dijo que tenía mucho interés en el sistema nervioso. Yo creo que por aquel entonces tenía diez años.

Esa enmarañada cabeza estaba a veces plagada de piojos, porque la tía era muy miope y, de cualquier manera, indiferente a problemas de este tipo. Como sabes se quedó calvo muy joven; otro motivo para su resentimiento.

En aquellos días yo no le importaba un bledo. Lo he expresado mal: de hecho, yo no le caía bien. La razón era sencilla: mi excelencia le hacía evidente su falta de capacidad. Yo aprendía las cosas con facilidad, mientras que él luchaba para retenerlas en la memoria. Durante algunos años tuvimos el mismo maestro de escuela: un *grammaticus* griego llamado Demócrito. Era un hombre burdo y brutal, aficionado a la férula. Creo que su principal placer consistía en castigar a sus desdichados alumnos. Domiciano, al ser lento y carecer de cualidades sociales, era una de sus víctimas preferidas. Yo vi a menudo la sangre corriéndole por las piernas. Es más, el terror que manifestaba cuando se le venía encima una paliza no hacía más que incitar el ardor de nuestro maestro. Cuanto más aullaba Domiciano suplicando piedad, más fuertes eran los golpes que recibía. Una vez, por lo menos, el desdichado niño se orinó de puro temor. Esto, naturalmente, le hizo objeto de burla por parte de sus compañeros. No te sorprenderá que después de haber sido elegido emperador hiciera que sus agentes buscaran al entonces anciano Demócrito, lo sacaran del sórdido apartamento en que vivía y lo trajeran a presencia de su antiguo alumno que, empujándole con un gesto desdeñoso del dedo gordo de su pie, ordenó que lo azotaran hasta la muerte. «Porque —dijo— a este hombre le gusta tanto la férula que es en extremo adecuado que el contacto de la férula sea su última experiencia en esta vida.»

Curiosamente, fue este brutal desgraciado la persona que primero despertó en Domiciano sentimientos afectuosos hacia mí. Un día, cuando Demócrito había sido más cruel que de costumbre con él, y excedido en su habitual serie de golpes de vara, y cuando ordenó a dos de nuestros compañeros que lo sujetaran en alto para poderle pegar otra vez, algo dentro de mí se rebeló contra aquella barbaridad. Tal vez —¿quién sabe?— me había estado reprochando a mí mismo durante mucho tiempo la timidez que había mostrado al soportar a aquella bestia. Fuera lo que fuera, me levanté ahora de mi pupitre, corrí hacia él y cogiendo la férula (en este momento en el punto superior del golpe de espalda) de sus manos, me volví hacia nuestro maestro fustigándole por el cuello y los hombros. «Veamos cómo disfrutas de tu propia medicina —grité—. Aguanta esto, tú, bruto, y esto, y aprende a respetar a los romanos libres, tú, vil esclavo griego.» Fue el momento de mayor euforia que había experimentado hasta entonces. Naturalmente no podía durar. El bruto era más fuerte que yo y dándose la vuelta me hizo caer al suelo con un puñetazo. Entonces, llamando a su ayudante y a uno de nuestros compañeros para que le ayudaran, volvió a coger la férula y cuando vio que yo estaba bien sujeto sobre el tajo, me azotó con toda la fuerza de su furia. De hecho me azotó hasta que me desmayé, y cuando recuperé el sentido, me encontré a solas con Domiciano, que me estaba enjugando el rostro y murmurando palabras de perpleja gratitud por mi intervención. Nos pusimos de acuerdo en informar a mi madre y a su tía de lo que había pasado y después de aquel día no volvimos a sufrir los tormentos de Demócrito. También desde ese día y durante dos años o más, Domiciano dio la impresión de tenerme afecto. Menciono esto porque tú has observado a menudo que no hay nada más común que el resentimiento de un hombre hacia sus benefactores. Pero no fue así en nuestro caso. Hasta puedo decir, modestamente, que Domiciano me consideraba como a su héroe.

Pero la armonía de nuestra relación iba a terminarse pronto. Tito volvió a Roma desde África,

donde había estado prestando servicio como legado de su padre. Por cortesía, vino a ver a mi madre.

«Mi padre —dijo— te envía (y me ha pedido a mí que te la transmita) la garantía de la alta estima que siente por ti. Se da perfecta cuenta de la deuda que tiene contigo por el ascenso de su posición. Me ha pedido que te diga que desea fervientemente hacer cuanto esté en su mano para...» Se interrumpió, con una repentina sonrisa que pareció iluminar nuestro mezquino apartamento, extendió las manos para expresar un vago desvalimiento y, abandonando su tono de mera formalidad, continuó: «Yo no sé expresar bien estas cosas, señora, aunque he sido instruido en el arte de la retórica. Así que permitidme que lo exprese con mis propias palabras, por inadecuadas y carentes de la debida formalidad que sean éstas. Le ha entristecido enterarse de las condiciones en que os habéis visto obligada a vivir, y ahora puedo verlo con mis propios ojos, bueno, la verdad es que me horroriza el que una dama como tú, de noble nacimiento, alguien que ha sido tan amable con nosotros, conmigo cuando era un niño, tenga que vivir así. Recuerdo que cuando el pobre Británico, mi dilectísimo amigo, fue tan cruelmente asesinado (puedo llamarlo aquí asesinato, supongo, aunque arriesgaría mi vida si pronunciara esta palabra en otro lugar), recuerdo que cuando yo sollocé, tú me secaste las lágrimas y me consolaste y que los terribles días que siguieron a su muerte, cuando yo me convertí de nuevo en un niño pequeño, fue con tu ayuda, y gracias a tu comprensión y sabias palabras como fui capaz de recuperarme y continuar mi vida. Por todo esto, verte encerrada en este miserable apartamento me entristece. Más que eso, me indigna. Así que si hay algo que pueda hacer, algo que mi padre pueda hacer (no es que pueda hacer mucho porque, en mi opinión, está aferrado a su cargo, a su propia posición, y tal vez hasta a su vida, sólo con las uñas de sus dedos y con la suerte que le depare la fortuna), bueno, no dejes de decírmelo. Te tengo mucho afecto y me concierne todo lo que a ti se refiera».

Habló bellamente, aunque de forma algo incoherente, pero eso podía bien ser prueba de su sinceridad. Las palabras caían unas sobre otras, espontáneamente, procedentes directamente del corazón, de eso no tengo la menor duda. Mi madre, como es natural, las recibió con elegante reserva, como algo que merecía. Fueran cuales fueran nuestras circunstancias, ella era una gran dama, una Claudia, mientras que Vespasiano y su familia eran *parvenus*, *parvenus* que, por añadidura, no habían realmente conseguido llegar. Sin embargo, estuvo encantada con Tito.

¿Quién no lo estaba en aquellos días?

Yo no tengo más que cerrar los ojos para verlo, alto, con las piernas largas, rubio, con el pelo más bien largo y ondulado, su cutis traslúcido, a pesar de haber estado bajo el sol africano, la nariz corta y derecha, los ojos azules del color del aciano, sus labios algo entreabiertos, el superior cayendo ligeramente sobre el inferior, como si lo hubiera picado una avispa. Y lo puedo también oír, una bella voz, casi como la de una muchacha joven en sus notas altas, pero exenta de afeminamiento gracias a unas pocas vocales Sabinas largas que todavía permanecían en ella, heredadas de su padre, o tal vez de una nodriza de su infancia. Por consiguiente, lo mismo que su voz excluía la sospecha de afectación por esta fuerza que subyacía en ella, también a sus modales, que podían haber parecido los de un joven tímido y elegante, los salvaba una cierta torpeza: sus pies eran demasiado grandes y tenía la tendencia de dejar caer cosas al suelo con sus repentinos movimientos.

He revelado demasiado acerca de mí mismo, ¿verdad? Sí, mientras le estaba escuchando y le serví después vino con una mano cuyo temblor no pude evitar, me enamoré precipitadamente de él, como sólo un muchacho de catorce años puede enamorarse, con una intensidad en la cual la adoración del héroe sustituía a cualquier deseo físico. Yo quería, sencillamente, estar con él, todo el tiempo desde aquel preciso momento; quería que se diera cuenta de mi presencia, que me apreciara y me permitiera servirlo.

No tuve motivo para desilusionarme. Tito, aunque yo, naturalmente, no lo sabía, merecía ya la reputación que se apoderó de él años más tarde, la de ser un gran “perseguidor» —utilizo esta

acepción porque no tenemos en latín un término que se le pueda aplicar con tanta exactitud— tanto de muchachos como de mujeres. Y yo, si se me permite decirlo, era en aquellos días un muchacho que merecía el que se corriera tras él, y que estaba acostumbrado a que se le mirara, se le devorara con los ojos y se le hicieran inmodestas proposiciones en los baños. Era atlético y esbelto, mi rostro estaba enmarcado por rizos negros que caían a ambos lados de él, mi cutis era de color crema, mis ojos de color castaño oscuro y muy grandes, mi nariz recta y mis labios —como Tito diría más adelante— estaban «hechos para la locura de los besos». En resumen, aunque sea yo quien lo diga, sabiendo que este pasaje provocará tu severa desaprobación de moralista, yo era lo que los pederastas que acudían en masa a los baños solían llamar en mis días «un melocotón». Nunca permití que esta admiración fuera más allá de un mero flirteo, en el cual yo, como muchos de los muchachos atractivos, destacaba, deleitándome alegremente en estimular un ardor que no tenía intención de satisfacer. Pero las cosas fueron diferentes en el caso de Tito, aunque al principio yo tuve buen cuidado de no permitirle ganar la fácil victoria que yo anticipaba con placer.

Pensé mucho en esto porque aquella visita de Tito a mi madre iba a determinar el curso de mi vida. Me llevaría a la acción en Judea, al renombre militar, a la alegría y el dolor de corazón, y creo ahora que despertó también los celos de Domiciano, aunque iban a haber otras razones, tal vez más importantes, para esto.

Pero en aquel instante, cuando Tito me sonrió y me dijo: «He estado fuera de Roma tanto tiempo que soy casi un extraño. ¿Estarías dispuesto a ser mi guía, muchacho?». ¿Qué podía hacer yo sino decirle que sí, ruborizándome de placer y esperando que ni mi madre ni el propio Tito comprendieran del todo por qué el color se me subía a las mejillas?

Primer amor... no, es demasiado doloroso reflexionar ahora sobre esto y además, mi viejo amigo, no es lo que quieres oír. Estás interesado —¿no es así?— en la historia política.

Pero fue Tito quien despertó mi interés también en esto. Para él los escarceos, los flirteos, el hacer el amor, eran meros pasatiempos. La política era su pasión absorbente y no tardó mucho en empezar mi educación política, no sin algunas observaciones despreciativas acerca de su hermano pequeño Domiciano, que nunca, según él, llegaría a ser alguien, razón por la cual no merecía que uno se molestara en tratar de informarle, ni siquiera de los peligros que amenazaban a su familia.

«Tengo que admitir —decía— que la posición de mi padre es precaria. Se aferra a su puesto solamente porque no se ha distinguido de ninguna otra manera y por lo tanto no lo considera una amenaza ni el bufón ir I Palatino.» Ésta era la manera con la que acostumbraba a referirse al emperador.

Nerón, me dijo, odiaba a los soldados. No solamente estaba celoso de cualquiera que lograra fama militar, sino que los temía y detestaba. «No puede durar —decía Tito—. Roma es en primer lugar su ejército y es imposible que el Imperio esté gobernado por un hombre que las legiones han llegado a despreciar.» Sonreía y me pasaba la mano por mis rizos para acariciarme la mejilla, y después dejaba bailar sus dedos por la línea de mis labios. «¿No hablarás de esto, verdad? Me costaría la vida. Al hablarte a ti de esta manera estoy poniendo mi vida en tus manos. Pero, ¿en dónde puede estar mejor?» Yo le mordisqueaba los dedos como un cachorro.

Un día de aquel verano, Tito le pidió permiso a mi madre, con quien era invariablemente cortés, para que me permitiera acompañarlo durante unos días a residir en una villa cerca de Laurencio que pertenecía a su tío Flavio Sabino, que ocupaba entonces el puesto de prefecto de la ciudad. Mi madre, que conocía y aprobaba la apasionada amistad que había entre Tito y yo, naturalmente accedió, aunque rehusó la sugerencia de que ella también nos acompañara.

—No —dijo—, una visita así me recordará días felices y tendrá un efecto perjudicial en el proceso de mi adaptación a la residencia que la fortuna me ha deparado.

—Mi madre, a pesar de todas sus virtudes, tenía la tendencia de extraer placer de sus infortunios.

—¿No crees que debes invitar también a Domiciano? —dije yo—. Tendrá una gran desilusión si no lo haces.

—No lo creo. Mi hermanito ha aceptado ya una invitación de su admirador Claudio Polio, para que pase con él unos días de caza en las colinas Albanas. Parece ser que mi hermano prefiere matar animales salvajes que disfrutar de las bellezas de la costa y de los placeres que puede ofrecer...

La villa era ciertamente muy hermosa. No tengo que describirtela, pues tú la conoces bien, mi querido Tácito, ya que la compró después nuestro amigo Plinio y tú has sido invitado allí con frecuencia.

Así que recordarás —aunque con menos inmediato placer que yo— ese pórtico más allá del jardín, que mira al mar que se extiende debajo de él, separado por una playa de arena fina y una colina rocosa cubierta de enebro y tomillo. En esa terraza delante del pórtico estábamos una tarde después de habernos bañado, respirando un aire fragante con aroma de violetas. Habíamos comido cigalas pescadas esa misma mañana, queso, aceitunas y los primeros melocotones de la estación, y bebido una botella de Falerno. Tito estuvo de un humor afectuoso, y después dormimos un poco.

Cuando despertamos, el sol se había movido bastante y del mar venía una brisa fresca.

—No te he traído aquí sólo por el placer —dijo Tito—, sino porque no hay ningún sitio que yo conozca donde pueda pensar con más claridad que en este lugar encantador, y deseo compartir mis pensamientos contigo. Eres sólo un muchacho, pero pronto serás un hombre y entrarás en un mundo que yo mismo estoy apenas empezando a comprender.

»Te he dicho antes que el gobierno de Nerón no puede durar, como no duró el de Calígula. ¿Un año? ¿Dos? ¿Cinco? Ciertamente no más. Tanto los soldados como la aristocracia lo desprecian. Pasa su tiempo en actividades que, aunque podrían ser consideradas tolerables si se entregara a ellas un ciudadano privado, resultan ridículas en un emperador: representando papeles en el teatro, cantando, tomando parte en carreras de cuadrigas. No te puede sorprender que lo considere un bufón.

»Pero es un bufón estúpido. Es un cobarde y todos los cobardes son peligrosos. Tú, muchacho, perteneces por nacimiento al más alto rango de la vieja aristocracia, lo cual no es mi caso. Apenas hay un solo hombre de tu clase que no mire a Nerón con desprecio. Saben cómo deshacerse de los emperadores. ¿Cuántos de esos que han gobernado el Estado han muerto de muerte natural?

—El propio Augusto —contesté—. Tal vez Tiberio.

—Exactamente. Pompeyo fue asesinado, Julio César también, Cayo Calígula, y en mi opinión Claudio. Y ninguno de ellos era tan despreciado como Nerón.

En conclusión, no puede durar.

Miré hacia el mar. Estaba tranquilo, de un color azul oscuro, sin olas. Si hubiera estado solo, me habría imaginado que podía oír cantar a las sirenas. Mordisqueé un tallo de hierba. Tito me alborotó el cabello.

—La semana pasada —dijo— se me sugirió que tomara parte en una conspiración. Por lo menos eso me pareció a mí. Se intercambiaron indirectas. Hubo muchos «si al menos...» y «¿qué crees?». Yo me di la vuelta. ¿Por qué hice eso, chiquillo?

—¿Quieres una respuesta? —le dije—. ¿O es esto una pregunta dirigida a ti mismo? ¿Y por qué me lo estás contando a mí? ¿No es esto peligroso? Peligroso, quiero decir, el hablar de estas cosas.

—Nerón asesinó a mi amigo Británico —contestó—. Nerón no tiene hijos, hermanos o sobrinos. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Significa que cuando... se deshagan de él, como lo harán, de una manera u otra, ganar el Imperio tendrá un precio. Se revelará el secreto del Imperio: que los emperadores pueden ser elegidos en otros lugares que no sean Roma. Los emperadores serán elegidos por las legiones. Ésa es la razón por la que me aparté de una conspiración aristocrática. No es la forma adecuada de hacer las cosas si queremos estabilidad. No pongas esa cara. Nada de esto está fuera de tu alcance.

Yo me quedé observando a un lagarto que subía por el muro de la terraza.

—El padre de mi madre —dije— era primo del emperador Tiberio. Ella siempre dice que a él le habría gustado restaurar la República.

—Si aplasto a ese lagarto con una roca —dijo Tito—, ¿podrías resucitarlo?

—No lo creo, excepto por arte de magia, si se puede encontrar esa magia...

—Hasta Tiberio descubrió que la República estaba tan muerta como ese lagarto lo estaría entonces.

—Si se pudiera elegir al emperador en otro lugar que no fuera Roma —dije yo—, entonces el que estuviera al mando de las mejores legiones sería quien ostentaría la púrpura. ¿Cuántas legiones tiene tu padre, Tito?

—Muy pocas. De momento.

—Así que no hay ninguna oportunidad de que llegue a ser emperador, y de que después tú le sucedas —dije yo—. Una pena. Creo que serías un gran emperador.

—Me alegro de que lo creas así.

—Bueno, es natural. Y si tú fueras emperador, o simplemente heredero del Imperio, entonces yo podría tener la esperanza de restaurar la fortuna de mi familia, ¿no es así?

—Sería mi primera preocupación —dijo Tito—. Creo que debemos consultar esto con la almohada.

—¿Con la almohada?

Tal vez quieras hacer caso omiso de esta conversación, Tácito, una especie de «hacer el amor con palabras» a fin de excitarnos el uno al otro, como ciertamente sucedió y de manera muy placentera. Comprendo muy bien el que quieras hacerlo. Yo era sólo un muchacho y Tito apenas un hombre hecho y derecho, aunque mayor, tal como él me recordaba, que Octavio César cuando se embarcó en la gran aventura que, a su debido tiempo, le hizo Augusto y Amo del Mundo. Pero estarías equivocado. Sí, reconozco que Tito estaba alardeando para impresionarme. Pero había algo más que eso. Había olfateado por donde soplaba el viento y estoy seguro de que durante aquella visita a Roma, durante la cual había hablado a fondo con su tío, el prefecto de la ciudad y le habían admitido, al menos, en los márgenes de un grupo de nobles desafectos, había vislumbrado su futuro. Había visto —lo que yo no pude creer entonces— que su padre Vespasiano, por bajo que fuera su origen y comparativamente

humilde su actual posición, no podía ser excluido de la lucha por el Imperio que él preveía. Vespasiano era, después de todo, un general en quien los soldados confiaban, y quedaban pocos así. Antes de que Tito saliera de Roma, para volver a su padre, hizo dos cosas: había llevado a cabo sondeos y calculado la fuerza y determinación de la oposición a Nerón y me había encargado que le mandara informes de todo lo que pudiera saber acerca de lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Cuando yo argüí que yo era aún un muchacho y que por consiguiente no era probable que me enterara de grandes acontecimientos, a no ser lo que fuera motivo de murmuración en la plaza del mercado, él se sonrió y dijo: «Tengo mejor opinión de ti que ésta». Hasta me enseñó una simple clave con la que podía escribirle. Así que, como verás, hablaba en serio.

Hay cosas que preferí no escribirle a mi amigo Tácito. No le envié, por ejemplo, toda esa última carta, sino sólo una versión enmendada de ella. Ni le podía revelar la naturaleza de mis relaciones con Tito, que todavía aparecen ante mí en sueños, donde cruzo el umbral de la perfección de todos los deleites físicos antes de que se levanten las nubes y todo se pierda en la memoria. Citaré tal vez más acerca de esto, en este libro de apuntes, más adelante. Se refiere a Domitila, hermana de Tito y Domiciano, un año más joven que el último. Si tan sólo mencionara su nombre, en este contexto, en mi narración, Tácito temblaría, como un perro de caza que ha olido su presa. ¿Por qué esos puritanos como Tácito, y ciertamente también Domiciano, se excitan tanto al olfatear un escándalo sexual y adoptan un interés tan lascivo e inquisitivo en las actividades sexuales de los demás, especialmente cuando se las califica de «anormales»? Indudablemente en el caso de Tácito porque él, personalmente, ha disfrutado poco de los placeres del sexo. ¿También, tal vez, Domiciano? Hablaba mucho de las «luchas en el lecho»: nunca supe cuánto de esto sería lo que a él le gustaría. Tácito no se puede creer que Domiciano sea un puritano como él. Pero entonces, amigo mío, aunque sea un maestro del lenguaje, le falta en cierto modo el conocimiento de los hombres: no tiene la menor noción de lo que los griegos llaman psicología.

Tengo ahora tan poco de que ocuparme que no es sorprendente que, al contemplar este sombrío mar agitado por el viento, en el escenario de mi memoria se muevan escenas pasadas.

Siguiendo las órdenes de Tito, empecé ahora a frecuentar los nuevos baños en el Campo de Marte, a los que se les dio el nombre de Nerón, aunque todo el mundo sabía que se encargó de construirlos su ministro Burro, asesinado desde entonces por orden imperial. Fui allí a la hora favorita de los jóvenes nobles, entre los cuales me contaba por nacimiento, si no por suerte. Naturalmente, no tardé mucho en llamar la atención.

(Dicho sea de paso, disfruté recordándole a Tácito, en mi última carta, mi hermosura juvenil. Él tenía el aspecto de un cuervo flaco.)

Entre mis admiradores se contaba el poeta Lucano. Se aproximó a mí la otra tarde, cuando yo estaba reclinado en un banco en la palestra, después de mi baño, e inmediatamente inició un largo parlamento, del cual no puedo recordar ni una palabra, aunque fue ciertamente locuaz. Pero sus miradas eran aún más elocuentes. Era evidente que había sacado la conclusión, por mi actitud, de que yo andaba en busca de un admirador.

—Eres un bailarín ¿verdad? —me dijo—. Yo te he visto en el teatro.

Le dejé que continuara un rato más en esa actitud, sin confirmar ni contradecir sus palabras y regalándole con una sonrisa que era más amistosa que sugerente.

Al fin, cuando él había ya agotado sus recursos de adulación —solamente por un rato, porque yo no he conocido a nadie con semejante verborrea— y había dejado bien claro que quería entablar una relación conmigo, le dije mi nombre y me vi recompensado, como esperaba, con un rubor que exteriorizaba su bochorno. Confundir a un Claudio con un vulgar catamita era, al menos en aquellos días, una metedura de pata social de primer orden.

Pero Lucano tenía recursos. Se recuperó con rapidez, cambiando sus palabras, aunque cantándolas todavía en el mismo tono. Esto me impresionó. Sólo el pensamiento de Tito me impidió el responder con el ardor que mi nuevo amigo claramente deseaba.

Esquivé su ataque, sabiendo que nada es más deseable que un joven que cuida de su virtud y, sin embargo, no da señales de sentirse ofendido por los intentos de minarla.

Lucano, acostumbrado por su hermosura, confianza en sí mismo y fama literaria a conquistas fáciles, estaba encantado con mi resistencia y redobló sus esfuerzos para seducirme.

Al darse cuenta de que sus encantos físicos no bastaban para su propósito, y de que ni siquiera su sublime elocuencia podía persuadirme a que compartiera su lecho, trató precipitadamente de conquistarme, dejándome penetrar en su mundo secreto, a fin de excitarme al hacerme consciente de su importancia.

Así que me contó que estaba implicado en una empresa peligrosa, de gran envergadura. Yo sonreí y le dije que sería mejor que no me contara a mí nada de esto. Le recordé que yo era sólo un muchacho y que no me importaban mucho estos asuntos. ¿No sería mejor que me recitara algunos de los grandes poemas que estaba escribiendo? Yo apreciaría eso mucho más. La literatura, dije, subiendo y bajando las pestañas, era para mí más interesante que la política. Además, la política pertenecía a la República, que él cantaba tan bellamente en sus versos. No podía haber política ahora que vivíamos bajo el despotismo del Imperio.

Mi indiferencia le incitó a hablar con aún mayor imprudencia. Tal vez yo le halagué como poeta. Pero no era eso lo que él quería. O por mejor decir, no era suficiente para él. Me atrevo a decir que, si yo hubiera cedido, no habría sido tampoco suficiente. Era —me doy cuenta ahora— un hombre descontento, para quien cualquiera de sus éxitos no sirve más que para agudizar su congénita falta de satisfacción. Esos tipos son más comunes de lo que uno se puede imaginar. Y yo debía saberlo. Pertenezco, o pertenecía también a esa clase de hombres.

Lucano estaba consumido por el orgullo de su nacimiento. Sin embargo, era más famoso por la eminencia de sus conexiones más recientes, como su tío Séneca, que por sus antepasados más distantes. Era, después de todo, hispano de nacimiento y no un verdadero romano, un descendiente de algún hijo más joven que se había establecido en Hispania —Corduba, según creo— buscando en las provincias lo que se le negó en Roma. Tal vez era simplemente porque Lucano era lo que yo entonces consideré, despreciativamente, un colono, que estaba deseoso de impresionarme con su convicción de la grandeza de su familia.

Yo sonreí y le quité la mano de mi muslo.

—Pero —dije— tu poesía te hará inmortal. En ese caso, ¿qué importancia tienen tus antepasados?

No le gustó mi contestación, lo cual indica que no era tal vez un verdadero poeta, puesto que todos los poetas que he conocido —y en mis tiempos me había visto rodeado de verdaderas plagas de esas criaturas— se sentían entusiasmados ante el pensamiento de la inmortalidad y estaban dispuestos a jurar que el gusto de las generaciones futuras debía ser infinitamente superior al de la generación actual.

Pero Lucano, al faltarle conocimiento de sí mismo, se consideraba como un gran aristócrata que improvisaba la poesía con negligente facilidad. Era algo que hacía con estilo, pero que no le importaba mucho, excepto por el hecho de que adquiriría fama con sus versos. Tal vez no sea necesario decir que trataba de impresionar a otros poetas y críticos, porque despreciaba, con cierta justicia, lo que él llamaba los «círculos de costura literaria». El auditorio que él buscaba estaba formado por hombres inquietos e insatisfechos políticamente, grandes damas, hermosas mujeres y, al menos, un lindo jovencito.

Cuando se dio cuenta de que yo estaba preparado para admirar sus versos y no dispuesto, sin embargo, a ceder a sus insinuaciones sexuales, se apoderó de él la precipitación. Las indirectas que me había ya soltado en relación con su implicación en un asunto de gran relevancia aumentaron ahora. Me dijo, sin más ni más, que era uno de los miembros de una conspiración contra el emperador. Era, de hecho, uno de sus más ardientes opositores. ¿Qué pensaba yo de esto?

—Yo pienso que no haces bien en contármelo —contesté yo.

—Te lo digo —replicó— para demostrarte que mi amor es tal que estoy dispuesto a poner mi vida en tus manos.

—Tu vida y la vida de los demás —dije yo. Sin embargo, y a pesar de todo, yo no estaba dispuesto a ceder. Recuerdo que tenía los ojos pequeños y muy pegados a la nariz.

Pero yo estaba lo suficientemente afectado por el candor que me había manifestado, aunque no tenía la menor duda de sus razones para hacerlo, como para aprovecharme de mi conversación con Tito y hacerle cierta advertencia a mi admirador.

Así que le pregunté qué medidas habían tomado él y sus amigos para asegurarse del apoyo de las legiones.

—El ejército —dijo— obedecerá a la República que hablará a través del Senado.

Entonces, aun siendo yo tan joven, supe que Lucano estaba perdido en sueños sin fundamento.

Naturalmente, le expliqué aquella conversación a Tito, empleando, como le había prometido, la clave que él me había enseñado.

Lucano no era, como llegó a mis oídos mucho después, una figura central en la conspiración. El que me sugiriera lo contrario era una nueva prueba de la vanidad característica de hombres de letras. El cabecilla de la intriga era un noble de origen mucho más ilustre, G. Calpurnio Pisón. (Tenía un sobrino que vi a menudo con Lucano en los baños; tal vez fue por medio de él como Lucano se implicó en la conjura.) Quizá Pisón sólo fue su cabecilla nominal. Ciertamente, no era la persona adecuada para una cosa así. Por ejemplo, cuando se propuso que Nerón fuera invitado a la villa de Pisón cerca de Velletri y asesinado allí después de un banquete, Pisón se opuso al plan. Dijo que mancillar su hospitalidad de esta manera crearía una mala impresión. Hasta Lucano, absurdo admirador de una «virtud republicana» perteneciente a una edad que había pasado, encontró esto ridículo.

—La verdad —dijo— es que si estás planeando asesinar a un emperador, es un exceso de delicadeza preocuparse por el abuso de la hospitalidad.

Esta agudeza fue a menudo citada después; «exceso de delicadeza» se convirtió en una especie de latiguillo, como por ejemplo en: «Sería un exceso de delicadeza no tirarse a ese muchacho».

Sin embargo, y por curioso que parezca, yo creo que la admiración que Lucano sentía por Pisón aumentó más que disminuyó, debido a esta muestra de los escrúpulos de su dirigente. Yo hasta le oí una vez comparar a Pisón con Marco Bruto, su héroe republicano. Aunque Bruto no mostró ningún «exceso de delicadeza» cuando se deshizo de César en los idus de marzo.

El segundo plan era, aparentemente, deshacerse de Nerón en su palco de los Juegos. Uno de los conspiradores se acercaría a él y se arrojaría a sus pies, como para pedirle un favor. Entonces cogería a Nerón por los tobillos y lo tiraría al suelo para dejar que sus compinches se apresuraran con sus dagas. Indudablemente la intención era que todos dieran saltos exclamando que la Libertad había sido restaurada en Roma.

A pesar de que yo era un muchacho, podía ver que esta imitación del asesinato de Julio era grotesca. Me podía imaginar a Tito riéndose en voz alta cuando leyera mi informe de lo que se proponían hacer, antes de arremeter contra la locura de la época. Lucano, por otra parte, se ofendió cuando le dije que el plan era ridículo y no podría tener éxito.

En resumen, todo aquello parecía cosa de aficionados. Habrían sido descubiertos aunque Lucano no me lo hubiera dicho y yo no hubiera repetido todo lo que él me dijo en mis cartas a Tito. De hecho, nunca he sabido si Tito hizo algún uso de mi información.

No puedo recordar ahora cuántas ejecuciones tuvieron lugar cuando todo finalmente salió a la luz. Circuló la historia de que la conspiración fue revelada por un liberto empleado por Flavio Escevino, que se había ofrecido como voluntario (como lo habían hecho otros, incluido, según él mismo confesó, el propio Lucano) para asestar el primer golpe. Se dice que, en su estado de excitación, había hablado demasiado en una cena que tuvo lugar en su misma casa. Tal vez fue así. Era ciertamente conveniente que el responsable fuera un liberto.

Lo que sí es cierto es que las investigaciones ordenadas por el emperador fueron llevadas a cabo en primer lugar por Fenio Rufo, que compartía el mando de la Guardia Pretoriana con Tigelino, el más repugnante de los partidarios de Nerón, y un coronel de la Guardia llamado Subirio Flavio. Ambos hombres tenían conocimiento de la conspiración. Sin embargo, en su pánico degenerado, no dudaron en ser cómplices de la tortura y subsiguiente ejecución de sus compañeros. No estoy seguro de si Tácito sabe esto: Fenio Rufo, que estaba de algún modo relacionado con Agrícola, el respetado suegro de mi amigo, era una especie de héroe suyo. Así que tal vez no esté dispuesto a incluir su depravación en los anales de su Historia. Hasta las más escrupulosas acciones de la historia se ven deformadas por afectos y prejuicios personales.

Corrió el rumor de que Nerón preguntó a Subirio Flavio, cuando al fin fue descubierto su papel en la conspiración, por qué había roto su juramento de lealtad, y que él replicó: «Porque te odio. Permanecí tan leal a ti como a cualquiera mientras merecías mi lealtad. Pero me volví contra ti cuando asesinaste a tu mujer y a tu madre, y te convertiste en auriga, actor y pirómano».

A Domiciano le impresionó mucho la nobleza de esta respuesta.

—Suenas —dijo— como algo inventado por sus queridos amigos.

A Lucano se le ordenó que se suicidara y él obedeció. Habría querido que se describiera su acción como un ejemplo de virtud republicana. Yo lo consideré despreciable, aun entonces.

¿Y ahora? Sí, todavía me parece despreciable, un papel en una obra de teatro. Pero lo desprecio ahora menos que antes, porque abandonar la esperanza y ceder a lo que parece ser una necesidad es algo comprensible, muy fácilmente comprensible.

Mi querido Cornelio Tácito:

Me reprochas mi demora y también la calidad de la información que te he mandado. No te das cuenta de lo penoso que es para mí, aislado en esta región fronteriza, recordar los días de mi juventud. Hasta la imagen de la caída de la tarde en los jardines de Lúculo y de la puesta del sol tiñendo los pinos del Palatino de un suave color azul púrpura oscuro me inhabilita durante varias horas. Y cuando en el oído de la memoria escucho el parloteo de las calles y los gritos estridentes de los vendedores en los puestos, llamando a sus posibles compradores, se apoderan de mí tales punzadas de nostalgia que rompo a llorar o ahogo mis penas con una botella de vino agrio. Y tengo otras distracciones aquí, aunque no te aburriré con un relato de ellas.

Dices —después de haberme preguntado por recuerdos de la infancia de Domiciano— que esto no te interesa ahora, y que lo que quieres saber es lo que hizo y cómo se comportó en los terribles meses siguientes a la rebelión de las legiones contra Nerón.

Pero, ¿cómo puedo contar una historia sin una introducción? Aun aceptando que lo que quieres de mí son notas para la confección de tu Historia, ¿cómo puedo estar seguro de que las usarás adecuadamente, si no te proporciono al menos un bosquejo de su trasfondo, por muy familiar que éste sea ya para ti?

Añado este reparo por la razón siguiente, aunque tal vez esto te irrite: no creo que haya, o que pueda haber nunca, una historia totalmente fiel. La impresión que tenga un hombre de los acontecimientos puede ser contraria a la que tenga otro. Sin duda, tu experiencia del matrimonio te ha enseñado ya esto.

Pero estoy dispuesto a prestar atención a tu petición y pasar por alto los años de mi adolescencia. Por consiguiente, no haré alusión a mis recuerdos del Gran Fuego que asoló la ciudad durante seis días y dejó una gran parte de ella en ruinas que ardían lentamente. Puedo escribir con gran detalle sobre todo esto, porque subí al Janículo, como muchos otros que vivían en el lado «de menos categoría» del río, para poder ver mejor el incendio. Después, los días siguientes, anduve por las cenizas, asombrado por la destrucción y, sin embargo —lo confieso con cierto grado de vergüenza—, también eufórico. Pero tú tendrás muchas otras fuentes a través de las que obtener información sobre el desastre.

No obstante, me pregunto si consideras a Nerón culpable de él —como muchos lo hicieron cuando ocurrió—, y no solamente porque se aprovechó de la ventaja de la devastación para crear su paisaje rural ideal dentro de los límites de la ciudad y para empezar los trabajos de lo que iba a ser su obra maestra: la Casa Dorada. El pueblo lo consideró culpable antes de conocer sus planes, y se dice que cantó los versos compuestos por él mismo que celebraban el incendio de Troya mientras él contemplaba el de Roma.

Pues bien, tú formarás tu opinión personal acerca de su culpabilidad. Puedes incluso llegar a la conclusión, tal como él afirmó, de que los verdaderos pirómanos fueron la vil secta de esclavos y libertos conocidos como cristianos, delincuentes judíos a quienes él castigó tan severamente.

Pero no te quiero cansar con estas especulaciones. Es Domiciano la persona de quien quieres que te hable.

Fue siempre un amigo difícil, más cuando se fue haciendo mayor y aproximándose al umbral de la vida adulta. En el último año de Nerón, o tal vez un poco antes, se hizo más reservado, más amargo, más resentido. A su hermana Domitila le preocupaba que perdiera la razón, o al menos eso decía. Su relación sexual con el senador Claudio Polio había concluido, si es que fue una relación y no meramente una amistad, como juraba Domiciano, ruborizándose. Se habían peleado. Me dio a entender que esto fue porque Polio trató de superar los lazos de amistad, tratando incluso de hacerle

perder su virtud. Tal vez eso fue lo que ocurrió. Pero muchos años después Polio solía presumir de que tenía una carta del joven Domiciano en la que le prometía que se acostaría con él. Una vez, estando borracho, me prometió que me la enseñaría, pero nunca lo hizo. Así que, ¿quién sabe? Ya que ambos eran hombres mentirosos, ¿dónde se hallaba la verdad? Lo único que podemos hacer es conjeturar.

En cualquier caso, había otras causas para la inestabilidad de Domiciano. Había algo muy cercano. Estaba celoso de mi amistad con su hermana. Ella solía quejarse de que él quería poseerla por completo, pero yo pensaba que él exigía lo mismo de mí.

—Está obsesionado —decía— con mantenerme protegida y me haría prisionera si pudiera hacerlo.

Indudablemente, éste era el caso. Sin embargo, también él se enfurruñaba cuando yo prefería la compañía de otros a la suya y solía interrogarme detenidamente acerca de lo que yo hacía cuando no estábamos juntos.

Domitila sentía gran aprecio por él, apenada por su evidente infelicidad. Le daba pena porque no poseía el encanto de Tito y, según ella decía, parecía necesitar la protección que ella le ofrecía.

—Es difícil —decía—. Trato de protegerlo aunque deseo también pasarlo bien, y no me permite que me divierta a no ser en su compañía; no es fácil.

Domiciano padecía también por el hecho de que no tenía todavía participación en la fortuna de su familia. Vespasiano había sido nombrado gobernador de la provincia de Judea, donde los extremistas judíos se habían rebelado contra nuestro Imperio. El origen de la rebelión no estaba claro, tal como ocurre ciertamente con la mayoría de los asuntos que conciernen a ese pueblo turbulento y desagradable. Empezó, aparentemente, con una disputa entre judíos y griegos en la ciudad de Cesarea: los griegos atacaron el barrio judío, con la intención de echarlos de la ciudad, el tipo acostumbrado de violencia entre pueblos que se produce cuando distintas comunidades viven una junto a la otra. El éxito inicial de los griegos suscitó una reacción, aunque los judíos más respetables —los de origen más noble y los dirigentes religiosos— trataron de controlar a los fanáticos. Pero fracasaron. Nuestra guarnición en Jerusalén fue asesinada. Entonces, cuando Cestio Gallo, procónsul de Siria, se puso en marcha contra la ciudad, se alarmó ante la fuerza de la resistencia judía, perdió su coraje y ordenó una retirada que se convirtió en una vergonzosa huida.

Fue en esta época cuando Vespasiano fue ascendido, sacado de la oscuridad. Nerón lo escogió por tres razones. La primera era su origen humilde, lo que le hacía suponer a Nerón que cualquier éxito logrado por Vespasiano no podría hacer de él un rival, porque no disfrutaba de apoyo independiente entre la nobleza; Nerón no podía concebir que se pudiera someter a alguien de tan humilde cuna como Vespasiano. En segundo lugar, como ya he mencionado, Nerón había hecho siempre de Vespasiano el blanco de su impertinente y ciertamente adolescente ingenio, y por esa razón le tenía cierto apego. Y, finalmente, las posibilidades eran pocas. Hacía sólo unos meses había ordenado suicidarse a Corbulo, el gran general de nuestro tiempo.

Tito estaba encantado con el nombramiento de su padre. Estaba seguro de que sería beneficioso para su propia carrera. Me escribió con un tono de gran entusiasmo y después hizo la observación de que, aunque Domiciano estaría deseoso de unirse a su padre en Judea, no era ésta una proposición que debía ser alentada. «Domiciano le altera —escribió—, aunque no sé exactamente por qué. Tal vez tú tengas alguna idea. Tú conoces a mi hermanito mejor que yo y yo respeto tu opinión. Pero haz lo posible para calmar sus sentimientos. Tal vez puedas sugerirle que mi padre confía en que él mande informes acerca de cómo están las cosas en Roma. Te darás cuenta de que esta sugerencia es ridícula. Mi padre cuenta con la información que su hermano Flavio Sabino le manda. Pero si tú puedes, en este caso, engañar a Domiciano, me estarás haciendo un gran servicio (lo cual es, por supuesto, el mayor placer para ti, ¿me equivoco?). El hecho es que Domiciano no está preparado para la vida militar, ¿no lo crees así? De hecho, tal vez no sea nunca adecuado para tener a alguien bajo sus órdenes.»

Naturalmente yo hice lo que me pidió, pero fallé en convencer a Domiciano. Vio que mis palabras tranquilizadoras eran una enorme tontería y adivinó que procedían de la boca de su hermano.

—Esto es lo que Tito te dijo que me dijeras —concluyó—. Está decidido a mantenerme al margen. Pues bien, ¡no lo ha logrado!

De todas maneras, a pesar de esta salida de mal genio, continuó estando al margen. Se puso cada vez de peor humor y más desagradable, pasándose a veces (lías sin hablar. «Creo que se le ha olvidado sonreír», (lucía Domitila.

Un día mi madre pareció comprenderlo. Dijo que era como un pájaro con un ala rota. Se compadecía de cualquiera que deseara algo que no estaba a su alcance. Cuando nos visitaba, se relajaba en compañía de mi madre. Hasta pudiera ser que sintiera un afecto desinteresado por ella.

Estoy cansado y continuaré esta carta mañana. Pero mientras tanto el mensajero ha venido a informarme de que el barco está a punto de salir. Así que la mandaré ahora, como prueba de mi deseo de ayudarte, aunque me temo que la encuentres inadecuada.

Tácito se irritará cuando vea que le mando sólo un extracto de la carta de Tito. Había frases demasiado íntimas para mí para que yo quisiera exponerlas a su crítico escrutinio. Pero que yo sienta la necesidad de que Tácito piense mejor de mí de lo que yo pienso de él, especialmente cuando no nos vamos a volver a ver, me deja perplejo.

Es tan suspicaz que hasta puede pensar que he falsificado esa carta. Pero yo siempre he conservado mi correspondencia y, aunque algo de ella se ha extraviado, queda aún mucho. Cuando fui condenado al exilio, di instrucciones para que se me enviaran varias cajas de documentos por medio de mis banqueros.

No sé cuánto de lo que es privado y no público puedo atreverme a revelarle a Tácito.

No tengo motivo para proteger el recuerdo de Domiciano, y sin embargo, no me siento inclinado a contarle todo lo que sé acerca del difunto emperador: por ejemplo, que él, una vez, trató de llevare a la cama a su hermana Domitila. Esto ocurrió más tarde, cuando Domitila era una mujer casada. No me enteré de ello entonces —yo estaba prestando servicio militar en Oriente—, pero poco después de mi regreso ella me lo contó, de hecho, en su propia cama. Como su confesión tuvo lugar *post coitum*, después de nuestro propio acto de adulterio, cuando su cabello reposaba en mi húmedo hombro y su cuerpo estaba apretado contra el mío, yo no dudé de la verdad de lo que me estaba diciendo. No pude entonces dudar que ella había rehusado, aunque, con los celos avanzando como un cangrejo, yo me sentí, después de oír esto, atormentado durante meses por la sospecha de que lo que había dicho no era cierto, sino que me había mentido, incluso cuando yacía conmigo en su lecho. Y esta sospecha aumentó con el vívido recuerdo de un sueño o pesadilla que había tenido en el año del terror que Tácito me había pedido recordar. ¿Fue ese sueño una premonición? El pensamiento me atormentó o, mejor dicho, yo me atormenté al entregarme a él.

Pero en el momento en que me relató el criminal asalto de su hermano —con sus suaves labios acariciando mi oreja— sentí por Domiciano más compasión que indignación. ¡Fue terrible que se apoderara de él un deseo incestuoso y que, no obstante, se le negara aquello que yo acababa de disfrutar!

¿Creerá Tácito, o, mejor dicho, creería Tácito, porque no se lo voy a contar, todo esto? Yo creo que no. La naturaleza humana es demasiado complicada para los sistemas esquemáticos de los historiadores.

La verdad es que Tácito presentará a los hombres y a las mujeres como si fueran seres capaces de ser comprendidos. Tal vez no haya ninguna otra manera de escribir historia. Es impulso del historiador hacer que lo que ocurre tenga sentido. Pero, ¿puede ese sentido que ellos crean corresponderse con la experiencia? Yo creo que no. ¿Hay algún hombre que lo entienda realmente todo, ni siquiera a sí mismo? Y si eso está fuera (le nuestras posibilidades, ¿cómo puede uno aspirar a comprender a otras personas a quienes sólo conocemos por medio de la observación y unas relaciones intermitentes?

Naturalmente, yo no pensaba así cuando era joven. En aquellos días, tenía pocas dudas y estaba seguro de que podía conquistar el mundo y conseguir el amor cuando yo lo deseara. Yo estaba entonces seguro de que Tito me amaba. Cuando fui investido, a la edad de diecisiete años, con la *toga virilis* y entré en la vida adulta, supe que el amor propiamente dicho se desvanece y, o más bien, se transforma, según yo creía, en la amistad entre iguales, basada en el mutuo respeto y el afecto, que los nobles romanos han valorado siempre como el fundamento de la vida política y social. O al menos eso me dije a mí mismo, mientras Tito estuvo ausente en Oriente.

Es más, yo estaba en ese momento en que el alma en proceso de desarrollo convierte esos deseos

más ardientes e imperiosos de la adolescencia, característicamente dirigidos a otros seres del mismo sexo, en los otros, distintos y más misteriosos orientados al sexo opuesto. Así, cuando observaba a Domitila apartarse el pelo de los ojos con un rápido e inconsciente movimiento de sus largos y pálidos dedos, y veía a Tito reflejado en ese gesto, tenía la sensación de que él había sido el precursor, y me decía a mí mismo de Domitila era el amor de mi vida, esa perfecta mitad que, al unirse con la mía, me traería esa armoniosa conjunción de las almas que según afirma Platón es la suprema experiencia y el fin del amor.

Al menos tales eran mis sueños en aquellos principios del verano antes de que Roma se destruyera a sí misma y yo me viera forzado a adquirir un prematuro y corruptor conocimiento de la vileza de los hombres, y encontrase mi carácter tan deformado como consecuencia de las cosas de que me enteré que salí de esta experiencia incapaz de generosidad de espíritu, incapaz de amar y capaz solamente de entregarme al deseo. Ese año —me digo a mí mismo ahora— destruí la mayor parte de lo que era bueno en mí, como en muchos otros. En cuanto a Domitila..., ¿qué puedo decir? Incluso ahora es demasiado penoso pensar en ella. Excita mis sentidos y entonces recuerdo cómo, al final, se apartó de mí porque —dijo ella misma— yo le pedía todo, una posesión completa, y ella no quería que la poseyera nadie. Su marido, dijo, era un hombre que le pedía poco, sólo la apariencia de virtud. «Cuando éramos jóvenes —dijo—, yo te amaba. Ahora... —Me acarició la mejilla con sus suaves dedos—. No, no ahora.»

¿Soy capaz de entender esto? ¿Puedo encontrar sentido a las barreras que se alzaron entre nosotros? No, no lo puedo hacer.

Me pregunto si es posible comprender a otra persona. Sin embargo, Tácito está seguro de que comprende hasta a Nerón. Pues bien, yo tuve una relación más íntima —demasiado íntima en aquella ocasión a que he aludido— con el tirano que la que tuvo Tácito, que ciertamente no lo conocía en persona y tenía sólo catorce o quince años cuando sucumbió Nerón, pero no pretendo saber cómo o por qué el joven que mi madre recuerda (antes del asesinato de Británico) como «encantador, cándido, un poco inocente, tímido y carente de confianza en sí mismo» llegó a transformarse en un monstruo pervertido y vicioso.

Tácito opina que el carácter no cambia, de modo que lo que aparece en cierto momento de la vida estaba simplemente escondido antes. Por lo tanto, pudo sacar la conclusión de que el joven Nerón era simplemente un hipócrita que ocultaba su verdadera naturaleza. Yo le he oído exponer este argumento. Tiene la misma opinión del emperador Tiberio.

Entonces, trazando el proceso de la degeneración de Nerón, le echará indudablemente la culpa a las influencias griegas. Recuerdo cómo, a menudo, en nuestras conversaciones a altas horas de la noche junto con una garrafa de vino —y Tácito cuando tenía poco más de treinta años era tan aficionado a la bebida como lo era yo, o ciertamente como Tiberio tenía fama de serlo— solía maldecir los gustos extranjeros que estaban, según él, «haciendo de nuestra juventud un puñado de gimnastas, haraganes y pervertidos. El emperador y el Senado», mascullaba, «tienen la culpa. No sólo permiten estos vicios y los practican también ellos, sino que fuerzan a nobles romanos a rebajarse a sí mismos, saliendo a escena para cantar, declamar y bailar. Se entregan a juegos atléticos griegos, quitándose la ropa, poniéndose guantes de boxeador y luchando como antagonistas o contrincantes en lugar de endurecer el cuerpo y el espíritu sirviendo en el ejército».

La verdad es que Tácito, enorgulleciéndose de su vieja manera de comportarse y adoptando a Catón como su héroe, ha tenido siempre un gusto vulgar por la sangre y la matanza. Disfruta con la crueldad, aunque es posible que también le cause repulsión. Un tipo complicado. Yo era demasiado cortés para decíroslo y solía contentarme con provocarle.

—Supongo —solía comentarle— que no te habrán invitado nunca a desnudarte y mostrar tus encantos.

—Buen cuidado necesitará cualquiera que se atreva a hacerme tal sugerencia.

Nunca pude resistir la tentación de provocarle. Ni siquiera ahora. Me sorprende de verdad que mi viejo amigo se haya convertido en un gran hombre, si un simple historiador puede ser considerado un gran hombre. Habla de grandeza, escribe con nostalgia de grandeza. Pero, ¿cuándo ha hecho algo que sea grande?

Nada le desagradaba más que la historia de Nerón y su catamita, Esporo, y sin embargo, nunca podía dejar de hablar de ello, sino que en el curso de su conversación incidía una y otra vez en el mismo tema.

Esporo, un muchacho griego, era esclavo en la casa de la hermana de mi madre cuando Nerón lo conoció. No tenía más que doce años, pero según mi madre era ya muy guapo, con rizos negros y suaves, cutis sedoso, pómulos altos y ojos extrañamente estrechos. Se despertó en el joven emperador un instantáneo deseo por él y pidió que se lo entregaran como obsequio. ¿Qué podía hacer mi tía sino privarse del muchacho? Nerón le hizo castrar, por la pureza de la voz del chiquillo, que alegaba era lo primero que le había subyugado. Un par de años después celebró una especie de ceremonia matrimonial con él, a quien hizo vestir como una novia y mandó que le pusieran una guirnalda de rosas rojas. Después de la ceremonia, que fue una parodia de una verdadera boda, se retiró con el a la cámara nupcial y el pobre muchacho tuvo que (lar gritos como si fuera una virgen a quien se estaba seduciendo. Creo que Nerón llegó hasta herirle para que se viera sangre en las sábanas. Todo esto fue increíblemente repugnante, pero era algo bastante duro e irrazonable por parte de Tácito hablar con tal desprecio del muchacho. Porque, ¿qué podía hacer? Mi madre, siendo más comprensiva que el futuro historiador, siempre habló compasivamente y hasta con ternura del pobre Esporo. Mencionó aquí estas circunstancias por el papel que el muchacho se encontró desempeñando después de todo esto.

Los excesos de Nerón no son tema que me incumba, Tácito se recreará describiéndolos. Que lo haga. Mis recuerdos del último año de la vida de Nerón son muy distintos y hasta encantadores. ¿Qué me importaba a mí si él, en su loca extravagancia, se estaba aprovechando de la destrucción causada por el Gran Fuego cuatro años antes para crear su nuevo palacio y paisaje rural, con sus arboledas, pastos, manadas de ganado, animales salvajes y grutas, en el lugar donde mezquinas casas de ciudadanos habían estado amontonadas unas contra otras? ¿Qué me importaba si los hombres decían amargamente que toda Roma se había transformado en una villa de Nerón, y si los escritores satíricos aconsejaban a los ciudadanos que huyeran a Veii, asumiendo, por supuesto, que la villa del emperador no llegaría allí antes? ¿Qué me importaba, tampoco, el que todas las semanas hubiera noticias de alguna conjura contra el tirano, seguidas por el melancólico informe del suicidio, de algún descubierto y aterrado conspirador?

Para mí ese año estaba dominado por el amor. Para mí, ahora, en este frío y desdichado destierro, es una época de tardes iluminadas por el sol. Tardes de verano, pero tardes de verano con el frescor de la primavera.

Domitila... Con sólo pronunciar su nombre me entran ganas de llorar.

Hubo un momento aquel verano en que Domitila, la muchacha que yo conocía desde hacía tantos años, que tanto me gustaba y que tanto me complacía entretener, se transformó en... ¿cómo puedo expresarlo? No en una diosa; dejo esas tonterías a los poetas. No, del mismo modo que la Casa Dorada del emperador se extendía con sus inconcebibles deleites sobre la apagada ciudad, mi vida se volvió

dorada a causa de esta joven que hasta ahora apenas me había imaginado. Tal vez el amor intenso no es otra cosa que la proyección de nuestra imaginación sobre la otra persona.

Era una tarde a la orilla del mar, y si yo fuera a narrar lo que pasó esa tarde parecería perfectamente ordinario. A Domitila la acompañaban unas amigas. Jugamos a no recuerdo qué juego de pelota. Domiciano se enfadó y le gritó a su hermana, acusándola de haber infringido no sé qué regla del juego. Ella bajó los ojos y habló suavemente, tratando de apaciguarlo. Pero él, entregándose a un humor que yo conocía demasiado bien, se negó a calmarse, se dio la vuelta y echó a andar camino de los bosques. Ella le llamó, de manera suplicante y entonces, cuando él no le hizo caso, su labio superior, que era largo y un poco grueso para lograr la belleza perfecta, empezó a temblar. Pero Domitila se encogió de hombros, se frotó los pies vacilantemente en la arena y sugirió que siguiéramos el juego, que, sin embargo, ya nos interesaba. «¡Maldito sea!», dijo reconociendo con enfado la habilidad de su hermano para imponer su resentida voluntad en los que estaban en su compañía, hasta simplemente por el acto de privarlos de su presencia.

Nada, como verás, nada. Sin embargo, fue en aquel momento, cuando le buscó y arrastró los pies por la arena, que dejó de ser la muchacha que yo había conocido toda mi vida, y se convirtió en alguien totalmente nuevo para mí, alguien a quien yo deseé conocer perfecta y profundamente.

La seguí hasta la casa, donde la encontré bebiendo un vaso de limonada.

«Es tan tonto», dijo, y una lágrima se le escapó de los ojos, bajándole por la mejilla, que estaba arrebolada, ya por el ejercicio del juego, ya como resultado de la emoción. Sentí el deseo de cogerla entre mis brazos y secar con mis labios las lágrimas que ahora empezó a derramar profusamente dejando salir de su boca grandes sollozos. Yo no lograba comprender por qué estaba tan afectada, y no hice nada. No pudo salir de mis labios una sola palabra para consolarla. Pero mis sentimientos eran muy hondos.

Me reprendes, Tácito, por ser dilatorio, como tú me llamas. ¿Me permites que te recuerde que tú eres el historiador, no yo, y que te estoy haciendo un favor, o tratando de hacerte un favor, al desenterrar recuerdos penosos?

Pero me alegro de que tú, ahora y al fin, me hagas preguntas específicas. Particularmente, quieres saber cuál fue la reacción en Roma cuando Galba, que había sido proclamado emperador por las legiones en España, entró en la ciudad. Tú no estabas allí entonces, según me dices. Ciertamente tú no estabas, y yo sí. Si esta parte de tu Historia ha de ser auténtica, tienes que confiar en mí. No lo olvides. Indudablemente tienes otras personas que te informan y estudiarás los documentos. Pero si buscas un testigo ocular que entienda o entendió una vez la política, debes entonces confiar en mí. Por esta razón no debes olvidar tus buenos modales.

No pretendo saberlo todo, pero te puedo prometer que no pretenderé tampoco tener más conocimiento del que realmente poseo. Lo que oigas de mi boca será auténtico, porque es la boca del «caballo» que lo vio, como decimos en estas regiones bárbaras, donde se tiene al caballo en alta estima. Debes permitirme que lo aborde a mi manera. Los años y mis amargas experiencias me han privado de los dones literarios de los que estuve tan orgulloso una vez.

Me pregunto qué sabes, realmente, de la muerte de Nerón. Hay más de una docena de historias que han circulado por todas partes, y no son menos, por supuesto, las que afirman que no murió, sino que se escapó. Recordarás que, en los años que siguieron, aparecieron al menos media docena de Nerones. Y, ¿qué piensas de esto, si por casualidad lo mencionas? Tal vez no lo hagas, porque pone de relieve algo que no estarías dispuesto a aceptar. Estos falsos Nerones consiguieron todos ellos apoyo de la gente del pueblo, cada vez que cada uno de ellos se presentó. ¿Por qué? Porque, aparte de la clase senatorial a la que tú y yo pertenecemos (tú inciertamente, si no te importa que lo diga), Nerón era popular. Y no solamente entre la chusma. Personas respetables de las provincias lo tenían en alta estima, no les había hecho ningún daño, habían prosperado durante su mandato y los griegos, especialmente, admiraban y hasta amaban a un emperador que tanto valoraba la cultura griega.

Nerón se encontraba en una villa en la bahía de Nápoles cuando se enteró de la rebelión en las Galias. Reaccionó de la manera acostumbrada: no hizo nada. Los soldados le aburrían y decidió que éste era un motín que se podía apaciguar con la promesa de un generoso donativo, para cuyo ofrecimiento dio poderes al gobernador de la Galia Ludgenense, G. Julio Vindex. Eso demuestra su indiferencia hacia lo que estaba ocurriendo. Si hubiera escuchado el informe que se le envió, habría sabido que el propio Vindex era el cabecilla de la rebelión. Pero estaba entretenido charlando con el arquitecto cuando el mensajero le trajo la noticia y le escuchó sólo a medias, si es que le escuchó.

Pasaron varios días hasta que se enteró de que la rebelión no se limitaba a las Galias, donde, no obstante, la cuestión estaba equilibrada, porque Lucio Virginio Rufo, el gobernador de Germania Superior, se opuso a Vindex. Esta noticia consoló poco a Nerón, porque no estaba claro si Rufo era todavía leal o actuaba por cuenta propia.

Una rebelión es como una epidemia. Una vez iniciada, explota por todas partes y se extiende rápidamente. Las legiones españolas no estaban dispuestas a ser menos que sus colegas en Galia y Germania. Ellas también deseaban rechazar a Nerón.

El gobernador de España era Servio Sulpicio Galba, un veterano general de más de setenta años de edad, con fama de ser un hombre hábil y que, ciertamente, en diferentes momentos de su larga carrera, había justificado esa reputación. Se veía ahora obligado, o bien a escuchar a sus tropas o a domeñar el motín. Se inclinó hacia la primera opción y se proclamó a sí mismo «legado del Senado y del pueblo romano», aunque ni el Senado ni el pueblo romano lo habían nombrado legado.

Mientras tanto, en la Galia, Vindex y Rufo habían llegado a un acuerdo. No duraría mucho. Los dos ejércitos se desintegraron y Vindex se suicidó. Pero mientras el resultado final era incierto, Galba se aprovechó de la oportunidad que ahora se le ofrecía.

Así que Nerón perdió Hispania. Al principio estaba un poco afectado. «Hispania está muy lejos —dijo—. Y la Guardia Pretoriana, de la cual me he ocupado con tanto cariño, no me abandonará.»

Tal vez no lo habrían hecho si hubiera vuelto inmediatamente a Roma, ido a su campamento y apelado a su lealtad, y naturalmente a su ambición. El hermano de Vespasiano, Flavio Sabino, prefecto de la ciudad, temía que esto sería exactamente lo que haría. Había ya decidido que había que deshacerse de Nerón. Así que le mandó un mensaje al emperador diciendo que Roma estaba tranquila, que no había motivo para sentir ninguna ansiedad y que se decía que las rebeliones en Galia e Hispania se estaban ya apaciguando. Es más: le pidió al prefecto pretoriano, Ninfidio Sabino, que le mandara un mensaje similar; eran primos y creo que Ninfidio esperaba conseguir el Imperio para sí mismo, aunque Flavio estaba decidido a impedirselo.

Esto era, precisamente, lo que Nerón quería oír. Así que abandonó sus planes de ir a Roma y se entregó a la juerga. Pero, en un gesto destinado a impresionar al pueblo con un alarde de energía y determinación, se nombró a sí mismo cónsul único.

Todo esto le dio tiempo al Senado para actuar. Una vez recibieron confirmación de que Galba controlaba su ejército y había emprendido el camino hacia Roma, y habiéndoles asegurado Flavio y Ninfidio que los pretorianos estaban dispuestos a abandonar a Nerón, a cambio de una recompensa adecuada, se reunieron y con gran atrevimiento declararon a Nerón «enemigo público», que merecía ser castigado «al estilo antiguo».

—¿Qué quiere decir esto de «al estilo antiguo»? —preguntó Domitila.

—No lo sé exactamente —dije yo—, pero me imagino que algo desagradable. Nuestros antepasados podían ser más bien duros, ¿sabes?

—Yo os lo puedo decir —dijo Domiciano—. Os lo puedo decir exactamente. —Sonrió. ¿Recuerdas, claro está, esa sonrisa, como la una culebra?—. Los verdugos dejaban al hombre condenado desnudo, metían su cabeza en un tenedor de madera y lo azotaban hasta causarle la muerte. Podemos estar seguros de que a Nerón no le gustará. Estoy convencido de que sus gritos se oirán en Ostia.

—Es horrible. Pobre Nerón —replicó Domitila—, pobre cualquiera que tenga que sufrir un castigo así. ¡Qué brutos eran nuestros antepasados! A él no le tratarán así, ¿verdad?

—No —dije yo—. Después de todo es el emperador. La gente del pueblo nos perdería todo el respeto si un emperador fuera ejecutado de una manera tan brutal. Me imagino que esperan que la amenaza de una muerte así será suficiente para persuadirle de que se mate él mismo. Cualquiera preferiría una muerte honrosa, por su propia mano, a tal ignominia.

(¡Qué joven era yo, qué inocente! Ahora sé que hay quienes soportarán cualquier cosa, cualquier humillación, cualquier dolor, antes que entregar la vida. A veces hasta admiro tal fortaleza.)

—Dicen que se desmayó cuando se enteró de la rebelión de Galba —dijo Domiciano.

—Dicen todo tipo de cosas —repliqué—. Esta tarde en los baños me dijeron primero que Nerón tenía la intención de invitar a todos los miembros del Senado a un banquete, y después envenenarlos; en segundo lugar, que iba a prender fuego a la ciudad otra vez, pero sólo después de dejar a las bestias salvajes —leones, tigres y todas las demás— sueltas en las calles, para que impidieran la acción de los bomberos, y tercero, que iba a sobornar a las legiones galas, dándoles permiso para saquear cualquier ciudad de su elección. Son todo paparruchas, aunque Nerón sea tan mentiroso y tan inclinado a la fantasía. No hará nada así. La gente dice que está paralizado de miedo.

—Yo he oído otra cosa —dijo Domiciano—, y era que tenía el proyecto de ir a las Galias y enfrentarse a las legiones rebeldes. Sólo que, en lugar de arengarlas de una manera digna de sus

antepasados, se arrodillará ante ellas y sollozará sin parar. Dice que esto suavizará sus corazones. Se sentirán tan conmovidos al ver a su emperador entregándose a su merced que esto les partirá el corazón. ¿Se puede llegar a ser tan despreciable? De hecho, no creo que vayan a reaccionar así. Sí, me imagino que saldrá algún centurión, le cortará el cuello y le clavará un cuchillo en la molleja.

—No lo sé —dije—. Los soldados pueden ser muy sentimentales, al menos eso me dicen. Eso puede ser lo único que le salve, y es un actor de tal calibre que hasta podría salir de ésta. Pero lo que no me puedo imaginar es que tenga la menor oportunidad de llegar a la Galia.

—Pobre Nerón —dijo Domitila otra vez—. A mí me da pena. Sé que ha hecho cosas terribles, pero aun así... No me gusta ver a nadie humillado.

Creo que fue aquella noche cuando, al irme dando un paseo por la ciudad, me tropecé con una de las estatuas de Nerón, con una nota en ella; estaba escrita en griego. «Esta vez es una auténtica competición, Nerón, y una que no puedes arreglar, sino que vas a perder.»

Nadie sabía lo que estaba pasando. Algunos senadores empezaron a lamentar su precipitación cuando se les informó de que Nerón estaba incitando a la gente ordinaria a que se rebelaran y se armaran en su defensa. Entonces, en los baños, uno de mis admiradores —he olvidado cuál de ellos— me aseguró que esto era una tontería, y si no lo era, poco le faltaba para serlo, puesto que no se había presentado ningún recluta. «¿Morir por Nerón? No es muy probable. Ése es el sentimiento popular. Ciertamente, sé que Nerón se estaba preparando ayer para ir a las Galias, pero su principal preocupación era encontrar vagones para transportar sus enseres teatrales y empezó a continuación a organizar que a sus concubinas les cortaran el pelo y que se les dieran escudos y armas como los que usaban las Amazonas. El hombre se está empezando a trastornar y a perder el poco sentido común que le quedaba. Vive en un sueño.» «De eso no hay duda —pensé yo—, pero aún puede convertirse en una pesadilla para el resto de nosotros»; y me apresuré a volver a casa para asegurarme de que todo seguía bien allí y de que mi madre estaba a salvo. Yo ya le había pedido que no saliera de la casa hasta que las cosas estuvieran más tranquilas. Aunque no me podía imaginar que nadie quisiera hacerle deliberadamente daño, pueden suceder accidentes, especialmente cuando alguien como Nerón está dando las últimas boqueadas y la chusma se halla indescriptiblemente excitada, como puede ocurrir en cualquier momento.

¿Fue esa tarde o durante los días posteriores, poco después de acostarme y yacer en mi lecho sin poder dormir, escuchando los continuamente cambiantes sonidos de la noche de la ciudad, que se negaban a entregarse al silencio, cuando oí algo o alguien que arañaba la puerta exterior de nuestro apartamento? Era un sonido suave, de una intensidad calculada, supongo, para no alarmar a nadie. Sin embargo, su persistencia sugería ansiedad, incluso temor. Me levanté, me puse una bata y, cogiendo una porra que guardábamos en un perchero junto a la puerta, escuché el insistente arañar sobre ella.

—¡Ayudadme, por favor! —dijo una voz débil y aguda—. ¡Por favor, dejadme entrar!

No reconocí al joven que entró, dando tumbos, por la puerta, cayendo contra mí. Lo empujé, se tambaleó y se habría desmayado —según pensé— si yo no le hubiera cogido por los hombros y llevado hasta un taburete junto a la mesa. Se quedó sentado un momento, con la espalda apoyada en la pared y las piernas temblando. Tenía la cara surcada de suciedad y lágrimas y lo que podía haber sido sangre, y su túnica estaba rasgada. Entonces emitió un profundo sollozo y se cubrió la cara con las manos, de manera que yo no pude ver sus rasgos, sino sólo una maraña de rizos negros.

Mi madre, a la que despertaron los ruidos, salió (1ce su cuarto y se unió a nosotros. Miró al joven, que había levantado la cabeza con un sobresalto de terror.

—¿Esporo? —dijo ella—. ¿Así que el emperador ha muerto?

—A mis manos —dijo el muchacho—. Tal vez en parte. No lo sé. Espero que no. Fue terrible.

Mi madre me pidió que sacara algo de vino, mientras que ella se ocupaba de calentar lo que quedaba del caldo que habíamos tomado para nuestra cena. Esporo se tomó de un trago la primera copa de vino de Marino, como un viajante sediento bebe el agua de un pozo, y alargó su copa para que le sirviera más. Yo saboreé la mía y le observé. Su mano estaba todavía temblando, y de vez en cuando, aunque debía de saber que, de momento, estaba a salvo, dirigía inquietas miradas a la puerta.

—¿Te siguieron hasta aquí? —le pregunté. Negó con un gesto de cabeza, pero no había certeza, sólo esperanza, en ese gesto.

—Deja al muchacho —dijo mi madre—. Dale tiempo. Está agotado y no es sorprendente. Te dirá lo que te tenga que decir cuando haya comido y bebido.

Puso pan en la mesa y después sopa. Esporo dudó porque la idea de consumir alimento le asqueaba.

—Come —dijo mi madre—. Después bebe más vino. Al fin estaba listo para hablar.

Lo que sigue es su relato. Te aseguro que es auténtico. Escribí su historia cuando había, terminado de hablar y se había quedado dormido. He guardado el documento a lo largo de las vicisitudes de la vida. Tú bien sabes, Tácito, que yo siempre he sido un hombre ordenado que da gran importancia a las pruebas documentales.

Contó la historia de manera entrecortada, con falsos comienzos y cambios de dirección. He tratado de captar la manera en que nos la relató, pero he de admitir que la he ordenado un poco. Después de todo duró hasta que los rosados dedos de la aurora tocaban el firmamento.

Esto fue lo que dijo: «Estaba perdido. Creo que se había estado perdiendo durante mucho tiempo, y ahora había perdido al mundo. Lo sabía pero no quería enfrentarse con la realidad. Así que sus planes cambiaban todo el tiempo y no se podía concentrar en ello porque su mente daba marcha atrás. Una vez hasta llegó a interrumpir una reunión de los consejeros leales que le quedaban porque una de las esclavas de Faón, una virgen de diez o doce años, le había atraído y tenía que poseerla sin demora. Todo esto le hizo suponer que las cosas no eran como eran. Otra vez, cuando estaba dictando una carta que iba a enviar al Senado, una carta en tonos muy elevados y serios, me obligó a que... —lo siento, señora, pero tengo que intentar contarle tal como fue, por mi propio bien, aunque no sé por qué— me obligó a que lo masturbara mientras dictaba. Cuando logró su erección... no, lo siento, no quiero continuar, me parece que os causa repugnancia. Pero ésa es la vida que yo me he visto obligado a vivir durante años, desde que... digamos, desde que me vio por primera vez. Y, sin embargo, podéis creerlo, yo le tenía cariño, podía ser encantador y... mejor es dejarlo.

»Esto era cuando estábamos en la villa de Faón, que está a tres kilómetros de la ciudad, entre la Nomentana y la Salaria. Faón era uno de sus libertos, no lo conocerás. Habíamos venido a Roma el día anterior, nadie lo sabía porque habíamos salido a escondidas por la noche y nadie lo reconoció cuando nos apresuramos hacia el palacio. Tenía un manto sobre el rostro. Entonces fue cuando yo me di cuenta de que todo había terminado y lo único que quedaba por saber era cuándo y dónde. Quiero decir que el hecho de que el emperador no se atreviera a mostrar su rostro en Roma era inconcebible. Esa noche imaginó un nuevo plan. Iba a aparecer en los estrados y suplicar la merced del pueblo, a pedir perdón por todo lo que había hecho que les había desagradado. Tal vez habría salido bien. Eso es lo que yo creía entonces. Dijera lo que dijera el pueblo, era un buen actor, nadie podía representar un papel como él. Yo no he conocido nunca a nadie que pudiera sonar más sincero, cuando lo deseaba, y tenías que conocerlo bien, como yo llegué a conocerlo, para darte cuenta de que cuando se mostraba más humilde y contrito se estaba riendo de los tontos a quienes engañaba. He oído decir que siempre

podía convencer, hasta a Séneca, de su sinceridad, y todo el mundo dice que Séneca es uno de los hombres más sabios. Dicen que hasta el final podía convencer a Séneca. Ahora estaba tan excitado por la idea que hasta dictó el discurso que pronunciaría. Dijo, justo antes de irse a dormir: «¡Quién sabe! Pueden hasta ponerse de acuerdo y nombrarme prefecto de Egipto, si es que no quieren que continúe siendo emperador. Podemos pasarlo muy bien en Egipto, es un país extraordinario».

»Creo que ésta fue la última verdadera esperanza que tuvo. Había bebido, claro está. Todos lo habíamos hecho. Cuando la aniquilación te mira de frente, es natural refugiarse en el vino, ¿verdad?

»Todo cambió la mañana siguiente. Se despertó antes del amanecer y descubrió que su guardaespaldas le había abandonado. Simplemente se había ido a escondidas. Lo mismo habían hecho la mayoría de sus amigos. Quedábamos sólo seis de nosotros. Imaginaos eso, media docena en ese enorme palacio, los pasillos y todos los dormitorios vacíos. Y todavía no era de día. Entonces es cuando habló por primera vez de suicidarse. Fue también la primera vez en que yo me asusté. Hizo llamar a Espículo para que acabara con él. Ése era uno de sus libertos, un gladiador que le gustó, un enorme bruto germánico. Pero Espículo había huido también. Fue entonces cuando Faón sugirió que volviéramos a su villa. Nerón accedió. «Lo único que necesito es un sitio tranquilo donde poder reflexionar», dijo. Así que encontramos caballos y nos pusimos en marcha. Los gallos cacareaban en los alrededores y la neblina era intensa, ofreciendo la promesa de un buen día. Es extraño que eso fuera lo que yo pensé. Pasamos muy cerca del campo de la Guardia, lo cual hizo temblar al emperador. Pero cuando su caballo se espanto al ver un cadáver que yacía en la carretera, y cayó el pañuelo que él se había atado a la parte inferior de su rostro para ocultarse, fue reconocido por un veterano que, asombrado, no por eso dejó de saludarle. Nerón no correspondió al saludo. Creo que tenía la esperanza de que el hombre creyera que estaba equivocado. Cuando nos aproximamos a la villa, Faón, cuyos dientes castañeteaban, ya por el frío de la mañana o por el miedo, sugirió que nos escondiéramos en un hoyo de grava hasta que alguien se adelantara para ver si la villa estaba todavía a salvo. Pero Nerón no quería que se hiciera esto. «Yo no me meteré bajo tierra hasta que me muera», murmuró. Repitió una y otra vez estas palabras como si fuera el coro de una canción.

»Llegamos a la villa. Pero ésta estaba también desierta, excepto por la presencia de la mujer e hijas de Faón. Nerón ni siquiera las miró. Se hundió en un sofá, diciendo: «Esto es el final y no hay ya salvación para el pobre Nerón. ¿Me han declarado ya enemigo público? Pobre Nerón, pobre Nerón. Y yo que tenía planes tan fantásticos». Faón se mantuvo sereno. Instó a Nerón a que se pusiera en camino hacia la costa, donde (dijo) tendría la seguridad de encontrar un barco. «No te entregues.» Todos le dijimos lo mismo. No sé por qué.

»Entonces alguien vino a decir que había visto acercarse a una tropa de caballería. Nerón cogió dos dagas y comprobó que sus puntas estaban afiladas. «¡Qué fea y vulgar se ha hecho mi vida!», dijo, pero aún no podía decidirse a... «Soy un cobarde. Dáme ejemplo, Faón», dijo. Pero Faón hizo un gesto negativo de cabeza. No veía ninguna razón para suicidarse, sólo para alentar a Nerón. Para entonces yo estaba sollozando, lo cual agradó al emperador. También lo estaba Acté, la esclava que era la única de sus mujeres que realmente lo amaba. «Esto me gusta, alguien al menos va a lamentar mi muerte. Alguien, al menos, siente verme en este estado. Pero no me honra el no poder... Vamos, Nerón», dijo, hablando como si no estuviéramos allí, «sé un hombre, compórtate como un hombre». Entonces se puso una de las dagas contra la garganta y empezó a sollozar, y su secretario Epafrodito se adelantó unos pasos y, cogiendo la mano que sujetaba la daga, se la clavó en el cuello. Gorgoteó, trató de hablar, levantó la cabeza y logró decir: «¡Qué artista... un artista demasiado grande como para morir así!». Epafrodito cogió la otra daga y le dio otra puñalada, de nuevo en la garganta. Fue entonces, cuando estaba todavía vivo, que nos encontró el oficial que estaba al mando de la tropa de caballería. Miró a Nerón y dijo: «Tengo órdenes de llevármelo vivo, pero es mejor así». Acté se arrojó a sus pies, sollozando. Agarró sus piernas, y dijo que Nerón le había rogado que no les permitiera que le cortaran

la cabeza, sino que le enterraran con el cuerpo entero. No sé cuándo le hizo esta petición. No le había oído nunca decir esto. Sus ojos habían empezado a salirse de las órbitas. Yo quería cerrárselos, parecía estarme mirando, y no pude. Acté entonces les rogó que le dejaran hacerse cargo de su cuerpo. El oficial contestó que esto no tenía nada que ver con él. Se le había ordenado llevarse a Nerón vivo, pero puesto que estaba muerto, a él no le importaba. «Yo mismo lo arrojaré a una cuneta», dijo. Entonces se marchó rápidamente. Supongo que quería ser el primero en dar la noticia y recibir una especie de recompensa. En cuanto a mí, no podía quedarme allí, era todo tan horrible. Pero he estado temiendo todo el día que alguien me reconozca como el joven de Nerón, y... Ésa es la razón por la que he venido, vos erais la única persona, señora, a la que me podía dirigir. ¿No dejaréis que me hagan nada, verdad?

—Por supuesto que no —contestó mi madre.

A mi madre le rebosaba la compasión. Me contó, después de hacer que Esporo se metiera en la cama, que era un pobre muchacho, víctima de terribles abusos, aunque por supuesto, era mayor que yo.

Le tuvo en nuestro apartamento durante unos cuantos días. Una noche, cuando yo regresé a casa, Esporo se había ido. Durante mucho tiempo mi madre no quiso decirme dónde. Finalmente me enteré de que lo había enviado a casa de los primos de mi madre en Calabria. Me enteré después de que había abierto un burdel en Corinto. Supongo que era lo único que sabía hacer. Aunque mi madre no se enteró, yo tengo mis razones para suponer que Esporo había escondido algunas de las joyas que le había regalado Nerón y que las rescató en algún momento para costear su empresa. En mi opinión, se las había ganado con creces.

Confieso que compuse mi última carta con la intención de irritar a Tácito. La simpatía expresada hacia Esporo le enfurecería sin duda alguna. Odia todo lo que huele a degeneración, y a veces habla como si las pobres criaturas como Esporo fueran responsables de su propia desventurada condición. Es realmente ridículo. De hecho, a pesar de todas sus cualidades, su Historia adolecerá de falta de imaginación. No se puede nunca poner en el lugar de otra persona.

Pero ya he dicho suficiente con respecto a Nerón, un tipo desdichado y hortera, a fin de cuentas. Es apropiado hacer un último comentario y debo acordarme de comunicárselo a Tácito en mi próxima carta: Nerón mintió hasta el final al afirmar que con él moría un artista. El caso es que él nunca fue un artista, él simplemente fue artístico.

Ahora Galba.

¿Cuánto le diré de él?

Mucho, porque Galba siempre ha sido una especie de héroe para mi amigo Tácito. En los últimos años, cuando estábamos juntos en el Senado, le he oído hablar de la nobleza de Galba y de sus grandes servicios al Senado antes de que consiguiera la corona imperial. Ha llegado a decir que, si se le hubiera dado la oportunidad y con mejor fortuna, Galba habría sido un gran emperador, siendo en el fondo un republicano y un hombre respetuoso del Senado. No le gustó nada cuando yo hice la observación de que todo el mundo habría considerado a Galba merecedor del Imperio si no hubiera sido nunca emperador.

De todas maneras, aunque no le gustó lo que dije, no podía negar que era verdad. Hasta le vi tomar nota de mis palabras. Sería gracioso que las repitiera en su Historia.

Y no es que me importe mucho que me copie lo que digo. Cuanto más me copie, mejor será su Historia, y yo no tengo deseo de fama literaria. ¿Qué haría con ella aquí?

Pero volvamos a Galba: era exactamente el tipo de gilipollas que despertaría admiración en Tácito. Galba estaba inmensamente orgulloso de su linaje, tan orgulloso que lo adornaba y, en una inscripción pública, lo remontó hasta Júpiter por parte de padre y a Pasifae, la esposa del rey Minos de Creta, por la de su madre. Yo nunca he tenido paciencia con esas tonterías. Su abuelo fue uno de los asesinos de César, que se asoció a la conspiración porque no se le había nombrado cónsul... El abuelo del futuro emperador escribió un inmenso e ilegible libro de historia, pero no recuerdo exactamente el tema. Y su padre era un jorobado. Corría el rumor de que cuando se acostó por primera vez con su futura esposa —creo que se llamaba Acaica y descendía de aquel Lucio Memio que vergonzosamente saqueó Corinto, destruyendo muchas cosas de interés histórico y artístico— se desnudó hasta la cintura, revelando su joroba y diciéndole que nunca le ocultaría nada. Si mantuvo esta promesa, fue un caso único entre el gremio de los maridos...

El futuro emperador nació unos diez años antes (le la muerte de Augusto. Tenía un hermano mayor que se arruinó y se degolló porque Tiberio rehusó darle un puesto de mando en las provincias, que él no merecía, pero con el que había contado para sanear su fortuna, exprimiendo al máximo a los habitantes de la provincia al estilo de los viejos republicanos, tal como lo hacía el archihipócrita Marco Bruto. A Galba le gustaba que corriera la voz de que cuando él era un niño, Augusto le había profetizado un gran futuro, hasta el punto de que finalmente sería emperador. Esto era pura fantasía, porque todo el mundo sabe que Augusto estaba decidido a mantener la sucesión dentro de su propia familia y, en cualquier caso, siempre tenía el cuidado de referirse a sí mismo como *princeps*, y no *imperator*, un título que, según él decía, tenía un sentido puramente militar.

De todas maneras, hubo signos de que Galba estaba destinado a realizar grandes cosas. Cuando su abuelo, el historiador, estaba un día llevando a cabo sacrificios, bajó un águila del cielo que cogió las

entrañas de sus manos y se las llevó a una encina cargada de bellotas. El jorobado dijo que esto presagiaba un gran honor para la familia. El historiador se mostró más escéptico. «Sí —dicen que dijo—, ¡el día que una mula para!» Más adelante Galba hizo saber que una mula había parido el día que él se enteró de la rebelión acaudillada por Vindex, y decidió que esto le daba la oportunidad de aspirar al Imperio. A esta historia se le otorgó gran crédito, ¡no hay nada como la credulidad!

Alguien le contó una vez a Tiberio que Galba sería finalmente emperador, cuando fuera viejo. «Eso no me preocupa nada», contestó el verdadero emperador.

Todo esto lo he dicho de paso y no tengo la menor duda de que Tácito conoce ya estas historias y las repetirá, si le conviene.

Una razón por la que mi amigo admira tanto a Galba es que lo veía como un ejemplo de la virtud republicana al estilo antiguo. Por ejemplo, le encantó enterarse de que Galba practicaba la antigua costumbre de congregar a los esclavos de su casa, por la mañana y al atardecer, para que le dijeran buenos días y buenas noches. Una costumbre que carecía totalmente de sentido, en mi opinión.

Galba le hizo la pelotilla a la Augusta, Livia, cuando él era joven y creía que le dejaría algo en su testamento. Algunos decían que era para agradarla, cuando era edil a cargo de los Juegos, por lo que introdujo el espectáculo de elefantes caminando por la cuerda floja. Eso es ridículo; a Livia Augusta nunca le gustaron esas estupideces.

Tuvo una larga carrera dedicada al servicio público y no lo hizo mal, pero nunca tan bien como para suscitar la envidia de los emperadores. El hecho de que sobreviviera a Cayo Calígula y a Nerón es, en mi opinión, prueba de su esencial mediocridad. Pero le gustaba presentarse como un ordenancista de la vieja escuela. Por ejemplo, cuando era gobernador en España, hizo crucificar a un ciudadano romano de quien se decía que había envenenado a su pupilo, aunque se dice que las pruebas fueron suministradas por personas que tenían interés en que se condenara al hombre. Galba respondió a las quejas de los que creían que no se debía crucificar a un ciudadano ordenando que la cruz fuera más alta que las demás y encalada, para hacerla aún más conspicua. Galba se casó sólo una vez. Sentía antipatía por su mujer, que se llamaba también Livia, según recuerdo, y no hacía caso de sus hijos: no se inmutó cuando murieron jóvenes. Pero hipócrita como era, alegó que el amor que le había profesado a su difunta mujer fue la razón por la que nunca se volvió a casar. De hecho, no le gustaban las mujeres, ni ciertamente los muchachos jóvenes, sino los hombres maduros. Como todo el mundo desprecia al hombre que, aun siendo adulto, hace el papel de la mujer en la cama, ocultó esta inclinación lo mejor que pudo hasta que llegó a ser emperador. Entonces cayó presa de tal excitación cuando le llegó la noticia de la muerte de Nerón que cogió a su liberto Icelo, un bruto de tez morena y bien parecido, lo besuqueó y le pidió que se desnudara enseguida y le proporcionara placer. Me pregunto qué consecuencia sacará Tácito de esa historia. Ninguna, me atrevo a decir.

Fuera como fuera, mi querido Tácito, y pienses tú lo que pienses, todos esperábamos con temor la llegada de Galba a la capital. Llegó el rumor de que su camino hacia ella fue lento y manchado de sangre. Aquellos de quienes se sospechaba que su nombramiento no les había entusiasmado fueron «eliminados». Varro, cónsul electo, y Petronio Turpiliano, un hombre de rango consular, fueron ambos asesinados. O eso oímos decir.

Entonces los pretorianos se agitaron. Echaban ya de menos a Nerón, que los había tratado con tanta indulgencia. Su prefecto Ninfidio vio en la actitud que adoptaron su oportunidad para aspirar al Imperio. Se aseguró de que se habían enterado de la respuesta de Galba a su petición del acostumbrado donativo: «Yo elijo a mis soldados; no los compro». Domiciano me dijo: «Qué tonto debe de ser el viejo; los generales han tenido que comprar sus tropas desde los días de Pompeyo. Sé suficiente historia para saber eso, aunque no entierre mi nariz en el asunto, como lo haces tú. Sólo Tiberio podía expresar tales sentimientos y sobrevivir a ellos. Pero Tiberio era un gran general, cosa que Galba no es, y un hombre de incomparable autoridad». Ésta no fue la primera vez que oí a Domiciano hablar con tanta admiración de ese emperador, sobre el cual, como tú sabes, iba a rumiar mucho y con gran afecto, en años futuros. Los republicanos del viejo estilo (de tu estilo, querido) ronronean al repetir con tono de admiración lo que consideran «los más nobles sentimientos de Galba», que ciertamente inspiraron a Ninfidio a promover una sublevación. Durante un par de días fue dueño de la ciudad; Flavio Sabino le dijo a su sobrino Domiciano que durante esas horas estuvo dominado por el temor de la muerte, aunque Ninfidio era su primo.

Pero llegó la noticia de que las tropas de Galba estaban a un día de marcha de Roma. Aquellos de los pretorianos que habían prestado oídos a la seducción de sus prefectos sentían ahora pánico. A pesar de su reputación, muy pocos de ellos habían tenido alguna experiencia de guerra reciente, y a ninguno le apetecía que se produjera en ese momento. Cuando Ninfidio entró en el campamento para arengarlos, le hicieron callar. Él se retiró alarmado, seguido por una lluvia de juramentos y proyectiles. Yo le vi con la cara pálida y temblorosa, empujado por las multitudes, cuando se abrió paso a través del Foro hacia su propia casa, donde esperaba encontrar refugio. No lo logró. Una tropa de caballería, ya la vanguardia de Galba, ya soldados especialmente comisionados por los senadores republicanos —nadie sabía quiénes ni entonces, ni más tarde— se abrió paso a través de la chusma, que se apartó y huyó después aterrada, y acabó con él. Arrastraron su cuerpo a la roca Tarpeya y lo lanzaron al vacío, ya sin vida, una representación puramente simbólica del viejo castigo aplicado a los traidores.

Por la tarde el Foro estaba desierto. Era un día gris de invierno y el temor se mantenía suspendido sobre nuestras cabezas, como la helada. Yo no pude volver a través del río; en las esquinas de las calles y también en los puentes se podían ver destacamentos de soldados, y nadie podía afirmar quién los dirigía, si es que los dirigía alguien. Los pobres desgraciados estaban sin duda tan perplejos como la masa de los ciudadanos. Pero, en su confusión, eran peligrosos. Era difícil adivinar quién y cómo les podía ofender o hacia quién se podían volver, dominados como estaban por el temor. Yo me retiré, esperando simplemente que mi madre no hubiera salido de nuestro apartamento. Así que, por estrechos callejones y rutas cuidadosamente elegidas, me encaminé a la casa en la calle de las Granadas, donde Domiciano y Domitila vivían con su tía. Me alegré de encontrarlos a todos a salvo, pero, aunque Domitila me miraba con ojos de tierno amor, no nos atrevimos a abrazarnos en presencia de los demás. Fue difícil, en mi agitado estado de ánimo, estar con ella cuando me estaba prohibido tocar su carne, cogerla en mis brazos, sentir sus labios contra los míos y sentirme sosegado en el cobijo de nuestro amor. Domiciano estaba sentado junto a la ventana, formando un ángulo con ella,

capaz de ver lo que ocurría fuera y creyendo que a él no se le podía ver desde la calle. Estaba bebiendo vino y mordiéndose las uñas. Yo les describí lo que había visto en la calle, en la cual se iba desvaneciendo ahora la luz del invierno. Domiciano habló en voz alta para impedir que su tía encendiera las lámparas. Dijo que era más seguro continuar sentados en la oscuridad.

—¿Pero por qué vais a estar en peligro? —preguntó la tía.

No pudimos contestar a esta pregunta, porque no había razón por la que nosotros, en particular, gente sin importancia, tres jóvenes y una anciana dedicada a las buenas obras y a la práctica de la religión, tuvieran que tener miedo. Y, sin embargo, lo teníamos.

Ya en una oscuridad casi total, se oyeron pasos en la escalera y unos golpes con los nudillos en la puerta, que Domiciano había cerrado con triples cerrojos después de mi entrada. Hizo señas en la penumbra para que no respondiéramos, pero entonces se oyó la voz de su tío Flavio Sabino.

Había venido solo, sin esclavos o alguno de los hombres que tenía a sus órdenes. Aunque no dijo que iba buscando refugio, ése era indudablemente su propósito al venir a casa de su hermana. Tal vez no estuviera en peligro. Pero dado que era un hombre público en un puesto responsable, temía estarlo, y prefería ocultarse hasta que la situación, fuera ésta la que fuera, se resolviera.

Le violentaba no poder contarnos lo que estaba pasando. Lo único que decía era: «Yo le advertí a Ninfidio que los pretorianos le abandonarían. Porque, ¿a quién han sido fieles alguna vez?». Pasamos la noche sentados y despiertos. Mis propios sentimientos eran confusos, agitados. Durante unos instantes sentía el contagio de los temores de Flavio, y los siguientes, al vislumbrar el perfil de la muchacha o sentir la suave presión de sus senos cuando se inclinaba sobre mí para mirar por la ventana, se apoderaba de mí un deseo casi incontenible. ¿Hay algo, te pregunto, en el otoño de la vida, que produzca una palpitación en los nervios más rápidamente que el traer a la memoria recuerdos de deseos juveniles? Traer recuerdos no es la expresión correcta: se presentan, sin que se los llame, igual que sueños urgentes. *Cuántos recuerdos, cuánto pesar*, como dicen los griegos.

Galba entró en la ciudad el día siguiente. Sin vacilación, se vengó de esas tropas que no le habían prestado la debida sumisión, abierta e inmediatamente. Cuando algunos marineros a quien Nerón había armado dudaron en obedecer la orden de volver a las galeras, Galba mandó a su caballería hispana que disparara contra el grupo de hombres que protestaba. Así que los reunieron, los alinearon contra un muro y los diezmaron. Esto era, anunciaron los partidarios de Galba, prueba de su vieja virtud. «Diezmar las tropas es un viejo procedimiento republicano», dijeron, asintiendo con las cabezas.

Cuando se restableció al menos la apariencia de paz y orden y era claro que Galba estaba al mando de la ciudad, Flavio Sabino fue a presentarle sus respetos y, con gran sorpresa suya, fue confirmado en su puesto.

—A pesar de esto —dijo Domiciano—, no está tranquilo. Dice que el poder de Galba para retener lo ganado es incierto. Dice también que el viejo está completamente controlado por tres miembros de su personal a quien mi tío llama «las nodrizas del emperador».

—Es peligroso —dije yo— hablar de ellos de esa manera. ¿Y quiénes son?

—No sé mucho de ellos. ¿Cómo lo voy a saber? Se me ha mantenido en esta vil oscuridad. Uno de ellos se llama Tito Vinio. Creo que era también general en Hispania. Otro es Cornelio Laco...

—Oh —dije—, seguro que sabes quién es. Solía ser un oficial del Tesoro, y lo has debido de ver en los baños, echándole el ojo a los de la lucha libre. Es muy alto, más bien gordo, calvo, con una nariz grande, y anda como una mujer. Bueno, sus gestos son también como los de una mujer.

—Entonces, debe de tener muchas oportunidades para satisfacerlos —dijo Domiciano—, porque se le ha nombrado prefecto pretoriano, el sucesor de Ninfidio. Puede ordenar a cualquier musculoso soldado que comparta su lecho. Y por lo que se dice de los soldados pretorianos, no tendrá ninguna dificultad en encontrar conformidad. Es una vergüenza —añadió haciendo un gesto con la nariz—. Y,

naturalmente, la tercera nodriza es Icelo, de quien todo el mundo dice que es quien comparte el lecho con nuestro emperador. Se le ha hecho miembro del orden ecuestre, dicho sea de paso, y lleva tantas joyas y pulseras de oro que parece que está en el escenario de un teatro. No me parece que el nuevo régimen vaya a ser más virtuoso que el de Nerón. ¿Cuánto tiempo durará?

Todo el mundo se estaba haciendo esa pregunta. Había ya rumores circulando por el Foro y los baños de que las legiones germánicas se negaban a reconocer a Galba y querían elegir un emperador entre los suyos.

—Eso es mal asunto para nosotros —dijo el tío de Domiciano.

Yo no me di cuenta inmediatamente de lo que quería decir.

—¿No dependerá eso de quien elijan? —pregunté. Él me miró como si fuera tonto.

También debo corregir esta carta. Hay demasiado en ella que es personal, que puede ser indiscreto o ligeramente ofensivo.

También Tácito puede creer que soy tonto. Tiene la ventaja de mirar en retrospectiva. Los historiadores, al saber lo que pasó, pueden juzgar fácilmente con dureza. Pero incluso ahora no creo haber sido obtuso al no darme cuenta, en las primeras semanas del breve reinado de Galba, de que mis amigos Flavios habían puesto ya los ojos en el Imperio. ¿Por qué debía haberme dado cuenta de esto? Nunca se me dio la ocasión de pensar en Vespasiano más que como una persona mediocre y malcriada. Aunque Tito había hablado de sus propias ambiciones, yo nunca supuse que perseguían el sumo poder y, aunque había hablado del «talento del viejo para llegar siempre un poco más allá de lo que ninguno esperaba de él», sin embargo, no podía concebir que un hombre a quien los de las provincias habían apedreado con verduras podridas podía aspirar a ostentar la púrpura.

De hecho, y por varias conversaciones, indirectas y especulaciones, de las cuales había muchas en aquellos tiempos febriles, yo estaba persuadido de que si los ejércitos orientales iban a seguir la nueva moda y elegir un emperador de los suyos, elegirían a L. Muciano, no a Vespasiano. Como gobernador de Siria, Muciano era, nominalmente, el superior de Vespasiano. Le superaba también en linaje y hazañas. Sin embargo, cuando le sugerí todo esto a Flavio Sabino, afirmando que si Galba no lograba establecerse, su sucesor tal vez fuera Muciano, por delante de quienquiera que eligieran las legiones germánicas, su contestación fue brusca.

—Tú no sabes nada de esto, muchacho. De momento, de todas maneras, no habrá movimiento procedente de las legiones estacionadas en Oriente. Querrán ver cómo se desarrollan las cosas en Roma y más allá de los Alpes. Pero Muciano no serviría. Hemos tenido más que suficiente de ese tipo de hombre. Los soldados quieren un hombre hecho y derecho como emperador, y preferiblemente uno que tenga hijos propios.

Entonces sonrió y me dio una palmadita en el hombro.

—Perdóname por echarte una bronca —dijo—, pero sería mejor si no fueras por ahí hablando con tanto entusiasmo de Muciano. Correrías, también, menos peligro.

Ése era el estilo de Flavio Sabino. Podía ser contundente, pero como era amable por naturaleza, siempre trataba de suavizar su reprobación. Poseía una cortesía natural y unos modales pulidos de los que carecía su hermano Vespasiano. Sin embargo, había pasado tantos años en el campamento como el propio Vespasiano. Había servido bajo las órdenes de Corbulo en Armenia y, a pesar de distinguirse en el campo de batalla, no tuvo que sufrir el oprobio de Corbulo y retuvo la confianza de Nerón. Hasta el propio Nerón reconocía que este hombre, con el pelo cortado casi al cero y una boca inclinada hacia abajo, rasgos que parecían expresar su alejamiento de cualquier tipo de ilusión, era digno de confianza y honorable. Nerón nunca hacía bromas a costa suya. En el curso de los meses siguientes llegué a comprender la abnegada determinación con la cual Flavio Sabino promovió el interés de su familia; digo abnegada porque nunca buscó el primer lugar para él. Pero, de la misma manera, nunca dudé que le impulsaba también su idea de lo que era mejor para Roma y el Imperio.

Cuando habló de la necesidad de esperar y ver como se desarrollaban los acontecimientos en Roma, esto era, según yo me di cuenta, porque estaba ultimando un plan gracias al cual esperaba que su familia pudiera asegurarse el Imperio sin necesidad de una guerra civil.

Domiciano me dio la noticia.

—No es justo —dijo—. ¿Sabes lo que mi tío está tratando de hacer. Está tratando de persuadir a Galba para que adopte a mi hermano como heredero. ¿Por qué Tito? ¿Por qué tiene que ser siempre Tito? ¿Por qué se me deja siempre de lado o no se me hace caso, como si no tuviera importancia?

—Tienes la desgracia de ser un hijo más joven. Es el sino de esos hijos, ser relegados a un segundo lugar. —No es justo —repitió una y otra vez. ¡Qué cansado estaba yo de oír ese estribillo!

Domitila dijo que él era un hombre descontento y no podía evitarlo. No se le podía censurar por su descontento. Recibí una carta de Tito, escrita con la clave que compartíamos. Yo tenía la carta delante de mí, pero no se la quería mandar a Tácito, era demasiado persona. Leerla ahora me produce turbación.

Pero hay un párrafo que a lo mejor le dejo ver:

... confío en ti para que me mantengas informado de una situación que debe de estar cambiando con inconcebible rapidez. Tú tienes la perceptiva inteligencia que te permite penetrar por debajo de la superficie de las cosas y comprender el significado de lo que otros ven sólo superficialmente. ¿Qué se está tramando? Sé que mi tío espera persuadir a Galba para que me nombre su heredero, y debo decirte que esta esperanza la comparte mi estimado padre. Pero no ocurrirá. Yo he hablado de esta posibilidad con Lucio Muciano, que —te hará gracia saberlo— me profesa un particular afecto, aunque yo soy unos años mayor que el lampiño Ganimedes de cuya compañía disfruta y que le sirve de deleite en sus más bien excesivas horas de ocio. (Tiene muchos méritos este Muciano, pero la habilidad de trabajar mucho y duramente no es uno de ellos.) Pero sea como sea, yo admiro su sagacidad, la perspicacia de su inteligencia. Es evidente que no redundará en provecho mío el que Galba lo nombre su heredero. «El Imperio —dice— no es ahora la responsabilidad de un solo hombre. Se sostiene sobre las puntas de las espadas de los soldados. Ser nombrado por Galba es estar condenado al fracaso y a una muerte temprana. César y Augusto ganaron sus puestos supremos por la fuerza de las armas y el ejercicio de sus habilidades políticas. Estamos otra vez en la misma situación en que estaban ellos: la República en ruinas y todos compitiendo por ella. Pero créeme, amado joven, solamente cuando se ha derramado mucha sangre y librado muchas batallas se puede restaurar la estabilidad.» Es asombroso que un hombre a quien le gusta reposar en suavidad perfumada pueda hablar con el tono de una mañana despejada y fría. Pero no te estoy pidiendo que convenzas a mi tío de que desista de sus empeños, aunque sólo sea por la razón de que no lo logres y él considere extraño, hasta sospechoso, el que lo intentes. En cualquier caso, no perjudicará a nuestra causa el que el pueblo oiga que se menciona mi nombre en ese contexto. Mientras tanto, lo más urgente aquí es acabar con esta ridícula rebelión de los judíos, para que estemos libres (le ponernos en marcha hacia Italia cuando el momento sea oportuno.

Tácito se queja de que mis informes son inconexos, que me pierdo en reminiscencias personales, irrelevantes para la importante materia de esta Historia. Indudablemente tiene razón. Sin embargo, cuando estoy aquí sentado, experimento mayor placer, un aceleramiento en la circulación de mi sangre, al evocar mis relaciones con Domitila y las fantasías relacionadas con ella, que al relatar el deprimente y brutal catálogo de crimen y sufrimiento que tiene el nombre de I Historia. Además, es solamente cuando me pierdo en el recuerdo de momentos eróticos cuando el pasado me parece real. Pero volvamos al trabajo.

Tácito, haces bien en reprenderme. Trataré de no divagar.

Yo estaba en el Foro el día que se confirmó la noticia de la rebelión de las legiones germánicas. Hacía un frío intenso, siendo como era la primera semana de enero, y había nieve en las colinas por encima de Albano. La confirmación procedió del procurador de Bélgica, en un informe enviado al Senado. Creo que su nombre era Pompeyo Propincuo, pero no sé cuál era su relación con el gran Pompeyo. Informó de que las tropas en la frontera germánica se habían negado a aceptar a Galba como emperador. No dio, prudentemente, ninguna razón. Algunos decían que era por la edad de Galba, otros por su reputación de tacañería. La mayoría, sin embargo, pensaba que era simplemente porque no era su general y que por esa razón tenían poco que esperar de él. Ellos no habían elegido todavía un emperador, pero en su lugar exigían que el Senado y el pueblo romano nombrara a uno que les agradara a todos.

—Ésa es la postura oficial —dijo Domiciano, tirándome de la manga—, pero yo sé algo más. Sé por fuentes bien informadas que, aunque han prestado un juramento de lealtad al Senado y al pueblo romano, tienen otros planes.

—Pues sí, los deben de tener —dije yo—. Todo el mundo sabe que, tal y como están las cosas, un juramento así no significa nada. ¿Pretenden que la Guardia elija al emperador?

—Ésa no es la opinión de mi tío. Dice que no saben lo que quieren, sólo saben que no quieren a Galba.

—¿Qué otra persona hay?

Domiciano se rió:

—Yo pensé que seguramente tú lo sabrías. Tú siempre te enorgulleces de estar un par de pasos por delante del juego. Pero esta vez estás bastante detrás de mí.

Y se fue pavoneándose.

La verdad era, o eso es lo que me parecía a mí, joven e ignorante, que mi pregunta era buena. El nuevo general de las legiones en Germania era Aulo Vitelio, y me parecía imposible que los soldados supusieran que era capaz de gobernar el Imperio. Era cierto que yo no había conocido a Vitelio pero había oído a mi respetable madre hablar con frecuencia de él y siempre despreciativamente. Había sido el favorito, observó, en la sucesión de Cayo Calígula, Claudio y Nerón, lo cual prueba que era un hombre de carácter mezquino y despreciable. Actuaba a menudo como proveedor de vírgenes para el primero y el tercero de estos emperadores y fue su adicción a toda forma de vicio lo que le había asegurado el ininterrumpido favor de Nerón, que podía perdonarlo todo, excepto la virtud. Se decía

que había malgastado tres fortunas, la última de ellas aportada por su esposa más reciente, y que había tenido que empeñar las joyas de ésta para subvencionar el viaje que tuvo que hacer para ponerse al frente de las tropas germánicas.

Pero en la febril atmósfera del Foro, nada era imposible. En cualquier caso, se decía que Vitelio sería una marioneta y que sus dos legados, Fabio Valens y Alieno Cecina, eran hombres capaces y populares entre la tropa.

Así que los rumores iban de un lado a otro y todo el mundo estaba calculando hacia qué lado decantarse.

Fue en aquellos días de irrealidad y temor cuando Tito llegó de repente a Roma, enviado cuando su padre cedió a la insistencia de su tío de que había una auténtica probabilidad de que a Galba le gustara el joven y le nombrara su heredero. Su venida me dejó perplejo, debido a su carta más reciente.

Estuvo en Roma dos días antes de venir a verme a casa de mi madre, donde yo estaba confinado con un fuerte catarro. Mi madre le dio la bienvenida, nos trajo vino y nos dejó solos.

Por primera vez la distancia se alargó entre los dos. En los treinta meses pasados desde que nos habíamos visto por última vez, Tito había engordado, y yo tenía barba. Era imposible sentir lo que habíamos sentido antes.

Por tácito acuerdo no nos demoramos en lo que había tenido lugar antes, aunque Tito me dio las gracias por mis cartas que, según dijo, habían sido más útiles para él que ningún otro informe que había recibido.

—A mi padre le han parecido también bien —dijo.

—Supongo que no habrás...

Hice una pausa, mientras recordaba algunos de los pasajes de mis primeras cartas, antes de que Domitila hubiera sustituido a su hermano como objeto de mis afectos.

—A mi padre no le importan ninguna de esas cosas —me respondió, y alargando el brazo, pellizcó el lóbulo de mi oreja entre los dedos pulgar e índice—. Yo no te he sido fiel —dijo, sin darle importancia—. Los jóvenes griegos, de los que hay gran abundancia en Antioquía, son demasiado atractivos y muy dispuestos a agradar también. Igual que las muchachas griegas, si he de ser sincero. Rizos brillantes y piel reluciente. Una delicia. Tienes que venir a Oriente conmigo. Te llevaría a mi regreso si no fuera por este jaleo que hay ahora en Roma (y el valor que doy a tus informes y tus acertados juicios). Espero que puedas impedir que mi hermanito se ponga en ridículo.

—¿Iría todavía en contra de tus intereses el que Galba te nombre como su heredero y compañero en el Imperio...?

—«El compañero de mis fatigas.» Eso, como indudablemente recordarás, querido mío, es lo que Tiberio llamaba a Sejano, justo antes de que lo matara. No, no quiero eso. Galba es un viejo hijo de puta que no es capaz de dar nada.

—Tienes razón —dije yo—. Está acabado casi antes (le haber empezado).

Me sorprende que yo pudiera estar tan seguro. Pero entonces debes reconocer, mi querido Tácito, que hasta que fallé en mis cálculos de una manera que ahora encuentro explicable, si no merecedora de perdón, mostré una rara habilidad para juzgar a los hombres. Las cualidades del propio Galba ya no tenían razón de ser. No pareció comprender el mundo en el (e se encontraba: su afirmación de que estaba al frente de los soldados, pero no compraba su lealtad, es prueba suficiente. Y los hombres de los que se rodeó eran gente de tercera categoría. No había ciertamente futuro en Galba; era como un actor esperando que lo hicieran salir del escenario.

—La cuestión es... —Tito continuó acariciándose la mejilla con aire distraído, como si el contacto con una carne deseada una vez estimulara sus procesos mentales—. El asunto es... —repitió, y entonces rompió a reír—. De momento, amado mío, el asunto que realmente me preocupa es si

debemos bebernos otra botella de vino.

Más tarde, aquel mismo día, habló de la rebelión judía. Este asunto le fascinaba, mientras que la lucha por la sucesión aquí en Roma parecía solamente causarle fatiga.

—Hombrecillos —dijo—, sin noción de lo que significa el Imperio.

—Yo tampoco entiendo eso —le repliqué—. Lo que quiero decir es que me parece que entramos dando tumbos en el Imperio, lo adquirimos en un momento de falla mental, sin ningún otro deseo que una inmediata gratificación, y tal vez la oportunidad de apoderarnos de los despojos de Asia.

—Eso es verdad —admitió—, pero hay algo más que eso y ésa es la razón por la que desprecio tanto a tipos como Galba y Vitelio, y sé que, si esperamos el momento oportuno y nos mantenemos tranquilos, solamente nos molestarán durante un corto espacio de tiempo.

Mientras le escuchaba, sentí algo que no había notado antes en Tito: que una gran fuerza de voluntad se unía ahora a su perspicaz inteligencia y encanto. Hasta me asustó el pensar en lo que había habido entre nosotros, porque vi que, si el recuerdo de esto le causaba embarazo, se desharía de mí sin el más mínimo reparo.

—Estamos en peligro —continuó diciendo— de caer de nuevo en la vieja política, cuando los hombres competían por alcanzar la gloria, además de la posición. Augusto destruyó la virtud republicana, tal como los hombres han decidido llamar a esta lucha. Tiberio la suprimió. La debilidad de sus sucesores ha permitido que florezca de nuevo, como una hierba nociva. Yo no debería quejarme, porque seré el beneficiario de esta nueva, o más bien renovada pugna por llegar a la cima (le la riqueza y el poder. No tengo la menor duda de eso. Pero cuando yo llegue a la cumbre, obraré como Augusto. Y no lo haré así por ninguna razón egoísta, sino porque Roma lo requiere. He visto nuestra grandeza en Oriente, y sé que cuando Virgilio hizo que los dioses le prometieran a Eneas un «imperio sin límites», le prometieron lo que era bueno para el mundo. Pero ahora, aquí, nos deslizamos hasta esta lucha estéril entre facciones, indiferentes a la misión civilizadora de Roma.

Entonces habló de la rebelión judía y de los propios judíos. Dijo que eran un pueblo extraordinario por la intensidad de su estrechez de miras. Sostenían, me dijo, que eran el pueblo elegido, el pueblo del único Dios verdadero. Era una estupidez, por supuesto.

Todo el mundo sabía que había muchos dioses —o ninguno—, que se aliaban con diferentes razas e individuos, y que se peleaban entre ellos, si había que creer a los poetas. Sonrió para mostrar que, en su opinión, esa credulidad era sólo propia de los niños. Y, sin embargo, no podía por menos de admirar a estos intolerantes judíos. «Hay algo espléndido —observó— en su obstinada estupidez.» Constituían también respetables adversarios. Por supuesto, Roma los aplastaría. «Yo mismo destruiré su templo —afirmó—, pero sólo porque, en mi opinión, su monoteísmo e intolerancia no tienen cabida en nuestro Imperio. Aun así, no puedo dejar de admirarlos, ¡saben morir tan bien!»

Hablamos y hablamos hasta bien entrada la noche. Los ruidos de la ciudad se convirtieron en un murmullo detrás de nosotros. Tito, que bebía dos copas de vino por cada una que yo tomaba, me reveló sus más hondos pensamientos y ambiciones. Sin embargo, conforme la noche avanzaba y los primeros rayos de luz surcaron el firmamento de la mañana, sentí que se iba hartando de mí. Había experimentado lo que yo había solamente imaginado. Era duro y un ser extraño para mí. Me alegré cuando, uno o dos días después, salió de Roma y volvió a su guerra judía. Lo último que dijo fue: «Le he prohibido a mi tío que se meta en mi carrera. Ésta es la razón por la que vine a Roma. Cuento contigo para que me mantengas informado... y trata de evitar que mi hermanito meta la pata».

Tú tendrás, Tácito, tu propia versión de los acontecimientos de aquel mes de enero y no tengo la menor duda de que serán más favorables a Galba que mis memorias. Una razón más para ofrecerte lo que no te va a agradar. Un historiador no debe estar a favor de un determinado partido en el Estado.

Me pregunto qué dirás de Otón.

No me puedo imaginar que encuentres mucho que alabar en él.

Sin embargo, Otón no era totalmente despreciable. Sé esto por mi madre que lo conoció cuando era un hombre joven. Solía decir que no había nada malicioso en su ferocidad; que sus modales eran buenos por naturaleza y que su ingenio era encantador.

La familia era distinguida, pues podía vanagloriarse de descender de la vieja casa real etrusca. Por supuesto, sé que cuanto más lejos te remontas, más distinguido es, generalmente, tu linaje. Pero la gente parece haberlos aceptado por lo que decían que eran, aunque del padre de nuestro Otón, Lucio, se decía que era el hijo bastardo del emperador Tiberio, a quien físicamente se parecía. Nuestro Otón —Marco Salvio— nació cuando Tiberio aún vivía, en el año en que Camilo Arruntio y Domicio Enobarbo eran cónsules. Su padre lo reprendía con frecuencia por su carácter desenfrenado: solía merodear por la ciudad, por la noche, con una pandilla de amigos y mantear a cualquier borracho u hombre tullido con los que se tropezaba, simplemente para divertirse. Cuando murió su padre, dejándole ya endeudado —porque el padre era tan aficionado a malgastar su dinero como su hijo, aunque lo hacía invirtiéndolo estúpidamente más que por simple despilfarro—, el hijo simuló sentir una gran pasión por una de las libertas del emperador, que era feísima y veinte años mayor que él. Naturalmente, eso le hizo objeto de mofa: a él no le importaba. Le había abierto la entrada al círculo más cercano a la emperatriz Agripina y de esta manera pudo convertirse en amigo íntimo de su hijo Nerón. Es difícil saber cuál de los dos mostró mayor talento para el libertinaje. Sin embargo, mi madre ha dicho siempre que Otón tenía esencialmente un buen corazón. Y su juicio merece ser respetado.

El día que Nerón había fijado para el asesinato de Agripina, Otón proporcionó una distracción actuando de anfitrión en una espléndida comida. Esto no quiere decir que estuviera al tanto de los planes de Nerón. Pudo ser una coincidencia. Ciertamente Agripina nunca dejó de mostrar su inclinación hacia Otón. Más adelante, Otón celebró una especie de matrimonio con Popea Sabina, que era ya amante de Nerón.

Lo expreso así porque ésa era la manera en que la gente solía describir este acto, aunque, en mi opinión, Otón y Popea estaban realmente enamorados. Pero no podían escaparse de las garras de Nerón. Ciertamente, he oído decir que, desde la primera noche de matrimonio con Popea, Otón concibió un odio y unos celos violentos hacia el emperador. Popea era muy hermosa en todos los aspectos y no una mujer que cualquier hombre de agallas estaría dispuesto a compartir, especialmente con un ser como Nerón.

Otón trató incluso de apartar a Nerón de Popea, con lo que fue acusado de cometer adulterio con su propia esposa. Absurdo, ¿no es cierto? Dada tu manera de pensar, Tácito, esta situación te va a divertir.

Bien porque guardara todavía cierto afecto hacia él, o porque temía otras consecuencias, Nerón no hizo asesinar a Otón. En vez de eso lo mandó a Lusitania como gobernador y le prohibió llevarse a su esposa con él. Otón no pudo hacer nada más que obedecer y, aunque seguramente le entristecería abandonar a Popea, por otra parte le alegraba dejar atrás a sus acreedores. Lusitania no era un puesto desagradable, ni siquiera para un hombre elegante como Otón, e indudablemente gobernó la provincia con prudencia y buen juicio.

Fue uno de los primeros en unirse a la rebelión de Galba, probablemente porque nunca le perdonó a Nerón el que matara a Popea a patadas. (Ella estaba entonces embarazada, pero se me ha asegurado que el niño no podía ser de Otón. Ni tampoco de Nerón, que para entonces era estéril; algunos dicen que fue un castigo de los dioses por las muchas personas a quienes había ultrajado.)

Indudablemente, otra razón para unirse a Galba fue que un astrólogo le había asegurado a Otón que estaba destinado a ser emperador y que creía además que a Galba, siendo viejo, se le podía persuadir para que lo adoptara como a su sucesor. Con lo que no había contado era que, en primer lugar, tan pronto como volvió a Roma se vio asediado por sus acreedores, que le exigieron el pago de unos préstamos enormemente aumentados por no haber pagado los intereses y, en segundo lugar, que ni Icelo ni Laco apoyaron sus pretensiones.

No sé cuáles fueron sus objeciones, y sólo puedo imaginar que pensaron que Otón les sería hostil o tendría demasiada personalidad para que ellos le pudieran controlar.

Ésa era la situación cuando llegó la noticia, durante la primera semana de enero, de que las legiones germánicas habían rechazado a Galba y habían pedido a la Guardia Pretoriana que eligiera a un emperador.

Se difundió el rumor de que Galba tenía la intención de fortalecer su posición mediante la asociación con un colega más joven para que le ayudara en la administración del Imperio. Al parecer, y según se decía, Galba pensaba que era sólo su edad lo que hacía que los hombres dudaran en abrazar su causa. Una vez que la sucesión estuviera asegurada, por supuesto lo harían. Laco e Icelo, la continuidad del poder de los cuales dependía enteramente del de Galba, le reforzaban esta convicción, como también lo hacía el cónsul T. Vinio, un hombre de desbordada ambición, con reputación de ser dado al doble juego. La incógnita era la de a quién elegiría el anciano.

Todo el mundo discutía las diversas opciones. Domiciano estaba también tan excitado que, de manera absurda, se consideró como posible candidato a socio del emperador, y le dirigió un poema adulador (escrito, desgraciadamente, en hexámetros de rima desigual, porque, a diferencia de mí, nunca se había beneficiado de las enseñanzas de nuestro maestro de retórica y era incapaz de componer un poema elegante). Cuando le dije, así por las buenas, con la misma franqueza que me ha caracterizado toda mi vida, que sus esperanzas eran ridículas, puesto que, en primer lugar, Galba no tenía ninguna razón para elegirle y, en segundo, porque si por algún milagro lo hacía, entonces su padre Vespasiano no le permitiría asumir un papel tan peligroso, se mordió los labios hasta que brotó sangre de ellos y se los lamió con la lengua para quitársela.

Menciono este incidente, trivial como fue, simplemente para recordarte, Tácito, que esos días de enero fueron días en que las posibilidades más absurdas y descabelladas a muchos les parecían no tan improbables.

Si Galba hubiera estado alerta o atento, o si los que le hacían la corte le hubieran permitido mantener los dones intelectuales que le quedaban, habría escogido a Otón, sin cuyo apoyo y ayuda no habría sido nunca capaz de conseguir la púrpura. Pero, como digo, a Laco y a Icelo no les gustaba Otón. Hay quien alega que no toleraban el hecho de que un hombre tan afeminado en modales y ciertas costumbres como era Otón (recordarás que tenía la costumbre de afeitarse todo el vello del cuerpo y perfumarse como un muchacho de burdel en Corinto) hubiera sido indiferente a sus encantos. Pero yo creo que esto son tonterías. La verdadera razón era que estaban decididos a elegir un sucesor a quien pudieran controlar como controlaban a Galba, y sabían que Otón no se lo permitiría. El cónsul T. Vinio era partidario de Otón, pero al notar que la opinión general estaba en contra de él se reservó su propia opinión, un acto de prudencia que le costaría caro; no obstante, inició negociaciones secretas con Otón.

La fuente de toda esta información es, o mejor dicho fue, Flavio Sabino. Más adelante, Tito confirmó lo que había dicho su tío.

Otón esperaba, sin lugar a dudas, que Galba lo escogería a él y tenía razones para esta confianza. Esto le llevó a dar toda clase de seguridades a sus acreedores de que pronto estaría en posición de satisfacerlos. Promesa que luego le llevó a su subsiguiente desesperación.

Laco e Icelo presentaron su propio candidato, Gneo Liciano Pisón. Sabes ya todo respecto a su distinguido linaje, así que no es necesario que yo vuelva a hablar de ello. Indudablemente habría constituido un candidato bastante adecuado, siendo, como recuerdo haberte oído decir: «Un hombre joven, pero en aspecto y maneras uno de la vieja escuela». Eso, si había todavía alguien que daba importancia a la vieja escuela, o si alguien había oído hablar de ese tal Pisón. Éstos eran pocos, aunque fue el sobrino de Pisón el, por llamarlo así, mascarón de proa de la conspiración contra Nerón.

Yo era ciertamente una excepción, porque Pisón, antes de exilarse por temor a Nerón, había sido amigo de Lucano, con el cual yo solía verle en los baños. Tenía allí muchos admiradores, porque era alto, bien formado, con cabello negro corto y rizado, pómulos altos, estómago hundido y caderas largas y bien torneadas. Sólo una boca pequeña y fruncida hacia arriba estropeaba la que de otra manera habría sido una belleza perfecta. Lucano solía decir que la boca era la verdadera indicación de su carácter, porque Pisón (decía él) tenía un carácter frío y reservado. «Que yo sepa, no ha estado nunca enamorado de nadie, excepto de sí mismo», dijo una vez.

—Pero, no obstante, ¿es amigo tuyo?

—Hay amigos y amigos —contestó Lucano, sonriendo. Le conozco de toda la vida y no puede por menos de agradarme, pero... Además, nuestras madres son grandes amigas, así que tenemos mucho en común.

Así era, pues, este joven —todavía joven, porque tenía sólo treinta o treinta y un años— a quien el anciano Galba había seleccionado como su compañero en el Imperio. Hubo quienes, notando la semejanza entre Icelo y Pisón, suponían que Galba se lo llevaría también a la cama. Pero eso era una tontería. Pisón tenía demasiado orgullo y autoestima para estar dispuesto a satisfacer los deseos seniles de Galba. Todo se hizo con la mayor solemnidad, conforme al estilo de Galba, y éste decidió adoptar al joven.

Así que lo cogió de la mano y dijo:

—Si yo fuera un ciudadano privado y estuviera ahora a punto de adoptarte conforme al Acta de la Curia y en presencia de los pontífices, entonces sería un gran honor para mí introducirte en el seno de mi familia, un descendiente del gran Pompeyo y del no menos digno de honor Marco Craso...

(Ésta, dicho sea de paso, fue la primera vez que oí a alguien sugerir que Marco Craso, que se repartió el Estado, en Luca, con César y Pompeyo, y a quien mi tío abuelo político, Marco Antonio, solía siempre llamar «ese estúpido gordo», mereciera algún honor especial; pero pasemos eso por alto.)

—De la misma manera —continuó Galba—, sería un señalado honor para ti añadir a la nobleza de tu familia los honores de las casas Sulpicias y Lutecias.

Bostezo; el bostezo fue la reacción general a este discurso. Yo sé, mi querido Tácito, que albergas tiernos sentimientos —ternura que yo encuentro conmovedora— hacia la vieja nobleza, pero, hablando como un hombre de origen mucho más noble que el tuyo, no necesitaba la indiferencia manifestada por aquellos que oyeron las palabras de Galba para persuadirme de que los días de ese tipo de aristocracia se habían acabado. Francamente, en la nueva Roma a nadie le importa un bledo quiénes fueron sus antepasados. No podría decir si eso nos hará mejores o peores. Si afirmas otra cosa en tu historia, les estarás mintiendo a tus lectores.

Entonces Galba pasó a explicar que, al adoptar a Pisón, estaba siguiendo el precedente sentado por el divino Augusto, que había «colocado en un lugar eminente al lado del suyo, primero a su sobrino Marcelo, después a su yerno Agripa, después a sus nietos Cayo y Lucio y finalmente a su hijastro Tiberio Nerón». Si yo hubiera estado en el lugar de Pisón, no habría encontrado alentador este

catálogo de herederos, de los cuales sólo uno llegó a la cumbre; pero Pisón daba la impresión de estar pensando que este ascenso, para conseguir el cual no había hecho absolutamente nada, era lo que él realmente se merecía, y de que la mera idea de acceder a ese puesto nunca se le había pasado por la cabeza.

Entonces Galba pasó a darle a su nuevo hijo consejos acerca de las vicisitudes de su nueva posición:

—Hasta ahora has sido probado por la adversidad; ahora te tendrás que enfrentar a las más irresistibles tentaciones que te traiga la prosperidad. Te asaltarán los halagos y lisonjas, ese corrosivo veneno del corazón que lleva el nombre de adulación y los intereses egocéntricos de tus súbditos.

Todo esto era indudablemente muy cierto, o podía haberlo sido. Pisón inclinó la cabeza. Ninguna sonrisa le surcó el rostro. Estuvo perfectamente respetuoso.

Galba alzó ambos brazos y exclamó en una voz más alta, a fin de que la multitud, que se había congregado a su alrededor, pudiera oír sus palabras:

—Si la inmensa y poderosa estructura de este gran Imperio hubiera permanecido firme y mantenido su equilibrio sin la dirección de un único espíritu controlador, entonces yo, teniendo en cuenta mi linaje y mis obras, pudiera haber sido considerado merecedor de devolver a la República su prístino esplendor. Pero, desgraciadamente, esto no puede ser. Por lo tanto, nos hemos visto hace tiempo reducidos a una situación en la cual mi edad no puede conferir un mayor bien al pueblo romano que un sucesor digno, tu juventud, a su vez, no más grande que un gran emperador. Bajo Tiberio, Cayo y Claudio tuvimos la sucesión de una sola familia. Ahora hemos creado un nuevo sistema, y con él una renovación de Roma, y la opción que empieza hoy con nosotros será un sustituto de la libertad republicana.

Después continuó explicando cómo no fueron las legiones las que se rebelaron contra Nerón, sino que el propio Nerón, por razón de su libertinaje, crueldad, indulgencia para consigo mismo y descuido de su deber, había demostrado ser indigno de gobernar.

Nerón, en una palabra, se había traicionado a sí mismo y los que se habían rebelado contra él no eran culpables de deslealtad alguna. Esto fue un argumento inteligente porque tenía la intención de hacer improcedente cualquier negativa a aceptar la legitimidad de la posición de Galba, siendo éste, a diferencia de Nerón, un hombre virtuoso. Estoy seguro de que fue sugerida por T. Vinus.

Finalmente, para disipar cualquier duda, dijo, pomposamente, que Pisón no debía alarmarse si, después de un movimiento que había hecho temblar al mundo entero, un par de alejadas legiones no se habían reincorporado todavía a su deber y reconocido su autoridad.

Pisón, ciertamente, no manifestó ninguna señal de alarma, ni tampoco de euforia. Yo me pregunto ahora si se le vino a la mente, una mente tan lerda y convencional como era la suya, el hecho de que, al aceptar el don del Imperio de manos del anciano Galba, estaba entrando en un bosque oscuro del cual tal vez no pudiera salir.

Una vez concluidas estas formalidades, Galba decidió que debía conducir a su nuevo hijo al campamento de los pretorianos para que se pudieran enterar, incluso antes que el Senado, de cómo su emperador había organizado su sucesión. Sin duda ésa fue una decisión prudente, ya que con eso admitía que los pretorianos, y no los Padres Conscriptos, tenían el poder de quitar y poner emperadores. No obstante, proyectó una sombra oscura e irónica en el pomposo y casi republicano discurso de Galba.

Domiciano y yo decidimos seguirlos.

Eran solamente las doce y media del mediodía, pero la penumbra era ya inminente. Nubes negras estaban suspendidas sobre la ciudad, cambiando de posición sólo por obra de un viento sombrío y racheado, cuya fuerza fue poco a poco aumentando, oscureciéndose y arrastrando más nubes. Incluso mientras Galba estaba hablando con Pisón alumbraron el palacio ráfagas de relámpago; los truenos

sonaron como el clamor de una batalla en torno a las colinas. Un aguacero impidió la salida hacia el campamento por un espacio de tiempo de al menos media hora. Algunos decían que el trueno y el relámpago eran malos presagios, y que Galba debía retrasar el momento de hablar con los soldados hasta el día siguiente. Otros recordaban que, según cuenta la leyenda, la noche antes del asesinato del gran Julio había sido tan inhóspita, pero no más, que aquella tarde y, ¿qué presagios trajo?

Al fin cesó la lluvia. A Galba se le ayudó a subir a una litera porque, como resultado de un ataque de gota, no podía andar una distancia considerable sin emitir agudos quejidos de dolor, que desmerecían su dignidad. Pisón caminaba a su lado, erguido, impasible, ensimismado en sus pensamientos; una excitada multitud, Domiciano y yo formando parte de ella, seguía a la litera.

Los soldados estaban congregados. Al no tener experiencia de la vida militar, yo no pude juzgar con certeza de qué humor estaban. El silencio con el cual recibieron las palabras de Galba diciéndoles que había adoptado a Pisón, siguiendo el precedente del divino Augusto y también la costumbre de acuerdo con la cual un soldado elige un camarada, podía simplemente haber sido prueba de su severa disciplina. Pero yo no lo creía así. Sorprendí la mirada de un centurión, un veterano entrecano con una cicatriz que, partiendo del ojo derecho, le cruzaba la mejilla hasta la garganta y, aunque no había en esa mirada expresión alguna, ya que el ojo herido estaba tan apagado como el de una bestia, pude leer en él escepticismo o indiferencia.

Entonces Galba dijo:

—Soldados, me conocéis por lo que soy, un hombre franco. Así que no os ocultaré la noticia de que dos legiones, la cuarta y la decimoctava, mal conducidas por un grupo de oficiales facciosos, se niegan a aceptar mi autoridad. La palabra «motín» es demasiado fuerte para usarla en este caso. De cualquier modo, es prematura. Pero son culpables de insubordinación. No obstante, no tengo la menor duda de que cuando estén informados de lo que he dispuesto para asegurar mi sucesión y de cómo lo habéis aprobado vosotros, los soldados más selectos, volverán pronto al redil y a cumplir con su deber. Porque la palabra «deber», soldados, es la consigna de Roma.

Domiciano estaba inclinado a admirar estos sentimientos. Tal vez no creas esto, porque tú lo juzgas conforme al emperador que fue y me has dicho a menudo que los hombres son siempre lo mismo, que su carácter es fijo y sólo cambian la apariencia y manera en que se revelan. Pero yo no estoy de acuerdo. ¿Y por qué no? Tengo conciencia de que no soy ahora lo que fui una vez. Así que debes creer que Domiciano se sintió generosamente conmovido por los sentimientos de Galba.

Sin embargo, Domiciano era también perspicaz, cuando sus propios sentimientos no deformaban su juicio. Así que, tras observar a los soldados charlar entre ellos, una vez que se disolvió la formación militar y conforme se iban juntando en pequeños grupos y se demoraban comentando lo que se había dicho esa tarde, en lugar de apresurarse a volver a las barracas y de ahí a las tabernas, Domiciano dijo:

—Aun así, no están contentos. Les debía haber dado dinero o al menos prometerles una suma considerable.

—Creo que tienes razón. Están recordando esa fanfarronada: «Yo elijo a mis soldados, no los compro».

—Sí —corroboró Domiciano—. No es algo que olvidaré cuando me llegue el momento.

Yo pensé una vez más que era tonto. ¿Qué razón tenía para suponer que ese momento le llegaría?

Recibo una carta cortante y desdeñosa de Tácito: ¡si por lo menos tuviera tanto sentido común como estilo en lo que escribe!

Me reprende por la manera en que describo el carácter de Galba. Me dice que Galba era un hombre que pertenecía a una edad más virtuosa. En nuestra época degenerada, fueron sus virtudes, más que sus vicios, las que le destruyeron: su anticuada inflexibilidad y su excesiva dureza. Y así sucesivamente. La verdad es que Tácito tiene una opinión de Roma que era arcaica hace siglos. Desempeñaría el papel de Catón acusando al gran Escipión de traidor porque introdujo la cultura griega en Roma.

En cualquier caso, yo tengo mi propia opinión acerca de la virtud antigua, y es que le faltaba generosidad y humanidad, estaba enraizada en el temor a los dioses que, si se ha de decir la verdad, no se preocupan del destino de los hombres más que del de las hojas que los vendavales de otoño arrancan de los árboles: era una virtud estrecha y limitada, y dura de talante, hasta el punto de caer en la brutalidad.

Es más: hasta Galba comprendía que la gran estructura del Imperio había hecho que las instituciones republicanas resultaran inadecuadas para su gobierno.

Sin embargo, esta carta me alteró, durante más días de los que me atrevo a reconocer. ¿Será porque yo no soy ya un romano?

Le solté un gruñido a mi mujer, me fui a una taberna y anegué en licor mi inquisitivo espíritu. Había un camarero germánico que yo no había visto antes. ¿Fue porque parecía tímido y modesto por lo que pedí que me dieran un cuarto e hice que la mujer de la posalda lo mandara a mi presencia? ¿O fue que sus labios tan rojos y sus ojos oscuros y atribulados excitaron temporalmente mi deseo? Le quité la túnica, pasé mis manos sobre su cuerpo flaco, sentí su asco y le obligué a entregarse. Lloró un poco cuando le di unas monedas de oro.

—No lo comprenderías —dije yo—. Estoy buscando algo que perdí hace muchos años. Se llamaba Balthus. Sus brazos eran tan delgados que se los podía haber roto. Había una delicadeza en su comportamiento que intensificaba mi deseo y me hizo después avergonzarme.

Tácito niega que Galba tomara a Icelo como su amante. Dice que no fue ese tipo de hombre. ¿Es que no se da cuenta de que todo el mundo es más complicado en su naturaleza de lo que muestra al mundo? ¿No se da cuenta tampoco de que si conociéramos los pensamientos y deseos de nuestros compañeros rechazaríamos a toda la sociedad?

Balthus no es en modo alguno como Tito. Pero, sin Tito, ¿habría yo organizado el volverlo a tener la semana siguiente? Había nacido esclavo. Yo soy un hombre libre y un noble romano. Pero, ¿qué son la libertad y la esclavitud cuando surgen las pasiones? No obstante, yo era casi indiferente cuando llegaba el momento. Después sentía una rara ternura porque había sido injusto con él.

Y de hecho fue como lo que llegué a sentir por Domitila cuando me di cuenta de que, sin querer, habíamos sido profundamente injustos el uno con el otro.

No le conté a Tácito todo lo que podía haberle dicho de Pisón. Podía, por ejemplo, haber mencionado que había quienes decían que el joven Pisón, exilado solamente por su complicidad en el

complot de su tío contra Nerón, estuvo, en opinión de algunos, entre aquellos que revelaron información contra los conspiradores.

No tengo prueba de que él lo hiciera. Lo que sí sé es que Lucano desconfiaba de él y manifestó los celos que le inspiraba. Me dijo que esto era porque se habían peleado por una mujer. Tal vez sea verdad. Sin embargo, nunca se confirmó que a Pisón le interesan a las mujeres. Ni los muchachos tampoco. Estoy seguro de eso porque, la primera o segunda ocasión en que me encontré con él en los baños, inicié un pequeño flirteo con él —totalmente a causa de su hermosura y antes de que me diera cuenta de la boca tan fea que tenía— y me rechazó fríamente. Cuando le conté esto a Tito, porque en aquellos días yo se lo contaba todo, o casi todo, le hizo mucha gracia y me aseguró que todo el mundo sabía que Pisón a lo que se dedicaba era a masturbarse, porque no podía amar a nadie o confiar en nadie, a no ser en sí mismo. Así que no se creyó la historia de Lucano.

Me abstengo de contar los sucesos del 15 de enero. El vino es reconfortante. El vino y mi medio griega, medio escitia compañera, Araminta. Confío en ella, me satisface, no despierta ningún sentimiento en mí, y eso es una forma de obtener, al menos, satisfacción y contento.

Flavio Sabino nos mandó un mensaje antes del amanecer, por el que nos aconsejaba que no saliéramos de casa ese día. Domitila y la tía añadieron sus ruegos a este consejo de Flavio, que era indudablemente bueno. Pero Domiciano y yo éramos jóvenes y atrevidos. En cualquier caso, cada uno de nosotros deseábamos impresionar al otro con nuestro valor, y no obedecimos.

Lo que es extraño es que nunca nos preguntamos por qué Flavio Sabino nos había dado ese consejo. Fue sólo más tarde cuando me di cuenta de que debía de haber estado enterado de la conspiración.

Por supuesto, no es que supiéramos que se estaba fraguando una cosa así, o al menos no con precisión, ni sabíamos la forma que iba a adoptar. Era más que nada que el murmullo del rumor en la ciudad era irresistiblemente perturbador. Durante la última semana y un día tras otro, subsiguientes informes del motín de las legiones germánicas iban aumentando la agitación en el Foro. Aunque era imposible que pudieran haber avanzado ni siquiera hasta los Alpes septentrionales, la gente hablaba como si pudieran entrar en la ciudad en cualquier momento. Los precios del pan, del vino y del aceite aumentaron considerablemente, como si los comerciantes se estuvieran aprovechando de la alarma pública.

Entonces llegó un segundo mensaje de Flavio en el que decía que se había hablado la tarde anterior de apresar a Otón y asesinarlo. Otón, añadió Flavio, estaba desesperado. Se le había oído decir que preferiría que lo mataran sus enemigos en la batalla a que lo hicieran sus acreedores en el Foro. Las calles, escribía Flavio, no eran en aquellos días lugar para nosotros.

Así que, por supuesto, desechando esos temores, salimos de casa. He de decir que Domiciano no mostró la menor señal de cobardía esa jornada.

Nos enteramos en el Foro de que el emperador estaba ofreciendo sacrificios en el templo de Apolo. Se decía que los presagios eran fatídicos. El sacerdote le hizo saber que las entrañas tenían un color siniestro, que un enemigo nos amenazaba y que debía quedarse en casa ese día. Todo el mundo en el Foro parecía saber esto.

—¿Es que han arrestado, entonces, a Otón? —exclamó un obeso individuo de la orden ecuestre.

—No todavía, pero el Senado está a punto de reunirse para declararlo enemigo público.

—Pero, ¿por qué? —intervino otro—. ¿Qué daño ha hecho jamás Otón? Es un verdadero amigo del pueblo romano, de eso no cabe duda.

—Galba, Otón, Pisón... ¿de qué manera pueden cambiar nuestra vida, influir en ella? —preguntó el dueño de la taberna en la que nos habíamos metido—. La cuestión es, simplemente: ¿quién será capaz de impedir que las legiones germánicas entren en la ciudad?

—Dicen que Pisón ha empezado ya negociaciones con ellos, y con plenos poderes para obtener un trato.

—¿Pisón? Ese hombre es un largo chorro de pis, si quieres saber lo que pienso —dijo otro hombre—. ¿Conseguir un trato? ¿Él? Perdóname si me tiro un pedo.

De hecho, como sabemos ahora, el propio Otón había estado en el Templo de Apolo y había visto y oído lo que dijo el sacerdote. Se acercaron a él unos amigos que le dijeron que su arquitecto y los contratistas le estaban esperando. Así que se excusó diciendo que estaba pensando en comprar una propiedad, pero no estando seguro de la condición en que se encontraba, había solicitado un peritaje. Supongo que esto era una broma así como un engaño. Ciertamente, estaba pensando en apoderarse de una propiedad.

No me voy ni siquiera a molestar en adivinar por qué Otón asistió a la ceremonia en el Templo de Apolo. Al hacer esto se expuso a un gran peligro. Pero bien podía ser que, dudoso de si las tropas lo

apoyarían, pensó que era menos peligroso ocultar su desafección y asistir. Porque, si no lo hubiera hecho y si las tropas se hubieran negado a moverse de acuerdo con las invitaciones de sus agentes, entonces su ausencia, al ser notada, se habría considerado como una prueba de deslealtad. Pero podía simplemente ser que el arriesgarse a ir gustara a su peculiar sentido del humor: fue siempre un jugador inveterado.

Ahora, al salir del templo, apoyado en el brazo de un liberto para sugerir que no tenía prisa, a pesar de la rapidez de su marcha, pasó por el palacio de Tiberio al Velabro y desde allí al mojón dorado que se encuentra cerca del Templo de Saturno.

Si se hubiera sabido inmediatamente que dos docenas escasas de soldados de la Guardia estaban allí para saludarle como emperador y alzarle para sentarle en una silla dorada, entonces Galba podría haber sofocado la conspiración antes de que se hubiera puesto en movimiento. Pero los agentes de Otón eran activos y se empezó a hablar enseguida en el Foro de que todos los pretorianos se habían rebelado y marchaban hacia el palacio para terminar con su anciano y despreciado emperador.

El rumor le llegó a Galba de manera confusa, de manera que no sabía cuál de los informes debía creer. Se decidió que era necesario poner a prueba la lealtad de la cohorte estacionada en el Palacio. Si estaba implicada en la rebelión, todo estaba perdido. Así que los puso en fila delante del palacio para que Pisón los arengara.

No me cabe duda, Tácito, de que estando a favor de Pisón y deseando honrar su memoria, redactarás un noble discurso atribuyéndoselo a él. Pero yo estaba allí y la verdad es que habló con vacilación y de una manera confusa, como un hombre a quien le han sorprendido acontecimientos que él no comprende. Su única acción sensata fue prometer a los soldados un donativo por su lealtad — más vale tarde que nunca—, pero estropeó estas palabras al añadir que sería al menos tan elevado como cualquiera de los pagos que pudieran recibir por su traición. Esto fue una equivocación. Sembró la idea de la deserción en la mente de cualquiera que no estuviera todavía pensando en ella.

Se mandaron entonces mensajeros a las tropas que pertenecían al ejército de Illyricum y que estaban estacionadas junto al Pórtico de Vipsanio Agripa en el Campo de Marte, y a aquellas legiones reclutadas para servir en la frontera germánica que estaban entonces acampadas junto a la Galería de la Libertad, en el Aventino. Pero dudaron en mandarlos a la legión reclutada de la flota, porque se sabía que estas tropas odiaban a Galba, a causa del ajusticiamiento de los camaradas que habían permanecido fieles a Nerón. Sin embargo, el corto gobierno de Galba había sido tan irresponsable que estos soldados no habían sido desarmados. Se supo, en el espacio de una hora, que se habían puesto a favor de Otón. Finalmente se despacharon tribunos para tratar de hacer volver a los pretorianos a sus obligaciones: un intento sin esperanza, si es que era necesario.

No sé cómo se calentaron las discusiones entre aquellos que estaban en torno a Galba. Pero es probable que algunos prefirieran atrincherarse en el palacio y desafiar a los conspiradores a que lo invadieran. Este plan tenía algo a su favor, puesto que, para aproximarse al palacio, Otón habría tenido que abrirse camino a la fuerza a través de la arremolinada multitud de ciudadanos que se habían reunido para presenciar los acontecimientos del día como si fueran al teatro. Domiciano y yo estábamos entre ellos y, en este momento, sus sentimientos se inclinaban todavía hacia Galba. Un carnicero que estaba a mi lado pedía a gritos, una y otra vez, la cabeza de Otón, y cada vez que lo hacía, sus palabras eran recibidas con vítores. Pero aun entonces yo conocía la veleidad propia de las turbas.

Otros en el palacio estaban inclinados a actuar. Galba debía reunir las tropas que tuviera y emprender la marcha para enfrentarse a Otón.

Nadie sabe cuál de las dos opciones recibió mejor acogida en la mente del anciano emperador. Algunos dicen que el sobresalto que le causó la rebelión dejó a Galba sin habla, otros que se comportó audazmente. Fundándome en el conocimiento que yo tenía de él y en lo que supe después, sugiero que

lo más probable es que oscilara entre una opción y otra.

Fuera como fuera, se vio a Pisón saliendo del palacio al frente de un destacamento. La multitud se apartó para dejarles paso, dándole aún ánimos con sus expresiones de lealtad. «Éste es nuestro hombre —gritó el carnicero—. Ve y haz que se vayan de aquí estos hijos de puta.» Las masas estarán siempre dispuestas a aplaudir todo lo que tenga la apariencia de una acción decisiva. Pero el rostro de Pisón era una máscara helada.

Apenas se había ido Pisón —al campamento de los pretorianos o a dondequiera que fuera— cuando alguien gritó que Otón había sido asesinado. Lo había visto caer con sus propios ojos. Surgió un sonoro aplauso. A muchos les aliviaba saber que no habría gran derramamiento de sangre.

Domiciano dijo: «Debemos entrar en el palacio y manifestar nuestra lealtad».

Otros se le habían adelantado. Varios senadores y caballeros de la orden ecuestre, que habían estado merodeando vacilantes alrededor de la multitud, ahora hicieron que sus esclavos les permitieran avanzar. Abrieron violentamente las puertas del palacio (Domiciano y yo detrás de ellos) y se amontonaron en torno a Galba, declarando su lealtad y diciendo a gritos que se les había negado la oportunidad de manifestarla y también de vengarse del traidor Otón. Fue una exhibición despreciable.

Honraba a Galba el que no parecieran impresionarle todas estas manifestaciones. Eso es lo que primero me pareció a mí. Después, observando la vacuidad de su mirada y la falta absoluta de expresión en su arrugado rostro, me pregunté si el anciano sabía sin lugar a dudas lo que estaba pasando. Y no es que esto fuera claro.

Alguien, pero no el emperador, dio una orden, y un esclavo empezó a colocarle su coraza. Esto no fue fácil. Galba apenas podía mantenerse en pie. Después, una vez armado, era evidente que corría el peligro de que lo tirara al suelo la turbulencia de la multitud. Cada vez más gente invadía el palacio para manifestarle su eterna adhesión. Entonces, siguiendo una orden de Icelo, fue colocado en una silla y alzado sobre los hombros de cuatro esclavos nubios, por encima de las cabezas de sus súbditos. Estaba en esta elevada posición cuando un miembro de su escolta personal avanzó a empujones hacia adelante, con la espada extendida y chorreando sangre. Este espectáculo silenció el murmullo de las voces.

—¿De quién es esa sangre? —preguntó Icelo. —Es la sangre de Otón, a quien acabo de matar —dijo el soldado.

Si esperaba una recompensa —y seguramente la esperaba—, experimentó una desilusión.

—¿Quién te dio esa orden? —quiso saber Galba.

—¡Qué viejo tan estúpido! —le dije en un susurro a Domiciano—. Vamos, no es aquí donde debemos estar.

Salió detrás de mí, de mala gana y perplejo.

No lo comprendo —comentó cuando estábamos más allá del palacio. (Yo había tenido que cogerle del brazo y casi arrastrarlo detrás de mí.)—. ¿Por qué no nos hemos quedado? Me habría beneficiado haber tenido una oportunidad de impresionar a Galba con mi lealtad. Ahora me has privado de esa posibilidad.

—Me lo agradecerás algún día —dije, y le hice bajar apresuradamente el tramo de escalones que sirven de atajo para llegar al Foro. Hasta que le metí en una taberna y nos sentamos con una garrafa de Marino frente a nosotros, no estuve preparado para explicarle nada.

—Hay algo que no va bien y no sé lo que es, pero lo hay. En primer lugar ese soldado estaba mintiendo. Tal vez creyera que era Otón a quien había matado. No estoy seguro, pero no creo que lo fuera.

—Estás loco —dijo Domiciano—, y yo he perdido mi oportunidad de impresionar al emperador porque a ti se te ha ocurrido una idea insensata.

—Recuerda el consejo de tu tío —le repliqué— acerca de que nos quedáramos en casa. El día de hoy no ha terminado todavía. Bebamos ahora este vino y esperemos los acontecimientos.

De momento hubo un período de calma. La multitud estaba aún empujando de un lado a otro en el Foro, balanceada por olas de ansiedad. A veces era cierto que Otón había sido asesinado... a veces no. Por el contrario, la Guardia avanzaba ahora desde su campamento, preparándose para una matanza en la ciudad. No, esto no iba a ocurrir, ciertamente venía, pero para manifestar su lealtad a Galba y rendirle homenaje. Pisón había reunido una tropa de caballería y estaba persiguiendo a los últimos rebeldes; por otro lado, a Pisón se le había visto huyendo de la ciudad disfrazado de mujer.

En resumen, se decía de todo y durante un momento todo se creía, aunque lo que se decía después lo contradecía. Así que al no saber nada con seguridad, las masas estaban en un estado de perpetua inquietud.

Se oyeron unos aplausos cuando se vio una litera en la que estaba Galba salir del palacio y empezar a descender hacia el Foro, protegida por la cohorte que había estado prestando su deber en el palacio aquella semana.

—¡Galba ha venido a dar gracias a los dioses por su liberación! —gritaron algunos—. ¡Larga vida al emperador!

Aunque muchos habían venido a verle vencido, todos consideraban ahora prudente celebrar con aplausos esta liberación, y los que más le odiaban eran los que aplaudían y gritaban con más fuerza. Domiciano lo habría hecho también si yo no le hubiera puesto la mano en la boca.

—¡La caballería!

Éste fue el nuevo grito, y el terror se apoderó de la multitud. Yo arrastré a Domiciano al pórtico de un templo, no me acuerdo cuál. Mientras lo hacía, vi al portaestandarte de la cohorte que protegía al emperador coger la efigie de Galba, levantarla para que la gente la viera y después tirarla al suelo. Fue un momento de horror que nos afectó a todos. El populacho huyó del Foro, presa de un pánico repentino, como bajo los truenos de una tormenta. Y, efectivamente, empezó a llover a cántaros y la lluvia, empujada por una ráfaga de viento, azotó los rostros de los esclavos que llevaban la litera. La guardia personal vaciló y después, con un grito unánime, exclamó: «¡Otón emperador!». Los aterrados porteadores corrían de un lado a otro. Cerca del pequeño lago cuyo nombre es Curdo, Galba fue arrojado de la litera. Se quedó en el suelo y ya no lo pude volver a ver, porque estaba rodeado por los soldados que habían jurado protegerlo y ahora le daban golpes con sus espadas en la cabeza y en el cuerpo.

Yo había oído relatos de muertes, visto a menudo a gladiadores asesinados, pero no había visto nunca a nadie importante ser literalmente despedazado. Un soldado le cortó la garganta empujando con el pie su espada. Competían unos con otros para lograr mayor mérito.

También murieron otros. Vinio gritó que Otón no había ordenado que se le diera muerte. Intentó escapar. Un movimiento circular de la espada de un legionario le alcanzó por detrás de la rodilla. Cayó al suelo y otro legionario clavó su cuerpo a la tierra. Esto sucedía justamente a la entrada del Templo del divino julio. Creo que Laco fue asesinado poco después que su señor. A Icelo, puesto que era un liberto, se le reservó para la ejecución pública.

Todo concluyó en menos tiempo del que lleva contarlo. Teníamos un nuevo emperador, Otón, que más tarde, ese mismo día, cuando ya había anochecido, se presentó en el Senado, donde fue recibido con vítores y aclamaciones. Se apresuraron a conferirle el poder tribunicio, lo que convertía a su persona en inviolable.

—Como a Galba —masculló Domiciano.

Pisón sobrevivió hasta casi llegada la noche. Se había refugiado en el Templo de las Vírgenes Vestales y permaneció escondido allí durante algunas horas. Pero en cuanto esto se supo, un soldado perteneciente a la infantería auxiliar británica —y por lo tanto indiferente al delito de sacrilegio—

forzó la entrada y, sin hacer caso de las protestas de las sacerdotisas, arrastró a la calle al auxiliar de emperador de esa misma mañana y lo degolló. Se cuenta que Otón recibió la cabeza de Pisón con evidente alegría.

Para entonces Domiciano y yo habíamos vuelto a casa de su tía. Fue por conducto de Flavio Sabino por el que recibí más tarde el completo y exacto informe de estos asesinatos o ejecuciones, llámalos como quieras. Durante el día habíamos estado dominados por la excitación y la temblorosa inquietud de la situación cambiante. Ni siquiera habíamos experimentado el frío temblor del miedo. Luego, a salvo frente al hogar, con copas de vino caliente aderezado con especias entre las manos, mientras escuchábamos las reprensiones de la tía —tenía la voz como el chirrido de una gaviota asustada—, me di cuenta de que no podía dejar de temblar. Domiciano estaba sentado, inmóvil como un monumento, a excepción de un nervio que se le movía en la mejilla derecha. Levantó la mano dos veces como si quisiera parar ese movimiento, pero cuando la bajaba otra vez el nervio seguía crispándose.

Una llamada a la puerta nos hizo ponernos de pie. Mi mano se alargó en busca de un arma. Pero fue Flavio Sabino quien entró. Y estaba sonriendo.

Maldije a Tácito por hacerme volver a vivir aquel día. Juzgará —cuando haya amañado mi relato— que sus horrores fueron la consecuencia de la degeneración en la que nos había sumido la pérdida de la virtud y libertad republicanas. «Nunca hubo —escribió en una carta reciente en la que me instaba a profundizar en el pútrido recipiente de la memoria— una prueba más concluyente de que los dioses no se preocupan de nuestra felicidad, sino de nuestro castigo.» Yo no le discuto esa afirmación, simplemente observo que el libertinaje estaba igual de extendido en los días de la República, y que de él sólo los sabios gobiernos de Augusto y Tiberio nos rescataron. El horror de los años que sucedieron a Nerón no fue el resultado de una particular forma de gobierno, como mi viejo amigo, tan rebosante de imaginativa simpatía por el distante pasado, supone; fue la inevitable consecuencia del fracaso del gobierno.

Los filósofos han discutido mucho acerca de la naturaleza de los hombres, de si nos pone en movimiento la virtud o el temor. En lo que a mí respecta, sé por amarga experiencia, por la reflexión y el estudio de mí mismo, por la observación de los demás y por mi lectura de la historia, que los hombres nacen malos; que la virtud es algo que sólo se logra laboriosamente, a pesar de la naturaleza; y que la fuerza motora en cualquier hombre que haya logrado cualquier grado de poder —incluso poder sobre su casa, familia y esclavos— es fiera, dictatorial, destructiva, aunque sea también destructiva de uno mismo. El orgullo, la envidia, la cólera, el deseo de venganza por desdenes reales o imaginarios son fuerzas que pocos podemos o queremos resistir.

Pensad en Galba. A la edad de setenta y tres años había disfrutado de prosperidad durante toda su vida. Era rico, había ganado la estima, o al menos el respeto de sus semejantes. ¿Por qué arriesgar todo esto simplemente para ostentar la púrpura y ser saludado como emperador?

¿Y Otón? Un hombre del que se diría que estaba hecho para el placer. ¿No era eso suficiente para contentarlo? Hay agradables naranjales, suaves brisas y bonitas y sumisas muchachas en Lusitania. Sin embargo él, también, será llamado emperador por hombres a los que nadie que posea inteligencia o gusto puede respetar.

—¿No es un hecho —recuerdo haberle dicho a Domiciano (tal vez no esa misma tarde, pero sí una, un poco después)— que la condición humana es una guerra de cada hombre con todos los demás?

Yo no creía esto, es decir, yo no creía que debía ser así. ¿O sí lo creía? ¿Debía serlo? ¿Qué se precisa para poder formar la expresión «debía ser»?

—Si tú tienes razón y la vida espina guerra continua —respondió Domiciano—, entonces ¿no le corresponde a uno el asegurarse de que va a ganarla?

Flavio Sabino se rió.

—Hablas como un niño —le dijo—. No les corresponde a los mortales el exigir el éxito. Por consiguiente...

—¿Por consiguiente qué? —intervine yo—. ¿Hay que confiar en los dioses? Son sordos. ¿Hay que tratar de merecerlo? No he notado todavía que se recompense el mérito...

Flavio cogió el cubilete de los dados y los tiró sobre la mesa.

—Un par de seises —dijo.

—Eso no tiene mérito alguno, señor —repliqué yo.

—¿Quién dijo que lo tuviera?

—Está mal hablar contra los dioses —intervino Domiciano—. Yo tengo una especial devoción por Minerva, diosa de la Sabiduría, y creo que recompensa a los que son devotos de ella guiándolos por el sendero de la verdad.

—El pájaro de Minerva sólo vuela por la noche —dije yo.

—¿Qué quiere decir eso?

No lo sé. Estoy seguro —le respondí— de que es algo que oí una vez decir a un filósofo, un sofista griego. Tal vez no signifique nada, como la mayoría de las cosas que dicen los filósofos, pero se me grabó en la mente y me atrevo a decir que tiene tanto sentido como tu creencia en que Minerva cuida de ti. Si lo hace, ¿por qué —y recuerdo que le tiré un cojín— eres tan bruto?

Flavio Sabino volvió a agitar las tabas y una vez más sacó un par de seises.

—Hazlo una tercera vez y yo seré emperador —exclamó Domiciano.

—Tonto —dijo Domitila. Y volviéndose hacia mí, añadió—: ¿Qué serás tú si el tío echa las tabas y Domi consigue la púrpura?

—Su bufón, supongo —aventuré, y me volví hacia ella mientras las tabas repiqueteaban en el cubilete y un par de seises aparecía en la mesa.

El muchacho germano Blathus me cuenta que pertenece a la tribu de los chatti y que su padre fue hecho prisionero en la campaña que Domiciano llevó a cabo contra ellos. Recuerdo aquella campaña y el dulce valle del Neckar y una mujer germana que tomé como concubina. El recordar me vuelve sentimental. Bebí vino con el muchacho y no hice más que acariciarle la mejilla y besarle un par de veces. Protestó, pero gentilmente. Después me miró asustado, consciente de su condición de esclavo.

Una carta de Tito, sin fecha, pero recibida (presumo) a principios de febrero.

Mi dilecto muchacho: tu relato es fascinante. ¡Qué catálogo de locuras! Te agradezco mucho que contengas a mi hermanito, pero me habría gustado que me hubieras enviado una copia de su poema en loa de Galba. Me he hecho sumamente entendido en malos versos.

Y en otras cosas también, porque tengo una nueva diversión por la que no te debes poner celoso, porque, te lo aseguro, tú tienes un lugar especial en mi corazón. La diversión, o digamos entretenimiento, es una dama, nada menos que una reina, que se llama Berenice. Es la hija de Herodes Agripa, que se crió en la corte de Tiberio y trabó amistad con el emperador Cayo. Así que Berenice nos conoce, porque no se la educó para que respetara todas las intolerantes supersticiones de los judíos. He de confesar que es algo mayor que yo y que ha estado casada dos o tres veces (algunas veces habla como si hubiera tenido tantos maridos que no recordara su número). Es más, la primera vez que oí hablar de ella me dijeron que había tenido una relación incestuosa con su hermano, Herodes Agripa II. Añade a esto que es tan hermosa como la más bella representación pictórica de Venus que hayas podido ver jamás, y que posee más artes de amor que las que describió Ovidio en aquel poema que recordarás haber leído conmigo, en un momento encantador, en la costa de la bahía de Nápoles, y más aún que las que he observado jamás en cualquier cortesana griega, hasta de Corinto, y por todo esto comprenderás que es, para una persona de mi temperamento, totalmente irresistible. En resumen, si ese «tataratío» político tuyo, si no me equivoco en el parentesco, el gran Marco Antonio, del cual me has hablado tan a menudo con un abundante y muy natural orgullo, pensó que prefería perder el mundo a cambio del amor de su belleza oriental, la famosa Cleopatra, ¿por qué entonces yo (el Antonio de nuestros días) no voy a poder estar totalmente consumido de pasión por Berenice, hasta el punto de dejar que la guerra, el Imperio, la gloria y la fama desaparecieran si descubriera que competían con mi amor?

¡Afortunadamente no es así, porque Berenice es también un ser político!

Así que dame la enhorabuena y, cuando al fin pueda traerte a ti a este Oriente —un jardín donde se nos ofrece todo lo que hemos soñado—, verás cómo te proporciono una joven que te dará todo lo que tú desees; mi Berenice tiene dos hijas, maduras ya para desflorarlas suavemente.

¿No es el amor mejor que el Imperio? ¿No es el verdadero imperio del corazón? ¡Ah, amado mío, citando las palabras de un poeta persa que mi Berenice me ha enseñado: «Dios plantó una rosa y de ella salió una mujer»!

«Pero —quizá digas tú para tus adentros— este desahogo de placer es una inadecuada respuesta a la desalentadora y espeluznante crónica que yo le envié a Tito. ¿Es que no considera lo que está pasando en Roma al menos de igual importancia que sus escarceos de alcoba?» Así, me reprenderás, tú el Mejor (a tu manera). Y bien amado.

Por consiguiente, desistiré desde ahora de una cosa seria, porque el amor es..., ¡oh, dejémoslo, se me han olvidado las palabras para describirlo! Déjame que diga, simplemente, que el amor es una cosa y la guerra y la política otra, y de momento, tú, mi amado joven, estás totalmente atrapado en lo último.

Así que, en primer lugar, ¿qué hay de la guerra aquí? Hacemos progresos. Hemos sometido a la mayoría de las ciudades y plazas fuertes de Judea: asedios agotadores y muchas excavaciones por parte de las tropas. Pero estamos superando la rebelión. La mejor clase de los judíos ha vuelto a sus respectivos deberes, en particular su sumamente eficiente general, un tal Josefo. Te causaría una gran impresión, como me la causó a mí, porque no tiene el característico agrio temperamento de los judíos, y posee una amplia gama de conocimientos y una rara capacidad para sopesar lo que es esencial y juzgar las ventajas y desventajas de un caso. Así que ha llegado a la conclusión de que, puesto que nuestro Imperio no puede ser destruido, debe ser la voluntad del dios judío el que los superemos y por lo tanto le corresponde colaborar con nosotros, cosa que, naturalmente, es muy favorable para nuestra causa.

Además, Josefo comprende lo que ha aprendido por experiencia: que la insurrección (en la cual inicialmente tomó parte) está dirigida, no sólo contra nuestro gobierno, sino a destruir todo lo que es digno de respeto en el propio judaísmo. «Porque —dice— los zelotes —que es el nombre que se les da a los más extremados y violentos enemigos de Roma— no buscan sólo sacudirse el yugo imperial, sino llevar a cabo también una revolución social. Acabarían con la autoridad de los Sumos Sacerdotes y elevarían al pobre y mezquino a una posición de poder. Por lo tanto, si vamos a defender lo que se estableció hace mucho tiempo en nuestro Pueblo, y el orden natural de la sociedad, nosotros debemos aliarnos con los romanos contra estos extremistas, que no pueden construir nada y sí destruir lo que ha sido el trabajo de siglos, aprobado por Dios Todopoderoso.»

Tú no entenderás, por supuesto, su concepto de este «Dios Todopoderoso», para el cual, dicho sea de paso, los judíos no tienen un nombre (o si lo tienen es uno que no se atreven a pronunciar). Debes comprender, sin embargo, que esta gente extraña ve la voluntad de su dios en todas las vicisitudes de la historia. Esto es curioso, pero no dudo que tiene sentido para ellos tras haber hablado largo y tendido con Josefo, a quien he llegado a respetar.

Además, por lo menos en ciertos momentos, Josefo comprende que el día de las pequeñas naciones o de las pequeñas naciones-estado, ha pasado. Ve también que aunque el estrecho exclusivismo de los judíos les ha permitido mantener el sentido de lo que son y de su religión (que, como digo, es muy distinta a cualquier otra, porque no tienen imagen de su dios y a la reverencia que nosotros prestamos a las imágenes la llaman idolatría), eso también les ha negado las oportunidades de adquirir una mayor cultura, y también prosperidad. Hemos charlado mucho y yo le he revelado mi teoría del nuevo imperialismo que, aunque deriva de Roma, es más que romana y se vería disminuida si fuera sólo romana. Considera, amado mío, que un inmenso imperio ha crecido en torno a nosotros, lleno de problemas, sobre los cuales nuestra experiencia previa arroja poca luz. Nuestras razones para ganar este Imperio no eran dignas de admiración. No puedo fingir que lo fueran. Nuestra fuerza motora era la ambición y el deseo de poder. Tampoco nuestro gobierno era bueno en los días del imperio republicano. Entonces el único pensamiento de nuestros procónsules era explotar sus provincias y enriquecerse ellos. Se dedicaban a extorsionar a los demás. El noble Marco Junio Bruto, cuando concedía préstamos a los de las provincias que estaban bajo su protección en Chipre, exigía un interés de un ochenta por ciento: deplorable y totalmente desprovisto de ética desde cualquier punto de vista. Fue, según averigüé en el curso de mis investigaciones, ese vilipendiado emperador Tiberio quien tuvo éxito en algo por lo que el propio Augusto luchó, esto es, poner fin a semejantes prácticas. Dijo que los de las provincias eran sus ovejas y tenían que ser esquiladas, no despellejadas.

Ahora las cosas deben cambiar al estilo de Tiberio. No hay estado que deba su grandeza a su fuerza material, sino a las ideas que encarna. Yen el corazón de nuestro mundo romano está la creencia en la Ley, no la Ley impuesta por tiranos, sino la verdadera Ley que regula las relaciones que existen entre ciudadanos libres; y la base de la ley es el contrato.

Josefo acepta esto, pero entonces me pregunta, provocativamente, por qué nosotros, los romanos,

decidimos organizar el mundo y añadir estados y reinos, una vez fuimos libres e independientes, a nuestro imperio. Yo le podía haber preguntado qué significaba para él la libertad de su pueblo sin una comprensión de la ley del contrato, pero preferí no hacerlo, y admití que, como he dicho, no adquirimos el Imperio por un motivo noble. Y, sin embargo, a ti sí puedo decirte que la ampliación de nuestro Imperio era también necesaria para curar la enfermedad del Estado Romano. Éramos como un hombre a quien el aire viciado le hace marearse y a quien reviven los vientos del cielo. Ciertamente le presentaré esta idea, que acabo de concebir, a mi amigo Josefo y le invitaré a que la aplique a su propia nación —pestilente, estrecha de miras, monoteísta, que siempre cree tener razón y para quien todos los demás están equivocados. Le preguntaré si no piensa que se extenderán y fructificarán si se les libera de su limitada condición y se les deja vagar por los senderos y carreteras del mundo. Ésa es la razón por la que esta Guerra Judía, que yo detesto, debe ser llevada a una conclusión satisfactoria y próspera: que los judíos formen también parte del gran esquema imperial.

El Imperio es romano, pero no es solamente Roma; y si lo fuera, sería algo mezquino. Yo no me inclino, como imperialista que soy, a ninguna barata auto-complacencia. Por el contrario, me consumo de ardor cuando considero la magnitud de nuestra misión. Porque, últimamente, el Imperio es paz; paz, justicia y esa prosperidad, en la cual —y solamente en ella— puede florecer la verdadera libertad, la libertad de una mente filosófica, libre de ataduras.

Puedes decir —¿no es así?— que es siempre por la noche, tarde, cuando escribo cosas así. Ciertamente es tan tarde que los rosados dedos de la aurora tocan ya las colinas de Galilea.

No obstante, excitado por mi propia retórica, y seguro de que tú, mi único lector, comprenderás mis sentimientos y los compartirás conmigo, apenas puedo dejar de escribir.

El fin del imperialismo no es entonces la conquista, aunque la conquista fue necesaria para posibilitar su realización. Pero la conquista fue preliminar a la gran tarea de consolidación y desarrollo, y la tarea aún mayor de llevar la ciudadanía a todos los súbditos del Imperio, para que puedan participar en la tradición, fe y libertades de Roma.

Lee a Virgilio y encontrarás el significado de Imperio definido más claramente de lo que yo soy capaz de hacer.

Creo estar destinado a convertir el sueño del imperialismo en una realidad para todos dentro de los confines del Imperio romano. Mis sucesores, y por supuesto yo, tenemos mucho que hacer. Por ejemplo, veo algo malo en el hecho de que demasiados hombres poseen una riqueza por encima de sus necesidades y de que hay demasiados hombres pobres. Será una gran tarea la de reorganizar lo que yo llamo la economía mundial. La prosperidad debe beneficiar a todos, no solamente a los obesos y grasientos banqueros y especuladores y a aquellos a quienes se ha encomendado la recaudación de los impuestos.

¡Oh, tengo tantas ideas...!

«Pero —dirás tú— Tito está loco, está perdiendo el sentido de la realidad. No es emperador, no es ni siquiera un gobernador provincial, es solamente el hijo de Vespasiano a quien los ciudadanos lanzaron nabos, y mientras tanto Roma es como una mujer hermosa a punto de ser violada por pretendientes en desacuerdo unos con otros. De hecho, a la pobre dama se la viola a diario; la ciudad a la que alimentó una loba está siendo ahora arrasada por lobos que no conocen, o han olvidado, hasta la mera palabra amabilidad; que han olvidado la humanidad, olvidado el deber, y que creen que el libertinaje es libertad.

Tu relato de la caída y muerte de Galba inspira compasión, porque era evidente que Galba no entendió la naturaleza de su cargo y, al no entender eso, recurrió a formas anticuadas y sistemas de pensamiento que carecen de significado hoy en día. Fue un hombre nacido para desempeñar un papel secundario, como mero funcionario, llevado por su propia y necia ambición a desempeñar un papel que no se había escrito para él; tenías razón en preguntar por qué no rechazó el ofrecimiento de la

púrpura, un puesto para el cual no tenía cualidades. Y el haber escogido a Pisón como su hijo, heredero y compañero en el Imperio demuestra a las claras que su mente era lerda y convencional.

Y cómo, me pregunto a mí mismo, pudo Pisón considerarse capaz de compartir el Imperio; Pisón, que nunca había estado al mando de un ejército, ni siquiera de una legión, que no tenía imaginación y que no concibió jamás un pensamiento generoso.

Y ahora, consideremos a Otón... bueno, Otón podía ser popular durante algunos meses, ¿y después?

Entonces se revelaría tal y como era, un tipo listo, ingenioso, encantador, amigo de todos y respetado por nadie. Es imposible gobernar si no te respetan.

Mientras tanto las legiones germanas se han puesto en marcha, como si volviéramos a los días de la República y las Guerras Civiles. Que era ciertamente el tiempo que parecíamos estar viviendo.

Pero no te engañes. O bien aparece un emperador fuerte y enérgico, que no será ni Otón, ni — ¡los dioses nos libren!— Vitelio, o bien el Imperio se desmoronará y desintegrará, lo cual es imposible, ya que nuestro Destino, prometido al piadoso Eneas, no se ha cumplido todavía.

De aquí procede mi confianza y serenidad.

Hay tres palabras que me gustaría se te grabaran en la memoria, porque expresan mi propósito, que es el de Roma: Humanidad, Libertad y Felicidad. Si nos guían los principios implicados en estas palabras, entonces Roma será ciertamente la Ciudad Eterna.

Pero, aunque creo firmemente en mi destino, no soy tan tonto como para creer que es prudente, ni siquiera posible, triunfar si uno descuida las tácticas y tampoco la información de baja calidad.

Así que, aunque tú no eres de baja calidad, es precisamente aquello de lo que puedas enterarte sobre las mezquinas, ambiciosas y viles acciones de aquellos que compiten para conseguir el poder en esta lacerada Italia nuestra lo que yo requiero de ti; eso si me amas, como a mí me place pensar.

Continúa entonces, querido mío, mandándome toda la información que puedas reunir sobre lo que ocurre en Roma y, cuando vuelvan los días felices, entonces te presentaré a las hijas de Berenice y te permitiré que elijas la que quieras.

Te envío todo mi cariño, o todo aquel que es correcto que yo te envíe, y mucho más. Eres parte de mí y yo lo soy de ti. Tito.

Y en el curso de todas mis correrías, he tenido cuidado de conservar esta carta, que por supuesto no le mandaré a Tácito.

Me dices, Tácito, que no requieres mi opinión, sino solamente mis memorias. Dilecto amigo, ¿crees que se puede distinguir la una de las otras?

Lo extraño es que el reinado de Otón pareciera ser, durante unas semanas, un ejercicio de virtud. Dejó a un lado los placeres en los que tan exageradamente se había deleitado. Se comportó con más dignidad que ningún otro emperador desde Tiberio. Ésa era la opinión de mi madre, que tú por consiguiente respetarás, como siempre la respetaste a ella. La competencia desde Tiberio no fue, ha de admitirse, fuerte. Sin embargo, supongo que tú dirás que Otón era un hipócrita y que con el tiempo sus vicios habrían vuelto a la superficie, más enérgica y vergonzosamente, debido al período durante el cual los había reprimido.

Pero la virtud se manifestó en actos. La forma en que trató a Mario Celso fue sólo un ejemplo. Había sido un fiel amigo de Galba, que arregló su nombramiento como cónsul electo. La chusma pidió que siguiera a Galba a la tumba. Otón dudó en salvarlo y ordenó que lo cargaran de cadenas y lo llevaran a la prisión Mamertina, esa cámara de ejecución de la cual, a lo largo de la historia de Roma, pocos habían salido con vida. Pero Otón hizo una excepción con Mario Celso. Tan pronto como se aplacó la furia de la chusma, Otón lo puso en libertad y hasta le concedió un mando militar. Eso fue una acción honorable.

Al favorito de Nerón, el liberto Tigelino, que había sido jefe de la Guardia Pretoriana —un hombre que había impulsado a Nerón a todas las crueldades, maldades y actos de locura posibles— lo salvó del castigo de Galba, protegido por Vinio. La razón que se alegó fue que, en una fecha indeterminada, Tigelino había colocado el escudo de su protección sobre la hija de Vinio y la había salvado, aunque no puedo recordar si de la desgracia o de la muerte. Indudablemente, esto fue un acto calculado por parte de Tigelino que, temiendo un cambio de fortuna, se cuidó de cultivar algunas amistades particulares en las que esperaba poder confiar para que le protegieran de la justicia a la que se vería entonces expuesto. Ahora, muerto su protector, Tigelino se dio cuenta de que tenía que responder de sus delitos. Otón le había mandado decir que ya había sido una carga para la humanidad durante demasiado tiempo y que la chusma estaba dispuesta a descuartizarlo. Tigelino recibió esta desagradable noticia con un valor inesperado. Se llevó a la cama a la favorita preferida del momento, de entre sus muchas queridas —todas ellas jóvenes de buena familia a quienes había seducido cuando no eran aún mayores de edad— y después, mandándola salir, se degolló.

Esta noticia aumentó la popularidad de Otón y muchos dijeron que sería un buen emperador. Hasta su decisión de salvarle la vida a Galia Crispinila, una de las amantes de Nerón que había fomentado la rebelión en África y —según se creía— tratado de impedir que los barcos que transportaban maíz salieran hacia Roma, fue pronto perdonada. Como decía mi madre: «La mujer es una fulana y no tiene principios, es también enemiga de Otón, pero acceder a su ejecución sería bárbaro».

Ciertamente, en muchos aspectos, daba la impresión de que iba a ser al menos un emperador tolerable, si no se cansaba de ocupar ese puesto, como mi madre, aunque indulgente hacia él, me sugería. No se inmiscuyó en los nombramientos públicos y complació al Senado otorgando puestos a senadores ancianos de importancia. Los nobles jóvenes que habían regresado del exilio al que Nerón los había condenado, o que lo habían elegido impulsados por el temor, fueron calurosamente recibidos e investidos con los honores sacerdotales disfrutados por sus padres y abuelos. Si la consigna de César después de su invasión de Italia había sido la clemencia, la de Otón parecía ser la reconciliación. Por ejemplo, le mandó embajadores a Vitelio —que con las legiones germanas se había adentrado en la Galia Transalpina— con la misión de enterarse de sus quejas y sugerir remedios. Tenían también que

asegurar a Vitelio que, si colaboraba en el restablecimiento de la paz, ocuparía un puesto honorable como el segundo hombre en el Imperio.

Si le hubieran dejado a Vitelio que hiciera lo que deseara, habría probablemente aceptado esta proposición, e incluso jubilosamente. Reconozco que esto es pura especulación, pero Vitelio —blando, indulgente para consigo mismo, de voluntad débil y cobarde— debía de saber en lo más hondo de su corazón que no había ningún hombre menos adecuado que él para meterse en una lucha desesperada y dolorosa para conseguir el Imperio; aunque saliera victoriosa de ella, se vería obligado a asumir una carga que no era capaz de llevar. Vitelio no era un mal hombre, solamente un hombre blando. O al menos eso es lo que pienso ahora.

Pero Vitelio no disfrutaba de ninguna independencia, aunque las legiones le hubieran investido con la púrpura. Al contrario, era el títere de los legados Fabio Valens y Alieno Cecina. Ninguno de los dos había adquirido la reputación suficiente para compensar su humilde nacimiento y así convertirse en unos candidatos aceptables para el Imperio. Ambos eran jóvenes, capaces y ambiciosos. Cecina, especialmente, era querido por las tropas, debido a su atractivo porte y estatura, valor, audacia y elocuencia. Ambos habían sido en un principio protegidos de Galba, pero se habían vuelto contra él: Valens no sé por qué, Cecina por la orden de Galba de que fuera enjuiciado por la malversación de fondos públicos cuando era cuestor en Bética. Ambos se daban cuenta de que Vitelio, debido a su rango y abierto carácter que le hacían popular entre los soldados, podía proporcionarles los medios de llegar al poder que no podían conseguir de ninguna otra manera. Al mismo tiempo, su maleabilidad, indolencia e indulgencia para consigo mismo que, hasta en la marcha a través de la Galia, le hacían parecer medio ebrio ya a la hora del mediodía, les hacía pensar que podrían dominarlo. Sin embargo, curiosamente, conservaba la estima de las tropas, que hasta le aclamaban como Germánico, un título asociado con aquel hombre tan amado de las legiones, el padre del emperador Cayo. Era absurdo, pero, sin embargo, era así.

Por consiguiente, no era posible esperar que Valens y Cecina, los animadores de este espectáculo, recibieran con gusto las proposiciones de los embajadores de Otón, que prometieron honores y posición a su jefe nominal y nada de importancia para ellos. Así que, ya con amenazas, ya con incentivos, sobornaron a los embajadores, impresionados por el poder y resolución de las legiones germanas y por el peligro que corría su propia posición.

Mientras tanto, en Roma, antes de que nos enteráramos de estas noticias, Flavio Sabino, aunque de nuevo confirmado en su puesto, empezó a preocuparse. Un buen gobierno y la pacificación del Imperio eran hechos indudablemente admirables y dignos de ser deseados, pero el buen gobierno y la pacificación del Imperio por parte de Otón contradecían sus planes y ambiciones para su familia. Nos aseguró que no duraría. Y yo pensé que tenía razón, aunque mis razones diferían de las suyas. Domiciano estaba menos convencido. «¿Voy a ser sacrificado —masculló— para facilitar las aspiraciones de mi padre, y aún peor, las de mi hermano y mi tío, aspiraciones que a la vista del curso actual de los acontecimientos parecen vanas?» Pensó que era interesante para él intentar acercarse a Otón y a sus amigos, a pesar de que era, por supuesto, tan insignificante como joven y de que su historial estaba bastante desprovisto de acciones meritorias (reconozco que no por culpa suya). Por consiguiente, sus acercamientos pasaron desapercibidos o no despertaron interés.

La calma de la primera quincena de febrero fue pura ilusión. El motín que se desató a mediados

de mes contribuyó a restablecer el humor de Flavio Sabino.

En sus orígenes fue un asunto trivial.

Otón había dado órdenes de que se hiciera venir a Roma, desde Ostia, a la decimoséptima cohorte, y su armamento fue encargado a un tribuno de los pretorianos llamado Crispino (o tal vez Craspito, no recuerdo bien su nombre). Por alguna razón, este oficial dio la orden de que la acción se llevara a cabo por la noche, cuando el campamento estaba tranquilo. Pero la hora provocó sospechas de que algo más siniestro estaba a punto de suceder. Hubo un disturbio y la visión de las armas excitó a la ebria multitud. Gritaron —alguien gritó— que las armas iban a ser llevadas a las casas de aquellos senadores que se oponían a Otón y que se estaba preparando un golpe de Estado. Los soldados —algunos de los cuales estaban borrachos— se adhirieron a la acusación. Estalló una lucha entre aquellos que estaban intentando hacer cumplir u obedecer la inocente orden del emperador y aquellos que imaginaron que las armas se iban a usar contra él. El tribuno, Crispino —¿Craspito?—, al intentar hacer lo que se le había ordenado, fue cortado en dos y arrojado a la cloaca, y varios centuriones que se pusieron de su parte fueron también asesinados. Entonces los soldados, convencidos de que habían frustrado un ataque contra la vida de su emperador, se montaron en sus caballos, desenvainaron las espadas y se dirigieron al galope hacia la ciudad y el palacio.

Allí estaba Otón, haciendo de anfitrión de una recepción para algunos de los más distinguidos hombres y mujeres de la ciudad. Yo me encontraba entre ellos, por razón de mi noble origen, y Domiciano se moría de envidia porque él no había sido invitado. El ruido confuso y aterrador del tumulto de los soldados en el patio creó consternación. Nadie sabía lo que estaba pasando. Algunos temían que se tratara de un atentado contra la vida del emperador, otros que el propio Otón hubiera planeado una matanza de sus invitados, o al menos su detención. Pocos se comportaron bien, la mayoría como cobardes. Algunos huyeron y se perdieron en los corredores del palacio o encontraron las puertas cerradas con barrotes o protegidas por guardias (porque la guardia personal de Otón no sabía tampoco la causa del tumulto). Algunos escaparon por puertas o ventanas laterales y, saliendo apresuradamente del Palatino por cualquier ruta que les pareciera más oscura, llegaron a la ciudad donde, sin embargo (como me contaron después), muchos no se atrevieron a ir a sus propias casas, sino que vagaron por las calles lamentándose de los malos días que vivían o se refugiaron en las viviendas de sus más humildes clientes.

He de confesar que yo estaba también alarmado, aunque la lógica —que sirve pocas veces de ayuda cuando se despiertan las emociones de inquietud— me decía que no tenía nada que temer. Pero el pánico es contagioso y no sé lo que habría hecho si no hubiera atraído y mantenido mi atención el espectáculo que ofrecía la persona del propio emperador.

Otón recorría apresuradamente la habitación, agarrando de la manga a los invitados que permanecían aún allí y hablándoles precipitadamente. Tan sólo unos minutos antes había estado alegre y expansivo, aunque no sin dignidad, feliz en su papel de anfitrión. Ahora estaba blanco como las sábanas de una virgen y tenía la frente cubierta de sudor. Sus ojos miraban de un lado a otro y yo leía en ellos una atemorizada perplejidad. O eso creo o recuerdo ahora.

Entonces un funcionario se aproximó a él; le consultó algo y los dos se retiraron del salón del banquete a una habitación interior, Otón mirando por encima del hombro dos o tres veces mientras nos dejaba.

Se oyó un gran estrépito, gritos desaforados y alaridos de terror que se hacían cada vez más urgentes. La estancia estaba abarrotada, según parecía de soldados que blandían espadas, algunas de las cuales chorreaban sangre. El tribuno, Junio Marcial, preguntó airado qué querían, y se le empujó a un lado, pero no sin antes darle una cuchillada en la ingle, de manera que cayó quejándose y sangrando sobre el mármol, y fue pisoteado por los que iban avanzando por la estancia.

Entre aquellos invitados que permanecieron acurrucados por los rincones, cada hombre y cada

mujer trataba de hallar otro que le sirviera de escudo. Nadie sabía el propósito de esta invasión, y todo el mundo la temía. Los soldados pidieron a gritos que se presentara Otón y no pudimos saber si estaban a punto de matarlo o simplemente querían asegurarse de que estaba a salvo. No llegué a enterarme de qué discusiones tuvieron lugar en la habitación pequeña donde se había refugiado. Pero creo que fue el propio Otón quien decidió que debía presentarse a los soldados y aceptar el destino que le estuviera preparado.

Así que salió, con las piernas entumecidas y el rostro pálido, pero con una sorprendente y juvenil resolución. Yo experimenté un sentimiento de admiración; recordé el relato que hizo el pobre Esporo del abyecto terror de Nerón. He visto la expresión de la cara de Otón en el semblante de los gladiadores vencidos, extendidos en la arena, que ya han aceptado la muerte.

Nadie se movió. Otón contempló el espectáculo, miró a Junio Marcial, el tribuno herido, que se arrastraba hacia él, se inclinó y le puso el brazo alrededor del cuerpo. Con dolor y dificultad logró colocarlo suavemente sobre un diván y después, subiéndose al mismo mueble al lado de él, dejó vagar sus ojos con desmesurada lentitud por la estancia en la que aún parpadeaban las velas sobre aquellas mesas que no se habían volcado, y donde se veían aún vinos y platos de delicados manjares.

—Camaradas —dijo muy suavemente—, ¿qué significa todo esto? ¿Qué es esto que habéis hecho? ¿Qué extrañas ideas os han inflamado? Si habéis venido a matarme, aquí estoy. No es necesario que se derrame ninguna otra sangre. Si os estáis engañando creyendo que mi vida está en peligro y habéis venido noblemente a protegerme, yo respeto y aprecio vuestra lealtad, aun cuando deploro vuestro impulso de actuar sin verdadero conocimiento, y vuestra insubordinación...

Entonces los soldados arrojaron sus espadas, o las bajaron o las envainaron, y se amontonaron en torno a su emperador para besarle las manos, apretarse contra él (de tal forma que el pobre tribuno herido estaba ahora en peligro de ser asfixiado) y declararle su adhesión.

El día siguiente la ciudad estaba silenciosa, como una casa de luto. Los postigos permanecieron cerrados, las tiendas también, había poca gente en la calle; se podía pensar que una plaga había caído sobre Roma o que Roma —hasta Roma— era una ciudad ocupada en manos de un terrible enemigo.

La tarde siguiente, cuando yo regresé de los baños, adonde fui en busca de noticias, a la casa de mi madre, para ver si estaba bien y para asegurarle que yo sí lo estaba, nos interrumpió uno de sus esclavos, que vino corriendo a avisarnos de que un destacamento de soldados había entrado en el patio y estaba preguntando dónde vivía yo. Si hubiera estado solo, creo que habría intentado huir. Pero era inconcebible tanto dejar a mi madre para que contestara por mí como mostrar temor en su presencia. Así que, hablando con la mayor tranquilidad posible, mandé al esclavo que fuera a buscar a los soldados y asegurarme así de que ninguno de nuestros vecinos estaba expuesto a ningún peligro que pudiera amenazarme a mí; porque a mi madre se le tributaba tanto respeto, hasta en su pobreza y penosa situación, que era probable que alguno, al menos, de los que vivían en el edificio pensara en engañar a los soldados, con la esperanza de que se olvidaran de mi madre. Era más probable que hicieran esto, porque yo había entrado en la casa casi a escondidas y pocos podían haber sabido que yo estaba allí.

La expresión de orgullo que resplandeció en los ojos de mi madre fue una recompensa por el peligro que yo supuse había traído conmigo.

Pero el centurión que entró en nuestro apartamento, al mando de un destacamento de sólo cuatro miembros de la Guardia Pretoriana, se comportó inmediatamente de una manera cortés. Le pidió perdón a mi madre por esta invasión de su intimidad, y explicó que en tiempos mejores no habría soñado en entrar súbitamente en la casa de una dama tan preclara. Mi madre recibió estas palabras como si las mereciera y preguntó suavemente que qué querían de mí.

—Órdenes del mismo emperador, señora —respondió el centurión—. Exige la presencia de este joven y la desea con tanta urgencia que me ha mandado a mí con estos hombres para asegurarse de que llega al palacio sin que le molesten, porque hay un gran desorden en las calles y los que guardan el palacio están tan inquietos, si se me permite decirlo así, que parece que se han vuelto locos; así que se ha considerado necesario que vengamos nosotros para actuar de salvaguardia del joven. Y el emperador me ha rogado (me ha rogado expresamente) que os asegure que esto no va a causarle ningún daño al joven, sino todo lo contrario. Y me ha pedido también que os presente (éstas fueron exactamente sus palabras) sus más profundos respetos y que os diga que (esto no lo recuerdo con precisión) espera que estéis bien.

Entonces se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo rojo, como si hubiera ensayado su discurso y estuviera muy satisfecho de habérselo quitado de encima.

Mi madre insistió solamente en que yo debía primero lavarme, afeitarme (aunque mi barba era todavía muy rala y apenas necesitaba hacerlo más de dos veces a la semana) y ponerme una toga limpia antes de que ella pudiera considerarme adecuado para presentarme ante el emperador. En su opinión, a pesar de todo lo que sabía que desacreditaba a Otón, el puesto que ocupaba requería respeto y el respeto exigía vestiduras limpias. El centurión asintió y, mientras que yo me retiraba para obedecer las instrucciones de mi madre, ésta le ofreció vino, sin pedirle perdón por el hecho de que su calidad era inferior a la que ella estaba acostumbrada a ofrecer antes de que la desventura posara sobre ella su helada mano; porque el pedir excusas habría sido, en su opinión, rebajarse.

Entonces nos abrazamos, me dio su bendición y me recordó que me comportara de una manera digna de mis antepasados (se refería a su noble familia y no a mi verdadero padre Narciso). Así que nos pusimos en marcha hacia el palacio.

Consideré indigno de mí el preguntarle al centurión si tenía idea de la razón por la que se me mandaba a buscar, pero mientras avanzábamos, sentí que mi sangre fluía con inusitada agitación, como si hubiera entrado al fin en la madurez.

Sin embargo, y a pesar del honor que aparentemente se me confería, se me sometió a un detenido examen en la puerta del palacio, por temor de que llevara un arma que pudiera utilizar contra el emperador.

—Lamento esto, señor —dijo el centurión cuando se me franqueó la entrada—. Las cosas son ahora así, se cachea hasta a los senadores.

Me llevaron por un laberinto de pasillos y en cada esquina había un centinela armado. Recuerdo que pensé que, sin el ovillo de lana de Ariadna, no podría encontrar la ruta para salir de aquel laberinto, si las cosas se ponían mal y trataba de escapar.

Al fin se me mostró una pequeña estancia más allá del tercer patio del palacio, según me pareció. Había de hecho solamente una lámpara y al principio parecía que el cuarto estaba vacío. «¿Va a ser ésta mi prisión?», pensé. Entonces percibí un movimiento procedente de un diván situado al otro lado de la lámpara y por consiguiente en una zona más oscura, y una voz que reconocí como la de Otón le dio las gracias al centurión por sus servicios, le dijo que esperara fuera y me saludó a mí por mi nombre.

El emperador no se levantó. Ni volvió a hablar hasta que el centurión le saludó juntando ceremoniosamente sus talones, y se retiró. Conforme mis ojos se fueron acostumbrando a la mortecina luz, vi que el emperador estaba echado en un diván, suavizado por una gran abundancia de cojines y que se cubría el cuerpo con una manta ricamente bordada.

—Debe de haber vino —dijo— en esa mesa pequeña. Sírrete una copa y dame a mí otra.

Su voz sonaba cansada y un poco pastosa, como si hubiera ya bebido.

—Te estarás preguntando por qué te he hecho venir.

—Como no podía adivinarlo, decidí que era inútil especular sobre ello, señor.

—Hablas como un verdadero Claudio, excepto por ese «señor». Yo sentía un gran respeto hacia tu madre cuando vivía en la Corte. Fue muy amable conmigo, siendo yo un muchacho. Te observé anoche. Te comportaste bien en ese (¿cómo lo llamaré?) ridículo y aterrador suceso. De una manera, también, digna de un Claudio. ¿Eres un buen Claudio o un mal Claudio?

Por supuesto comprendí la pregunta, como la comprenderás tú, Tácito, pero tú tendrás que recordarles a tus lectores que se dice que había dos tipos de Claudios, los que servían lealmente a la República y prestaron un gran servicio al Estado, y aquellos que... bueno, no lo hicieron, sino que eran obstinados, dominantes, imprudentes, peligrosos para los demás y para sí mismos.

—No he cumplido aún los diecinueve años —dije—. Es demasiado pronto para saberlo.

Se rió.

Creo —dijo— que ésta es la respuesta más franca que se me ha dado desde que empecé a desempeñar este papel; y la más ingeniosa. Habitualmente son sólo los tontos profesionales los que bromean con los emperadores. Ésa, al menos, es una tradición que no se ha abandonado todavía. Así que tu respuesta me agrada. Eres además un muchacho muy apuesto. Ven, siéntate a mi lado.

Yo obedecí, con recelos. «Ahora esto no», pensé. Se volvió a reír, al adivinar lo que yo estaba pensando.

—No tienes nada que temer —me dijo—. No tengo la menor intención de practicar una forma pervertida de la *lex primae noctis*, costumbre que, incluso en su forma usual, me repugna. A las mujeres hay que conquistarlas, no poseerlas: ésa es mi opinión, como un libertino que se va haciendo viejo, saciado ahora en las filas de Venus. Pero creo que podemos entendernos bien.

Yo permanecí silencioso. Él me preguntó por qué.

—Mi madre me enseñó —dije— que si no tienes nada que decir es mejor no decir nada.

—Buen consejo. Síguelo y serás un político. O un general. El silencio es un arma buena. No hay nada tan desconcertante como el silencio. Desgraciadamente, yo he sido siempre hablador. Y esto me ha perjudicado...

La franqueza es encantadora y debe desconfiarse de ella.

—De todas maneras a mí no me gustaron nunca los jóvenes —continuó—. Cuando has aprendido a disfrutar de una mujer, no hay muchacho que pueda satisfacerte plenamente. ¿Has descubierto ya esto? Ven, no te ruborices. La luz es débil pero a pesar de eso puedo notar tu sonrojo. Hay un brillo especial en tu rostro. Fuiste, me dicen, el amante de Tito, hijo de Vespasiano. ¿Lo eres todavía?

Vacilé, como un hombre en el umbral de una casa oscura, a través de la cual está soplando el viento. El peligro puede no tener olor, no ser corporal, y sin embargo, yo lo había oído a veces. El temor, por supuesto, tiene un olor, el olor del sudor frío, y peligro y temor son hermanos de sangre.

—Éramos muchachos —dije—. Ahora somos hombres.

—Y dicen que Tito jode a una reina oriental, Berenice. ¿Estás celoso?

—Tito es amigo mío. Lo que le hace a él feliz, me place a mí.

—Eliges tus palabras con cautela. Me gusta eso. Mi vida habría sido más afortunada si hubiera poseído esa habilidad.

—Vos sois emperador, señor. ¿Qué más os puede deparar la fortuna?

Podía empezar con el sueño. Sí, soy emperador. Pero ¿por cuánto tiempo? Galba fue emperador. También lo fue Nerón, amigo mío una vez. Y también lo fue Claudio, asesinado por su mujer. Al menos yo no tengo ahora mujer. Tuve una vez una, sabes, y la amé aunque era una puta, disoluta como yo en aquellos (lías. Nerón la mató, lo mismo que un niño enfadado puede matar a un perrillo. Ahora no tengo mujer, ni tampoco un hijo.

«Por Júpiter —pensé yo (esto es genuino, Tácito, te lo juro), ¿no estará a punto de adoptarme, de hacerme su Pisón. No, gracias. Pero ¿cómo podré negarme, si me hace el ofrecimiento?»

—Pero tu amigo Tito tiene todavía una tropa de bailarines, según dice, y no es necesario adivinar lo que hace con ellos. ¿No te sientes celoso de esto tampoco?

—Si no fuerais emperador, señor...

No podía forzarle a llamarle «mi emperador», y dejé la respuesta colgando en el aire perfumado de incienso de la pequeña habitación, que ahora parecía envolvernos a los dos en una nauseabunda intimidad.

—Si yo no fuera emperador, me dirías que me fuera y me ahorcara, ¿verdad? ¿No es así? Está bien, me agrada tu carácter y tus silenciosas respuestas.

Alzó su copa, la vació de un trago, como lo hacen los borrachos o los hombres al borde del dolor o la desesperación, y me la pasó a mí para que se la volviera a llenar.

—Es un oficio solitario el de ser emperador. Lo he descubierto ya en sólo unas semanas. A Nerón le gustaba, por supuesto. Pero Nerón era un necio, un necio listo y a menudo entretenido, pero aun así un necio. Tiberio, que era un hombre sabio, lo odiaba. O eso solía decir mi padre, y él conocía bien al viejo y lo reverenciaba. Solía insinuar que tal vez fuera el hijo bastardo del emperador. Su padre, mi abuelo, era cliente de la gran Livia Augusta. A ella le debía su puesto en el Senado. No quedan muchos hombres en Roma que sepan más de emperadores que lo que sé yo, o de lo que significa estar investido de la púrpura. —Hizo una pausa y volvió a beber—. Sé lo que tú estás pensando: que yo he ido en busca de la corona. Y es así. ¿Quién no lo haría cuando se presenta la oportunidad? Hasta ese aburrido tipo, Pisón, cayó en la tentación. Hasta Vitelio, y de todos los que he conocido, ninguno era menos adecuado. Pero eso no es un impedimento, y ahora, gracias a la energía de sus legados, Valens y Cecina, es un peligro para mí. ¿Qué dices de todo esto?

—¿Qué puedo decir? Se nos educa a todos para ir en pos de la gloria y para competir por puestos de honor. Marco Antonio era mi tío, hace tres generaciones, aunque sólo lo fuera por matrimonio. ¿Es esa respuesta suficiente?

—Me sirve. Hubo dos triunviratos, formados para dominar el Estado. Cada uno de ellos dejó sólo un superviviente, después de terribles guerras: primero César, después Augusto. A mí me gustaría

evitar las guerras. Es una bestialidad que los romanos se maten entre sí. La guerra civil enfrenta a hermano contra hermano, destruye la amistad, la cual se nos enseña a valorar. Pero... he enviado embajadores a Vitelio. No han vuelto. Tal vez hayan optado por quedarse en su campamento, tal vez estén detenidos en él. ¿Quién lo puede decir? Pero la conclusión es bien clara. Vitelio (o los hombres que lo controlan) quiere la guerra, con todas sus terribles e incognoscibles consecuencias. Vitelio y yo estamos quizás equilibrados, nuestras fuerzas son iguales en fuerza y valor. Pero hay una tercera fuerza en Oriente, otro gran ejército, cuya influencia puede ser decisiva. Mociano, Vespasiano, tu entrañable amigo Tito... ¿qué es lo que quieren?

—A mí no me lo dicen, señor: no estoy al corriente de sus ambiciones. —No intentes engañarme, muchacho, no te hagas el tonto...

Una nota como el sonido del metal al golpear la piedra surgió en su voz. Se incorporó para apoyarse en el codo y me miró inquisitivamente.

Sentí su poder, como el viento frío de las madrugadas de invierno.

—Ven —dijo más suavemente—, tratemos de comprendernos mutuamente. No quiero que haya secretos entre los dos. Vivimos tiempos malos, en que la libertad está forzosamente restringida. Tú estás manteniendo una correspondencia regular con Tito. Algunas veces hace uso del correo imperial y entonces sus cartas son rutinariamente interceptadas, se descifran (la clave que utilizáis es sencilla y no les presenta problemas a los agentes imperiales) y se copian antes de enviártelas a ti. Si examinaras los sellos más minuciosamente, habrías sospechado algo. Otras veces te envía mensajes más privados por medio de uno de sus libertos. La semana pasada uno de ellos fue arrestado en Brundisium. La amenaza de la tortura le convenció para que entregara la carta que te llevaba. La he leído. Aunque no sea abiertamente sediciosa, un hombre más propenso que yo a oler conspiraciones a su alrededor habría encontrado suficientes razones para ordenar el arresto e incluso la ejecución de Tito. Aquí está la carta. Como verás, no oculta su decisión de conseguir un día la púrpura, ni sus esperanzas de lograrlo. «Otón no puede durar», dice. «Vitelio es un payaso. El camino se abrirá pronto ante nosotros.» No discuto la opinión que tiene de mi rival, Vitelio. Me desagrada enormemente —bebió más vino— considerar a ese hombre mi rival. Pero ¿qué dices tú? Tu amigo es algo imprudente y su precipitación hace juego con su ambición. Y algunos pueden considerar esta actitud desmedida. ¿Cuántos años tiene? Ni siquiera treinta. ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? Demasiado joven para ser emperador; demasiado viejo para ser tan tonto. ¿Qué dices?

—Era una carta privada dirigida a un amigo. La gente habla indiscretamente a los amigos. No todo lo que dicen hay que tomarlo en serio.

—Una respuesta cortés, pero tú sabes muy bien que no es muy convincente. —Me cogió la mano, la apretó dos veces y la soltó—. No quiero pelearme —añadió—, y no te he traído aquí para castigarte, ni siquiera para reprenderte por mantener una correspondencia que no se aleja mucho de la traición. Los tiempos están alterados. No es sorprendente que muchos hombres conciban ambiciones que en otros tiempos podrían ser consideradas sediciosas si son expresadas. De hecho, casi admiro a Tito por su audacia. Pero tampoco eso le servirá de nada.

Se mordió las uñas y permaneció callado durante largo tiempo.

—Tres fuerzas —dijo—. En cualquier batalla de tres, hay siempre dos contra uno, a no ser... a no ser que uno de los tres se aparte a un lado y espere para disfrutar de un banquete con la carroña. Ése no será el estilo de tu Tito, yo mismo lo puedo decir. Pero, ¿y su padre Vespasiano? Nadie hizo nunca mucho caso a Vespasiano. Nerón lo tomaba a broma, solía burlarse de su acento, de su costumbre de pronunciar *o* en lugar de *au*, provinciana y de clase baja. Ya sabes que desempeñó una vez el oficio de mulero y su amante, Cenis, es aún más vulgar que él. Además, ofendió a Nerón al quedarse dormido durante uno de sus recitales, e incluso roncó, acto que demostró una manera de juzgar más estética que prudente. Pero ha sobrevivido. Es un perro viejo y sarnoso, pero un perro sabio. ¿De qué manera

saltará? ¿Se quedará en su perrera? Vespasiano me sorprende y me preocupa. No tengo en cuenta a Muciano, vive para el placer, como hice yo una vez, y sus placeres son pervertidos y degenerados como no lo eran los míos. ¿Pero Vespasiano? Estoy pensando en voz alta, muchacho...

Eso de estar pensando en voz alta era una representación, al menos en parte. Pensé eso entonces, porque supuse que había tomado ya una decisión, a la cual se iba aproximando por esa ruta circular. Aun así, me excitó su aparente franqueza y tuve la sensación de que estaba al borde de alguna gran empresa.

—Necesito a Vespasiano —prosiguió—. Necesito a Tito. Roma los necesita. Lo que Roma no necesita es una guerra prolongada, y lo que Roma tal vez no necesite tampoco es el gobierno de una sola persona. Ésa es la razón por la que te he traído aquí. Te voy a enviar como mi emisario a Vespasiano y a tu amigo. Te proporcionaré la ruta más rápida y fácil. Tendrás cartas que entregar, pero esto es lo que yo quiero que digas, con toda la persuasiva elocuencia de que puedas echar mano: que Otón ofrece una alianza, que estará dispuesto a compartir el gobierno del Imperio con Vespasiano y también, si así lo desean, con Tito y hasta con Muciano, si Vespasiano lo considera necesario, si aceptan aliarse conmigo para derrotar a Vitelio y las legiones germanas. Dirás que, aunque mis fuerzas y las de Vitelio son semejantes, yo tengo confianza en nuestra victoria, porque yo lucharé a la defensiva, pero que Roma desea que esta victoria sea completa, y por consiguiente necesito las tropas de Vespasiano. El Tercer Triunvirato, díles eso...

Hizo una pausa. ¿Se había olvidado —o esperaba que yo me hubiese olvidado— de lo que él mismo había dicho acerca de las dos primeras asociaciones de este tipo?

—Te mando a ti —dijo— precisamente porque no eres mi joven amigo, sino el de ellos, o por lo menos el de Tito. ¿Comprendes que estoy depositando mi confianza en ti? ¿Que yo te he mostrado mi punto flaco? ¿O lo que los hombres pueden creer que lo es? Pero recuerda esto. Lo hago por Roma, que no puede sobrellevar guerras prolongadas y terribles, sino que necesita estabilidad.

—¿Conoce Flavio Sabino vuestras intenciones, señor?

—Sabino es un hombre a quien yo no comprendo y por consiguiente en quien no puedo confiar. Por lo tanto no le dirás nada. En el momento oportuno, cuando reciba la primera reacción de Vespasiano, tal vez entonces se lo consulte a Sabino. De momento todo tiene que ser confidencial. Mi puesto aquí en Roma lo requiere. Ésta es otra razón por la que te he seleccionado a ti para esta misión. Si me perdonas que te lo diga, tú eres, por tu edad, una persona sin importancia. Nadie, por consiguiente, sospechará que tu marcha indica algo.

Yo sonreí.

—Nadie más que mi familia y mis amigos se dará cuenta de que no estoy aquí.

—¡Oh! —dijo—, estoy seguro de que tienes admiradores que te echarán de menos. ¿Tal vez alguna muchacha?

—Tal vez.

Continuó mordiéndose las uñas.

—Vespasiano tiene un hijo más joven, aquí en Roma. ¿Domiciano, no es así? Debo traerlo a palacio y emplearlo de una manera u otra.

No tenía necesidad de decir que Domiciano sería un rehén del éxito de mi misión. Ni tampoco tenía por qué contarme que debía informar a Vespasiano de que Otón tenía ahora a Domiciano, como una especie de incentivo. Así que por mi parte no sentí necesidad de decir que, en mi opinión, a Vespasiano no le había importado nunca un bleo Domiciano, sino que todo su amor se había concentrado en Tito y toda su ambición giraba en torno a él.

—Mi secretario te dará una nota de tus planes de viaje y una especie de pasaporte. Se te escoltará entonces a casa de tu madre y saldrás de Roma por la mañana. No le digas nada a nadie, excepto a tu madre, y a ella no le digas más que lo mínimo que una madre que quiere a su hijo necesita saber.

Preséntale mis respetos. Buenas noches y que los dioses te otorguen un buen viaje, y a nosotros un feliz resultado.

¿Le mandaré esa última carta a Tácito o no? Le hará cambiar la opinión que tiene de Otón, lo cual, al inquietarle a él, me agradará a mí. Pero, en el curso de los años en que he conversado con él, nunca le encontré dispuesto a creer que una misión de ese tipo se me había encargado a mí. No podrá comprender cómo sucedió, asumirá que me he vuelto estúpido. Ésa es a menudo la reacción de algunas personas ante lo que, o bien no quieren oír, o encuentran imposible creer.

Me recuerda a una historia que a Vespasiano le gustaba mucho contar. A su padre, después de haber estado ofreciendo sacrificios un día determinado, le impresionó el examen de las entrañas que, según el sacerdote dijo, presagiaban grandeza para su familia. De hecho, el sacerdote le dijo que tendría un hijo que un buen día sería emperador. Cuando Sabino (el padre de Vespasiano, no su hermano) le comunicó esta buena noticia a su propia madre, la anciana se rió y dijo: «¿Un biznieto mío emperador? ¡Es curioso que tú te estés volviendo tonto antes que tu vieja madre!».

El propio Vespasiano apenas pudo creer en el presagio cuando era un soldado joven y mediocre, que llevaba tan mal sus asuntos que tuvo que hipotecar las propiedades que heredó de su padre. Pero finalmente hubo muchas historias semejantes. Había una acerca de un perro abandonado que cogió una mano humana en una encrucijada de carreteras, la llevó a la habitación donde Vespasiano estaba desayunando y la puso a sus pies. Esto tenía importancia, porque una mano es un símbolo de poder. Pero en aquellos tiempos maldijo probablemente al perro por comportarse como una bestia sucia.

Todos somos supersticiosos, hasta los filósofos, y a mí, por desgracia, me ha atraído la filosofía. Tito decía a veces que la Fortuna era el único dios por quien teníamos que preocuparnos y que hasta esa preocupación era vana, porque la Fortuna no tenía en cuenta las acciones de los mortales, sino que jugaba a los dados con nuestras vidas.

Yo estoy cansado de visitar la tienda de vinos para ver al joven Balthus, así que se lo compré a la mujer a un precio exorbitante que ella se sintió libre de exigir porque sabía que yo estaba dispuesto a pagarlo. Lo he traído a casa e instalado en la habitación que hay al lado de la mía. Araminta se siente indiferente: es suficiente para ella ser el ama de la casa y que nuestros hijos e hijas crezcan fuertes y robustos.

No es deseo lo que siento ahora por Balthus. Fue el pasajero estremecimiento de la vejez, como una tormenta de truenos en un día de buen tiempo. Y el propio muchacho no ocultó su repugnancia. Así que lo único que hago es acariciarlo. Su presencia me tranquiliza, posee una serenidad interior. Es mejor así. Si yo hubiera seguido las exigencias del deseo, entonces poco tiempo después el hábito habría embotado el apetito y yo habría sido conducido a ese puerto sin interés donde la vida deposita su agotadora carga. Lo que siento por él es diferente de lo que he experimentado antes, excepto, tal vez, con Domitila.

Un día le pedí que me explicara la causa de su serenidad. ¿Cómo es posible que un esclavo, lejos de su propia familia, mire al mundo con tanta aceptación? Cuando le hice la pregunta, estaba tumbado en un diván, porque le empecé a dar libertades que nunca le había dado a otro esclavo; tenía la apariencia de Hermes o del joven Eros levantando su arco, con la flecha dirigida a mi corazón. Pero aunque le había atribuido todas estas fantasías, era también el flaco muchacho que había evadido mis caricias y después, sabiendo cuál era su puesto, se sometía lloroso a mis primeras insinuaciones.

Entonces exclamó, entrecortadamente, pero como uno que teme que no se le crea antes que avergonzado de sus palabras, que confiaba en el amor del único dios verdadero para protegerle del mal.

—¿El único dios verdadero? —le pregunté—. ¿Quién es ese extraño ser? Vosotros, germanos, adoráis a muchos dioses, lo sé bien, espíritus del bosque y guerreros lanzando rayos.

—Yo sé más que lo que supo mi gente. Adoro a Dios el Padre de los cielos y la tierra, y a Jesucristo su único hijo, y al Espíritu Santo que habita en cualquier corazón que se abre a su Palabra...

—Debes excusarme —dije—, pero eso suena a tres dioses, no a uno... Jesucristo... ¿Pertenece entonces a esa criminal secta de judíos a los que se conoce como cristianos?

Sus ojos oscuros buscaron los míos. Se pasó la lengua por esos labios tan rojos que fueron lo primero que me atrajo hacia él, unos labios de extraño color rojo oscuro que prometían la suavidad de las rosas (y esa promesa, como comprobé después, se cumplió). Vaciló y después confesó: «Lo soy. Pero en Cristo no hay ni judío ni gentil, sólo aquellos que creen y se salvan».

Yo no comprendí ese «salvan». Lo dejé a un lado; es decir, había oído anteriormente a los cristianos hacer uso de esta palabra, y la había tomado por jerga esóterica de la secta. Pero Balthus, en su sencillez, parecía comprender su importancia, que le confería una cierta realidad concreta.

Entonces recordé cómo, cuando el Gran Fuego de Roma alarmó a Nerón y la ira del pueblo se dirigió contra él, se aprovechó de la existencia de estos cristianos —partidarios de una religión de esclavos, que nuestro amigo judío Josefo rechazaba impacientemente como una «perversión del judaísmo, practicada por hombres tan locos como esos zelotes que nosotros destruimos en Masada»— y los declaramos culpables de ser incendiarios. Yo era joven entonces y mi madre me prohibió asistir a los Juegos donde fueron exterminados los cristianos, que cantaron himnos (según me contaron) a su dios. «Gente loca», me dijo el guardián de la puerta de nuestra *insula*. Pero ni la inmensa cautela de mi madre me pudo impedir la visión de estos depravados seres miserables (como los considerábamos) que fueron convertidos por Nerón en velas ardientes para alumbrar sus jardines; el hedor de carne quemada permaneció en el aire después de pasados muchos días y yo oí a menudo decir a Flavio Sabino que esto le repugnaba hasta tal punto que, a pesar de ser un soldado, esas noches iluminadas por llamas de carne le curaron de cualquier inclinación que pudiera tener hacia la crueldad.

—¿Cuál es la base de este cristianismo? —le pregunté a Balthus.

—La base, en una sola palabra —me contestó—, es el Amor.

—Entonces eso no es tan extraño, ni tan nuevo. Los hombres han buscado y adorado al Amor, desde que los poetas lo cantaron por primera vez, y antes de ellos, estoy seguro.

—Nosotros no adoramos al Amor, aunque nuestro Dios es el Dios del Amor, ni tampoco lo buscamos. Diría más bien que estamos repletos de amor y, al expresarlo, lo extendemos a todos en general y a cada uno en particular, y a toda la humanidad en tanto que creación de Dios.

Amor. En su viaje de regreso a Siria, Tito se había detenido en Chipre, a fin de visitar e inspeccionar el gran Templo de la Venus Pafiana, conocida por los griegos como Afrodita, la diosa del Amor. Tiene especial significado para nosotros los romanos por ser la madre de Eneas, el padre de nuestra raza, y se dice que este templo en Pafos es el lugar más antiguo de adoración, puesto que, después de su nacimiento en el mar, fue transportada allí y, aunque a menudo se la encuentra en otros lugares, sin embargo, no ha salido nunca de allí. El templo fue consagrado por un tal Ciniras muchos años antes de la guerra de Troya, y los sacrificios y presagios los llevan todavía a cabo los descendientes de Ciniras. «O eso dicen ellos», me comentó Tito.

Sea cual sea la verdad de esto, el lugar de adoración tiene una antigüedad inconmensurable, como lo puede demostrar el hecho de que la imagen de la diosa no tiene forma humana. Presumo que el arte de la escultura no se había aprendido todavía. En vez de eso, la diosa está representada por una enorme masa que se eleva en forma de un cono de ancha base que termina en una estrecha circunferencia. Nadie sabe ahora el significado de esto, lo cual es, una vez más, prueba de su antigüedad. Se prohíbe también derramar o salpicar sangre sobre el altar, y el lugar del sacrificio se alimenta sólo con oraciones y puras llamas. Aunque está expuesto a las vicisitudes del tiempo, sin embargo, la lluvia nunca moja el altar.

Menciono todo esto ahora, en medio de la perplejidad causada por mi conversación con Balthus, que he relatado, y nada va dirigido, naturalmente, a Tácito, que se burlaría, al no tener espíritu de filósofo, de las especulaciones metafísicas provocadas por el contraste entre las palabras de Balthus y mi recuerdo del relato que hizo Tito de su visita a Pafos.

Cuando se me preguntaba acerca de mis creencias religiosas yo solía, durante mucho tiempo, poner a un lado la interrogación, con comentarios semejantes a éste: «Mi religión es la religión de todos los hombres sensatos». Y si insistían en que explicara esta afirmación, yo simplemente añadía: «Los hombres sensatos nunca lo dicen». Una respuesta así produce satisfacción pero no es satisfactoria. Hay días en los que no creo en nada, otros en los que digo que las únicas auténticas cuestiones son éticas: cómo debemos comportarnos, y, como no podemos saber nada con certeza más allá de eso, toda especulación es vana. Sin embargo, nuestra naturaleza nos inclina tanto a la especulación como a la adoración. Tito, que había hablado de la Fortuna como el único bien, se desvió de su camino, en un momento de extrema urgencia política, a fin de satisfacer su curiosidad de ver el más antiguo templo de Venus. Y no creo que el motivo estuviera vinculado a la relación amorosa que mantenía con la reina Berenice, que no requería ninguna sanción divina ni aliento alguno, divino o humano.

Le presioné respecto a esto. Sus respuestas fueron vagas. Habló del *numinous* (o presencia de una divinidad), una palabra que para mí era sólo una palabra, como las que usan los poetas, sin significación precisa, sobre todo si son malos poetas. Eso quiere decir que es una palabra que, aunque el poeta sea bueno, le causa a uno un agradable estremecimiento de la columna vertebral y nada más. Pero Tito no era un poeta. La palabra significaba algo para él, eso yo lo podía notar, porque le violentaba utilizarla. Y ciertamente se sintió violento cuando le insté a que contara más cosas sobre su experiencia en Pafos.

—No lo sé —contestó—. Pero sentí algo. ¿Fue lo que Virgilio llama *lacrimae rerum*, la sensación de lágrimas en las cosas mortales? Tal vez. Me sentí más grande que yo mismo, y también menos. Me sentí habitado por no sé qué. Se me aseguró un destino glorioso y, sin embargo, sentí que se me privaba de toda la satisfacción que debía haber derivado de aquella seguridad. En resumen, amado muchacho... —dijo esto con ligereza, como para alejar de mí cualquier impresión de que hablaba

totalmente en serio, pero sus ojos estaban nublados, como cuando un hombre mira dentro de sí y lo que ve le sorprende y le deja perplejo—. En resumen, amado muchacho, sentí que yo era más que lo que había sido, y, sin embargo, también menos.

No comprendí el sentido de lo que dijo y Tito, apurado, como si hubiera sido sorprendido en un acto vergonzoso, se dio la vuelta, cambió de conversación, pidió vino o sugirió algún juego, no recuerdo cuál. Sí, me acuerdo de sus palabras y la expresión de su rostro, medio orgullosa, medio desconcertada, y le conté a Balthus lo que había dicho, hasta cuando me sentí al mismo tiempo irritado y perplejo al pensar que pretendía encontrar sabiduría en este muchacho, justamente cuando fueran su rostro, su cuerpo y sus modales los que me habían atraído de él, precisamente porque prometían un encuentro que aniquilaría el pensamiento, al menos durante los breves momentos de deleite sensual, y por consiguiente me liberaría de las inquietudes que creaban demonios en mi mente.

—¿Acaso es eso lo que tu dios (tu religión) significa para ti?

—Yo no soy inteligente —dijo—. No soy instruido. Puedo usar palabras de importancia. Pero no latinas. Como ésta, ¿cuál era?, ¿*numinous*? No comprendo lo que significa. Pero cuando estoy con Cristo o cuando sé que Cristo está dentro de mí, entonces experimento la paz. Lo único que tengo que sacrificar es mi voluntad, pero lo llamamos «entregar» no «sacrificar». Eso es lo que sé. Tal vez ésta es la razón por la que los romanos creen que nuestra religión es una religión de esclavos, aunque hay romanos que la observan. Me daría una gran alegría, señor, que abrieras tu alma a mi Señor, que es el Señor de todos.

Había cierta reserva en la manera de comportarse de Tito. Aunque me abrazó cariñosamente cuando llegué, el franco afecto característico de sus cartas no se notaba en su conversación. Cuando le expliqué cómo había llegado allí, noté, sentí, su desconfianza.

Se reclinó en un diván y metió la mano en un recipiente de agua perfumada con pétalos de rosas.

—Mi padre quiere verte —dijo—. No le has visto desde que tú eras un chiquillo, ¿verdad?

Durante la cena, no hizo ningún caso de mí y conversó con el judío Josefo, un hombre delgado, de tez oscura y una barba puntiaguda. Hablaron en griego, y al no estar familiarizado con el acento de Josefo, que era además oscuramente provinciano, encontré difícil, al principio, seguir su parte de la conversación. Pero parecía que Tito estaba más interesado en las prácticas religiosas de las diferentes sectas judías que en la disposición de los ejércitos rebeldes. Yo me pregunté si el tema de la conversación había sido escogido simplemente para excluirme a mí.

Josefo no dio tampoco señal de que mi presencia le interesara o molestara. En lo que a él concernía, yo era simplemente un joven noble romano sin ningún mérito ni importancia. Empecé a temer que su opinión fuera justificada. Mi entrevista con Otón y la comisión que me había encomendado parecían ridículas y remotas.

—Tus explicaciones, mi querido Josefo —comentó Tito—, son asombrosamente claras y es evidente que eres piadoso en la práctica de tu fe. Pero ¿no se te ha ocurrido pensar lo extraño que es que, solos entre todas las otras naciones, rehuséis reconocer que otros dioses y otras creencias pueden tener sus méritos (su percepción de últimas realidades), o que es que, solos de nuevo entre otras naciones, os neguéis a crear una imagen de vuestro dios que pueda atraer a los sentidos y estimular de esta manera la devoción de sus fieles?

Yo pensé: «Esto es deliberadamente hiriente; ¿qué he hecho yo para enfriar el amor que tantas veces has dicho sentías por mí?». Parecía que nunca había sido para Tito otra cosa que una especie de juguete, una diversión trivial. Me mordí el labio para impedir que temblara e intenté evocar una imagen de Domitila. Me dije para mis adentros que era absurdo sentirse ofendido, puesto que hacía mucho tiempo que había decidido que no deseaba ninguna relación sexual con Tito. Y, sin embargo, quería que él siguiera admirándome y me pusiera en el centro de su mundo.

—Habéis adquirido la costumbre —respondió Josefo— de provocarme con esta pregunta, señor, que debe de estar aburriendo excesivamente a vuestro joven amigo aquí presente.

—Eso no tiene importancia —dijo Tito—. En cualquier caso será útil para él aprender que los adultos pueden ocuparse de temas intelectuales.

—Yo no entiendo eso de «temas intelectuales» replicó Josefo—, aunque por supuesto los comentarios sobre los libros sagrados requieren el ejercicio de las facultades intelectuales, la fe en sí no es asunto del intelecto, sino de la historia. Dios Nuestro Señor hizo un pacto con Israel y nos llamó su Pueblo Escogido.

Si se me permite intervenir —dije yo, consciente (permítaseme esta vanidad) de la pureza de mi griego—, por lo que he oído de la guerra actual, parece ser que vuestro dios ha rescindido cualquier pacto que haya podido hacer con vosotros. Porque ciertamente las acciones de los rebeldes parecen estar impulsadas por la locura y carecer del tipo de sabiduría que se podía esperar de un pueblo guiado por un dios.

El Señor castiga a aquellos a quienes ama. Tito hizo una mueca. Ésa es la única manera de describir su sonrisa.

No me he comportado bien contigo —me dijo una vez estuvimos solos—. Y a ti no te ha gustado. Te lo mereces. Mereces un castigo por haber desobedecido mis instrucciones.

—¿Qué manera de hablar es ésa? —repliqué—. Desobedecer... Instrucciones... ¿Es que soy tu siervo, tu esclavo? Podemos no ser ya amantes, pero pensé que nuestra amistad permanecía intacta.

—Yo te necesitaba en Roma —dijo mientras arrancaba la pata de un faisán asado y la mordía.

—¿Cómo podía permanecer en Roma, si el emperador me ordenó que viniera aquí?

—¿El emperador? ¿Otón?

—Emperador de momento, al menos. Además te traigo noticias de Roma que puede ser peligroso enviarte por carta...

—Eso dices. Pero ¿qué razón tengo para creerte?

Aquella noche lloré. No me avergüenzo de recordarlo, y así lo digo. Me pareció que la amistad era una pura burbuja y yo había confiado en la amistad. Pero la mañana siguiente Tito estaba de un humor distinto. Cabalgamos hacia el desierto y Josefo nos acompañó, aunque esta vez era el tercer miembro del grupo, la persona superflua. Tito me dirigía la palabra sólo a mí y con tal alegría y afecto que los temores y recelos de la noche anterior se desvanecieron. Yo pensé que era una persona de humores cambiantes y anoche yo tuve la mala suerte de encontrarle de un humor donde yo no tenía cabida.

Señaló las distantes colinas, que se alzaban destacándose con un color púrpura oscuro en un cielo azul.

—Ahí es donde están escondidos los rebeldes —dijo—, los llamados zelotes. Hay innumerables bandas de ellos, agazapados en esas colinas como bestias salvajes. Son fanáticos y la muerte no tiene importancia para ellos. Los hombres civilizados respetan a la muerte y procuran evitarla, a no ser que la necesidad les exija otra cosa diferente. Pero estos hombres jóvenes están encaprichados con la muerte. Eso hace muy difícil el tratar con ellos. No comprenden los argumentos racionales del hombre civilizado. No comprenden que cuando dos intereses opuestos chocan, es juicioso y conveniente tratar de encontrar una solución intermedia.

Sí —dije yo—, creo que eso es lo que Otón está buscando. Lo encontré atento y agradable.

¡Ah! —comentó Tito—, casi todo el mundo comparte esa opinión. Otón no ha encontrado nunca ninguna dificultad en que la gente lo aprecie. Es cuestión de averiguar si lo que merece es respeto o confianza, y eso es diferente.

Un halcón volaba sobre nuestras cabezas. Aflojamos las riendas y lo observamos. Entonces cayó de plano como una piedra.

Recuerda, Tácito, que tú siempre tuviste curiosidad por este viaje mío a Oriente. Cuando te conté una vez que lo había emprendido por orden de Otón, no lo podías creer y atribuiste mis palabras a mi vanidad o a mi lamentable costumbre de gastar bromas. Recuerdo que a mí me causó más diversión que irritación el que no fueras capaz de aceptar la verdad. Ahora me pregunto si esta falta de sencillez en tu carácter afectará a tu Historia. No me consideres impertinente si te digo que te inclinas a buscar significados escondidos acechando tras palabras y acciones simples y directas. Éstos no están siempre ahí. Lucano me dijo una vez que «sólo la gente superficial no juzga por la apariencia», y yo pensé entonces que ésta era una observación característicamente necia con visos de inteligencia. Pero de hecho hay algo en ella. Yo no podría llamarte nunca necio, pero sí sufres de una deformación psicológica que aparentemente te imposibilita para aceptar la explicación simple y obvia.

Pero te daré más detalles ahora, en lugar de irritarte con silencios e indirectas de «podría si quisiera» con los cuales traté de despertar tu curiosidad en el pasado.

La sospecha con la que me recibió Tito no fue compartida por su padre. Y, sin embargo, es posible que por debajo, o más bien por detrás de ese exterior campechano, incluso tosco, Vespasiano fuera un hombre más sutil que su hijo mayor.

Tito me acompañó al palacio del gobernador, que Vespasiano había convertido en su cuartel general. Muciano estaba allí también. Los dos generales ofrecían un convincente contraste. Vespasiano estaba de pie cuando llegamos o más bien en posición erecta cuando se anunció nuestra llegada; no olvidarás lo difícil que encontró siempre mantenerse inmóvil y cómo solía perturbar el recibimiento de, por ejemplo, embajadores, meneándose de arriba abajo, retorciéndose la oreja, removiéndose en su asiento, y finalmente levantándose y recorriendo la estancia en círculos. Ahora me dio una palmadita en la espalda, me alborotó el pelo, me dijo cuánto había crecido, qué aspecto de soldado había adquirido (lo cual no era verdad, pero el cumplido me agradó) y finalmente empezó a rascarse debajo de los sobacos.

Muciano estaba reclinado en un diván, apoyado en cojines. Sus largos y pálidos dedos, con las uñas pintadas, jugueteaban con el pie de una copa, aleteó su otra mano, débilmente, en mi dirección.

—Conocía a tu padre, muchacho —dijo—. No te pareces a él, afortunadamente para ti. Tu padre era un poco necio, si no te molesta que lo diga.

Como si estuviera agotado por el esfuerzo de tener que hablar, sorbió algo más de vino y se abanicó la cara con un abanico de cabritilla, decorado con Cupidos.

Toda su personalidad y su porte adolecían de letargia. Cinco o seis perritos compartían el diván con él, y trepaban de vez en cuando por su cuerpo para que los acariciara, lamiéndole las manos, la cara y hasta los labios. No hizo el menor movimiento para impedirse y ni Vespasiano ni Tito parecían encontrar nada extraño en el espectáculo que ofrecía su colega. Así que saqué la conclusión de que este comportamiento era habitual.

Vespasiano no era persona dada a pronunciar largos discursos, ni a abordar un tema con delicadeza.

—Mi hermano me dice que tienes un cerebro dentro de la cabeza y que tu madre te ha educado para que seas un hombre honorable. ¿Es así?

—Te agradezco que así lo creas.

—No practiques el arte de la esgrima, muchacho. ¿Eres honorable?

—Espero serlo. Y creo que lo soy.

—Pobrecillo —terció Muciano—. Y poseyendo una belleza como la que posees. El honor pertenece a los días de la República, querido. El divino Augusto terminó con la idea del honor, como terminó con la libertad y todas las virtudes. Así que ahora todos cuidamos del número uno, ¿no sabías eso?

Vespasiano aleteó la mano en dirección de su colega y se volvió a rascar, esta vez la tripa.

—Eso puede ser así —dijo—. No voy a discutir contigo. Es perder el tiempo. La cuestión es que este joven ha venido aquí con un mensaje. De parte de Otón, afirma. La cuestión es: ¿lo creemos?

—No hay razón para no creerlo, querido —dijo Muciano. Su voz tenía un deje lánguido, arrastraba las sílabas de algunas palabras como si odiara perderlas y abreviaba otras, como si el esfuerzo de hablar fuera agotador—. El muchacho no es tonto, según dices. Así que no hay razón para poner en duda el motivo de su venida. Lo importante es ¿creemos a Otón? ¿Qué dijo exactamente?

Yo les transmití, de la manera más breve y militar posible, la proposición de Otón.

Con gran sorpresa mía, estaban dispuestos a discutirlo todo en mi presencia. Yo me pregunto hasta qué punto sus observaciones habían sido ya ensayadas, puesto que Tito había ciertamente informado a su padre y a Muciano de lo esencial del ofrecimiento de Otón; y, por consiguiente, si la intención era que yo le comunicara a Otón todas las dudas y vacilaciones que ahora estaban expresando. Pero, ciertamente, no podrían haber deseado que yo le informara de todo, porque los tres hablaron de Otón con evidente desprecio. Y de nuevo con gran sorpresa mía, esto me irritó. Aunque estaba acostumbrado a pensar en mí mismo como ligado a Tito y por consiguiente a su partido, algo me conmovió en la manera de proceder y hablar de Otón, que hizo surgir en mí el deseo de protegerlo o al menos defenderlo. Pero en aquel momento me mantuve en silencio cuando les oí burlarse de él.

—En mi opinión —dijo Tito—, debemos apresurarnos despacio. Ése era uno de los dichos favoritos del divino Augusto, según se me hizo saber y sigue siendo una buena afirmación. Ciertamente, demostró ser un buen principio en su caso.

—¿Qué tenemos que perder —preguntó Vespasiano— si accedemos a las proposiciones de Otón?

—Está Vitelio, por supuesto —respondió Muciano—. Es evidentemente un bufón, pero no hay bufones detrás de él. Él es su marioneta, como sabéis. Supongamos que gana.

Supongamos que Otón gana —terció Tito—y gana con nuestra ayuda. ¿Pagará su deuda? ¿Cuánto tiempo puede durar un triunvirato? La historia de los dos anteriores...

—Conozco a Otón —dijo Muciano—. Es un hombre débil. Le gusta que le quieran. Al viejo Tiberio eso le traía sin cuidado. Conocía la naturaleza de los hombres: dudan menos en ofender a un hombre que se ha hecho querer que a uno a quien temen. Porque el afecto nos ata sólo mediante una cadena de obligación, que se puede romper fácilmente, pero el temor lo hace por miedo al castigo, que nunca falla... ¡Qué discurso tan largo! Me siento fatigado. Pero las palabras se me han agolpado en la boca y no pude contenerlas...

—¿Así que Otón es débil? —comentó Vespasiano—. Mejor será entonces que gane, con nuestra ayuda.

Muciano acarició a sus perros. Tito sonrió. Todos bebimos vino.

No le voy a enviar este pasaje a Tácito. Me avergüenza tener que dar la impresión de ser un papanatas. La verdad es que los hombres son ciegos durante toda su vida. El judío Josefo me lo dijo así una vez que tuve el atrevimiento de preguntarle qué se sentía al ser un traidor. Y añadió: «Mira dentro de tu propio corazón. Recuerda en qué y a quién has traicionado en el curso de tu vida. Nadie es inocente de algún acto de traición».

Pasé dos días con Tito hasta que se pudo encontrar un barco que me llevara a Italia. Tito estaba de muy buen humor, y sólo lamentaba la ausencia de Berenice, que me privaba a mí de la oportunidad de conocer a sus hijas.

—Créeme —dijo—, el secreto de recoger de la vida la cosecha más rica y el disfrute mayor es sencillo: vive arriesgadamente.

—Si tú y tu padre hubierais decidido obrar de otra manera —contesté yo—, tu hermano Domiciano estaría en un peligro mortal.

—Domiciano no tiene suficiente imaginación para vivir arriesgadamente —dijo Tito—. No es como tú ni como yo. Confía en mí, querido, y te enseñaré el camino para llegar al disfrute de tiempos

maravillosos e inolvidables. Ahora tienes que marcharte, para darle tu mensaje a Otón, y después tal vez vuelvas aquí para ayudarme a someter a estos malditos judíos, que luchan con fanática determinación y, después, ¿quién sabe? El mundo es nuestro, nuestro juguete, nuestra ostra. En un día como éste, siento una fuerza sin rival. Ábrete a la oportunidad y al futuro...

Fue entonces cuando me contó lo de su visita al Templo de la Venus Pafiana.

Asumo, Tácito, que confías sobre todo en mis memorias para poder captar algo del ambiente que había en la ciudad durante las semanas del imperio de Otón, cuando, por órdenes tuyas, yo fui alojado en el palacio. Tú eras, por supuesto, todavía un muchacho, tenías catorce o quince años, si mis cálculos son correctos y, como recuerdo que me contaste una vez, tu madre se había marchado prudentemente, con todo el personal de la casa, incluidos tú y tus hermanas. A propósito, ¿qué pasó con la más bella de todas ellas, Cornelia, con la cual mantuve un encantador flirteo en la villa Sabina de tu suegro Agrícola? Ahora he perdido el hilo en esta frase, ¿por dónde iba? (Ya ves lo mohoso que está mi dominio de la lengua escrita; corre junto con mis pensamientos con desordenada retórica. Te ruego me perdonen; estoy seguro de que censurarás con severidad tanto mi incapacidad como mis excusas.) ¡Ah, sí, ya sé por dónde iba! Tu madre te había llevado a la seguridad de la finca de su padre en Campania. Creo que tú siempre resentiste esto, lo mismo, si se me permite decirlo, que muchas otras cosas.

De hecho, tu resentimiento fue inicialmente tan grande que te he oído hablar como si hubieras estado en la ciudad esa primavera y verano, y sido testigo de todos los horrores que allí tuvieron lugar. Pero yo sé otra cosa distinta, aunque permanezco en silencio.

Así que ahora te diré algo que será de cierta utilidad en tu gran obra, y algo que no podrías tener sin mi ayuda. Porque puedes enterarte de acciones mediante la información que te proporcionen los archivos y puedes analizar los personajes con ayuda de lo que lees, las cartas y los discursos que fueron archivados, así como los documentos públicos. Pero para ese cambiante y evanescente ingrediente que llamamos ambiente o atmósfera requieres el testimonio de alguien que vivió en aquel momento y lo vio y lo sintió todo. Aún más, puedo suministrarte también los cotilleos y terribles historias que se divulgaron por todas partes; y todo esto dará animación a tu Historia. Algunos de ellos, como te puedes imaginar, eran exquisitamente absurdos.

Por ejemplo, se informaba a diario de la aparición de prodigios. Se decía que en el porche de entrada del Capitolio, las riendas de la cuadriga en la que la Diosa de la Victoria cabalga eternamente hacia la batalla se le cayeron de las manos: un presagio funesto; que la estatua del divino Julio, en la isla del Tíber, se movió hacia el este, y esto —se añadió con muchos movimientos de cabeza— en un día en que no soplaba el viento, como si se requiriera un vendaval para situar a la estatua mirando hacia Oriente. Alguien había visto que una forma, mayor que la de cualquier hombre, surgió del Templo de Juno, llevando en la mano una enorme espada. Otros nos dijeron que un buey en Etruria había hablado, nada menos que en hexámetros, y que una cabra había dado a luz a un ternero (casi todo él blanco, aunque con manchas negras). En resumen, los rumores parecían tener alas, y por absurda que fuera una historia, siempre había quien la creía. Domiciano, a quien se le había dado un empleo en el palacio, me dijo que estaba desgarrado, cuando pudimos conversar, entre elegir la credulidad o el desdén. Su inteligencia le decía que semejantes cuentos eran absurdos; pero sus temores afectaban la capacidad de razonar de su mente.

Un repentino deshielo deritió la nieve en las montañas y fue seguido por tres días de lluvia incesante —los tontos aseguraron que los cielos lloraban por Roma—, lo que causó que el Tíber se desbordara y causara una inundación. No solamente los distritos bajos y llanos de la ciudad fueron cubiertos por las aguas turbulentas, sino que hasta zonas que desde hacía tiempo se consideraron protegidas ante posibles desbordamientos, encontraron que el agua llegaba muy cerca. Yo necesité una barca para ir a ver a mi madre y llevarle provisiones, que eran escasas. Mucha gente se ahogó, muchos más se vieron aislados en lastiendas, lugares de trabajo o sus propias casas. Los cimientos de innumerables viviendas de los suburbios fueron socavados por la fuerza de las aguas y se

desmoronaron cuando el río volvió a su curso acostumbrado. Fue imposible que las tropas desfilaran en el Campo de Marte: habrían tenido que nadar.

La capital bullía, y los destrozos de la inundación sólo reflejaban el desorden y la confusión que había en las mentes de los hombres. Se decía que Vitelio había infiltrado soldados en la ciudad, vestidos de paisano, que estaban dispuestos, en respuesta a una señal determinada, a asesinar a los partidarios de Otón. Así que las sospechas acechaban detrás de cada frase que se pronunciaba, y los hombres no se atrevían a mirarse frente a frente. El estado de los asuntos públicos era aún peor. Nadie sabía lo que iba a deparar el futuro y las opiniones cambiaban a tenor de los rumores difundidos. Cuando el Senado se reunía, muchos senadores no asistían alegando mala salud. Los que asistían adulaban al emperador que, acostumbrado desde sus días de favorito de Nerón a ese tipo de lenguaje, lo recibía con el desprecio que se merecía. Pero inmediatamente después los aduladores, dándose cuenta de que sus palabras podían ser utilizadas contra ellos si Otón perdía la guerra, para la cual quedaban sólo unas semanas, intentaron darles un doble significado y, por consiguiente, en la mayoría de los casos, esto las privaba de sentido. Cuando fueron llamados para que tacharan a Vitelio de traidor y enemigo público, los más cautelosos lo hicieron usando expresiones tan generales y manidas que nadie pudo considerarlos sinceros, porque sus palabras parecían meramente una parodia de las genuinas acusaciones de traición de las cuales nuestra historia exhibía ya tantos vergonzosos ejemplos. Otros hicieron uso de un procedimiento más astuto. Decidieron que, cuando se levantaran para hablar, sus amigos y primos harían tal ruido que no se les podría oír a ellos. Así que más adelante podrían decir, a cualquiera que se lo preguntara, que habían cumplido con su deber; y eso no se podía negar.

Otón seguía vacilando. Recibió el informe de mi visita a Vespasiano y Muciano con ecuanimidad, más que con placer. Alabó mi rapidez y mi honestidad y entonces, como si estuviera pensando en voz alta, dijo: «Todas las guerras arruinan y las guerras civiles son las que arruinan más». Recordó mi presencia, sonrió y dijo: «Tal vez consideres extraños los siguientes pensamientos de un emperador dedicado a la defensa de su causa y que acaba de recibir, gracias a ti, las esperadas noticias de la buena voluntad que los generales de los ejércitos orientales albergan hacia mí. No obstante, y aun así, sigue siendo mi deseo evitar la guerra y me pregunto si esta ayuda que me prestan podría utilizarse para ese fin. Porque, indudablemente, si Vitelio se entera de que Vespasiano y Muciano se han unido a mí en defensa de la República —como por razón de conveniencia podemos aún llamarla—, entonces tal vez desistirá y estará dispuesto a negociar los términos de nuestra relación. Vitelio no es hombre de guerra. Es un tipo perezoso, también tímido, y no puedo concebir que tenga ganas de luchar.

—Tal vez eso sea así, señor —repliqué yo—, pero tú mismo, cuando me encomendaste esta misión, dijiste que había algunos que respaldaban a Vitelio (nombraste a Valens y Cecina) que estaban decididos a hacer la guerra. Sugeriste que Vitelio era su marioneta y yo nunca he oído decir que los sentimientos o temores de una marioneta cuenten para nada.

—Sí —dijo—, haces bien en recordarme mis propias palabras. Sin embargo, tu inclinación a hacerlo me entristece (tan joven y ya tan duro). Espero evitar la guerra porque cualquier guerra será mi responsabilidad, un peso en mi alma y un borrón en mi reputación. Considera... —hizo una pausa y, sin llamar a un esclavo, sirvió vino para los dos—. Yo nunca —dijo—habría estado de acuerdo en asumir esta carga del Imperio. Y, sin embargo, ¿qué otra cosa podría haber hecho? Tal vez tú pienses que podría haber continuado siendo gobernador de Lusitania, leal a Galba. ¿Qué dices de esto?

—Esto no es asunto mío, señor.

—Había razones poderosas en contra de que yo obrara así. Mis deudas, para empezar. Tú eres un hombre joven y no puedes haber sufrido la desmoralizadora carga de las deudas. Cuando yo tenía tu edad, pedí prestado dinero sin pensar en el día de mañana o en tenerlo que devolver. Tenía casi tantos

banqueros como amantes y eran igualmente generosos a la hora de otorgarme sus favores, te lo aseguro. Daban la impresión de que consideraban un honor el prestarme a mí dinero, puesto que yo era amigo de Nerón. Pero después, cuando éste se volvió contra mí, o yo contra él —es una historia larga y complicada, porque nos juzgamos mal el uno al otro, me doy cuenta de ello ahora— y perdí la buena relación que teníamos, aunque se me compró, por así decir, con el cargo en Lusitania, sentí el primer estremecimiento de las sospechas de los banqueros. Así que para pagar las deudas que tenía con los respetables banqueros —lo suficiente para dejarlos tranquilos— recurrí a los prestamistas, hombres de menos reputación cuyos intereses eran exorbitantes. Esperaban que les pagara tras esquilmar a los pobres habitantes de las provincias, mis ya suficientemente desdichados lusitanos. Pero esto era algo que yo no podía hacer. De ningún modo. ¿Lo comprendes? Los hombres que se comportan bien en ciertos momentos de su vida no son siempre aquellos que han tenido una exagerada opinión de sí mismos y de su propia virtud. Dejó de pasearse de un lado a otro, se echó en un diván y miró fijamente al techo, donde un desagradablemente musculoso Apolo estaba enredado con una Daphne de cabello color castaño, justo en el momento en que ella se estaba transformando en un árbol de laurel. La vulgar exuberancia de la pintura me sugiere ahora, cuando la recuerdo, que era una composición corintia. Los artistas de la ciudad de Corinto tuvieron siempre debilidad por el gusto florido e impuro. Confieso que a mí me ha gustado bastante esa forma de expresar el arte.

—Así que —continuó el emperador, que hablaba para que yo no me fuera y le salvara de la soledad— mis deudas aumentaron, más grandes que imperios y mucho más deprisa, como monstruosas verduras, calabacines y calabazas. Cuando seguí a Galba a Roma (a petición suya, después de haber declarado que lo apoyaba), me atacaron nubes de mosquitos que yo identifiqué sin dificultad como acreedores. ¿Qué podía hacer? Me amenazaron con despojarme de todo lo que poseía, declararme en bancarrota, avergonzarme e inhabilitarme para ocupar cargos públicos. Te puedo asegurar que estaba cansado de esto. Habría podido soportar la exclusión y la vergüenza, pero mi orgullo no me permitía mostrar al mundo la miserable condición a la que me había reducido mi despilfarro...

—¿Me estás escuchando todavía? Te conviene escuchar. ¿Qué estoy diciendo? He olvidado, durante un momento feliz, que soy el emperador. No puedes dejarme solo o quedarte dormido, como podrías hacerlo si fueras un ciudadano privado. Pero, eres un buen muchacho por hacer el esfuerzo de escucharme. Ven y siéntate a mi lado.

Me alborotó el pelo, acarició mi mejilla y suspiró.

—Popea fue la única persona a la que verdaderamente amé, excepto que, cuando estaba con ella, podía también amarme a mí mismo. Nada más; Otón es despreciable y un objeto de compasión. Relájate, muchacho, no tengo intención de hacerte nada. La tenía con Galba. Medio me prometió hacerme su heredero y su compañero en el Imperio. Eso fue una noche durante el viaje a Roma. Estaba algo ebrio, pero no muy borracho, aunque muchas noches el viejo general tenía que ser transportado a la cama totalmente embriagado. En lo que a mí concierne, no he encontrado nunca placer en la excesiva bebida. Destruye todos los otros placeres y habilidades. Galba (ese modelo de anticuada virtud republicana) me hizo proposiciones deshonestas. Bueno, Julio César tal vez accedió a meterse en la cama con el rey de Bitinia, pero Galba... Sabes que le gustaban los hombres de edad madura como ese bruto de Icelo, que compartía su cama y quién sabe lo que le hizo al viejo. Ese tipo de cosa nunca me atrajo. Puedo comprenderlo con un joven y comprender también a los hombres que van detrás de ellos, aunque a mí nunca me gustó desde que yo mismo era un muchacho. Pero extraer tu placer sexual del contacto con un bruto velloso... no, eso me asquea. Aun estando bebido, Galba comprendía la repulsión que esto me causaba. Hacía venir a Icelo y me despachaba a mí, y con mi rechazo, la oportunidad de ser adoptado como heredero se iba por la ventana, donde, como se puede decir, mis acreedores estaban acechándome y exigiendo su dinero. Así eran las cosas. Yo tenía una

opción: deshonor y pobreza, suicidio, o una posibilidad de compartir el Imperio. Cuando algunos oficiales de la Guardia se aproximaron a mí y me contaron que los pretorianos detestaban a Galba por ser tan tacaño, ¿qué podía decir yo? Una cosa es rechazar a un emperador y otra distinta rechazar la idea del Imperio. Así que yo dije que sí. ¿Hice bien en decirlo? ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

Si hubiera sabido tanto de hombres y asuntos de estado como sé ahora, me habría dado cuenta de que el futuro de Otón como emperador estaba destinado a ser breve. Su autocompasión adulteraba cualquier determinación y habilidad que pudiera tener. Hasta el hecho de conseguir el Imperio no tenía mayor significación moral que el golpe de suerte de un jugador empedernido. Sin embargo, dado que yo era joven e inexperto, y de carácter generoso, se ganó mi simpatía. Me halagó también el que se desahogara conmigo, y pensé que un hombre que estaba dispuesto a olvidar la reserva que su dignidad requiere —y ante una persona que era poco mayor que un muchacho, un mero jovenzuelo, por muy de admirar que pudieran ser mi origen, mis modales y mi inteligencia— no era probable que fuera más reservado con otras personas. En resumen, debí haberme dado cuenta de que Otón, al expresar sus pesares y recelos, incluso a personas que apenas conocía (porque yo no era en realidad más que una de ellas), estaba ciertamente desalentando a sus partidarios y demostrando ser incapaz de dar esa impresión de serenidad y firmeza que es necesaria para que los soldados estén dispuestos a morir por una causa.

De paso, Tácito, permíteme que te inste encarecidamente a considerar la significación de las numerosas deserciones que tuvieron lugar en aquel turbulento año. ¿No fueron acaso debidas a que las legiones tuvieran solamente un interés en estas guerras: terminar en el lado del vencedor? Pocos sentían hacia sus generales afecto o respeto, pocos estaban unidos a ellos como las tropas de César o de Marco Antonio. Así, por ejemplo, Otón solía empezar sus campañas a la cabeza de un ejército, algunas de cuyas legiones habían aclamado a Galba como emperador hacía sólo unas semanas, y habían de hecho venido desde España para instalarlo en el trono. Y ahora iban a luchar por Otón, que era responsable del asesinato de Galba. ¿Con qué entusiasmo iban a luchar? ¿Qué lealtad se podía esperar de hombres en la situación en que ellos estaban?

Domiciano estaba furioso. Como de costumbre —esto no te sorprenderá, Tácito—, lo que provocaba su cólera eran el resentimiento y la compasión de sí mismo. Había recibido una carta de su padre informándole de que había escrito a Otón pidiéndole que Domiciano no fuera incluido entre los miembros de su personal, sino que se le permitiera permanecer en Roma «para continuar sus estudios». Otón había accedido gentilmente. De todas maneras, Domiciano había empezado a desagradarle; el nerviosismo de su apariencia y la facilidad con que se ofendía eran, como me dijo a mí, «intolerables».

—No es justo —era el estribillo de Domiciano—. No tengo estudios que merezcan ese nombre y, aunque los tuviera, a mi padre no le han importado nunca un bledo. Tú vas a ir a la guerra, con un puesto en el personal de Otón. No es justo.

—Bueno —dije yo, con un tono de voz que esperaba fuera conciliatorio, porque si he de decir la verdad, comprendía en cierta medida el resentimiento de Domiciano—. Olvidas que yo no tengo un padre que haga una petición semejante en mi favor. Es verdad que tengo un tutor, el hermano de mi madre, que tal vez pueda reclamar cierta autoridad teórica sobre mí, pero nunca le ha importado un comino el que yo esté vivo o muerto. Así que no hay razón para que empiece a hacerlo ahora. Pero estoy seguro de que no estás siendo justo con tu padre. Es natural que le preocupe tu bienestar. De hecho, me dijo algo semejante cuando estuve con él recientemente. Y habló muy afectuosamente de ti —mentí.

—No es justo —volvió a decir Domiciano—, y sé a quién echarle la culpa. Es Tito el que ha persuadido a mi padre para que adopte esta actitud. Está celoso de que yo pueda adquirir una fama en el campo de batalla que le podría hacer sombra.

—Eso es ridículo —dijo Domitila—. ¡Como si tú pudieras hacerlo! Todo el mundo sabe que es un héroe. Sus soldados le adoran, ¿no es cierto?

Se volvió hacia mí y, ruborizándose, buscó confirmación de lo que no podía haber sabido pero aun así creía, porque ella adoraba a su apuesto hermano mayor y no podía suponer que Domiciano fuera su igual.

—Es realmente muy popular —dije yo—. Como me atrevo a decir, Domiciano, lo serás tú, cuando llegue el momento. En cualquier caso, tú no puedes por menos de ver que resulta interesante para tu padre (cualquiera que sea la razón que le haya dado a Otón) el que tú permanezcas en la ciudad como su representante.

—¡Bonitas palabras! —dijo Domiciano—, muy bonitas palabras. ¿Crees que soy estúpido? ¿Crees que no sé que mi tío Flavio Sabino se tiene que quedar también en Roma y que será el hombre que recibirá las confidencias e instrucciones de mi padre?

Continuó interminablemente en este tono, hasta que al fin Domitila le dijo que «dejara de ser un niño», un consejo admirable, aunque impracticable, que no consiguió más que enfurruñarle aún más.

En aquel entonces yo compartía su irritación. Después me he preguntado si la manera en que Vespasiano trataba a Domiciano no la incitaba la determinación de Tito de que a su hermano pequeño se le negara cualquier oportunidad para distinguirse en algo. Si éste era ciertamente el caso, entonces el resentimiento de Domiciano estaba justificado. Es lamentable que Roma, y mi propia carrera, tuvieran que sufrir por el hecho de que el resentimiento se convirtiera en su característica dominante.

Cerca del principio de marzo, surgió el rumor de que el primer ejército de las legiones germanas había cruzado los pasos alpinos, bajo el mando de Cecina. Se enviaron órdenes a la legión del Danubio, afincada en Poetevio, en Estiria, para que los interceptara si se habían extraviado o se había hecho caso omiso de ellos. Así que Otón se encontró en una situación similar a la de Pompeyo al principio de la campaña que llevó a César a la dictadura. Había quienes le aconsejaban que actuara como Pompeyo, abandonara Italia al invasor y llevara a sus legiones a Oriente, donde podrían unirse con las mandadas por Vespasiano y Muciano, y de esa manera volver fortalecido y triunfante.

Otón tomó en cuenta este consejo y pidió otras opiniones, esperando (creo) que la mayoría de sus consejeros favorecieran el uso de esta estrategia. No es que fuera un cobarde, por afeminados y poco militares que fueran su aspecto y modales. Pero ponía en duda su habilidad como general; detestaba la posibilidad de una guerra civil, no podía dormir a causa de continuas pesadillas en las cuales se le aparecía el espectro de Galba, y se inclinaba por temperamento a favorecer cualquier planteamiento que pospusiera el día de la decisión. En conversaciones privadas conmigo, se lamentaba de la mala suerte de verse cargado con la pesada tarea del Imperio, y volvía a su tema favorito: que las circunstancias le habían forzado a aceptarlo y no su propio deseo. Todas las palabras que salían de su boca eran precisamente las que mi educación estoica me había enseñado a censurar. Y, sin embargo, no podía hacerlo. No estaba sólo el hecho de que yo me sentía halagado (como lo estaría cualquier hombre joven) al ser elegido, como yo suponía, para ser el recipiente de las confidencias del emperador. Era también que reaccionaba ante el encanto y vulnerabilidad de Otón. Es más, como he dicho, mi madre había sentido siempre una ternura especial hacia Otón y esto, naturalmente, me inclinaba a mí en su favor.

Sin embargo, no cambiaba mi manera de pensar en relación con sus temores y vanas esperanzas. Cuando me suplicaba —con sus expresiones faciales así como con sus palabras— que le confirmara que este acto de alejarse de Italia era una manera de proceder sabia y razonable, yo no podía, o no quería hacerlo, y no lo hacía. Por el contrario, le recordaba que esto había sido fatal para Pompeyo, que estaría mal —tal vez hasta dije que «impropio de un hombre»— abandonar Roma a la merced de las tropas de Vitelio, tanto más porque la Guardia Pretoriana, cuyo deber era defender la ciudad así como la persona del emperador, se había comprometido a defender su causa y tenía la reputación de ser odiada por las legiones germanas. Entonces añadí:

—Creedme, señor. Conozco a Vespasiano y a Tito (al último muy bien, como sabéis), y he tratado brevemente a Muciano. Si abandonas Italia y tratas de unir tu ejército con el suyo, descubrirás que, en realidad, les has entregado a ellos el Imperio. En el mejor de los casos serás el tercer o cuarto hombre del Imperio. La única manera mediante la cual puedes mantener tu posición y hacer uso de la amistad que Vespasiano siente por ti, y de la buena voluntad que han expresado los tres, es encontrarte con ellos desempeñando el papel de un victorioso general que ha expulsado a las legiones germanas más allá de los Alpes.

—Tan joven y, sin embargo, tan severo —replicó Otón—. Me gustaría emborracharme pero no puedo, por mucho vino que beba. Si me pudiera emborrachar, entonces podría dormir. Y si pudiera dormir, volvería a ser un hombre resuelto.

La debilidad e indecisión de Otón eran dignas de lástima. Por consiguiente, tenía, indudablemente, un mérito especial el que fuera capaz de dominar sus temores o al menos darles a sus tropas la impresión de que no experimentaba ninguno. Haciendo acopio de toda la decisión a su alcance, dio la orden de avanzar e ir en busca del enemigo. Al ajustarse su armadura, suspiró. Entonces se le saltaron las lágrimas cuando le dijo que se fuera al esclavo que le había ayudado a

vestirse como un hombre de guerra, y me hizo saber que deseaba tenerme a su lado durante toda la próxima campaña.

Tal vez me traigas buena suerte —dijo.

He leído —dije— que el propio César solía decir que la Fortuna era la única diosa de la que un general se debe preocupar.

Una vez tomó su decisión, Otón empezó la campaña con la máxima urgencia, antes de que quizá se arrepintiera o le fallara de nuevo el valor. La rapidez con la que ahora decidió moverse inquietó a muchos. En primer lugar los escudos no habían sido devueltos al Templo de Marte después de la procesión anual, lo que, según me aseguró un centurión, era «tradicionalmente un mal presagio, señor, si es que tenéis en cuenta esas tradiciones. Yo no lo hago, naturalmente. En mi opinión, eso es una tontería, pero he de decir que a muchos de los hombres no les gusta, señor». Tampoco les gustó que la orden de ponerse en marcha fuera dada el día en que los adoradores de Cibeles, la Gran Madre, comenzaron sus gemidos y lamentaciones anuales, al llorar la muerte de su amante Attis, ni que el sacerdote que interpretaba los auspicios después de un sacrificio al dios del Averno encontrara que los intestinos de la víctima se hallaban en excelentes condiciones —lo que no debía ocurrir en una ocasión así— al menos en opinión de los supersticiosos. Un factor más relevante, en mi opinión, fue que la marcha hacia el norte tuvo que demorarse a causa de inundaciones en los alrededores del vigésimo mojón a partir de la ciudad, y que entonces encontramos la carretera bloqueada por los escombros de los edificios que se habían desmoronado como resultado de la inundación. Todo esto inquietó a los nerviosos.

En cuanto a mí, sin embargo, he de confesar que estaba en un estado de elevada pero controlada excitación. Toda mi vida había esperado con impaciencia la oportunidad de emular las hazañas bélicas de mis antepasados Claudios y ahora esta oportunidad se me presentaba a una edad envidiable, cuando era un hombre aún muy joven. Cantaba mientras cabalgábamos hacia la batalla, y los soldados se animaron al ver a un oficial (aunque fuera honorario) de tan buen humor. Pero no podían por menos de observar que el rostro del emperador tenía un tic nervioso y que cabalgaba silencioso y aparentemente indiferente a lo que pasaba a su alrededor. Como a los soldados les afecta el humor de sus generales como les ocurre a los escolares con el humor de sus maestros, éste era un presagio mucho más serio que cualquiera de aquellos que habían exacerbado los temores de los supersticiosos. Sin embargo, las noticias de las primeras acciones eran buenas. Un destacamento enviado al norte para tratar de interceptar el ejército que conducía Valens hacia el valle del Ródano obtuvo una victoria cerca de la colonia del Foro de Julio. Entonces surgieron rumores de un motín en el campo del enemigo; éstos fueron prematuros, aunque en verdad un motín estalló unos días después por razones que nunca llegué a descubrir. Nos llegó la noticia de que el avance de Cecina y sus legiones a través de Italia del Norte provocó las iras de los habitantes de las ciudades donde alojó sus tropas, y de que les había enojado particularmente la conducta de su mujer Salonina, que atravesó a caballo sus ciudades ataviada con la púrpura imperial. Naturalmente, el descontento de estos ciudadanos no pudo beneficiar mucho a nuestra causa. Pero la impopularidad de un enemigo invasor es siempre bien acogida. Entre otras cosas puede desmoralizar a las tropas que en una guerra civil siempre esperan ser recibidas como los libertadores.

Después llegó la noticia de que el asalto de Cecina a Placentia, que los partidarios de Vitelio consideraban de gran importancia, había sido rechazado después de una lucha desesperada, en el curso de la cual el hermoso anfiteatro, más allá de los muros de la ciudad, fue incendiado y totalmente destruido. El ardor de nuestras tropas dentro de la ciudad fue tal que Cecina perdió la esperanza de conquistarla y levantó el sitio. Y entonces, conforme nos movíamos para concentrar nuestras fuerzas cerca de Cremona, nos enteramos de que uno de los más capaces lugartenientes de Otón, Marcio Macer, había ganado una batalla al norte de la ciudad.

Parecía, por consiguiente, que el éxito acompañaba a nuestras armas en todas partes, y yo empecé a inquietarme de que los de Vitelio se dieran pronto cuenta de lo desesperado de su posición, y o bien se rindieran o bien se retiraran al otro lado de los Alpes y a mí, por lo tanto, se me negara la oportunidad de acrecentar la gloria de mi familia en el terreno de las armas.

Pero fue precisamente en este momento cuando la Fortuna le frunció por primera vez el ceño a nuestra causa. Cuando dispersó al enemigo, Martio Macer investigó prudentemente lo que pudiera venir por detrás, por temor de que el enemigo pudiera ser fortalecido con refuerzos, que los espías le habían dicho que tenían planes de traer. Digo «prudentemente» porque, de acuerdo con todas las reglas bélicas, su acción fue indudablemente prudente. Y, sin embargo, sus consecuencias fueron funestas. Porque hubo algunos en nuestro ejército que inmediatamente calificaron este acto de prudencia como una manifestación de cobardía, mientras que otros dijeron que mostraba que Martio Macer no estaba en absoluto entregado a la causa y que era incluso un traidor que se había abstenido deliberadamente de acabar con el principal ejército del enemigo. Esto era ridículo, pero la prudencia es una de las primeras víctimas de cualquier guerra.

Los soldados estaban inquietos. No sabían en quién podían confiar. Estaban dudosos de si los generales que jugaban con sus vidas estaban decididos a conseguir la victoria, o si algunos, al menos, estaban dispuestos a pasarse al enemigo. Ésa fue la funesta consecuencia de los rumores que los rivales personales hicieron circular acerca del comportamiento de Martio Macer. Así que se dijeron cosas muy duras de los otros generales, Anio Galo, Suetonio Paulino y Mario Celso. Los oficiales de la Guardia Pretoriana que eran culpables —o culpables en su mayoría— del asesinato de Galba, aunque tal acción pudiera haber sido provocada por la arrogancia y locura del anciano, eran los principales entre aquellos que ahora utilizaban el lenguaje más agresivo. Sólo ellos, en su fuero interno, estaban plenamente entregados a la victoria de Otón, y en su confusión, estaban dispuestos a acusar a los otros de traición. Al hacerlo, debilitaban la causa, cuyo éxito les ofrecía su única esperanza de seguridad y prosperidad futuras.

Otón no podía por menos de sentirse afectado por la atmósfera de sospecha que le rodeaba. Sin razón justificada, empezó a desconfiar de algunos de sus mejores generales. No le puedo censurar totalmente por esto; los rumores de traición le habían sumido en un estado de perpetua alarma. Permanecía sentado horas y horas en su tienda, bebiendo el vino que no lograba embriagarle, pero que, no obstante, embotaba sus facultades críticas. Una y otra vez, yo le oía lamentar su mala suerte. «Si sueñas alguna vez con ostentar la púrpura, querido joven —me decía, suspirando profundamente y a punto de llorar—, despiértate de ese sueño. Es una corona de espinas y no de laurel la que oprime mi frente.» Pero en público trataba, no siempre en vano, de aparecer animoso.

La disensión tenía una consecuencia y los rumores perjudicaban su causa en mayor escala que el efecto que tenían en su estado de ánimo. No es ésta la mejor manera de expresarlo, porque la consecuencia la provocaban la desconfianza y consternación que ofuscaban su capacidad de juzgar. Al creer que, si tantos hombres hablaban mal de sus generales, no podía saber en quién confiar, resolvió entregarle la dirección de sus negocios y de hecho toda la dirección de la campaña a su hermano Titiano, un hombre que no tenía ni la experiencia de la victoria ni la capacidad de inspirar confianza en los soldados. De todos los errores de Otón, éste fue el más serio. Los soldados que confían en sus generales lucharán con más bravura, hasta la muerte, incluso cuando la causa esté fracasando. Los que no confían en ellos ni los respetan perderán la batalla en sus corazones, aunque la distribución de las fuerzas esté aún en favor suyo. Porque la verdad, Tácito, es que la moral es el factor determinante en la guerra; tal vez tú le hayas oído a tu suegro, Agrícola, decir lo mismo.

Sin embargo, sobre el terreno, las cosas parecían ir bien. Cecina, tal vez porque estaba afectado por su fracaso en conquistar Placentia y su derrota en otras acciones de menor importancia, tal vez porque Valens estaba ahora acercando a su ejército que aún no había sido puesto a prueba, y Cecina

temía que aquél quisiera obtener la gloria de la campaña, hizo ahora un precipitado intento de recuperar el crédito que había perdido con sus tropas y con su candidato imperial Vitelio.

Colocó a algunos de sus veteranos —auxiliares, como se descubrió después— escondidos en los bosques cuyas ramas sobresalían por encima de la carretera, a ocho kilómetros de Cremona, en un lugar llamado Castors. A continuación envió por delante una verdadera nube de caballería con órdenes de provocar una batalla y retirarse después para atraer a nuestros hombres a la trampa que había preparado para ellos. Era un plan ingenioso, pero peligroso en las circunstancias de una guerra civil en la cual abundaban espías y desertores. Indudablemente, si este plan hubiera ido en contra de un enemigo extranjero, habría tenido éxito. Pero en una guerra civil hay siempre muchos hombres cuyo compromiso fluctúa: tienen amigos y parientes en el ejército contrario, de manera que hay siempre una comunicación entre los ejércitos de un tipo que no se encuentra en guerras extranjeras. Así que su plan fue traicionado, o se nos reveló a nosotros.

Titiano estaba, afortunadamente, a unos kilómetros en la retaguardia y ni Paulino ni Celso sintieron la necesidad o el deseo de consultarle. Yo estaba, accidentalmente, en primera línea, pues había sido enviado con un mensaje del emperador. Me encontraba por consiguiente en una posición desde la que podía observar la distribución de nuestras tropas y admirar la seguridad con la que ésta se había llevado a cabo.

Paulino estaba al mando de la infantería, Celso de la caballería. Pero los veteranos de la legión decimotercera, hombres que habían luchado con Corbulo en Armenia, antes de que el más grande de los generales fuera despedido, avergonzado y aniquilado por Nerón —debido a la envidia que sentía por la virtud y éxito de cualquier otro hombre—, se alinearon hacia la izquierda de la carretera. El paso elevado a través de los pantanos estaba defendido por tres cohortes de pretorianos, en columnas profundas, mientras que la primera legión y unos cuantos centenares de soldados de caballería ocupaban el lado derecho. Se mandaron delante varias tropas de caballería y se dejaron algunas más en la retaguardia. Yo, con el permiso del general, envié mi caballo a las líneas del campamento y me quedé junto a Paulino.

Paulino era un general del viejo estilo. Su primera preocupación era montar estructuras de defensa, para poder asegurarse frente a la derrota antes de aventurarse a ir en busca de la victoria. Así que la primera parte de la batalla se luchó a alguna distancia, por delante de nosotros, y yo sólo sé cómo se desarrolló por lo que otros me han contado.

La caballería de Vitelio, después de provocar la batalla, se retiró. Pero Celso, enterado de la emboscada, detuvo bruscamente el avance. Esto causó cierta alarma, especialmente cuando un grupo de caballería iliria retrocedió galopando en dirección a nuestras líneas, gritando que todo estaba perdido. Eso habría causado el pánico si Paulino no hubiera intervenido rápidamente y ordenado a sus hombres que se mantuvieran firmes. Sorprendidos, los ilirios giraron sobre sus talones de un lado a otro, delante de nuestras líneas, pues no vieron la manera de ponerse a salvo ni se atrevieron a forzar la barrera que formábamos para impedir su huida.

Mientras tanto, los de Vitelio, creyendo que el curso de la batalla iba a su favor, surgieron de sus posiciones ocultas para luchar contra Celso. Éste se retiró gradualmente, haciéndolo con gran orden, la maniobra más difícil en la guerra, especialmente para la caballería. Pero se movió demasiado despacio y se encontró rodeado. Fue en este momento cuando Paulino dio la orden de avanzar. Lo hice yo al frente de una cohorte de la Guardia Pretoriana, cuyo oficial había sido herido por una jabalina desviada.

He estado en tantas batallas desde esta primera que he empezado a desconfiar de todos los relatos del conflicto. No es posible hacer una narración de una batalla, sino ofrecer una fantasmagoría de impresiones discordantes: la impresión de sorpresa en el rostro de un hombre muerto, el destello de la herradura de un caballo que se ha alzado sobre ti, los gruñidos de los hombres dando estocadas con

espadas —sonidos extrañamente semejantes a los emitidos en el acto de hacer el amor—, el súbito temor que se refleja en un rostro contorsionado cuando un hombre lucha por sacar la espada del cuerpo de un hombre caído que, al sujetarla con fuerza, hace que el asesino se encuentre indefenso por unos momentos.

Pero más que nada, son los olores que, nauseabundos, permanecen en los orificios de tu nariz durante muchos días después de una batalla: el hedor del miedo, del sudor, de la sangre y de los excrementos, porque el terror puede hacer defecar a un hombre y sus excrementos corren hacia abajo por las temblorosas piernas, aun en el caso de los vencedores. La idea de la guerra tiene su belleza, pero no hay nada atractivo en una batalla.

Al encontrarse la infantería, acometimos, utilizamos las espadas y empujamos. El combate cuerpo a cuerpo te da fuerza y aumenta también el temor, porque no hay escape a no ser que las filas posteriores se dejen dominar por el pánico y decidan huir. Entonces te encuentras sin ninguna protección por la espalda.

Aquella mañana, la lucha cuerpo a cuerpo duró sólo un corto espacio de tiempo que, no obstante, fue interminable. No podía saber si estábamos ganando, porque al principio parecíamos ir yendo hacia atrás y yo tropecé dos veces con camaradas caídos. Entonces sentí un peso detrás de nosotros, un gran peso de hombres, y, sin advertencia previa, el soldado con quien había estado chocando mi espada, cada uno de nosotros golpeando el escudo del otro, miró por encima de su hombro. Abrió la boca en un grito sin palabras y dio dos pasos hacia atrás. Entonces, antes de que yo pudiera lanzarme sobre él, se dio la vuelta y corrió. Y vi que toda la línea del enemigo estaba huyendo.

Los perseguimos con gritos a lo largo de una media milla y entonces sonó la trompeta. Un veterano canoso me agarró por el hombro, detuvo mi esfuerzo por liberarme de él, y dijo: «Basta, joven. Esto es la llamada de retirada. Corre si quieres y te encontrarás solo. Y eso será tu final».

Más tarde, se criticó duramente a Paulino por detener tan abruptamente la persecución. Los soldados decían que si no lo hubiera hecho, habríamos conseguido una victoria completa, que Cecina y todo su ejército habrían sido exterminados. Los críticos podían haber tenido razón. No hay duda de que un pánico general había invadido las filas. Yo mismo había oído muchos gritos como el de «Cada hombre que se defiende a sí mismo». Pero Paulino justificó su cautela. Dijo que no creía que estuvieran allí todas las fuerzas del enemigo y que sus generales tal vez mandaran refuerzos hacia delante, que, atacando a nuestros hombres después de que éstos hubieran perdido el orden en la persecución, podrían muy bien cambiar el resultado de aquel día. En resumen, aseguró que era suficiente haber causado mucho daño al enemigo y que habría sido una locura arriesgarnos a perder la ventaja que habíamos ganado. Indudablemente, había cierta sabiduría en sus palabras. Sin embargo, su manera de actuar desmoralizó al ejército. Creyeron que habían tenido la oportunidad de terminar la campaña en una sola tarde, que la habían perdido, que habían causado pocas bajas al enemigo y que por lo tanto se recuperaría pronto. Así que, en lugar de celebrar una noble victoria, los soldados estaban más dispuestos a hablar de la oportunidad que se había desperdiciado. Su humor era tal que hasta se podía haber pensado que habían perdido la batalla.

Ni tampoco eso era todo. Paulino, aunque había sido el cerebro y organizador de la victoria y mostrado una gran habilidad en la disposición de sus tropas y un notable control de sus movimientos, perdió no obstante crédito por su decisión de interrumpir la persecución del enemigo. Las sospechas de aquellos que habían ya hecho correr la voz de que no era totalmente fiel a Otón se vieron confirmadas. Algunos fueron muy lejos al llegar a decir que la interrupción de la persecución fue un acto de traición.

Durante unos cuantos días se suspendió la guerra. Esto le dio tiempo al enemigo para reparar los daños causados. De forma más significativa, facilitó la unión del ejército de Cecina con el de Valens. Aunque nuestro servicio de inteligencia nos informó de que los dos generales eran ahora encarnizados

rivales, al temer cada uno de ellos que el otro fuera el hombre principal en el ejército y ciertamente en el Estado cuando Vitelio lograra la victoria (porque nadie tenía consideración por el así llamado emperador o pensaba en él nada más que como un hombre de paja), sin embargo, la unión del enemigo hizo necesario que Otón convocara un consejo para discutir la estrategia.

—El asunto es... —dijo mientras manoseaba un trozo de tela simplemente para mantener las manos ocupadas, y tal vez para impedir que ninguno se diera cuenta de cómo le temblaban, lo cual no lo ocasionaba el temor, sino alguna afección nerviosa que yo observé que le afligía en momentos de excitación—. La cuestión es si debemos provocar la batalla o librar una campaña defensiva y de esta manera prolongar la guerra, con la esperanza de agotar al enemigo.

Invitó a Paulino, como a su general más importante —no sólo por su edad, sino por ser el que había ganado la batalla más reciente—, a que diera su opinión al primero.

Paulino habló con una anticuada formalidad. Su comportamiento en la reciente batalla le había hecho ganar mi respeto, aunque pensé que la prudencia que le había hecho detener la persecución fue inoportuna y, por consiguiente, no me gustó observar que su manera de hablar provocó cierta burlona diversión. En particular, los dos efebos que tenían la costumbre de ocuparse de Titiano y que se suponía eran sus cata-mitas, aunque estaban en el consejo en calidad de secretarios, se reían entre dientes y se daban codazos, y hacían gestos faciales imitando, según creían ellos, los serios modales de Paulino. En el curso de su discurso, yo caminé sigilosamente alrededor de la habitación, y al llegar detrás de las dos bellezas, les di un golpe en las costillas con el puño cerrado; dieron un grito y se callaron, mientras se frotaban el lugar donde yo les había pegado.

—Vitelio —dijo Paulino— ha reunido ahora todo su ejército. No puede esperar más refuerzos. No tiene tampoco ninguna fuerza en su retaguardia, porque la Galia está alborotada (según he oído decir) y no puede sacar más tropas de la frontera del Rin, no sea que los germanos la atraviesen. Tampoco puede conseguir refuerzos de Britania a no ser que estén preparados a abandonar esa rica provincia al barbarismo de su jungla septentrional. En España quedan pocas tropas. La Galia Narbonense ha sido reducida por la acción de nuestra flota. Italia, al norte de Padua, esta cerrada por los Alpes. No se la puede abastecer por mar, donde todavía tenemos poder y, finalmente, el ejército de Vitelio ha despojado las ciudades, pueblos y granjas del último grano que les quedaba. No puede conseguir más cereal, y sin suministros no se puede mantener unido a un ejército. Entonces las tropas auxiliares germanas, entre las que se encuentran sus mejores luchadores, sufrirán, si alargamos la guerra hasta el verano, del calor de nuestro clima, al que no están acostumbradas.

Hizo una pausa y carraspeó (fue en este momento cuando hice callar a los catamistas de Titiano).

—Muchas campañas, que empiezan bien como consecuencia de sus primeros momentos impetuosos, se desmoronan y pierden fuerza cuando se las somete a la demora. ¿No fue así como el gran Fabio Máximo agotó a Aníbal, el más formidable enemigo a quien Roma se tuvo jamás que enfrentar? Pero nuestra posición es muy diferente. Tenemos Panonia, Dalmacia, Moecia y Oriente, con ejércitos jóvenes y dispuestos a entrar en acción. Tenemos a Italia y Roma, la sede del Imperio y del gobierno. Tenemos a nuestra disposición toda la riqueza del Estado y de innumerables soldados privados. Controlamos la ruta del grano desde Egipto y tenemos una gran suma de dinero a nuestra disposición. El dinero puede ser un arma más afilada y poderosa que la espada. ¿No lo demostraron Antonio y el joven Octavio, más tarde divino Augusto, cuando avanzaron contra los Libertadores, Bruto y Casio?

»Nuestros soldados están acostumbrados al clima de Italia y al calor del verano. Tenemos el río Po delante de nosotros y ciudades fuertemente acuarteladas y fortificadas, cualquiera de las cuales soportará un asedio, como lo ha demostrado la defensa de Placentia. Así que para nosotros, el mejor procedimiento es la demora. Retrasemos la guerra o, al menos, si tiene que haber una batalla, dejemos que el enemigo venga hacia nosotros. Entonces lucharemos en una posición preparada, mientras que

ellos lucharán con el riesgo del campo abierto. En unos pocos días o como máximo semanas, la legión decimocuarta, cargada con los honores de la batalla, llegará de Moecia. Seremos entonces más fuertes de lo que lo somos ahora y si, señor —se volvió hacia Otón, que se sobresaltó, como si hasta aquel momento se hubiera abstraído de todo lo que le rodeaba y permitido que su mente vagara por un mundo de sueños—; si estáis deseoso de entrar en batalla —dijo Paulino—, lucharemos con mayor fuerza y mayor seguridad de la victoria. Porque ésta es mi última palabra: el general prudente retrasa la batalla hasta que las probabilidades están definitivamente de su parte. Y con cada día que pasa, el plato de las ventajas se inclina en la balanza hacia Otón.

Otón agradeció a Paulino sus consejos y la manera tan franca con que había hablado. Entonces empezó a morderse las uñas mientras esperaba ver quién estaba dispuesto a seguir a Paulino. Mario Celso se levantó:

—He tenido mis desavenencias con Paulino en el pasado —dijo— y sigo pensando que no hizo bien en detener la persecución de nuestras tropas en la última batalla. Pero lo hecho, hecho está. No se puede cambiar el curso de acción adoptado ayer. Ahora, por la boca de Paulino habla el sentido común. Todo le llega a aquel que espera, como dice el refrán. Lo que tenemos que hacer es permanecer donde estamos, mantener nuestra posición y Vitelio será como una fruta podrida que se desprende del árbol. ¿Por qué arriesgarnos a una derrota en la batalla cuando la victoria es nuestra si no hacemos nada precipitado?

Un joven legado rubio, que me había dirigido un saludo de aprobación, inclinando la cabeza, cuando yo hice callar a los catamitas, y a quien ahora reconocí como alguien a quien solía ver, años atrás, en compañía de Lucano en los baños, se puso ahora de pie. Llevaba la corta túnica militar y se frotaba las manos en los muslos como si estuvieran sudando. Recuerdo observar que sus muslos estaban bien formados y no tenían vello. No hay muchos hombres que se preocupen tanto de su apariencia como para afeitarse las piernas en campaña. Se dirigió a Otón con una voz que pretendía ser elegante y una nota de altiva reserva.

—Permitidme —dijo— que me presente, porque pocos de vosotros me conoceréis, y aquellos que me conocen se sorprenderán de verme en este consejo. Me llamo Cesio Baso y soy miembro del personal de Annio Gallo. Como sabéis, mi general sufrió una severa caída del caballo hace unos días y está ahora inmovilizado. Por lo tanto me mandó aquí para que os pueda leer una carta que ha escrito dándoos su opinión de lo que sería mejor hacer. No veo razón para no decir en el acto que está sustancialmente de acuerdo con Paulino. No obstante, como sus razones para recomendar esta estrategia no son idénticas, lo cual tal vez consideréis que añade peso al argumento, os pido permiso, señor, para proceder.

Mientras leía el documento de su general, una línea de poesía flotó momentáneamente en el aire, sin que yo pudiera captar de dónde procedía. Sabía que Domitila me la había citado una vez y mencionado el nombre del autor como Cesio Baso, un nombre que entonces no significaba nada para mí. Ahora las tres cosas se unieron en el acto, los labios de Domitila leyendo esa línea mientras recogíamos nuestras cosas y mirábamos el jardín antes de volver a la villa, la propia línea —«El desnudo otoño nos envuelve, al sonido de un viento crujiente procedente del Oeste»— y la imagen del poeta echado sobre un banco en los baños, acariciándose a sí mismo, mientras Lucano le urgía, con una voz que se iba haciendo tanto más aguda cuanto menos caso le hacía su amigo, a hacer algo desenfrenado pero no recuerdo el qué. ¡Qué extraño!, pensé, encontrarle aquí, sin dar señales de haber sido tocado por la guerra, o tan siquiera por el tiempo, porque él, que tenía varios años más que yo, parecía ahora ser de mi misma edad.

Terminó de hablar, se inclinó reverentemente ante el emperador y se dio la vuelta, como si fuera indiferente al efecto que sus palabras, que yo sospechaba habían sido escritas por él, porque Annio Gallo no tenía fama de poseer ninguna habilidad en retórica o letras.

A mí me pareció que las razones para la demora eran convincentes y pensé también que estarían de acuerdo con la predilección de Otón por posponer los acontecimientos. Pero lo había juzgado así sin contar con la influencia de su hermano Titiano, que se manifestó en favor de una guerra inmediata. Lo apoyaba el prefecto de los Pretorianos, un tal Próculo, un hombre ignorante y de mal carácter. La principal razón que argüía era que la demora en una guerra civil fomenta las deserciones y que no se debía dar tiempo a que las tropas considerasen si tal vez tendrían mejor suerte si militaran en el ejército de Vitelio. El motivo, aunque expresado con poca elegancia y sin ningún intento de apelar a la razón, prevaleció sobre otros argumentos. Lo hizo porque explotaba los temores de los hombres y el temor es un abogado más poderoso que el sentido común. Yo podía ver que Otón empezaba a hacer gestos nerviosos mientras Próculo estaba hablando; esa misma mañana me había contado que soñó que se había despertado, desnudo, sin más protección que una sábana pequeña, en un enorme desierto, donde soplaban un viento fresco, y que unos buitres volaban en el aire a baja altura. Pobre hombre, no tenía confianza en la lealtad, ni en la de sus soldados ni en la de los oficiales de éstos. Tras haber conseguido el Imperio mediante una acción que muchos condenaban como una traición, veía traidores acechándole por todos los recodos de la ruta que estaba obligado a recorrer.

Entonces Titiano, bien porque buscara reservarse la gloria exclusivamente para sí, bien porque sentía cierto afecto por su hermano Otón, lo cual encuentro difícil de creer, propuso que el emperador no fuera al frente del ejército en persona —o más bien que no permaneciera al mando del ejército que le había entregado a su hermano—, sino que se retirara a Bedriacum, a unos ocho kilómetros atrás. Allí, añadió Titiano, el emperador estaría protegido del peligro y podría ocuparse de la administración del Imperio.

Otón reaccionó a estas palabras con un rostro carente de expresión. Yo no creo que supiera que su hermano iba a proponer esto y lo que había escuchado le dolió. Sugerían que era un hombre inútil, una vergüenza para las tropas, algunas de las cuales tendrían que morir para mantenerle como emperador. Miró a su alrededor buscando a alguien que se opusiera a la moción de su hermano. Su mirada cayó en Cesio Baso, que la mantuvo un instante y bajó después los ojos. La boca de Otón temblaba. Cuando vio que ninguno iba a pedir que se quedara con el ejército, se encogió de hombros, dio unas palmadas y mandó traer vino para el consejo. Inusitadamente, no habían suministrado ninguno antes de empezar, tal vez porque se sabía que Mario Celso era inmoderado con la bebida.

La reunión se dispersó en pequeños grupos. Yo sentí que una mano se apoyaba en mi hombro. Me volví y vi a Cesio Baso:

—Así —dijo— que hemos tomado dos malas decisiones. —Sonrió, como si tomar malas decisiones fuera motivo para expresar indiferencia—. Creo que tú perteneces a la plantilla personal del emperador, ¿no es así? —continuó—. Así que me temo que no verás acción inmediata. Pero he oído decir que ya te has distinguido y te doy la enhorabuena. Mostrar valor en la guerra es lo único que nos queda, ahora que la virtud cívica está proscrita. No te debe sorprender que esté enterado de lo que has estado haciendo. No es solamente el que se haya hablado mucho de ellos. Yo me había, de todas maneras, fijado en ti. Fuiste amigo de mi amigo Lucano, creo.

Eso me honra en exceso —dijo—. Yo era simplemente un adolescente. No estábamos al mismo nivel. Por lo tanto, no podíamos ser amigos.

¿No? —dijo, y sonrió—. En cualquier caso, él te admiraba mucho.

—Yo admiraba sus versos —repuse.

—Sí, por supuesto.

Me pareció haber oído antes uno de tus versos, cuando estabas leyendo el mensaje de tu general. Se lo cité.

—¿Sabes —me confesó— que no puedo, por más que lo intento, acordarme de la línea siguiente? Un poeta que olvida sus propios versos no es, te lo aseguro, un ser que probablemente encuentres a

menudo.

—Siento decir que ése es el único verso de ese poema que yo conozco. Fue una joven quien me lo citó. La muchacha de la que estoy enamorado.

—¡Ah, sí, mis versos atraen a las jóvenes bellas! Ya algunos jóvenes también. Me alegra poder decir que también a algunos jóvenes.

Me puso otra vez la mano en el hombro y me lo apretó ligeramente.

—Pienso a menudo que debía haber muerto con Lucano. Me avergüenza el que no haya sido así. Bueno, no creo que tarde ahora mucho. No después de la decisión que se ha tomado aquí esta noche. Cuídate y acuérdate de mí. Que tu amada te recite el resto del poema. Creo que era bastante bueno. Es triste el que yo lo haya olvidado.

Esa noche Otón me estuvo dictando durante largo tiempo cartas al general de la decimocuarta legión, a Vespasiano y a Muciano. Hablaba con confianza de que esperaba vencer y de cómo deseaba encontrarse con ellos para discutir el gobierno del Imperio.

Pero, de vez en cuando, entre frase y frase, sus ojos cambiaban de dirección y miraban a la noche.

No sé por qué le mandé a Tácito estas últimas páginas con el informe de la conversación que tuve con Cesio Baso. Estoy arrepentido de haberlo hecho. Me siento como si me hubiera desprendido de una parte de mí mismo. Pero ¿por qué es esto relevante? ¿Qué importa que Tácito piense bien o mal de mí? No tengo razón para que me preocupe. Estoy recluido aquí. Me escribe para decirme otra vez que no hay motivo para que no vuelva a Roma, ahora que se ha restablecido la legalidad y no se condena a nadie por el mero capricho de un emperador. Indudablemente dice la verdad. Pero sigue sin comprender que el exilio se ha convertido en mi elección, o en mi destino.

Además, ¿qué haría yo en Roma? ¿A quién conocería? ¿Quién me recordaría? ¿Quién me recibiría con agrado?

Hasta mi amistad con Tácito, tal como es ahora, es una amistad que se puede mantener sólo a distancia, por correo. Con muchos cientos de kilómetros entre nosotros. Me puede divertir su estrecha actitud puritana de censurarlo todo. Pero me aburriría e irritaría si nos encontráramos y pasáramos algún tiempo juntos. Esto no solía ser así: me deleitaba entonces su ingenio e inteligencia. Pero ahora no puedo soportar esa certeza de creer tener siempre razón, o de sentirse justificado; desprecio la seguridad que tiene de su propia virtud. De hecho, me doy cuenta de que no me gusta su personalidad. Pero me divierte... a distancia.

En su última carta decía: «Te olvidas de que el asesinato de Galba hizo a Otón odioso y terrible». Extraños adjetivos para describir a este hombre desgraciado.

Balthus está tendido delante de la chimenea, dormido. Uno de mis perros ha puesto una pata sobre el muslo del muchacho, ha empujado el borde de su túnica hacia arriba y revelado una parte de piel desnuda. Tiene la piel pálida, aunque las llamas proyectan sus tonos de color dorado rojizo sobre ella. Es noche cerrada. Le dije al muchacho que se quedara conmigo para no verme sumido en la soledad. El pájaro de Minerva emite su grito de aviso. Los avetoros braman entre los juncos del brazo de mar que penetra tierra adentro. Desde la alcoba, más allá se oyen, por así decir, los ronquidos de mi mujer, que parecen contestar a los ruidos de las aves. Mi mujer no ha pasado una mala noche en su vida y dice que nunca ha soñado. Una vez, hace años, tuve que explicarle lo que era un sueño.

Se ven escenas en el fuego. Algunas noches me asustan. Balthus exhala un pequeño gruñido. Parece un gruñido de satisfacción. Pero pudo haber sido el perro.

Dos noches después de aquella reunión de jefes militares, Otón me despidió cuando él se encontró al fin listo para retirarse. Había hablado de hacerlo varias veces, y yo estaba empezando a pensar que presenciáramos el rayar del alba, como había pasado otras veces. Pero esta noche dijo: «Creo realmente que voy a dormir». Y dejó que me fuera. Estábamos alojados en una villa de la cual el propietario había huido o se le había persuadido para que se la entregara al emperador, y yo me había quedado con una pequeña habitación en el pabellón de la entrada.

Cuando entré, me encontré con Cesio Baso reclinado en mi sofá con una garrafa de vino a su lado.

—Le he pedido a tu criado que echara más leña al fuego —dijo—. ¿No te importa que haya venido aquí? Mira, he traído vino.

Me sirvió una copa.

—Estoy muy cansado —dije de mala gana.

—¿Quién sabe? Yo podría estar muerto mañana. Me he acordado de aquel poema.

Me lo recitó.

Es bueno, ¿verdad? —afirmó—. Uno de los mejores que he hecho. No puedo comprender cómo se me pudo olvidar.

—Es ciertamente triste —dije yo—, y muy bello, como los últimos colores del cielo de la tarde. Pero tú no has venido a caballo hasta aquí para recitarme un poema.

¿Por qué no? Después de todo soy un poeta, con toda la vanidad de los poetas. Y ser un poeta, escribir poemas, es lo mejor que tengo, lo único bueno, he pensado a menudo. Y me conmovió que tú te acordaras de ese verso que tu amiga te citó, incluso aunque no lo hubieras recordado, de no ser por ella. Pero reconozco que el poema es una excusa. Quería volverte a ver. Para charlar. Para desahogarme. Para hablar con alguien que conoció a Lucano y fue amado por él. Y para pasar la noche hablando de Lucano, de la vida, del amor, de esta horrible guerra, esta guerra tan incivil.

—Lucano habló para seducirme —dije yo—. Eso fue todo. Y no lo consiguió.

—No le puedes reprochar el que tuviera ese deseo —dijo—. Tú eras muy atractivo. Lo eres todavía, si no te importa que te lo diga. Para mí, tú estás en la mejor de las edades, ya no eres un adolescente, pero no eres todavía un hombre. Pero ésa no es la razón por la que he venido aquí. Claro está que si tú me propusieras que nos revolcáramos en tu cama, yo desde luego aceptaría. Pero no espero que lo hagas, y aunque lo hicieras y los dos experimentáramos placer al hacerlo, ¿qué supondría eso? El fugaz abrirse de una ventana en el blanco muro del hastío, nada más que eso. Para mí, ahora, hasta el deseo satisfecho tiene un sabor amargo, como el vino nuevo, vertido ayer y consumido hoy.

Se calló. Yo no podía ver su expresión porque su rostro estaba en la penumbra. Una polilla revoloteaba alrededor de la lámpara, se quemó las alas y cayó sobre la mesa.

—«La sombra de un gran nombre» —dijo, citando a Lucano—. Creo que se refería a César, pero el gran nombre en cuya sombra vivimos todos es la propia Roma y Roma está ahora, como Troya, en llamas. Nada queda de lo que era Roma, excepto el nombre. Nosotros éramos republicanos, ya lo sabes. Soñamos que sería posible, una vez muerto Nerón, restaurar la República. Era sólo un sueño, estúpido e insustancial. Lo demostramos, traicionándonos a nosotros mismos y unos a otros en nuestros temores. Nadie en nuestra generación tiene la fortaleza que tuvieron nuestros antepasados. Me torturaron, sabes, pero sólo un poco. Eso fue suficiente para hacerme traicionar a Lucano. Y el propio Lucano trató (¡oh, con qué mezquindad!) de echarle la culpa de su conducta a su madre. Tal vez tenía a Roma en la mente. Me gustaría creerlo. Porque teníamos (era un vínculo entre nosotros) una cierta idea de Roma, que no correspondía en absoluto a la realidad. Yo me humillé ante Nerón para salvar mi vida, que, desde entonces, me ha parecido carente de valor. Y ahora estamos envueltos en la lucha entre dos hombres que carecen también de valor, Otón y Vitelio, y yo me pregunto: ¿es importante saber cuál de los dos se deleita alimentándose del cuerpo muerto de Roma? No se me ocurre ninguna contestación adecuada. Uno de ellos ganará, el otro perderá. ¿Y a quién le importa esto? Porque serán entonces tus amigos Vespasiano y Tito los que darán inicio a una nueva guerra.

¿Qué le podía contestar? Se me ocurrió el vergonzoso pensamiento de que la desilusión, tan tristemente expresada por Cesio Baso, podía ser una astucia para comprobar mi lealtad a Otón y que una palabra indiscreta podía acarrearle la ruina: el arresto, un proceso judicial y una muerte ignominiosa.

Parecía indiferente a mi silencio.

—Esperábamos restaurar una época en que los hombres podían pensar lo que querían y decir lo que pensaban. Sin embargo, cuando llegamos al momento de la verdad, sofocamos nuestros pensamientos y dijimos lo que se esperaba que dijéramos. No había necesidad de enemigos, los amigos estaban dispuestos a destruirse unos a otros. Nos considerábamos los mejores, pero, cuando hasta los mejores están sujetos a la corrupción moral, los peores triunfan. Nunca he dejado de reprocharme el estar todavía vivo. La Fortuna se ocupará de que esta batalla de mañana dé la contestación a mis reproches.

Sonrió y bebió más vino.

—¿Sabes lo que soy? —dijo—. Soy un hombre con un gran futuro detrás de él.

No pretendo recordar cada una de sus palabras durante toda aquella conversación, que fue realmente un soliloquio, una lamentación, con la corrupción como tema. Pero algunas de las palabras son las que él pronunció y ése fue su sentido. También respeto lo que puedo llamar la música. Ha permanecido en la memoria todos estos años, a través de tantas vicisitudes, porque este poeta, a quien apenas conocía, que me había elegido casi por pura casualidad y que se encontró al día siguiente con la muerte que deseaba, expresó, con una ironía tan separada de su personalidad que hasta parecía cruel, todo lo que yo había llegado a sentir en relación con los horrores de la época en que habíamos sido condenados a vivir y en la cual la recompensa de la virtud era una muerte cierta.

—Habrás oído decir —comentó antes de despedirse— que nuestros dos emperadores, Otón y Vitelio, se acusan el uno al otro de monstruosos libertinajes. Ninguno de los dos miente. ¡Qué extraño que ambos tropiecen con la verdad!

No puede haber emoción que más debilite que la del desprecio de uno mismo; sin embargo, ¿qué persona que aspiró alguna vez a la virtud puede escapar de él en nuestros tiempos?

Balthus se revuelve en la estera delante de la chimenea. El perro protesta y, cambiando de posición, se echa de un lado a otro del muchacho. Cuando despierta, el rostro de Balthus tiene a menudo una expresión turbada. Sus ojos están entrecerrados y finas arrugas causadas por la ansiedad parten de ellos; su boca está medio abierta, como si fuera a hablar y no se atreviera, como pidiendo besos que, no obstante, tratará de evitar. Pero dormido tiene una expresión satisfecha, satisfecha, es cierto, como la del perro que no tiene la capacidad de reflexionar.

Esta misma mañana me habló de su dios, en quien declara tener una confianza absoluta. Parece que el pobre muchacho cree que su dios se preocupa especialmente de él, y ciertamente de todos los que él llama «verdaderos creyentes». Le gustaría que yo me convirtiera en uno de ellos. Pero eso es absurdo. Cualquiera que haya pensado acerca de estos asuntos y que haya tenido alguna experiencia de la vida sabe que todos los dioses que existen son totalmente indiferentes a la suerte de los hombres. Y si no es así no es por nuestro bienestar, sino para nuestro castigo. Su cristianismo es una religión de esclavos y supongo que esto es natural. Los esclavos no se atreven a mirar a la realidad cara a cara. Andan con los ojos bajos, mirando a la tierra. No es sorprendente que alberguen en sus tristes e ilusos corazones la idea de que obtendrán el favor de los dioses en otra vida.

Pero es extraño que su absurda religión le dé una seguridad y un solaz que yo no puedo tener. En mi experiencia la virtud es castigada y los crímenes recompensados, hasta que el orgullo desmedido se adelanta al criminal.

Me inquietaba mucho, Tácito, el que se me obligara a estar al lado del emperador. Pero no podía hacer nada para evitarlo. Otón argüía que él me necesitaba. Decía que yo era su talismán. Sin embargo, hablaba con un tono de desaliento. La guerra civil, me decía, era desalmada. Ni a Vitelio ni a él se les perdonaría por haber causado a Italia las desgracias que caían e iban a caer sobre ella.

—No es sorprendente —decía— que los comerciantes y la gente ordinaria de los pueblos y pequeñas ciudades echaran ya de menos a Nerón. ¿Qué daño les había hecho, decían, comparado con la ruina que Otón y Vitelio amenazaban con arrojar sobre sus cabezas?

Y era verdad, añadió, que Nerón había dirigido sus crueldades contra los miembros de la clase senatorial y había divertido al populacho con los generosos entretenimientos que había promovido en su favor.

El emperador había rehusado tener en cuenta los presagios referentes al día fijado para la batalla, y cuando los sacerdotes que los habían interpretado vinieron a informarle de su significado, los despidió enfadado. Mandó por delante a una sucesión de personas pertenecientes al personal de su ejército, instando a su hermano Titanio y al segundo en autoridad, Próculo, que fueran lo más rápidamente posible a la confluencia de los ríos Po y Adda, avance mediante el cual se esperaba que impidieran la retirada del enemigo y rodearan su campamento. Más tarde me enteré de que Celso y Paulino se habían manifestado en contra de tener que exponer sus tropas, que estaban muy cargadas de equipaje, a un plan tan peligroso. Habrían preferido que permaneciéramos aquí y lucháramos en el terreno de nuestra propia elección. Pero Titiano, con toda la arrogancia de la incompetencia, no prestó oídos a estas sugerencias. Estaba infatuado con la belleza de su plan y no se daba cuenta de que las batallas se libran en tierra, no en las mesas de los mapas. Pero al enterarse del desacuerdo entre los generales, los hombres se desanimaron y me cuentan que muchos hablaron de que temían haber sido traicionados.

Por la tarde, pero cuando había todavía luz, vinieron los primeros mensajeros con informes de una fuerte derrota. El ejército se había dado a la fuga, dijeron. Otón recibió la noticia sin ninguna señal de emoción y les dio oro a los mensajeros. Cuando los hubo despedido, dijo: «Yo nunca he creído en la victoria y ahora sólo nos queda morir de tal manera que haga que los soldados hablen bien de Otón y aportar honor y no deshonor a mi casa. Durante mucho tiempo he estado deseando fervientemente haber sido víctima de los pervertidos odios de Nerón, pues esto me habría evitado esta terrible experiencia de ser emperador sólo de nombre». Ordenó a un esclavo que le trajera dos dagas y él mismo comprobó que las puntas estuvieran afiladas.

Yo no dije nada para disuadirlo. ¿Qué podría haber dicho?

Pero entonces un centurión de la Guardia Pretoriana, llamado Plotio Firmus, entró precipitadamente donde estábamos.

—No todo está perdido —dijo—. Hemos sido derrotados en una batalla, pero no en una decisiva. El otro bando también recibió un buen golpe. Su caballería fue dispersada. Cogimos el águila de una de sus legiones. Tenemos todavía un ejército al sur del Po, eso sin contar con las legiones que se han quedado aquí contigo, mi señor, en Bedriacum. Y aún más. Las legiones del Danubio están todavía en marcha para prestarnos ayuda. Así que todavía podemos luchar. Lo único que se requiere es decisión.

En un breve espacio de tiempo se unió al centurión un grupo de sus soldados. Rodearon a Otón, dando gritos de aliento y jurando que estaban listos para volver a atacar al enemigo. Un hombre joven llegó a tirarse al suelo y, agarrando las rodillas de Otón, le rogó que los dirigiera en el campo de batalla, pues estaba seguro de que iban a recuperar la fortuna perdida.

Entonces Plotio Firmus habló otra vez, a pesar de que Otón estaba intentando deshacerse del

suplicante:

—No debes —dijo— abandonar a un ejército que es tan leal y a unos soldados que están dispuestos a derramar su sangre por ti. Hay más virtud en soportar la adversidad que en huir de ella. El hombre valiente se aferra a la esperanza, sea cual sea su mala suerte. Sólo los cobardes se entregan al temor.

Otón se sintió violento al oír estas manifestaciones de fe. Se había ya resignado a la derrota y a la muerte. De hecho, en su fuero interno, estaba ya muerto. Por lo tanto, la súplica para empezar de nuevo la lucha le consternaba.

Pero, más capaz de comportarse perfectamente en público que de mantener su ecuanimidad en privado, habló ahora con cortesía, agradeciéndoles a los soldados todo lo que habían dicho y asegurándoles que no había determinado todavía un plan concreto, pero que debía consultar a sus generales antes de tomar una decisión. Sus palabras no pudieron agradar, porque los soldados esperaban oírle decir que no se podía considerar que la guerra estaba perdida mientras hubiera hombres como ellos. Por lo tanto, aunque aceptaron su diplomático discurso, muchos de ellos se retiraron consternados. Y yo creo que, si después de haber consultado a los generales, hubiera resuelto reanudar la guerra, la cual no estaba ciertamente perdida, tal vez hubiera comprobado que, debido al frío recibimiento que había dispensado a sus tropas más entusiastas, su ardor inicial habría disminuido.

Una especulación así es vana. No había nada más alejado de la mente de Otón que la lucha. Estaba ya resignado a la derrota. Yo me di cuenta de ello en el momento en que pidió a Plotio Firmus que hiciera regresar a sus pretorianos al campamento. Su cuerpo, que había estado tenso durante toda esta escena, se relajó. Llegó hasta a sonreír. Extendió la mano, me dio unas palmaditas debajo del mentón y me acarició la mejilla.

—Tú me desprecias, ¿verdad? —dijo.

—No te comprendo —contesté yo.

—No —dijo—, tú eres joven y valiente, como esos pretorianos. Pero yo estoy cansado, y considero que exponer tal valor y tal espíritu como el tuyo y el de ellos al peligro de otra batalla es valorar en exceso tanto mi vida como mi posición. Cuanta más esperanza pongáis en mí, tanto más gloriosa será mi muerte. Ahora me siento como un igual de la Fortuna. No tenemos secretos entre nosotros. Conozco sus engaños y sus estratagemas y puedo apartarme de las falsas esperanzas que me ofrece. La guerra civil empezó con Vitelio; dejemos que termine con su triunfo. Si ahora yo me resigno a la muerte, Vitelio no tendrá entonces razón para descargar su venganza en mi familia y amigos. Pero si prolongo la lucha, y vuelvo a sufrir la derrota, entonces se considerará justificado para llevar a cabo la proscripción de todos mis seres queridos, entre los cuales te incluyo a ti, joven amigo. Muero feliz pensando que tú, y tantos otros, estabais dispuestos a arriesgar vuestras vidas por mí. Pero la comedia ha durado ya demasiado. Es hora de dejar el teatro. Así que te pido encarecidamente que no te demores, sino que pienses en tu propia seguridad y que el recuerdo que tengas de mí sea más bien el de cómo muero que el de cómo he vivido. Sólo los cobardes hablan mucho para retrasar el momento de la muerte. No me quejo de nadie. Sólo los que tratan de vivir necesitan quejarse de los dioses o los hombres.

Indudablemente, el discurso fue demasiado largo y pareció todavía más largo cuando reunió a su personal y se lo repitió casi palabra por palabra. No obstante, había algo impresionante en su serena actitud. Yo admiré su resolución, aun cuando despreciaba la decisión que la movía. Para mí, habría sido señal de más valentía ponerse al frente de sus tropas e ir hacia otra batalla, que ciertamente se podría haber ganado. Aun en el caso de que la decisión hubiera sido desesperada, a mí me parecía que un emperador debía morir luchando. ¿Para qué perseguir tanto el Imperio si se abandona en cuanto soplan las frías brisas de la Fortuna?

Entonces Otón nos pidió a todos que nos marcháramos. Dijo que era bueno para nosotros que nos fuéramos enseguida, por si Vitelio y sus generales interpretaban que permanecíamos con él como una señal de desafío. Dio órdenes para que se prepararan barcas y carruajes, y parecía más perseverante haciendo planes para la huida de su séquito que organizando su ejército para la batalla. Mandó también a sus secretarios que destruyeran toda su correspondencia.

—No deseo —dijo— que Vitelio descubra que ninguno de vosotros lo ha insultado a él en las cartas que me habéis escrito.

Entonces ordenó que nos fuéramos, para que no hubiera ningún testigo de su muerte. No obstante, yo interrogué después a uno de los libertos que le había asistido hasta el final. Por eso el testimonio que te voy a dar ahora, Tácito, es tan auténtico como cualquier otro que tal vez recibas, aunque yo no fui testigo ocular.

Cuando se quedó solo, exceptuando a su personal doméstico, se echó un rato para descansar. Pero su descanso fue interrumpido cuando oyó voces y gritos en los alrededores de la casa. Mandó a alguien para que se enterara de lo que pasaba. Los soldados que se negaron a creer que Otón había abandonado la lucha estaban impidiendo que la gente saliera del campamento. (Yo mismo tuve que sobornar con cinco monedas de oro a un tipo hosco, que no me dejó salir hasta que las tuvo en su poder.) Otón los reprendió y dijo que era su voluntad que se abandonara el campamento. A pesar de esto, el propio destacamento de la Guardia permaneció con él, aunque, conscientes (Ir la hostilidad que las legiones germanas sentían hacia ellos, debían de haber temido su propio destino. Esto fue un notable ejemplo de lealtad. Yo nunca comprendí lo que tenía Otón para inspirarla. Yo había llegado a tenerle aprecio, pero tuve el privilegio de ser su confidente. A los soldados, por el contrario, era él quien los estaba abandonando.

Después de hablar con unos cuantos que no se habían atrevido todavía a salir del campamento, donde al mismo tiempo temían quedarse, Otón bebió un vaso de agua mezclada tan sólo con un poco de vino. Entonces se fue a descansar de nuevo. Un poco antes de la madrugada, se apuñaló, desplomándose sobre su propia daga. Tenía una sola herida, suficiente para matarlo. Plotio Firmus, el leal centurión, organizó su entierro. Otón había dejado una petición —ya no era capaz de dar órdenes—: que todo esto se hiciera enseguida; le preocupaba la idea de que Vitelio ordenara que se le degollara, para poder así exhibir públicamente su cabeza. La cohorte de los pretorianos cubrió de besos su rostro y su cuerpo; o eso me dijo el que me informó.

Tácito, ¿has marchado alguna vez con los restos de un ejército derrotado? Supongo que no.

Es una experiencia degradante. Hasta el caballo que montaba al principio de nuestra retirada murió bajo mis piernas, y me vi obligado a enlodarme, como un soldado ordinario. No se oyeron canciones de marcha, y todas las mañanas, cuando levantábamos el campamento, descubríamos que unos pocos soldados más habían aprovechado la oscuridad para desertar. Pero nuestros efectivos no menguaron, porque a lo largo de la carretera se nos fueron uniendo rezagados, hombres que habían sido separados de sus compañeros y encontraron, entre nosotros, que la compañía de los desalentados era, sin embargo, preferible a la soledad. Cuando los hombres hablaban, que era raras veces, era de sus esposas y madres, nunca de las batallas que acabábamos de librar.

Estaba lloviendo el día que regresé cojeando a Ruina. El agua amarilleaba en los canalones, y había charcos como vados en los adoquinados callejones. La noticia de la derrota y muerte de Otón nos había prece^dido. La ciudad estaba cubierta por las pesadas nubes que oscurecían el Janículo, como si fueran vestiduras fúnebres. Nadie sabía cuándo llegarían los vencedores, todo el mundo temía su llegada, excepto los partidarios de Vitelio, que habían salido ya de sus escondites y que eran los únicos que hablaban con un tono que rebosaba confianza y seguridad.

Cerca del Panteón, me tropecé con un corpulento caballero ecuestre que amonestaba a un grupo de desaliñados pretorianos. Éstos mantenían las cabezas bajas al oír los insultos y carecían del espíritu o nervio para replicar.

Como ocurre siempre en tiempos de ansiedad, sólo las tabernas y los prostíbulos hacían buen negocio. La mayoría de los puestos de comida se habían quedado sin alimentos porque la gente los estaba almacenando, preparándose para permanecer en sus casas hasta que los tiempos fueran menos arriesgados.

Al fin, el ecuestre, una vez se hubo desahogado, se marchó indudablemente satisfecho de haber tenido el valor de insultar a hombres desalentados. Yo me acerqué a los pretorianos, a uno de los cuales reconocí como a un centurión que había jurado su adhesión a Otón con peculiar insistencia y aparente seguridad.

Les di dinero, sólo unas monedas.

—¿Qué váis a hacer? —les pregunté.

—Beber. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Si pudierais tomar un barco hacia Oriente... —No hay ningún capitán de barco que esté dispuesto a llevarnos, a no ser que tengamos oro que ofrecerle. Y no tenemos oro —dijo el centurión. Recuerdo que su nombre era Frontino.

Le dije que se echara a un lado.

—Encontrad el barco y arreglad lo que sea preciso con el capitán —ordené—. Yo me ocuparé de proporcionaros el dinero. Merecéis escapar y yo os ruego que llevéis una carta al campamento de Vespasiano, para su hijo Tito.

Concerté que nos encontraríamos en la Suburra, a la misma hora, el día siguiente.

¿Era necesario tanto misterio? Yo no lo sabía.

—¿Por qué no viajas con nosotros, señor? —preguntó el centurión antes de que nos separáramos.

La tentación era fuerte. Me di cuenta de que tenía miedo, como no lo había tenido antes. Pero, sin embargo, hice un gesto negativo de cabeza. ¿Por qué? ¿Porque Tito me despreciaría como a un cobarde, si me iba corriendo a donde él estaba, como si buscara a mi nodriza? Tal vez. ¿Porque podía servir su causa mejor en Roma? De nuevo era posible, aunque durante los últimos quince días había sentido que mi devoción hacia los Flavios se estaba enfriando, lo mismo que mi respeto y compasión

por Otón iban aumentando. ¿Porque alguna curiosidad me retenía en Rama? No podía negar esa razón que, sin embargo, me irritaba.

Fui primero a casa de mi madre y le conté todo lo que había pasado. Le insté, a su vez, a que se retirará al campo, a una de las villas de su hermano.

—Yo no estoy en ningún peligro —dijo—. Además, yo paso todas las guerras en Roma.

Eso sonaba a bravata, a tontería. No había habido nunca guerras en Roma, en toda su vida. Entonces me di cuenta de que hablaba para divertirse a sí misma, atribuyéndose al mismo tiempo un papel: el de la severa madre republicana. Tal vez, también, notó mi nerviosismo —el temor tiene su olor, la aprensión también— y habló para fortalecer mi resolución.

—¿Qué tipo de hombre es Vitelio? —le pregunté.

—Ningún tipo de hombre. El favorito de tres emperadores. Por consiguiente, el tipo de hombre más ínfimo.

—He oído decir que asesinó a su propio hijo, Petroniano o algo así.

—Lo dudo —dijo mi madre—. La otra versión de la historia es que el muchacho preparó veneno para su padre, pero se lo bebió él mismo por equivocación. Tampoco me creo eso. Se dice también que Vitelio era uno de los catamitas de Tiberio en Capri, y esa historia la aceptan aquellos que creen que el emperador, ya viejo, se entregaba a depravados deseos. La verdad es, hijo, que Vitelio ha sido toda su vida el tipo de hombre que ha dado pábulo a rumores, el hombre que es el protagonista de historias sucias y obscenas, simplemente porque es un hombre despreciable. Es un hombre sin ninguna auténtica virtud, pero eso no quiere decir que sea un monstruo. Es simplemente bajo y mezquino. En cuanto a la cuestión del sexo... —Mi madre hizo una pausa; no era éste un tema que hubiera discutido jamás conmigo. Tal vez su deseo de hacerlo ahora era señal de que al fin me consideraba un adulto—. En cuanto al sexo, yo opino que es un proxeneta, un tipo que consiente los deseos de los demás en vez de practicar los suyos. Te sorprende que te hable de esa manera y hasta que yo esté informada de cosas así. Pues bien, debes saber que cualquiera que haya vivido en Roma tanto tiempo como yo sabe mucho de lo que no le gusta hablar. Piensa entonces solamente que ahora hablo de asuntos acerca de los cuales preferiría permanecer callada, pero es conveniente en tu situación que no permanezcas en la ignorancia de la naturaleza del hombre que ahora ostenta (por cuánto tiempo, no te lo podría decir) la púrpura imperial.

Entonces, después de decir lo que quería decir, hizo que el esclavo me trajera un plato de carne de cerdo y judías blancas y una jarra de vino, y me miraba mientras comía y me preguntaba cómo había muerto Otón.

—Siempre supe que había virtud en ese muchacho.

Enojadas palabras que contradecían las de mi madre empezaron a formarse en mi mente, pero no las pronuncié. De nada serviría decirle a mi madre que un suicidio elegante no servía tampoco de nada, sino que era un acto de exhibicionismo y que, en mi opinión, un hombre que se había apoderado del Imperio mediante un acto que los moralistas habrían calificado de criminal debía haber tenido suficiente valor para continuar la lucha por la supremacía o morir en el intento. Así que me comí mis judías y bebí mi vino, y me despedí de ella diciendo que tenía que ir a los baños, porque estaba todavía sucio después del viaje y que sólo mi necesidad de asegurarme de su bienestar me había llevado a su casa en esas condiciones.

Los baños estaban llenos de gente porque, como quedaban aún algunos días para que la vanguardia del ejército victorioso llegara a la ciudad, los hombres habían venido aquí para enterarse de las últimas noticias y alimentarse de los más recientes rumores. Después de permanecer durante algún tiempo en el cuarto del vapor caliente, me recliné en el banco donde Lucano había puesto sus ojos en mí por primera vez y pensé en él, en su amigo Cesio Baso y en ese verso —«El desnudo otoño nos envuelve, al sonido de un viento crujiente procedente del oeste»—, y traté de recordar las otras

líneas que me había recitado, en mi habitación del pabellón de entrada. Pero se me habían olvidado. Sentí su penetrante melancolía, su hastío de la vida, y entonces, pasándome los dedos por los muslos, me di cuenta de la admiración con que varios de los otros hombres me miraban, admiración que, siendo yo ahora un hombre, no deseaba ya. Así que me eché boca abajo y me quedé dormido.

Tuve unos sueños horribles, porque en ellos vi a Domiciano violando a mi Domitila. Su resistencia inicial se perdió en los abrazos de su hermano. Los brazos que se habían levantado para defenderse de él se enlazaron en torno a su cuerpo, puso su boca en la de él en un violento juego de lenguas. Sus piernas se enroscaron en torno a sus muslos, y exhaló un grito de gozo doloroso cuando él la penetraba. Yo me desperté con un grito y me quedé tumbado, temblando.

Tal vez los sueños no auguren el futuro, pero pueden predecir el futuro que tememos.

Cuando aquella noche fui al apartamento en la calle de las Granadas donde hermano y hermana vivían con su tía, los observé con cierta sospecha. En cada mirada que se dirigían yo leía una complicidad culpable. Cuando Domitila me hablaba con el afecto que yo estaba acostumbrado a oír en su voz, yo notaba ahora hipocresía y, aunque me decía a mí mismo que era absurdo dejarse influir por un sueño, no me sentí cómodo con ellos.

El propio Domiciano estaba asustado. Tácito no cree cuando le digo (si le mando el informe de estos días, tendrá que ser previamente censurado) que Domiciano no era un cobarde. Porque lo odia y le gustaría también despreciarlo. Pero Domiciano, en realidad, padecía de una imaginación demasiado viva, que le hacía anticipar peligros, siempre más terribles en su posibilidad que en su realidad. Ahora estaba convencido de que, tan pronto como Vitelio llegara a la ciudad, o incluso antes, sus partidarios buscarían al hijo de Vespasiano y lo asesinarían. Le había contagiado sus temores a Domitila y tal vez éste era el nuevo vínculo existente entre ellos que tanto me alteraba a mí.

A la mañana siguiente la atmósfera de excitación en la ciudad era palpable. Aunque ninguno sabía cuándo llegaría Vitelio, muchos juraban que se habían llevado ya a cabo actos de venganza contra los partidarios de Otón. Por lo tanto, los senadores y los caballeros ecuestres que habían prestado lealtad a Otón habían huido de la ciudad o estaban haciendo preparativos para hacerlo. A algunos de los que habían huido se les consideraba ya muertos. Otros deseaban ahora ocultar que habían apoyado al difunto emperador y, o simulaban que no lo habían hecho voluntariamente, o trataban de sepultarlo en un gran cúmulo de halagos dedicados a su sucesor. Me encontré con varios que me aseguraron que Vitelio era un digno sucesor, no de Nerón, para cuyos vicios había servido de proxeneta (según me dijo mi madre), sino del divino Augusto en persona. En resumen, había muchos indicios de que, llenos de alarma y temor, algunos de los hijos de Roma de más noble alcurnia estaban perdiendo la cabeza.

En cuanto a mí, escribí un largo informe de todo lo que había pasado y, al encontrarme con Frontino, el centurión de la Guardia, como habíamos quedado en hacerlo, le entregué mi documento y una bolsa de monedas de oro (que había obtenido en préstamo, con gran dificultad, del banquero de mi madre, primo político mío), y le aconsejé que se apresurara a dirigirse al barco, a cuyo capitán había sobornado. Me dije para mis adentros que había tenido suerte por haber conocido a este hombre. Había pocos en quien habría confiado hasta el punto de entregarle mi carta. Pero tenía cara de ser honrado, y seguía hablando de Otón con respeto y de Vitelio con varonil desprecio.

No había nada más que hacer que esperar, algo muy difícil cuando se espera lo peor. A diferencia

de Domiciano, consideré desdeñoso el ocultarme y seguí frecuentando los baños. Aunque no podía lograr ecuanimidad, y aunque nada, según mi experiencia de lo que había oído contar de períodos comparablemente semejantes, me inclinaba hacia la esperanza, mi orgullo —ese insensato orgullo Claudio— me protegía de la desesperación. Lo que tenga que ser, será, me repetía a mí mismo. Siendo las cosas como son, ¿por qué he de engañarme a mí mismo, fingiendo que son diferentes?

En los baños, los hombres hablaban del avance (le Vitelio hacia la ciudad).

Se contaba que había insistido en hacer una visita al campo de batalla de Bedriacum, donde sus lugartenientes le habían ganado el Imperio. Allí vio cuerpos destrozados, miembros arrancados, los cadáveres en putrefacción de hombres y caballos, mordisqueados por las cornejas. La tierra estaba todavía húmeda de sangre. Y más horrible aún, se decía, era esa sección de la carretera donde los ciudadanos de Cremona, deseosos, como de costumbre, de halagar y tratar de agradar al general victorioso (aunque no había tomado parte en ninguna de estas luchas), habían esparcido laurel y rosas en su honor y donde habían levantado altares y sacrificado víctimas, como si hubiera sido algún rey de Asia. Entonces Cecina y Valens le indicaron los puntos más importantes del campo de batalla, tribunos y prefectos se vanagloriaron de sus hazañas bélicas individuales, mezclando ficciones, hechos y exageraciones. También los soldados rasos se salieron de las filas y contemplaron con un sano asombro, según se cuenta, la destrucción y ruina causada por la guerra.

Pero Vitelio, eufórico, extasiado ante la evidencia de lo que sus soldados habían hecho por él y ya, es posible, un poco ebrio, declaró: «Nada tiene un olor más dulce para mí que el cadáver de un rebelde muerto».

Estaba hablando a sus compatriotas romanos, ciudadanos como lo era él.

Al ir aproximándose a Roma, llegó el rumor de sus terribles excesos. Sus soldados saqueaban, impunemente, las ciudades y pueblos por los que pasaban. El emperador, por llamarle así, no prestó la menor atención, divertido como estaba, por las noches, por grupos de comediantes que se habían unido a su ejército, y rodeado siempre por una nube de aduladores eunucos. Se murmuraba que ni Nerón se había comportado tan vergonzosamente o con menos respeto por la dignidad imperial y el decoro de la vida romana.

—Si quieres saber cómo se comportará Vitelio cuando esté instalado en el Palatino —me dijo alguien en los baños—, puedes consultar a un ser llamado Asiático, que tiene una taberna de baja estofa en la calle de los Sapitos, al otro lado del Tíber.

—¿Por qué? —dije yo—. ¿Quién es este Asiático?

—Fue una vez el catamita de Vitelio (un esclavo nacido no sé sabe dónde, pero es de suponer que en alguna parte de Asia, o nacido de padres de esa parte del mundo). Vitelio estaba infatuado con el jovencito, que era ciertamente guapo en aquellos tiempos y también, me dicen, versado en diversas formas de hacer el amor. Entonces Vitelio le concedió la libertad, indudablemente a cambio de repugnantes servicios. Se cuenta que finalmente la criatura se cansó de su amo y huyó. Empezó entonces con el comercio de la taberna, pero Vitelio lo buscó y estaba tan encolerizado que se lo vendió a un entrenador de gladiadores. Esto pudo haber sido su final, pero Vitelio decidió que no podía vivir sin él y se lo compró al entrenador, justo cuando estaba a punto de entrar en la arena, cagado de miedo, me imagino. Entonces Vitelio lo situó en su actual taberna, con la condición de que le procuraría, gratis, cualquier criatura que se le antojara a su antiguo amo. Tal vez sepas que a Vitelio le gustan las vírgenes menores de edad. ¡Oh, sí, nuestro nuevo emperador es el más degradado de los hombres!

Al no conocer al que me informaba, no podía juzgar cuánto de lo que me decía era verdad o cuánto malicioso rumor. Pero es asombroso que hubiera estado tan dispuesto a contarme algo que, de yo divulgarlo, podía ocasionar su arresto y ejecución. Le pregunté por qué era tan atrevido.

—Nada me importa —dijo—. Vitelio traicionó a mis dos hijos entregándolos a la lujuriosa

venganza de Nerón. Y ahora lo único que deseo es la muerte. Pero primero me gustaría escupirle en el rostro al así llamado emperador.

—¿Por qué supones que este Asiático, que debe de estar en deuda con Vitelio, me va a contar a mí cualquier cosa en descrédito suyo?

—Porque no es posible para nadie hablar de alguien como Vitelio sin revelar su verdadera naturaleza.

Confieso que sentí la tentación de ir a buscar a este tipo llamado Asiático. La razón no era que esperara enterarme de algo. Sabía ya tanto de Vitelio como me interesaba saber y, en cualquier caso, no era probable que la depravada criatura que se me había descrito pudiera contarme nada de importancia. Mi motivo —o, más bien, la inclinación que me llevó a esta taberna-prostíbulo— era de clase todavía más baja. Toda mi vida he sabido que albergaba en mi fuero interno un impulso hacia acciones que me excitan con anticipación y que vistas en retrospectiva me llenan de desprecio hacia mí mismo. Podía imaginarme con absoluta claridad el tipo de mujeres y hombres jóvenes que frecuentarían la taberna, y el gesto lascivo y conocedor de mis intenciones con el cual este Asiático accedería a este deseo. Veía, con los ojos de mi imaginación, mis manos quitando violentamente una túnica de una carne que deseaba entregarse a mí, y sentía el acto de mi penetración sexual en una criatura que despreciaba sólo un poco menos de lo que me despreciaba a mí mismo por quererlo. Mi deseo estaba agudizado por el pensamiento de mi terrible sueño y por las dudas que me infundía, por absurdas que fueran, relacionadas con la virtud de Domitila. Mantuve en acción la imagen de mi deseo frente a mi mirada interior hasta que me empezaron a doler los testículos.

El recuerdo de este momento surge, agudo y excitante, después de pasados más de treinta años. La lluvia salpicaba al chocar con los adoquines y un viento norte procedente de las montañas atravesaba, cortante, la ciudad. La oscuridad se echó encima.

El viento sopla ahora fuera de mi villa, desde las áridas llanuras hasta el lejano norte, un viento bárbaro. Balthus yace entre los cuerpos de los perros, delante de la estufa. Sus suaves piernas de muchacho me muestran su tentadora desnudez. Durante el sueño, su mano se ha metido debajo de su túnica. Yo creo que sus sueños no son los sueños de la caridad cristiana de la cual él, con lenguaje apenas inteligible, me ha hablado a veces.

Esta religión de la cual me ha hablado mucho me desconcierta. A él le trae la paz. Eso no lo puedo dudar. Y, sin embargo, es absurdo. Parece ser que su gran recompensa es la renuncia al mundo en que vivimos. Podrás creer que esto me atraería a mí en el estado en que me encuentro. Pero yo no he renunciado todavía al mundo; es el mundo el que me ha rechazado. Cuando le hablo sobre el deseo de poder y la lucha por el honor que, conforme a lo que pienso y a lo que he experimentado, informa la conducta de todos los hombres en asuntos de Estado, él me escucha, con su suave y tentadora boca entreabierta, sus rojos labios temblorosos, tal vez con repugnancia, y mueve la cabeza. Eso él no lo comprende. He tratado de explicarle lo que nosotros queremos decir cuando hablamos de virtud, esa determinación de ser lo que constituye la auténtica esencia de un hombre, sea ésta la que sea. Él suspira y dice: «Señor, me temo que hayáis vivido vuestra vida en el Reino de los Malos». Habla, curiosamente, con afecto, y creo que ahora me lo tiene, tal vez porque agradece mi moderación en lo que a él se refiere.

Sin embargo, a veces, me parece que este afecto surge de algo más que gratitud, que ve algo bueno en mí que yo no puedo reconocer y que, tal vez, esté lejos de lo que yo entiendo por virtud.

Un día me dijo: «Señor, creo que no estás siempre lejos de Cristo».

Yo habría hecho azotar a cualquier otro esclavo o liberto que hubiera tenido la impertinencia de unir ¡ni nombre al de un agitador judío que, al parecer, se hizo pasar por un dios, como aquellos seres engañados que, en los días de que escribo, aparecieron cuando Nerón escapaba de sus enemigos, y vinieron a recuperar su trono. Eran todos impostores, locos, porque ¿quién podría desear ser Nerón?

Cuando anteriormente le leí el último capítulo de mis memorias (uno que ciertamente no le manda a Tácito) en voz alta a Balthus, porque él sabe ahora suficiente latín para comprender hasta una prosa elegante y no simplemente el latín vulgar del campamento y la taberna, me dijo: «Viviste en un

mundo horrible y desalmado».

Yo no podía negarle su horror.

—Escribo acerca del mundo tal y como es —dije no obstante.

—Pero no como debe ser —dijo él.

—Como ha sido siempre —repliqué.

Entonces le conté algo sobre lo cual escribiré más adelante, de mis experiencias en la guerra de Judea. Porque estos cristianos, entre los cuales él se cuenta, son en su origen una secta judía, y las crueldades, barbaridades y deseo de destruirse a sí mismos que los judíos revelaron en esa guerra hablan de un mundo no mucho mejor. Esperaba herirle con mi dura franqueza.

¿Por qué?

¿Es porque no me importa ver a nadie contento? ¿O es porque parece absurdo que un muchacho como Balthus, esclavo, de mi propiedad, incluso ahora, para hacer con él lo que me apetezca, haya alcanzado una serenidad que se me niega a mí, una serenidad que este acto de memoria en el cual estoy implicado continúa negándome? Mi mujer tiene, por supuesto, un contento primitivo. Para ella los asuntos de la casa y de nuestros hijos son suficientes. Pero yo nunca la he envidiado como envidia, con enojado asombro, a este muchacho.

Un día me dijo:

—Señor, te he oído recriminar a los Hados que te privaron de tu posición en el mundo y te arrojaron a esta yerma costa. Pero me parece que, tan malo es el mundo en el que luchasteis que Dios te ha otorgado una gran bendición al separaros de él y daros la oportunidad, en este litoral remoto, de hacer las paces contigo mismo y redimir así tu alma. Señor, te ruego que dejes que vuestros resentimientos te abandonen y sean llevados al mar, como un río se lleva todo lo que se arroja en él (todas las cosas sucias).

Su sonrisa era muy dulce, sus ojos tenían una expresión atrayente. Podía haberle azotado con placer.

Es necesario ahora, Tácito, hablar de lo que estaba pasando en Oriente, incluso mientras esperábamos a Vitelio en Roma. Naturalmente, lo que tengo ahora que relatar tiene un carácter distinto de lo que he relatado antes, porque no puedo hacerlo como testigo ocular. Tendrás también otras fuentes de información, que puedes de hecho preferir a las mías. Eso es cosa tuya. Pero yo también deseo asegurarte que lo que te tengo que decir es auténtico, en la medida que una versión individual de la historia puede serlo. Te darás cuenta de que la persona que me informó de esta historia fue Tito. Así que tendrás que ser indulgente en lo relativo a la posibilidad de que me haya dado la versión de los acontecimientos y el análisis de la situación que a él le habría gustado que los historiadores como tú aceptaran. Pero también comprenderás que hasta una versión partidista tiene su valor; y no dudo que la compararás con otras versiones que recibirás de otros testigos e informadores, algunos de los cuales tal vez contradigan lo que tengo ahora que contarte. Eso es todo.

Como sabes, los generales de Oriente habían planeado un asalto contra el Imperio incluso mientras Otón vivía. Luego, durante algún tiempo, estuvieron dudando. Esta vacilación irritó a Tito. Comprendió, no obstante, que su padre se contuvo de tomar iniciativa alguna, no por temor o falta de ambición, sino porque era su costumbre sopesar las ventajas y desventajas de cualquier objetivo que se propusiera. Vespasiano tenía sesenta años. Hay hombres que al hacerse viejos se hacen más atrevidos, otros más precavidos. Vespasiano no había sido nunca precipitado. Era natural que ahora vacilara. Tenía motivos para ser cauteloso. En primer lugar, conocía la calidad de las legiones germanas, algunas de las cuales había mandado él mismo. Le impresionó que, con toda la fuerza de la posición defensiva de Otón, los hombres de Vitelio hubieran tenido la decisión de superarlos. No se habían mostrado reacios a asesinar a sus conciudadanos en una guerra civil. No podía tener la seguridad de que sus propias tropas mostraran una falta semejante de escrúpulos. Es más: Vitelio tenía ahora la ventaja de la posición defensiva que Otón había desperdiciado tan imprudentemente. Aunque Vespasiano no sentía respeto alguno por Vitelio, sabía que Cecina y Valens eran hombres con habilidad bélica. Sabía también que la suerte de la guerra nunca está decidida, y que su resultado no puede ser calculado con anticipación. Había tenido que luchar con muchas dificultades para lograr su presente y honorable posición; se resistía a arriesgarlo todo en una tirada de dados.

Al principio, se sentía inseguro de si el ejército oriental prefería ser dirigido por él o por Muciano. El prefecto de Egipto, Julio Alejandro, no ocultó su creencia de que Muciano debía ser el que fuera proclamado emperador. Y Muciano era más popular con las legiones. Respetaban a Vespasiano, como los soldados respetan siempre a un general que se preocupa de sus vidas en la batalla. Pero amaban a Muciano, como aman los soldados a un general disoluto que no obstante es un favorito del dios de la guerra. Para ellos, Muciano, con sus perritos y los jovencitos pintados de su séquito, era una «personalidad», un «tipo cómico», como lo expresaban ellos. Les habría gustado nombrarle emperador y cantar canciones obscenas en su triunfo.

Pero Muciano no estaba tomando parte en el juego. Tenía dos razones para renunciar a la oportunidad de ostentar la púrpura. Primero, era perezoso. Simplemente, no podía imaginarse a sí mismo cargado con la administración del Imperio y, como era inteligente y lo suficientemente responsable para saber que cualquier emperador que descuida los asuntos del gobierno es despreciable, conservaba, a pesar de sus muchos vicios, un fuerte orgullo. En segundo lugar, no tenía hijos. Se decía que nunca se había acostado con una mujer, y yo creo que esto es cierto, aunque estuvo casado al menos una vez, y tal vez dos. Pero no le gustaba la forma del cuerpo femenino y tampoco, dijo él mismo, el olor de las mujeres. Como no tenía heredero, le importaba un bledo la posteridad.

Eso no era todo. Muciano adoraba a Tito. Creo que fueron amantes por un tiempo breve, aunque

Tito lo negó una vez cuando yo le acusé de ello. Naturalmente, aunque lo hubieran sido, no lo eran ya. Ahora Tito estaba demasiado viejo para Muciano, cuyo deleite eran los jovencitos lampiños. Pero, sin embargo, seguí adorando a Tito y no podía mirarle sin revivir los recuerdos de su antiguo deseo. Y le encantaban el porte, la belleza, el ingenio y la inteligencia de Tito. Por lo tanto, le dijo a Vespasiano: «Si me eligieran emperador, lo primero que haría sería adoptar a tu encantador Tito como mi heredero. Pero como es ya el tuyo, esto me parece particularmente innecesario, querido. Tito será emperador si los dioses así lo desean y nuestras armas lo favorecen, cualquiera de nosotros dos que ostente primero la púrpura. Lo lógico es que seas tú. Sus dones le granjearán respeto, ese respeto que un emperador necesita y que no se le ha concedido a ninguno desde Tiberio. Pero su sucesión será la más segura e indiscutible si sigue a su padre natural, en vez de ser el heredero adoptado de un hombre cuya forma de vivir hará pensar a muchos que escogió a Tito porque el muchacho fue una vez el destinatario de lo que llamarán sus «vergonzosas atenciones».

Se rió al pensarlo. Pero sé de buena tinta que su manera de hablar le hizo preguntarse a Vespasiano, por primera vez, si su hijo había sido alguna vez el amante de su colega. Sin embargo, no podía por menos de agradecerle que Muciano estuviera tan convencido en su decisión de hacerle a él emperador.

Y de ello dio una prueba inmediata cuando persuadió u obligó a Julio Alejandro a transferir su apoyo a Vespasiano. Esto tuvo una gran importancia porque, como tú indudablemente recordarás a nuestros lectores, quienquiera que domine Egipto puede exigir un rescate por Roma, a causa de su control del comercio de grano.

Así que en cualquier guerra larga, el señorío sobre Egipto le aseguraba una ventaja a Vespasiano.

Sin embargo, incluso ahora, aunque había llegado el rumor de que Vitelio estaba establecido en el Palatino, Vespasiano dudó en permitirse a sí mismo ser proclamado emperador. En su opinión, no podía moverse hasta que se hubiera asegurado de que las legiones estacionadas en el Danubio estaban a su favor. Aquí tuvo un golpe de fortuna. Una de las últimas acciones de Nerón, o más bien de sus ministros, porque a Nerón no le gustaba molestarle con asuntos así, fue el trasladar la tercera legión (en la Galia) a la frontera del Danubio. Esta legión, cuyo mando había estado anteriormente a cargo de Vespasiano, había ganado entonces honores y lo tenían a él en gran estima. Así que sus oficiales habían decidido persuadir a los generales de las otras legiones del Danubio de que sólo Vespasiano podía rescatar al Imperio del desprecio y de la maldición de una guerra civil.

Muciano aconsejó también a Vespasiano que mandaran emisarios de sus legiones a Roma, para informar a Vitelio de que todas las legiones de Oriente le habían jurado lealtad a él.

—De esta manera —dijo—, ganaremos la ventaja de unas cuantas semanas. Si conozco a Vitelio, creará lo que quiere creer, aflojará su vigilancia y se dedicará al placer.

Y esto, ciertamente, fue lo que sucedió.

Pero los mismos emisarios llevaron también, secretamente, cartas de Vespasiano a su hermano Flavio Sabino, urgiéndole a que no perdiera tiempo en organizar ayuda para él en Roma, y me trajeron también a mí una carta de Tito. Domiciano volvió a manifestar su descontento y decepción ante el hecho de que ni su padre ni su hermano le hubieran escrito directamente a él. También entonces yo pensé que tenía motivo para ofenderse, así que no le dije que Tito me había escrito a mí. De todas maneras, no podía enseñarle la carta, en parte porque a Tito no le gustaba compartir con Domiciano información relativa a los planes de su padre, y en parte porque los términos afectuosos con que estaba escrita habrían suscitado los terribles celos de Domiciano.

Flavio Sabino insistió ahora en que Domiciano no permaneciera en lo que se pudiera llamar la oscuridad, sino que se debía mostrar en público, frecuentar el Foro y los baños y comportarse, en general, como le correspondía al hijo de un distinguido general que era un leal servidor del emperador reinante. Me siento obligado a decir que Domiciano obedeció a regañadientes y de mala gana. Se

quejaba de que lo estaban utilizando, pero no consultando, y dijo que no creía que su aparición en público fuera de alguna utilidad para convencer a Vitelio de la lealtad de su padre. Me atrevo a decir que tenía razón en esta aserción. En cualquier caso no pasó mucho tiempo antes de que un oficial de la guardia personal de Vitelio se presentara en la casa de la calle de las Granadas, con una orden demandando que Domiciano se personara en el cuartel general de la policía todos los días al mediodía. Esto era tan alarmante como ofensivo. Flavio Sabino protestó en nombre de su sobrino, pero, durante unas semanas, Domiciano, ruborizándose intensamente y temblando con un temor mal disimulado, hizo lo que se le había exigido.

Mientras tanto, como me había anunciado Tito, los acontecimientos marchaban en Oriente. El prefecto de Egipto, Julio Alejandro, proclamó a Vespasiano emperador el primer día de julio e hizo que las legiones estacionadas allí prestaran un juramento de adhesión. Todo se había preparado bien y no hubo oposición. Dos días después, las legiones destinadas en Judea hicieron lo mismo, aunque su general, Tito, estaba todavía viajando desde Antioquía, donde había estado consultando con Muciano. Hicieron esto, por consiguiente, espontáneamente (o así se dijo después), y vitorearon a Vespasiano como César y Augusto. Pero yo no creo que esta aclamación se produjera de forma espontánea.

Muciano se declaró a sí mismo como residente en Antioquía, como Tito y él, de mutuo acuerdo, decidieron que lo hiciera. Los soldados estaban deseosos de jurar su lealtad a Vespasiano. Pero Muciano quería también que los de las provincias se adhirieran a la causa, sabiendo sin duda que tendrían que pagar mayores impuestos para subvencionar la campaña, y pensando que sería mejor si se les podía convencer para que lo hicieran voluntariamente. Así que se dirigió a una asamblea de dignatarios cívicos y otros hombres de importancia en el salón de actos. Estaba bien equipado para llevar a cabo esta actuación, porque hablaba griego con inusitada elegancia y, aunque los griegos tienen la costumbre de burlarse de los que hablan su lengua imperfectamente, también les halaga que un romano se haya esforzado en aprenderla a fondo.

Es más, les dijo lo que no era verdad: que Vitelio había anunciado su intención de trasladar las legiones germanas a Siria y las sirias a Germania. Eso alarmó y desagradó a los habitantes de las provincias, porque suponían que las legiones que llevaban mucho tiempo en Germania habrían adquirido modales salvajes y hasta brutales tras su estancia 'eh una región tan poco civilizada, mientras que, por otra parte, muchos de ellos estaban relacionados mediante lazos de amistad o parentesco con las tropas que estaban acuarteladas con ellos. Así que les placía pensar que Vespasiano estaría pronto establecido en Roma, en lugar de Vitelio.

Muy pronto también, los diversos reyes-clientes de Oriente expresaron su apoyo a Vespasiano, mientras que la reina Berenice, por supuesto, a causa de su relación amorosa con Tito, promovió la causa de su padre con gran celo y le proporcionó oro de su tesoro.

Así que lo que se podría llamar «la conspiración» fue tomando cuerpo.

Yo creo que Muciano, sacudiéndose su acostumbrada letargia, fue el gran organizador. Una de sus frases favoritas era «el dinero es el vigor de la guerra», y se propuso demostrar que eso era cierto. Sabía que los soldados a quienes se les asegura su salario luchan con más entusiasmo que aquellos a los que no se les paga, y que los contratistas que reciben su paga en el acto (o «en el clavo», como ellos dicen) proporcionarán, como se les pide y en gran cantidad, los efectos sin los cuales no se puede luchar con eficacia en una guerra. Tenía otro lema que decía que «un ejército marcha con su estómago», y se preocupó de que los estómagos de los soldados estuvieran bien repletos. Él mismo contribuyó con considerables sumas de dinero extraídas (le sus propios recursos, y no disminuye su mérito el hecho de que esas sumas estuvieran disponibles sobre todo porque había saqueado «generosamente» al Estado. Otros siguieron su ejemplo, aunque pocos de ellos tenían medios de reembolsarse ese dinero del tesoro público.

Las legiones del Danubio se unieron a la causa. Dos de ellas que habían favorecido a Otón (la

décimotercera y la séptima), pero a las que se les había privado de la oportunidad de luchar por él — privado por la precipitación con la que su campaña se había iniciado, sin esperar los refuerzos de que podía disponer—, ahora se manifestaron en favor de Vespasiano. Venían bajo el mando de Antonio Primo.

Tú lo recordarás, Tácito, como un hombre que tenía la fama de ser un bribón, de hecho un criminal, porque había sido condenado en el gobierno de Nerón, acusado de haber modificado un testamento en favor suyo, y se decía por todas partes que éste fue uno de los pocos juicios dictados entonces que no ofendía los sagrados principios de la justicia. Fueran los que fueran sus defectos, era una gran adquisición para un partido inclinado a apoderarse del control del Estado. Era valiente en la batalla, rápido y elocuente, admirado por los soldados. En la paz, podría muy bien ser considerado como el peor de los ciudadanos; en la guerra era un valioso aliado. Vespasiano lo recibió como a tal, y dejó para otra ocasión cualquier duda que pudiera tener sobre su carácter y conducta. Ahora Antonio Primo actuaba en concierto con Cornelio Fusco, un hombre que yo conocí hacía mucho tiempo, como amigo de Lucano. Ocupaba el puesto de procurador de Dalmacia. Ocioso y frívolo en su juventud — hasta el punto de dimitir de su puesto senatorial— había sido un favorito de Galba, que era quien le había dado el puesto que ahora ocupaba. Tenía muchos amigos, por su jovialidad y encanto; escribió cartas a muchas personas que tenían puestos de importancia en las partes más distantes del Imperio, a fin de conseguir apoyos para su nuevo amo. Se mandaron cartas a la Galia, Britania e Hispania y, como consecuencia de su insistencia, mucha gente en estas provincias se declaró en favor de Vespasiano y le retiró su ayuda a Vitelio.

Menciono estos detalles para que puedas comprender lo concienzudos y —si puedo usar la palabra en este contexto— lo profesionales que fueron los preparativos para la guerra que hizo el partido flaviano.

Indudablemente, tú harás uso de toda esta información como te convenga. Yo me aventuro a decir que no encontrarás que se contradice con otras fuentes de información. El apoyo a Vespasiano era considerable y esto les daba confianza a todos sus partidarios.

He ido demasiado deprisa al quererle contar a Tácito lo que ocurría en Oriente y cómo yo lo interpretaba y lo recordaba.

Mientras tanto seguíamos todos esperando a Vitelio. Yo le volví a rogar a mi madre que se fuera de la ciudad y ella volvió a rehusar.

Era una tarde templada de un glorioso y prematuro verano. Las rosas caían por encima de los muros del palacio y el aroma del tomillo, mirto y orégano, que cubrían las laderas del Palatino, traía recuerdos de días felices en algún retiro rural. Una tarde, Domitila y yo estábamos paseando por los jardines de Lúculo. Hablamos de poesía y recitamos fragmentos favoritos de poemas: Me habría gustado hacerle el amor, pero ella no quiso. No era el momento, decía, «Más tarde, más tarde». Lo intenté recitando a Horacio: «Aprovecha el momento». Ella sonreía y giraba el rostro.

Flavio Sabino estaba activo y también inquieto. Se ocupaba de lograr apoyo para su hermano Vespasiano y se quedaba horrorizado de los peligros que corría.

Yo consideraba que sus esfuerzos eran vanos. Las cosas seguirían su curso, hiciera lo que hiciera. La cuestión del Imperio no se decidiría en la ciudad, sino en alguna parte en el norte, tal vez otra vez en las proximidades de Cremona, donde se habían desmoronado las energías de Otón.

Así que esperamos.

Los nervios de Domiciano no estaban bien. Le había surgido una erupción en la piel, que le picaba intolerablemente. Un lado de su cara y sus antebrazos estaba en carne viva. Se quejaba, incesantemente, del abandono de su padre. Nada podía persuadirle de que su vida no estaba en peligro.

—Vitelio no sabe todavía nada de los preparativos de tu padre —le decía yo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Si hubiera oído algo, estaría ya en Roma, ocupado en hacer planes para la guerra. Pero nada se sabe de él aparte de las fiestas que da, los espectáculos teatrales que exige y sus borracheras. En algunos hombres, esto podía sugerir que su espíritu estaba inquieto, pero me dicen que, en el caso de Vitelio, es meramente una costumbre.

Pero nada podía aliviar el estado de alarma de Domiciano. Se rascaba hasta que le salía sangre de los brazos, tenía el ceño fruncido, se volvía de espaldas y se tiraba boca abajo en un diván.

Algunas de las historias que nos llegaban desde el campamento de Vitelio eran tan extrañas que ni siquiera yo las podía creer. Digo «ni siquiera yo» porque ya en mi juventud me convencía de que ningún exceso era demasiado absurdo para no entregarse a él. Debes recordar que se me educó con un conocimiento íntimo de cómo se hacían las cosas en la residencia imperial, y se me alimentó con las historias de los desatinos de Claudio y las casi locuras de Nerón.

Se decía, por ejemplo, que Vitelio era tan glotón que se le había visto, mientras se estaba celebrando un sacrificio, coger furtivamente trozos de carne que chisporroteaban en el altar, y devorarlos, con la consiguiente repugnancia y consternación de los sacerdotes.

¿Me creo yo esa historia? Lo único que puedo decir es que, si no es cierta, se ha inventado para adaptarla a su manera de ser.

Aunque yo me había persuadido de que mi filosofía respondía a las tensiones de aquel período de espera, yo, sin embargo, sufría una incapacidad para dormir. Esta aflicción permaneció conmigo desde entonces. He visto más amaneceres surgir espectralmente ante los ojos de mi fría sobriedad que los que jamás pudo ver, anonadado, el más disoluto de los trasnochadores. Incluso ahora, mientras escribo esto, los primeros cacareos de los gallos están ya anunciando el comienzo del día.

En los días de los cuales hablo, solía acostarme temprano, en un esfuerzo para coger al sueño desprevenido. Cerraba los ojos y lo sentía acercarse a mí. Pero entonces un temblor obstruía su

avance. Tal vez era una fantasía erótica, tal vez el frío comienzo del temor, algunas veces el pensamiento de lo que había que hacer, otras el arrepentimiento de una acción pasada. Mis ojos se abrían, contra mi voluntad. Yo me daba la vuelta para echarme boca abajo y me entregaba a la visión de imágenes eróticas: los suaves labios de Domitila, la pesada pierna de Tito apoyada sobre la mía, el destello de una muchacha que había visto en la calle, esa prostituta que solía buscar clientes en un callejón cercano al Panteón y que permanecía de pie, con actitud indiferente, con una pierna echada hacia atrás de manera que su pie descansaba en el muro del edificio contra el que se apoyaba, una muchacha con tanta confianza en su belleza y en su porte que, a diferencia de las otras prostitutas que yo había jamás conocido, nunca solicitaba clientela, sino que parecía, sencillamente, estar segura de que alguien se dirigiría a ella.

Fantasías así me dejaban tembloroso, con la frente cubierta de sudor, y, sabiendo que el sueño me había abandonado, me levantaba, me ponía algo de ropa y salía a la calle, tal vez en busca de esa muchacha, aunque sabía que no practicaba su oficio después del anochecer.

Las calles estaban desiertas y peligrosas, porque Flavio Sabino, como prefecto de la ciudad —un deber que había cumplido con el máximo sentido de la responsabilidad, aun sabiendo que estaba manteniendo a Roma segura para su enemigo que se acercaba—, impuso un toque de queda y soldados de la Guardia recorrían las calles para forzar su cumplimiento, arrestando a cualquiera que encontraran merodeando.

Pero sus esfuerzos eran esporádicos y se podían evitar fácilmente. Una gran ciudad tiene siempre sus noctámbulos: criminales, gente disoluta, niños abandonados, locos, poetas (me atrevo a decir) y desdichados como yo a quienes el sueño les niega sus suaves consuelos. Así que yo vagaba por las calles y tuve muchos extraños encuentros: rápidos apareamientos contra las viscosas paredes de ruidosos callejones, inconnexas conversaciones junto a los braseros puestos a lo largo del río donde hombres y mujeres desesperados se congregaban. Alguna vez me encontré en siniestras bodegas, tugurios donde se bebía, los más ínfimos prostíbulos y casas de juego.

Recuerdo una noche en que me tropecé con un hombre joven de noble linaje, como lo manifestaban su negligente atuendo y su manera de hablar. Estaba solamente algo borracho, pero su conversación era caprichosa o extraña. Insistió en que le acompañara a un sitio que él conocía, donde dijo que podíamos jugar, beber y acostarnos con mujeres. «O con hombres jóvenes, si lo prefieres. Hay africanos y a mí me atrae la carne oscura.» El lugar era pequeño y sórdido, estaba iluminado por velas de sebo y era dirigido por una vieja desdentada que se rió al vernos. Yo noté malicia en esa risa, pero a la luz, por poca que fuera, vi algo en mi compañero que me atrajo. Pudo haber sido la suave y desilusionada línea de su boca o las largas pestañas que parpadeaban sobre unos ojos profundamente hundidos. No le recuerdo, aunque sí recuerdo estos rasgos. Creo que aquí lo embaucaron, con dados trucados para ganarle el oro que, si no hubiera perdido, le habría sido quitado por la fuerza. Yo sentí un placer salvaje al observar su humillación y su comportamiento cada vez más incoherente debido al vino agrio de la casa. Sus modales refinados, que me atrajeron porque sabía que eran una máscara de la desesperación que le consumía, se vinieron abajo. Sollozó y le suplicó a la mujer que le proporcionara una muchacha negra como había hecho antes. «Tú no tienes dinero», le contestó ella, y los rufianes que le habían desplumado lo agarraron y arrojaron fuera, a la oscuridad de la noche. Yo lo encontré en la cloaca, le ayudé a que saliera de ella y después, cuando se deshizo de mí, asegurándome que estaba bien, vi cómo se iba tambaleando, alejándose de mi vida.

¿Por qué recuerdo esto aún? No porque me comportara mal, ya que lo había hecho peor en otras ocasiones. ¿Por la gallardía con que aceptó su humillación? Quizás («y al morir se acordó de su dulce Argos»). ¿No era ésa la situación de Roma?

Me escribes, Tácito, reprendiéndome otra vez por mi retraso en mandarte más episodios de lo que tú llamas mi «copia» y, después, como una coletilla, me preguntas si he estado enfermo, ya que no puedes comprender ni imaginarte qué otra razón puedo tener para fallarte. Como tú nunca, desde que me embarqué —de mala gana, permíteme que te lo recuerde— en este ejercicio que me ha hecho revivir tantos penosos acontecimientos que yo creía bien sepultados, ni una sola vez expresaste alguna palabra de gratitud, tal vez consideres que esta falta de cortesía sería suficiente razón para hacerme desistir. Pero tú me conoces. Sabes que no dependo de tu gratitud, y que me importan poco las expresiones de reconocimiento. Así que está justificado que suponga que podía haber estado enfermo.

Pero no en mi cuerpo. Mi enfermedad es del espíritu, o de la voluntad, o como quieras llamarla. La verdad es que tu petición desde el principio me recordó la sabiduría de las palabras de Heródoto: «Remueves lo que no se debe remover». La historia es un archivo de crímenes y necedades, y nada más que yo pueda ver. No tiene valor instructivo, porque cada generación de hombres confía en su propia sabiduría y habilidad para evitar caer en los mismos errores en que cayeron sus padres. Tampoco puedo estar de acuerdo con Esquilo sobre eso de que «las lamentaciones son un seguro alivio de los sufrimientos». O tal vez ocurra que no poseo el don de dar expresión a las lamentaciones. No lo sé. Sólo sé que me he sentido desdichado al tener que ir a la busca de horrores pasados.

Y ahora tengo que acercarme al momento en que Vitelio se estaba preparando para entrar en Roma. «Las ganancias mal adquiridas siembran el mal», haciendo uso de las palabras de Sófocles.

Te estarás impacientando otra vez con mi manía de recurrir a citas literarias que me hacen perder el tiempo. ¡Qué le vamos a hacer!

Me llegó el rumor de que la disciplina de su ejército dejaba mucho que desear. Sobre todo, había frecuentes disensiones entre los legionarios y las tropas auxiliares, al creer cada uno de estos grupos que su indulgente general favorecía más al otro. Se unían sólo para saquear los pueblos y las ciudades por los que pasaban y para perpetrar abusos, violaciones y a veces asesinatos entre sus habitantes.

Sin embargo, cuando llegó el rumor de que el nuevo emperador estaba a unos pocos kilómetros de Roma, una muchedumbre, en su mayoría de baja estofa, pero que incluía también algunos senadores y caballeros ecuestres, deseosos de encontrarse entre los primeros para dar la bienvenida a su señor, se encaminaron, dando tumbos, a recibirle. Corrieron como locos a través del ejército y el campamento, y tan grande era la confusión que muchos de los soldados creyeron que se les estaba insultando. Desenvainaron sus espadas y cayendo sobre la gente, mataron a más de cien personas. Fue muy difícil restablecer cierta apariencia de orden, y después entraron en la ciudad, armados todavía, contra toda ley y costumbre. El aspecto de algunas de las tropas auxiliares, cubiertas con las pieles de animales salvajes y armadas con lanzas, aterrorizó a los ciudadanos, y estas mismas tropas, muchas de las cuales estaban intimidadas por el tamaño de los edificios, reaccionaron brutalmente a la alarma de los ciudadanos. Fue muy difícil para los tribunos y prefectos impedir que se produjera una matanza general. ¡Qué comienzo para un nuevo gobierno!

Llegó la noticia de que Vitelio había cruzado el puente Milvio en un gran caballo negro. Estaba en un estado de agitación intensa, el rostro enrojecido y brillante y los ojos mirando a un lado y a otro. Vivía un momento de gloria que no podía haber esperado nunca. Llevaba una capa militar y blandía una espada. Pero alguien con sentido común —nunca supe quién y estoy ciertamente sorprendido de que se pudiera encontrar un hombre así entre los miembros de su personal— le debía de haber dicho que no sería una buena idea entrar en Roma ataviado como un conquistador. Así que se detuvo y, retirándose a una casa que estaba oportunamente cerca, se vistió de paisano.

Por lo tanto, estaba de pie cuando yo lo vi, y había que reconocer que tenía mejor aspecto a

caballo. Esto se debía en parte a que padecía de una pronunciada cojera, como consecuencia de un choque de cuadrigas en su juventud. Calígula iba conduciendo entonces. En un intento de ocultarla, se apoyaba en el hombro de uno de sus oficiales y esto disminuía su dignidad. Era muy alto y habría tenido una figura impresionante a no ser por su enorme barriga, resultado de su glotonería y afición a la bebida. Tal como era, tenía un aspecto grotesco, porque todo en él era exagerado. «Dicen que tiene una polla de la longitud de un obelisco egipcio», masculló un espectador con un delantal de carnicero.

Ésta era la criatura que ahora marchaba —con inseguridad— a la cabeza de su ejército, el emperador de Roma.

Las águilas de cuatro legiones estaban en la vanguardia y en ambos lados se transportaban los colores de otras legiones. Entonces seguían los estandartes de dos escuadrones auxiliares de caballería, y la propia caballería detrás de las legiones. A continuación venían más de treinta cohortes auxiliares, cada una de ellas llevando el nombre de la nación de la cual era originaria. La línea de marcha estaba flanqueada por los prefectos, tribunos, centuriones y otros oficiales.

Habría sido un espectáculo espléndido si la ciudad en la que estaban entrando no hubiera sido Roma, sino alguna capital bárbara que hubiesen invadido. Incluso con esa reflexión, muchos estaban emocionados ante la evidencia del poder y majestad de Roma, y sólo unos pocos comentaron que era un ejército merecedor de un emperador mejor que Vitelio.

Por mi parte, yo estaba plenamente ocupado en calmar los temores de Domiciano. La fuerza de las tropas del enemigo amenazaba con acobardarle.

—¿Cómo podemos esperar vencer a un ejército así? —murmuraba.

Yo le aseguré que si hubiera visto el esplendor de las legiones de su padre no se habría desanimado tan fácilmente. Esto era cierto, pero no servía de ayuda. No le gustaba que se le recordara que yo sabía más que él acerca de la preparación de Vespasiano para la guerra.

El día siguiente Vitelio apareció en el estrado y pronunció un elogio de sí mismo. Era como si estuviera recomendando sus virtudes al Senado y al pueblo de un estado conquistado. Describió su energía y moderación, aunque su avance hasta llegar a la ciudad se caracterizó por la pereza, autoindulgencia y crueldad.

Habló de una manera que habría parecido absurdamente vana en el propio divino Augusto. Ningún hombre con sentido común y juicio era capaz de escucharle sin experimentar sentimientos de desprecio. Pero la chusma, olvidándose de cómo habían vitoreado a Otón unas semanas antes, y siendo incapaz y no estando dispuesta a distinguir entre la verdad y la falsedad, lo oía encantada. Lanzaron al aire estridentes promesas de adhesión y amistad y, como habían aprendido hacía tiempo a adular a los emperadores, le rogaron que adoptara el nombre y título de Augusto. Él accedió cortésmente. De cualquier modo, supongo que su conformidad tenía la intención de ser cortés. En mi opinión, conforme se hinchaba de importancia y se mecía de un lado a otro, a consecuencia, o bien de la emoción, o bien del vino, cuando trató de alzar las manos, sus asistentes tuvieron que sujetárselas por encima de la cabeza y mostró un aspecto ridículo.

Entonces anunció que tendría lugar una gran fiesta pública y que todos los gastos correrían a su cargo. Nada proporcionaba un testimonio más evidente de la corrupción de los tiempos que una cosa así; porque muchos se acordaban de que cuando Vitelio se había decidido a asumir el mando cuando estaba en el Rin, había dejado a su mujer y a sus hijos en una buhardilla alquilada, en un distrito pobre de la ciudad, y había financiado su viaje empeñando un par de pendientes de perlas que pertenecían a su madre. Algunos decían que le había arrancado las joyas de las orejas, otros que se las había robado cuando estaba dormida. Y ahora, con el dinero procedente del saqueo de las ciudades italianas y la venta de empleos a sus amigos y aduladores, estaba sufragando una fiesta pública a cientos de miles de ciudadanos.

Pronto se supo que los festejos, y no los negocios, ocupaban al nuevo señor de Roma. Celebraba

banquetes tres o cuatro veces al día, y éstos no eran los apresurados tentempiés con que Augusto se contentaba: unos trozos de pan o queso y unos cuantos dátiles, higos o manzanas cogidos mientras trabajaba con sus secretarios. Por el contrario, Vitelio pasaba muchas horas sentado a la mesa y se le podía tentar siempre para que se quedara un poco más con la llegada de algún manjar exquisito y una botella de vino. Aunque raras veces estaba totalmente borracho, nunca estaba tampoco sobrio, y algunas de sus más necias y degradantes acciones se podían atribuir a su habitual estado de embriaguez. Cuando alguien se enteraba de un nuevo plato que él había orgullosamente inventado, y al que le había dado el nombre de «El escudo de Minerva la Protectora», uno no sabía si reírse, llorar o maldecir a este hombre tan necio que disfrutaba siendo indulgente consigo mismo. La receta requería hígados de lucio, sesos de faisán (ase pueden encontrar cosas así?), lenguas de flamenco y leche de lamprea, y los ingredientes, recogidos, según se dice, por todos los rincones del Imperio, se traían a Roma en trirremes. Sólo esta última alegación era inventada, porque todos los ingredientes se podían encontrar en los mercados de Roma. El plato debía de ser absolutamente repugnante. Minerva, siendo la diosa de la Sabiduría, era sin duda la divinidad menos apropiada para que se le diera su nombre a este plato.

Si la vida privada de Vitelio era ofensiva, sus actuaciones públicas eran todavía más deplorables. Tal vez algunas fueran solamente imprudentes. Se arrogó el cargo de Supremo Pontífice, como habían hecho otros emperadores. Por supuesto, esto era totalmente inadecuado, pero podía ser ignorado dadas las circunstancias. Sin embargo, escogió como el día de su Inauguración el 18 de julio —éste es, como no necesito recordarte, el aniversario del desastre de Albia, donde el ejército de la República fue derrotado por los galos, un día que era considerado de mal agüero. Hasta los partidarios de Vitelio se sintieron consternados por esta decisión.

Se hizo venir de su taberna al tal Asiático y se le restableció como favorito en la corte. Pronto se comprendió que sólo por su intercesión se podía esperar el obtener algún puesto, promoción o favores. Incluso algunos de aquellos que se habían humillado ante Nerón se quedaron horrorizados al enterarse de que debían ahora humillarse ante este alcahuete.

El gran ejército que había traído a la ciudad no tardó mucho en perder la disciplina. Eran tantos que no cabían en el campamento. Así que los soldados se desperdigaron por toda la ciudad, y se les alojó, o encontraron ellos alojamiento en pórticos, templos y casas particulares. Se los podía ver en todas las tabernas. Muchos no sabían dónde se hallaban sus oficinas o cuarteles generales y los centuriones no tenían ni idea de donde localizar a sus tropas. Se cancelaron los entrenamientos y el terreno de desfiles estaba desierto. Muchos de los auxiliares germánicos y galos hallaron sitio o más bien se instalaron ellos mismos en el Trastevere. Bebían el agua del Tíber y, como el calor del verano se les echaba encima, se encontraron pronto debilitados por la disentería y otras enfermedades.

Todos estos hechos constituían, aun siendo vergonzosos, buenas noticias para aquellos de nosotros que deseaban la victoria de Vespasiano. Flavio Sabino, el cual se había congraciado suficientemente con Vitelio para que se le permitiera conservar su puesto de prefecto de la ciudad, contemplaba la desintegración de las fuerzas del enemigo con una cáustica sonrisa.

Como Flavio Sabino me había honrado con su aprecio y me incluía en el círculo de amigos íntimos de quienes aceptaba consejo en favor de su hermano —Domiciano estaba por fuerza también incluido, aunque no contribuía a nuestras discusiones con ideas de mucho valor—, yo me atreví a preguntarle cómo se las había ingeniado para evitar que le echaran de su puesto, porque era asombroso que lo hubiera conservado, no sólo por su parentesco con Vespasiano, sino especialmente por ser un hombre cuya virtud era reconocida por todos los que le conocían, en unos tiempos, los de Vitelio, en que era el vicio y no la virtud el mejor pasaporte para obtener un puesto.

Mi pregunta le hizo sentirse violento, y durante unos momentos pensé que se iba a negar a contestarme. Pero entonces dijo:

—Haces bien en preguntarlo y si dudé en contestarte, es porque mis respuestas no van a ser para ti merecedoras de crédito. Esto me desagrada, porque he llegado a reconocer tu propia virtud y habilidad. Pero en tiempos vergonzosos es a veces necesario hacer lo que uno se avergonzaría de hacer si el mundo no fuera lo que es. Me trago mi orgullo en parte porque es conveniente que tú aprendas lo que un hombre puede tener que hacer para sobrevivir. Yo lo aprendí hace mucho tiempo, cuando Nerón era todavía joven. De hecho fue antes, en tiempos de Claudio, cuando mi patrón era su liberto Narciso.

Aquí hizo una pausa y me miró fijamente con sus ojos de color gris desvaído. A mí se me pasó por la cabeza que sabía que Narciso era mi verdadero padre. Esto era algo que no era ampliamente conocido e incluso yo me había enterado de ello sólo hacía unos años. Tal vez fui yo ahora quien mostré cierto embarazo, porque Flavio Sabino, como para calmarme, me dijo:

—Narciso era un hombre capaz y un hombre mejor de lo que su reputación podía sugerir, o ciertamente mejor que la mayoría de aquellos que se han encontrado en posiciones semejantes en la corte. Te digo esto sólo de pasada, aunque no enteramente. Porque debo confesarte que el intermediario que utilicé para asegurar mi puesto como prefecto de la ciudad fue Asiático.

—Pero he oído decir que es un hombre totalmente despreciable.

—Pocos hombres lo son totalmente, aunque a él le falta poco para serlo. Pero ocurrió que yo le había hecho un favor en el pasado que, por lo que tú sabes de él y por lo que sabes del trabajo de un prefecto de la ciudad, te puedes imaginar qué podía hacer. No entraré en detalles: un caso feo y desagradable, de hecho bastante repugnante. Prefiero no decir la razón por la que le fui útil, ni cómo lo fui. Basta decir que lo fui. Y la criatura no está totalmente privada de gratitud, razón por la que digo que no es, como tú lo expresas, «totalmente despreciable». Así que habló en mi favor.

Me costaba trabajo creer que sólo la gratitud hubiera sido suficiente, y me pregunté qué otro asidero podía Flavio Sabino tener que persuadiera a Asiático hasta obligarle a ayudarlo. Pero no me correspondía a mí el insistir. Yo me había enterado ya de más cosas de las que podía enterarme, y me sentía honrado por la confianza en mi discreción que Flavio Sabino había demostrado. Era, evidentemente, tan grande que no nos rebajó a ninguno de los dos el que me pidiera que guardara el secreto.

—Hay otro asunto —añadió—. Asiático no es tonto. Tal vez esté ahora regodeándose a la luz del sol de la prosperidad, pero las personas como él no confían nunca en que el tiempo siga siendo bueno. Sabe que puede necesitar mi amistad en el futuro, como yo necesito la suya ahora.

A partir de entonces, unos seis de nosotros nos reuníamos con regularidad para considerar cómo podríamos fortalecer las aspiraciones de Vespasiano al Imperio. Estas reuniones en casa de su tía me ayudaron a adquirir un conocimiento más profundo del estado mental de mi amigo Domiciano, de su febril temperamento. Por un lado, estaba siempre ansioso de tomar medidas positivas, incluso precipitadas. Permanecía sentado, hurgándose la piel de su dedo pulgar y promoviendo planes para fomentar un motín entre las tropas acuarteladas en la ciudad. Por otro, daba un respingo y se ponía pálido a la menor alarma.

Vitelio, o más bien sus lugartenientes, habían reorganizado la Guardia Pretoriana, en un primer momento leal a Otón, reclutando indiscriminadamente 20.000 hombres de las legiones y la caballería.

—No tienen espíritu de grupo —insistía Domiciano recalcando la expresión griega (aunque su conocimiento del griego era con mucho inferior al mío y, en aquella época de su vida, no podía conversar con soltura en esa lengua)—. Son —continuó— una mera mezcolanza, abierta, no tengo la menor duda, al mejor postor.

—Y por lo tanto inútil —dijo Rubrio Galo, un oficial de la guardia de la ciudad en el que Flavio Sabino había, hacía mucho tiempo, depositado una absoluta confianza—. En cualquier caso —dijo—, los intentos de sobornarlos no se pueden mantener en secreto.

—Yen tercer lugar —dije yo—, es Vitelio, y no nosotros, quien está a cargo del tesoro imperial y quien puede superar cualquier ofrecimiento que les hagamos.

Él puede ofrecer dinero ahora, nosotros solamente la promesa de un dinero futuro.

Domiciano se calló, enfurruñado, porque, como ya sabes, no podía soportar desacuerdo alguno con sus opiniones, ni era capaz de discutir su caso de una manera racional.

Además, su deseo de actuar estaba adulterado por su temor de que incluso nuestras reuniones fueran peligrosas.

—Si alguien se enterara de que nos estamos reuniendo así... —solía mascullar, y se pasaba el dedo índice por la garganta.

Estaba diciendo la verdad, innecesariamente, porque nadie dudaba del peligro que corríamos.

No obstante, Flavio Sabino sentía un afecto especial por su sobrino. Consideraba que Domiciano había sido injustamente abandonado por Vespasiano y más de una vez me dijo que, en el fondo, el muchacho era bueno y no carecía de talento. Así que ahora se apresuró a aplicarle ungüento al orgullo herido de Domiciano.

—Lo que dices, sobrino, es acertado en general, pero equivocado en particular. Pocos partidos se mantienen firmes en una guerra civil, porque todos, excepto aquellos de distinguida virtud y aquellos que tienen razones poderosas para permanecer en uno u otro lado, son flexibles en sus lealtades. Como tú has estudiado historia, recordarás cómo L. Domicio Enobarbo, por ejemplo, desertó del partido de Marco Antonio y se pasó al de Octavio César, el futuro Augusto, aunque no había recibido más que amabilidad y afecto de Antonio, y era depositario de su tácita confianza. Y Enobarbo no era un hombre malo. La traición es contagiosa. No tengo la menor duda de que los nuevos pretorianos estarán dispuestos a abandonar a Vitelio cuando el momento sea oportuno, pero no ahora, mientras esté en una posición que le permita satisfacerlos. Sin embargo, hay otros cuya deserción sería más útil y podría ser asegurada más fácilmente.

Hizo una pausa y bebió vino, mientras los demás permanecimos en silencio, oyendo sólo el confuso ruido nocturno de la ciudad. Alguien pasó debajo de la casa cantando una canción obscena sobre Nerón. Dos días antes Vitelio había hecho erigir un altar en el Campo de Marte y celebró allí ritos funerarios en honor a ese emperador, a quien él mismo había servido con tan innoble celo.

—Las cosas se van moviendo —continuó Flavio Sabino—. Vitelio se ha enterado hoy de que la tercera legión lo ha repudiado y jurado lealtad a Vespasiano.

—¿Cómo recibió la noticia?

Me dicen que primero se tambaleó y tuvo que ser revivido con vino. Entonces dijo: «Después de todo es sólo una legión. Las otras permanecen leales».

¿Qué efecto tuvieron sus palabras?

Sus consejeros estaban preocupados. Le convencieron de que debía hablar a las tropas. Lo cual hizo finalmente, declarando que los pretorianos que se habían desbandado estaban divulgando viles rumores, a los que nadie debía conceder ninguna importancia. Tuvo cuidado de no mencionar a Vespasiano, para dar así la impresión de que estaba enfrentado sólo con el motín de una legión, no con un desafío al puesto que ocupaba. Se dispersó a los soldados por la ciudad con órdenes de arrestar a cualquiera a quien encontraran diseminando rumores sediciosos.

Lo cual —dije yo—, es exactamente la mejor manera de aumentar los rumores.

Ciertamente, tienes razón, éste es un buen día para nosotros —dijo Rubrio Gallo.

Hace nuestra inmediata posición aún más peligrosa. Domiciano tiene razón en esto. —Flavio le sonrió a su sobrino, para demostrar que aprobaba su manera de pensar—. Y tiene también razón en creer que nuestro mejor movimiento sería tratar de separar de Vitelio a algunos hombres de importancia. Da ahora la casualidad de que sé lo que vosotros tal vez no sepáis. Todos, por supuesto, tenéis presente que Vitelio debe su actual posición, no a sus propios esfuerzos, que han sido débiles y

despreciables, sino a los de sus generales, Cecina y Valens. Lo que tal vez no sepáis es que han llegado a detestarse el uno al otro y a no tenerse mutua confianza. Cecina, sobre todo, está (¿lo diremos?) desilusionado. Sus esfuerzos han sido iguales a los de su colega. Sin embargo, tiene la impresión de que Valens disfruta en más alto grado del favor de Vitelio. Creo que podemos aprovecharnos de estos resentimientos.

La perspectiva era atractiva. Yo me ofrecí inmediatamente para actuar como intermediario entre Flavio y Cecina.

—Tu entusiasmo te honra —dijo Flavio—, pero también tendrás suficiente nobleza de espíritu para que no te moleste mi negativa. Rubrio es el hombre más adecuado para llevar a cabo esta misión. Ha servido con Cecina en Germania y antes también en las luchas contra el Imperio parto, en las cuales Corbulo ganó esa distinción que suscitó el odio de Nerón. Puesto que es un viejo camarada, capaz de compartir recuerdos de días más felices, está mejor situado que tú para sacar partido de los resentimientos, temores y ambición de Cecina.

Y así se decidió. Un día o dos más tarde observé a las legiones y tropas auxiliares germanas poniéndose en marcha hacia el norte. Su aspecto era muy distinto del que presentaban el día del triunfo de Vitelio. No eran los hombres que habían sido. Desmejorados por la enfermedad y debilitados por el inusitado lujo, parecían una muchedumbre sin brío más que un ejército. Quejas por el calor, el polvo y el peso de sus equipajes surgían aquí y allí a lo largo de la línea de marcha. Tenían todo el aspecto de soldados dispuestos a amotinarse, y se me ensanchó el corazón.

Me ha afectado de nuevo el insomnio. Estoy echado junto a mi mujer, le he hecho el amor mecánicamente, un alivio del cuerpo si no del espíritu, y después he escuchado su respiración regular, mientras que mi propio cerebro aceleraba su ritmo.

Me levanté y, al salir de la casa, anduve hacia el río, hasta un punto unas pocas millas antes de donde se pierde en los pantanos, para formar diversos arroyos que se abren camino, separadamente, hacia el mar. La noche era luminosa, porque una luna llena se movía detrás de las tenues nubes y, proyectando profundas pero oscilantes sombras, le daba a todas las cosas una forma nueva e inesperada. Me parecía que figuras fantasmales surgían de las neblinas que permanecían en torno al agua.

Cerca del final de las Guerras Judías, después de que Tito hubiera conquistado Jerusalén y destruido su templo, que era distinto a cualquier otro templo que yo había conocido, pues no tenía dentro de él imágenes del dios que adoraban, algunos de los fanáticos entre los enemigos se retiraron a una fortaleza en una colina, que se llamaba Masada. Esta noche extraña me permitió ver de nuevo ese lugar, aunque el paisaje era tan diferente, siendo desierto, arena y roca, en vez de río y tierra pantanosa. Porque era ahora así, no lo sé, pero los caprichos de la mente, la memoria y la imaginación son incalculables. Tal vez no fuera tan extraño, porque el horror de Masada no ha abandonado mi mente y ahora sentía la necesidad de hablar de ello.

Así que volví a la casa, desperté a Balthus y, diciéndole que se pusiera una chaqueta de piel de borrego, porque el aire era fresco, le llevé conmigo hasta el río. No tenía sentido el hacerlo porque, como digo, no existía la menor semejanza entre aquel lugar y éste, y sin embargo era allí donde yo podía hablar de aquello en relación con lo cual había guardado silencio durante tanto tiempo. El muchacho se sentó en el tronco carcomido de un árbol caído y escuchó lo que yo tenía que decirle. No se había quejado cuando le interrumpí bruscamente el sueño.

Los restos del ejército judío estaban allí bajo el mando de un tal Eleazar. Era hijo del hombre que había provocado la rebelión y se había convertido en un zelote más apasionado que su padre. Estos zelotes combinaban una intensa devoción a su dios sin nombre con una ferocidad y austeridad como no las había visto jamás, ni siquiera la ferocidad que había presenciado en Roma y de la cual no me he atrevido jamás a informar a Tácito.

Esta Masada, construida sobre una roca que surge del desierto, estaba fortificada por la naturaleza con una habilidad superior a la del más grande de los ingenieros. Así que durante largo tiempo la sitiábamos, pero no nos atrevimos a intentar un asalto. La roca estaba rodeada por valles tan profundos que, de pie sobre ellos, apenas se podía divisar movimiento en su fondo. Sus laderas eran escarpadas y sólo dos senderos estrechos serpenteaban, peligrosamente, hasta llegar a la cima. No obstante, nosotros nos situamos en una extremidad de la roca que se llama el Promontorio Blanco y allí construimos, con grandes dificultades, un terraplén...

El muchacho estaba perplejo porque no poseía ningún conocimiento de la labor de asedio y vi que la descripción era superflua, pues no tenía sentido para él.

No importa —concluí entonces—. No son nuestros esfuerzos por conquistar el lugar de lo que quiero hablar.

Y de acuerdo con esto, avancé en mi historia.

Prendimos fuego —expliqué— a la pared exterior de la ciudadela, apilando ramas ardientes contra ella. Al principio sopló el viento de manera que parecía que el fuego se iba a volver contra nosotros, pero entonces, por merced de los dioses, el viento cambió en favor nuestro y el fuego amenazó a los defensores. Así que se hizo una brecha y nos retiramos, dispuestos a atacar al día

siguiente.

»Cuando Eleazar vio que ya no se podía defender el lugar, no se entregó, como lo hubiera hecho un hombre civilizado. En su lugar se dirigió a su pueblo, como supimos después, y enumeró las dificultades que habían caído sobre el pueblo judío, aunque no dijo que habían sido provocadas por él y sus semejantes. En vez de hacer esto, dijo, como supimos después y como Josefo cuenta en su historia:

»-En lo concerniente a los que han muerto, debemos considerarlos afortunados, pues han perecido defendiendo la causa de la libertad. En cuanto a la multitud que se ha entregado a los romanos, ¿quién no tendrá compasión de ellos y quién no se apresurará a morir antes que verse obligado a compartir sus desgracias? Porque algunos han sido atados al potro y torturados con fuego y látigos hasta morir. Otros han sido medio devorados por bestias salvajes, y no obstante conservados vivos para servir de diversión a nuestros enemigos. Y respecto a los que viven todavía, ¿no es su sino, al desear la muerte que se les niega, el más lamentable de todos? ¿Y dónde está ahora Jerusalén la Dorada, la ciudad de nuestros padres, la ciudad a la cual el rey David llevó el Arca de la Alianza pactada con Israel? Está ahora demolida, totalmente arrasada. El león y el lagarto habitan en sus patios, pero no se oye la voz del hombre. ¿Quién hay que, meditando estas cosas, sea todavía capaz de soportar la luz del sol, aunque tal vez no viva en peligro?

»Continuó así durante largo rato, formulando preguntas e incitando a sus seguidores a mezclar la furia con la aflicción. Se entregaron a las lamentaciones y sus gritos rasgaban el aire de la noche y aumentaban nuestro temor.

»Entonces, según supimos después, Eleazar dijo:

»-Nacimos para morir, como aquellos a quienes hemos engendrado. Ni el más afortunado de nuestra raza tiene el poder de evitar la muerte. Pero otras cosas (el abuso y la esclavitud y el espectáculo de nuestras mujeres y nuestros hijos arrastrados a la ignominia) no son males que debamos soportar necesaria y naturalmente. Sólo aquellos que prefieren tales miserias a la muerte, debido a su cobardía, tienen que someterse a ellos. Por lo tanto, mientras tengamos espadas en nuestras manos, muramos antes de ser esclavizados por nuestros enemigos y dejemos este mundo, con nuestras mujeres e hijos, en estado de libertad. Eso es lo que nos exigen nuestras leyes y es también lo que nuestras mujeres e hijos desean. El propio Señor nos ha impuesto esta necesidad, mientras que los romanos desean lo contrario y temen que cualquiera de nosotros muera antes de caer en sus manos. Así que vayamos y en lugar de darles el placer que esperan recibir al someternos a su odioso poder, démosles un ejemplo que les produzca asombro y admiración por el valor con el que hemos abrazado nuestro destino.

»Cuando terminó de hablar, se hizo un profundo silencio que duró el tiempo que puede necesitar un hombre para enjaezar un caballo. Entonces los hombres abrazaron a sus mujeres y a sus hijos, algunos de los cuales sollozaron, mientras que otros permanecieron tranquilos, con una calma que cualquier filósofo estoico admiraría; entonces, los hombres, desenvainando sus espadas, los mataron, ya apuñalándonos, ya degollándonos. Después amontonaron juntos los cuerpos de los muertos, rodeados de haces de leña, y les prendieron fuego a éstos. Después de lo cual, como las leyes de los judíos prohíben el suicidio, a diferencia de todas las demás naciones civilizadas, se encargó a una docena de hombres que matara al resto. Entonces esos doce echaron suertes para ver a quién le correspondía la misión de ejecutar a sus compañeros. Cuando no quedaban más que dos, entablaron combate, de manera que uno matara al otro y de esta manera ambos evitaran el delito de suicidarse. Y mientras tanto fue ardiendo la pira funeraria.

»Por la mañana nos preparamos para el asalto, poniéndonos nuestras armaduras para lo que iba a ser una terrible batalla, porque nadie dudaba de la tenacidad del enemigo. Pero entonces, en lugar del ruido de los preparativos, oímos un siniestro silencio y vimos el humo que se levantaba desde el

centro de la ciudadela. Así que avanzamos vacilantemente y abrimos brechas o escalamos los muros, sin encontrar oposición, y avanzamos hasta llegar a la ciudad de los muertos. Y cuando los vimos, nos quedamos todos atónitos y muchos aterrados.

Me quedé sin habla. Los pantanos se extendían a nuestro alrededor, un infinito desolado. Soplaban el viento del norte, no duro pero sí muy frío. Noté que el muchacho se apretaba la capa alrededor del cuerpo, pero no pude mirarle cara a cara para ver el efecto que mis palabras habían tenido en él.

Tal vez, pensé, es el recuerdo de Masada lo que me impide dormir por las noches. Pero sabía que eso era un simple engaño. Tengo otros crímenes en mi conciencia y no hice nada en Masada que me pudiera avergonzar. Sin embargo, no he sentido en ningún lugar una expresión como ésta del desprecio por la vida, un rechazo de todo lo que ha hecho a Roma lo que es. Los judíos muertos estaban escupiendo al rostro del Imperio. Yo he meditado a menudo sobre esa línea de Virgilio donde declara que el deber de Roma es «perdonar al sometido y someter al orgulloso». En Masada se nos negó la oportunidad tanto de perdonar como de someter.

¿Cómo puedes saber lo que pasó? —preguntó Balthus—. ¿Cómo puedes saber qué palabras pronunció Eleazar? —Hablaban en voz muy baja, como si las palabras no fueran suyas, sino que se le forzaba a que las dijera. Y, sin embargo, la pregunta era buena.

Había ciertas mujeres viejas, dos o tres, que o temieron o despreciaron la muerte. Así que, mientras Eleazar estaba hablando y cuando se dieron cuenta de la importancia de sus palabras, se escaparon y se escondieron en una cueva o tal vez en una hendidura en la roca, y así sobrevivieron. Y se adelantaron y nos contaron lo que se había dicho y hecho. Cuando les preguntamos el número de personas que habían sido sacrificadas, contestaron que más de novecientas y menos de mil.

No fui capaz de repetirle a Balthus, ni siquiera en este momento de una larga y demorada confesión, que cierta necesidad —no tengo palabras para describirla— me había arrastrado a ello, la observación de nuestro general Flavio Sabino, procurador de Judea y primo de Tito: que fue generoso por parte de Eleazar evitarnos la molestia de asesinar a su ejército.

—¿Se contaba Eleazar entre los muertos? —preguntó Balthus.

—Así se asumió, pero muchos cuerpos han sido destruidos o las llamas los han hecho imposibles de identificar.

—¿Por qué me cuentas a mí esto?

El muchacho levantó la cabeza al hablar y tenía las mejillas húmedas de lágrimas. Desde el pueblo llegaba el cacarear de un gallo mientras los primeros rayos del sol naciente tocaban con sus dedos rosados el gris del oriente.

¿Qué tenía yo que responder? Hay un verso de Ovidio, de un poema compuesto en estas tristes tierras: «Hablar de algún acontecimiento fatal es un alivio». Moví la cabeza al no encontrar respuesta en mi propia mente. ¿Fue crueldad el hacerle oír esta historia de la atroz carencia de humanidad del hombre? ¿Fue porque no me gustaba ese aire suyo de estar en paz con el mundo, a pesar de su humilde condición, la razón por la que deseaba destruir lo que yo consideraba una inocencia que rebosaba reproches? Yo me había privado del placer de su cuerpo, aunque me tentaba. ¿Deseaba entonces yo, como venganza, llenar de horrores su mente?

No lo creo así. Sin embargo, como dijo una vez Cicerón: «La malicia es astuta y la razón del hombre es engañosa cuando hace daño».

Cuando Tito conquistó y destruyó Jerusalén, conmigo a su lado, me mandó a mí y a un liberto llamado pronto a decidir el destino de los cautivos. Seleccionamos al más alto y apuesto para el triunfo de Tito en Roma. A la mayoría de los que tenían más de diecisiete años, los mandamos a trabajar como esclavos en las minas de Egipto, donde había escasez de mano de obra. A otros los mandamos a las provincias, para que intervinieran en los entretenimientos deportivos en los circos. A los muchachos jóvenes los reservamos para el mercado de esclavos. Había una bella joven judía que

suplicó con lágrimas que le perdonáramos la vida a su amado, un muchacho apuesto, con bellos rasgos y cabello rubio rojizo. Su belleza conquistó mi clemencia. Fronto y yo lo echamos a suerte: a él le tocó el joven y a mí la joven. Fue mi amante durante un mes. Entonces una noche desapareció. Se descubrió su cuerpo en el límite del campamento. Había sido violada y degollada. El muchacho, al recibir esta noticia, se negó a comer y se privó de alimento hasta la muerte, un acto que los judíos no consideran suicidio. Su hermano mayor fue uno de esos que marcharon, cargado de cadenas, en el triunfo de Tito. Era un joven de asombrosa belleza.

—Creo que tu alma está inquieta, señor —dijo el muchacho—. Tenemos un dicho en mi país: «El valor es bueno, pero la resistencia es mejor».

Y mi sino es resistir, aguantar, estuve a punto de decir, viendo que el valor que una vez poseí se había agotado. Me había convertido en un cobarde, asustado de mis propios recuerdos, asustado también de los recuerdos de Roma. Me parece que lo más que hemos hecho en nuestro dominio del mundo es crear un desierto y llamarlo paz, y que lo único libre que queda en este Imperio nuestro es el viento que ahora sopla, frío, desde el norte.

Le puse al muchacho la mano en el hombro y no sentí su resistencia.

—Debes volver a dormirte —dije—. Hice mal en sacarte de la cama.

Tres grullas se levantaron de los pantanos y volaron sobre nuestras cabezas. Después cambiaron de dirección y volaron con el viento, hacia el mar.

—Vosotros, romanos —dijo el muchacho con una pícara sonrisa—, veréis ahí un presagio, pero son sólo pájaros.

¿Puede haber una situación más penosa que encontrarse encerrado en una ciudad bajo el gobierno de tu enemigo, mientras las fuerzas de tu aliado o caudillo están en plena campaña a cientos de kilómetros de distancia?

Ésa era nuestra situación. Vespasiano no había abandonado aún Oriente, pero las legiones del Danubio habían cruzado a través de los pasos de Panonia. Lo habían hecho a instancias de Antonio Primo. Había algunos que aconsejaban un retraso. Argüían que sus fuerzas eran inferiores en número y recomendaban defender los pasos de las montañas, pero no avanzar más hasta que Vespasiano, Tito o Luciano trajeran los refuerzos. Mientras tanto, decían que el control que Vespasiano tenía del mar aseguraba que se podía poner a Italia en estado de sitio. Pero Antonio Primo no era partidario de esto. Su opinión era que la demora era peligrosa en una guerra civil. Por añadidura, despreciaba las tropas de Vitelio, a las que consideraba —me dicen— «sumidas en la pereza, castradas por el circo, el teatro y los placeres de la capital». Pero decía que, una vez de nuevo en el campamento y fortalecidas tal vez por la sangre fresca de la Galia y Germania, recuperarían su nivel original de buen estado físico y se harían aún más temibles de lo que lo eran ahora. Habló mucho de todo esto y se impuso a la duda de sus colegas.

De todo esto, por supuesto, me enteré después en una conversación. Pero debes creerme, Tácito, porque es un relato verdadero. Supongo que prepararás un conmovedor discurso para Antonio. Harás muy bien, su manera de hablar sería poco adecuada para una Historia elegante. Era uno de los brutos peor hablados que he conocido jamás.

Mientras tanto esperamos en la ciudad. Las noticias eran frecuentes, confusas, contradictorias, merecedoras solamente de ser llamadas rumor e indignas de crédito. En tiempos turbulentos, cuando no se puede confiar en ninguna palabra, los hombres ni se tapan los oídos ni deciden no creer nada de lo que les dicen. Por el contrario, se lo creen todo, un día lo contrario a lo que consideraron verdad incontrovertible el día anterior.

Desde que Vitelio se enteró del desafío de Vespasiano y envió su ejército a la guerra, Domiciano consideró que no era prudente dejarse ver en público. De hecho, apenas salía de casa de su tía, ni siquiera para ir al barbero, y también allí se encontraba en peligro. Hablaba a menudo y nerviosamente de buscar algún lugar más seguro para ocultarse, bien más allá de los límites de la ciudad o en uno de sus barrios más ínfimos, mediante el alquiler de una habitación en algún ruidoso y criminal callejón en el cual los agentes del Estado no se atrevieran a penetrar. Pero el temor de las indignidades y peligros a los cuales podía exponerse en un lugar así lo contuvo. Algunas noches ahogaba sus temores en la bebida; después, la mañana siguiente, temblando —porque el beber mucho le alteraba siempre el estómago y los nervios—, sus temores se redoblaban. Le parecía terrible que la noche anterior se hubiera puesto a sí mismo en unas condiciones que habrían hecho imposible tratar de escapar de sus enemigos. Tito habría encontrado sus temores despreciables. Yo le compadecía. Él notaba esa compasión y eso le molestaba.

Por mi parte, continué llevando una vida tan normal como fuera posible en la ciudad desordenada y febril. Juzgué que si estaba en peligro, el ocultarme no me salvaría y que habría menos riesgos si no manifestaba temor o incertidumbre, señales seguras de culpabilidad. Así que hice frecuentes visitas al barbero, la biblioteca y los baños. Asistí a cenas y teatros y nunca falté a las carreras en el Circo. Cuando Vitelio estaba allí, prestaba poca atención a lo que estaba pasando en la arena, aunque se sabía que era un ferviente partidario de los «Azules», pero permanecía en la parte de atrás de su palco y se dedicaba a comer y a beber. No obstante, cuando, tambaleándose, salía a la parte (le delante y se mostraba a la multitud, era recibido con alegres vítores, generados —eso me parecía a mí— por un

entusiasmo genuino. La chusma es inconstante, pero Vitelio disfrutaba entonces de una popularidad negada al emperador desde que Nerón era un hombre joven. Su única preocupación pública era el prodigarle donativos al pueblo y organizar banquetes gratuitos. Alguien observó que Roma andaba mal desde que sus ciudadanos estaban ahora, habitualmente, tan borrachos como el emperador. Era una observación inteligente y además cierta, y me habría gustado que fuera mía. Pero, Tácito, yo nunca me he enorgullecido de las agudezas o epigramas de los demás.

El misterio de estos días era que Flavio Sabino conservara su puesto cuando existía una guerra sin cuartel entre su hermano y Vitelio. Yo no podía comprender entonces cómo pudo ingeniárselas para lograrlo y tampoco puedo aclararte la razón ahora. Algunos decían que estaba jugando un doble juego. Domiciano llegó incluso a sugerir que su tío era culpable de traición, pero estaba borracho cuando lo dijo.

Como sé muy bien que, si no te doy ninguna explicación ahora, me darás la lata para que lo haga en tu próxima carta y, con tu admirable pertinacia, te negarás a creer que no puedo suministrarte ninguna, anticiparé una posible razón. Pero es sólo una conjetura, que no se basa en ninguna información.

Vitelio, adivino, no había nunca aspirado al Imperio. Lo habían puesto en sus manos Cecina y Valens, y había sido demasiado débil —tal vez estaba demasiado ofuscado— para rechazar un honor tan peligroso. Él sabía perfectamente que no era la persona adecuada para el cargo. No creía que podría mantenerse en él. Había sido criado en la corte y había prestado sus servicios a Tiberio, Cayo, Claudio y Nerón, por lo que conocía —nadie mejor que él— la inestabilidad del Imperio; sabía también que era inferior, de una manera u otra, a todos aquellos a quienes había servido, a menudo innoblemente. Había habido, indudablemente, momentos durante el avance hacia Roma en que se dejó llevar por la magnificencia de su elevación. Pero hasta cuando se le atribuían las observaciones más viles —que no había para él aroma más dulce que el olor del cadáver de un rebelde muerto—, todo esto me sugería que éste era un hombre que se estaba forzando a desempeñar un papel que no había ensayado nunca y que era incapaz de hacer bien. Vitelio era despilfarrador, avaricioso, libidinoso, cobarde, deshonesto, carente de principios de moralidad, pero nada, previamente, había sugerido que se deleitara en la crueldad, o al menos eso me dijo mi madre.

Ahora, una vez en Roma, no podía hacer nada más que esperar el resultado de la batalla. Y tenía miedo. ¿Cómo —se preguntaba probablemente a sí mismo, en sus raros momentos de sobriedad— podían los dioses, que les habían dado la espalda a Nerón, Galba y Otón, favorecer ahora a un hombre como él muy bien sabía que era? (Como todos los hombres débiles, Vitelio era supersticioso y, durante todas estas semanas, hasta el más complaciente de todos los sacerdotes encontraba difícil comunicarle augurios favorables.)

Sintiendo —y temiendo— la inestabilidad de la fortuna, Vitelio miraba con aprensión a su alrededor. Y su mirada cayó sobre Flavio Sabino, el hermano de su rival. Si Vitelio hubiera sido un hombre fuerte, o si hubiera tenido fe en el valor y constancia de sus tropas, probablemente habría arrestado a Flavio, y hasta le habría condenado a muerte, porque no podría haber la menor duda de que Flavio Sabino estaba en el centro de todos los movimientos sediciosos de la ciudad.

Pero no hizo nada de eso. Ni siquiera le hizo dimitir de su puesto. Y lo único que se me ocurre pensar es que él sabía ya que llegaría un día en que él pudiera necesitar un amigo en el campo de Vespasiano o, si no un amigo, alguien que le tuviera que agradecer algo. Ciertamente, se le debía de haber ocurrido que, si llegaba el momento de las negociaciones, su propia situación sería más segura si hubiera un intermediario, aceptable por ambos bandos, y ninguna persona podía desempeñar ese papel mejor que Flavio Sabino.

Después de leer mi intento de aventurar una explicación, tú, Tácito, indudablemente la rechazarás. Sé que sientes un desprecio tan ilimitado por Vitelio que desecharás la sugerencia de que

fuera capaz de pensar con cierta inteligencia. Tal vez tengas razón y sea cierto, como tú reiterarás, que Vitelio raras veces estaba en un estado suficientemente sobrio como para poder pensar racionalmente. Lo único que puedo decirte es que ningún hombre podría haber sobrevivido en las cortes de tantos emperadores, como lo había hecho Vitelio, sin tener la menor perspicacia de lo que era necesario para su propia supervivencia.

Se había echado encima el calor del verano. Intenté convencer a mi madre para que se fuera a la villa de su prima en las colinas, como tenía entonces por costumbre. Se negó. «Las cosas son demasiado interesantes aquí», decía. No obstante, nunca salía de su apartamento.

Un día encontré a Domiciano con ella. Asumí que había venido a buscarme. Pero no era así. Era con mi madre con quien había venido a hablar, o a quien quería escuchar; y mi llegada le violentó.

Más tarde mi madre dijo: «No puedo evitar compadecerme de ese muchacho. Se siente tan inseguro del lugar que ocupa en el mundo, que siento temor por él. Su falta de confianza en sí mismo le llevará a hacer algo que no debería hacer. No se puede confiar en hombres que no pueden confiar en sí mismos».

Llegaron noticias que alteraron momentáneamente la ecuanimidad que había mostrado hasta ahora Flavio Sabino. Cecina, como se había planeado, había abandonado a su amo. Pero se había movido demasiado pronto.

Uno de sus amigos le trajo la noticia a Flavio Sabino, en una ocasión en que yo estaba con él en su apartamento. El mensajero, porque eso es lo que era, dijo que quería hablar con Flavio a solas. Flavio replicó que yo era persona de su confianza y que no tenía secretos que deseara ocultarme. En aquel momento me conmovió esta expresión de buena fe. Después pensé: tiene miedo. Tal vez sospeche de mi traición y por consiguiente quiera implicarme más íntimamente en sus planes, sean cuales sean; o teme que, si me excluye, yo tendré una sospecha similar y le comunicaré mis reticencias a Tito. Así es como los malos tiempos nos corrompen a todos. Abunda la duplicidad, las personas abiertas y honestas suscitan desconfianza. Después me sentí avergonzado de mis pensamientos. Pero era natural que los tuviera.

El mensajero, todavía de mala gana, accedió al fin a la petición de Flavio. Ojalá pudiera recordar lo que dijo exactamente, porque habló con una emoción que me afectó. Pero no puedo; y me niego a seguir el ejemplo de historiadores como Livio, que inventan discursos para sus personajes a fin de poder mostrar su propio dominio de la retórica.

Así que he de contentarme con reproducir el sentido de lo que dijo.

Cecina se había enterado de la rebelión de la flota en Ravenna: se habían puesto en contra de Vitelio.

Al principio, su general, Lucilio Baso, vaciló. No sabía si resultaría más peligroso abandonar a Vitelio o permanecer leales. Pero cuando vio que los amotinados estaban preparados para volverse

contra él, se puso valientemente al frente de ellos y proclamó a Vespasiano emperador.

Esta noticia persuadió a Cecina de que había llegado el momento de cambiar de partido. Así que llamó a los oficiales y centuriones de grado más alto, a los que consideraba más unidos a él, a un remoto rincón del campamento y les dijo que, en su opinión, Vespasiano había ganado la partida y que sería un digno emperador. Ahora que la flota había cambiado de bando, añadió, no podían esperar que les llegaran nuevos suministros. No había nada que esperar de Galia ni de Hispania y la capital era un tumulto. Sus palabras fueron convincentes y todos juraron lealtad a Vespasiano. Se derribaron las imágenes de Vitelio y se mandaron mensajeros a Antonio Primo, que estaba al mando de la vanguardia de Vespasiano, para decirle que estaban listos para unirse a él.

Hasta ahora todo iba bien, podrías decir. Pero pareció entonces que las cosas estaban dando un giro inesperado. La tropa del ejército no esperaba que su general vendiera sus lealtades. Su indignación, aunque espontánea, estaba avivada por oficiales a quienes Cecina había descuidado. Uno preguntó, en tono airado, si el honor del ejército de Germania, victorioso hasta ahora en todas las batallas, había caído tan bajo que estaban dispuestos a rendirse a sus enemigos sin dar un solo golpe. Dijo que no serían recibidos como aliados. Al contrario, las tropas de Vespasiano los despreciarían, como ellos llegarían a despreciarse a sí mismos. Hizo un llamamiento al orgullo y sentido del honor de los soldados. Su discurso triunfó; los soldados pocas veces pueden resistir este tipo de adulación. Así que se dirigieron al cuartel general y apresaron a Cecina. Le cargaron de cadenas y se burlaron de él; de hecho casi lo mataron allí mismo, y sólo se contuvieron por el hecho de que se le reservara para un juicio formal y la ejecución. Otros oficiales y centuriones que habían colaborado con su traidor general fueron ejecutados. Con gran dificultad y peligro, el mensajero había escapado para traer la noticia.

Flavio Sabino la recibió con aparente compostura. Le dio unas monedas de oro al mensajero e hizo traer a unos esclavos para que le dieran comida y bebida.

—Así que —dijo cuando estábamos solos— las cosas han empeorado. No cabe duda de que así es. Le advertí a Cecina que todo dependía de escoger el momento oportuno, insistiendo en la importancia de no ponerse en movimiento demasiado pronto. Pues bien, él parecía saberlo mejor.

—Las cosas no están peor —le repliqué— de lo que lo habrían estado si tú no hubieras hecho ningún arreglo con él. No creo que la desertión de Cecina haya entrado en sus planes.

—No —dijo—. No entraba. No se trata de eso. ¿Sabes lo que ha guiado mi manera de actuar durante estos terribles meses? He tenido una constante obsesión: el evitar una guerra civil. Ahora esa esperanza ha desaparecido. La decisión se tomará en el campo de batalla.

No le pregunté cómo podía compaginar esta voluntad, con los ánimos que le daba a Vespasiano para que declarara su candidatura al Imperio. No me correspondía a mí interrogarle sobre esto y el hacerlo no habría tenido utilidad. Yo nunca he sido capaz de proporcionar una respuesta satisfactoria, y sin embargo, estaba seguro de que era sincero.

—Yo había contado —dijo— con la timidez de Vitelio. Cecina era quien trataba con más empeño de hacerle aceptar la púrpura. Si Cecina abandonaba su causa, yo estaba seguro de que Vitelio se nos rendiría; y el asunto se habría resuelto sin más derramamiento de sangre. Yo he llegado a odiar la guerra. Pero ahora Vitelio se indignará por el hecho de que Cecina haya estado dispuesto a traicionarle. Y su optimismo, que parpadea como una vela en una corriente de aire, volverá a brillar. Además, además... Hizo una pausa y me miró a los ojos por primera vez desde que nos habíamos quedado solos. Esperaba, al parecer, que yo leyera y completara sus pensamientos.

—¿Quieres decir —dije yo— que cuando se dé cuenta de lo cerca que estuvo del desastre, buscará venganza?

—Exactamente. Es un hombre débil, y los débiles y temerosos atacan enseguida. Como Nerón, por ejemplo. Creo que Domiciano está en peligro. Dile al muchacho que desaparezca, que busque un

lugar donde ocultarse.

—¿Y tú, señor?

—No —dijo él—. No, yo puedo aún serle útil a Vitelio. Tiene que saber donde encontrarme. Pero tú, muchacho, como Domiciano, debéis tener cuidado. Hay pocos hombres en quien confiar en estos tiempos tan revueltos.

A su manera de pensar no le faltaba sabiduría. Cuando Vitelio se enteró de la deslealtad de Cecina, se desmayó y sólo cuando Asiático le revivió, fue capaz de comprender que el propio Cecina había sido desobedecido y hecho prisionero por sus soldados. Su inmediata reacción fue desear su muerte y dio entonces órdenes de que se le trajera a Roma infligiéndole todas las humillaciones posibles. Ordenó que fuera arrestado también el prefecto de la Guardia, simplemente porque había sido nombrado por recomendación de Cecina.

Vitelio se dirigió entonces al Senado, donde pronunció un discurso que era tan confuso que pocos pudieron entender su significado, salvo que defendía su propia magnanimidad. Los senadores respondieron de manera semejante. El hermano del emperador presentó una resolución condenando a Cecina, y todos los senadores hablaron en el más exquisito de los antiguos estilos de oratoria, deplorando la manera de proceder de un general romano que había traicionado a la República y a su emperador. Pero pudo observarse que todos tuvieron cuidado de no decir nada que pudiera utilizarse en contra de ellos si Vitelio perdía el Imperio. De hecho, ni un solo senador pronunció una palabra de condenación del enemigo del emperador. No se mencionó el nombre de Vespasiano. Esto alentó a Flavio Sabino. De todo ello me enteré más tarde. Porque yo, por supuesto, no asistí a la reunión del Senado, pues estaba ocupado con otros asuntos y porque además no era todavía un miembro de esa augusta asamblea (como supongo la debo llamar todavía, aunque una descripción más exacta sería la de colección de cobardes y servidores vitalicios en busca de su propio interés, que eran la vergüenza de sus antepasados).

Yo me ocupé de Domiciano. No te sorprenderá, Tácito, saber que aunque había estado tan dominado por el temor y tan deseoso de encontrar un lugar donde estuviera a salvo y refugiado, recibió las instrucciones de su tío con sospechas.

Todo era, dijo, un complot para impedirle que se distinguiera en la causa de su padre. Un intento más de ponerlo al margen. Lo trataban como a un niño y no como a un hombre hecho y derecho. ¿Por qué no era peligroso que su tío permaneciera en su puesto, mientras que a él se le ordenaba que se ocultara? ¿Qué tipo de doble juego estaba jugando su tío?

Y así sucesivamente; su indignación explotó en una cascada de confusas y a menudo contradictorias preguntas.

—Haz lo que te apetezca —le repliqué yo al fin—. Estoy seguro de que a nadie le importa si vives o mueres.

Eso le enfureció todavía más.

—No quería decir eso —dije—, pero realmente agotas mi paciencia. ¿No comprendes que todos estamos interesados en tu bienestar? Sí, tu tío está jugando un juego peligroso. Pero es un hombre honrado. No tengo la menor duda. Y el juego sería todavía más peligroso si Vitelio se apoderara de ti. Tú eres el rehén más valioso que puede tener.

—Tiene razón —dijo Domitila—, es precisamente porque eres importante por lo que debes

desaparecer del escenario. Sería terrible si fueras arrestado y retenido como rehén. Yo no podría sobrevivir si algo te pasara.

Estaba casi llorando. Puso su brazo en torno al cuello de su hermano, acercó la cabeza de éste a la suya y le besó en la mejilla. Domiciano no pudo por menos de notar la ansiedad de su hermana y su afecto, y yo pensé que la actitud de ella iba indudablemente a conmovirlo. Pero se liberó de sus brazos.

—No lo sé —dijo.

Yo miré a la calle.

—Tal vez no lo sepas —dije—, pero más vale que tomes rápidamente una decisión. Hay un destacamento de la Guardia al final del callejón y creo que estaban haciendo pesquisas. Puede ser que vengan a buscarte.

Eso fue suficiente. No sé si el halago de Domitila le había persuadido a obedecer a su tío. El temor tuvo más éxito. Miró a su alrededor con expresión desatinada.

—¿Dónde puedo ir?

—Hay sólo una manera de salir de la casa de forma segura. El tejado.

Salió por la puerta del apartamento y subió las escaleras como una rata sorprendida en una cocina. Yo cogí a Domitila de la mano.

—Tú debes irte también —le dije.

Ella se resistió un momento y después cedió.

Afortunadamente, nadie salió de ninguno de los apartamentos superiores, mientras subíamos las escaleras, nadie que pudiera haberles indicado a los soldados dónde habíamos ido. Una pequeña claraboya, utilizada por los obreros para acceder al tejado, era nuestra posible salida. Yo ayudé a subir a Domiciano. Forcejeó hasta lograr abrir la ventana, que al principio parecía atascada. Emitió unos sonidos ahogados de ansiedad al hacerlo. Desde abajo, desde la base del hueco de la escalera, yo podía oír a los soldados haciéndole preguntas al portero. Al fin la ventana se movió. Domiciano la abrió, se metió por la abertura y durante unos segundos no le pudimos ver. No me atreví a llamarle. Cogí a su hermana y, mediante un movimiento semejante al de un bailarín, la alcé para que pudiera asir con sus manos el hueco y consiguiera salir al tejado. Entonces, con otro empujón mío, logré que lo pasara al otro lado. Retrocedí tres pasos, di un salto y me agarré al borde exterior de la ventana. Me resbaló una mano y durante un instante me quedé colgado en el aire, sostenido sólo por la otra. Giré mi mano libre. Oí el ruido que hacían los soldados al subir las escaleras hacia el apartamento, mientras que mi mano, que no había logrado aferrarse aún al borde de la claraboya, fue agarrada por Domitila. Con un estirón hacia arriba, me encontré en el tejado. Domiciano estaba tumbado boca abajo sobre las tejas. Estuvo a punto de resbalar y se agarró con los dedos. Yo me di la vuelta y cerré la claraboya. Entonces le levanté, de manera que quedamos los tres de pie sobre una estrecha cornisa. Me di cuenta entonces de que la claraboya no se abría a la parte plana del tejado, sino a la inclinada. Domiciano estuvo a punto de caer. Ahora se me ocurre pensar que esto habría ahorrado a Roma muchas desventuras, pero, naturalmente, no se me ocurrió en aquel momento.

—No podemos quedarnos aquí —dije—. Si nosotros hemos pensado salir por aquí, también lo podrán pensar ellos. No podemos estar seguros de que no sabían que estábamos en el apartamento.

—Nuestra tía no nos delatará —sentenció Domiciano.

—No, pero el portero pudo haberlo hecho. No se puede estar seguro de ello. Si no lo hizo cuando le interrogaron por primera vez, sí lo hará cuando los soldados bajen. Tenemos que atravesar cuidadosamente los tejados.

—Lo sé —dijo Domitila—, pero yo tengo vértigo. De nuevo, la cogí de la mano. Y fuimos avanzando por las cornisas.

—No mires hacia abajo —dije, y no te pasará nada.

Habríamos avanzado más deprisa por la parte plana del tejado, pero yo tenía miedo de atraer más la atención allí. Así que nos abrimos camino hasta el final del edificio. El callejón de debajo, que parecía tan estrecho cuando pasabas por él, nos pareció ahora un abismo peligroso. Había un espacio de unos tres metros hasta el edificio siguiente. Yo lo podría haber saltado fácilmente si hubiera podido tomar carrerilla. Y suponía que Domiciano, siendo mejor atleta que yo, también lo podría haber hecho, si se lo hubieran permitido sus nervios. Pero no habría sido posible para Domitila, y yo no me atrevía a saltar con Domitila colgando de mi hombro, que habría sido la única manera de transportarla.

Vacilé. No se oía a los soldados. Tal vez hubieran abandonado el edificio. Quizá, después de todo, no se les había pasado por la cabeza la idea de la clara-hoya. Si la tía les había dicho que habíamos salido, se habrían contentado con esperar nuestro regreso. Abajo, en el callejón, un vendedor ambulante, con un burro, estaba pregonando sus mercancías. No había ningún otro movimiento, nada que pudiera alarmarnos. Pero no nos podíamos quedar allí y, cuando Domiciano dijo que tal vez sería menos peligroso volver de la manera que habíamos venido, yo le pregunté si deseaba presentarse a un comité de recibimiento de la Guardia Pretoriana, que nos estaría esperando.

Dimos la vuelta al edificio. Eran las cinco o seis de la tarde, y se cernían sobre nosotros nubes henchidas de lluvia. A unos cuatro o cinco metros debajo de nosotros vimos un balcón, desvencijado y con aspecto peligroso, que sobresalía de un apartamento que calculé estaría en el piso segundo contando desde el tejado del edificio. Habíamos intentado abrir dos claraboyas que salían de dos escaleras diferentes y vimos que no podíamos moverlas. La madera se había hinchado y estaban atrancadas. Miré el balcón. Yo podía saltar a él sin dificultad, pero ¿aguantaría mi peso? ¿Y estarían cerradas las persianas que daban a él y estarán los pestillos también cerrados desde dentro? Y si así fuera, ¿podría volver al tejado?

Le dimos otra vuelta por encima del edificio. No logré ver ninguna otra manera de salir. Empezó a llover. Domitila estaba tiritando, más a causa de su ansiedad que debido al frío. Yo expliqué lo que tenía intención de hacer. Ella hizo un gesto negativo con la cabeza. Domiciano ni me miraba ni me ofrecía ninguna alternativa.

Así que, agarrándome al borde del tejado y con los dos pies dándole patadas al aire, me dejé caer en el balcón de debajo. Se tambaleó al soportar mi peso, pero no se desprendió de la pared como yo temía que pasara. Que pudiera sostener el peso de tres personas era harina de otro costal.

Las persianas estaban ciertamente cerradas con llave o pestillo. Las moví y contuve el aliento. Si el apartamento estaba vacío, intentaría abrirlo a la fuerza. Si no lo estaba...

Oí movimiento al otro lado de las persianas. Llamé, suavemente. Una silueta oscura apareció detrás de ellas. Se oyó el sonido de un cerrojo que se corría, y se abrieron las persianas. Me encontré frente a una mujer. Tenía una gran cara de luna y un cutis oscuro. No dijo una palabra, pero esperó, evidentemente impasible. Yo le pedí mil perdones por haberle molestado, explicándole que mis amigos y yo nos habíamos quedado atrapados en el tejado. Ella asintió con la cabeza y retrocedió unos pasos.

No somos gente peligrosa —la informé—, ni criminales. ¿Nos permitiría salir del edificio por su apartamento?

Inclinó de nuevo la cabeza sin decir nada. Yo no estaba muy seguro, le pedí perdón otra vez y le di más explicaciones.

Todo eso a mí no me importa. Ni quiero saber nada —dijo—. Tenía acento del sur, con un leve ceceo de Basilicata.

Me di la vuelta, llamé a Domiciano, le dije que bajara a Domitila y que la sostuviera durante el mayor tiempo posible. Poco después estaba en mis brazos. El balcón se meneó otra vez y rápidamente la aparté de mí y la metí en el cuarto.

—Y ahora tú —le dije a Domiciano—. No saltes, déjate caer suavemente.

Yo estiré los brazos para recibir su cuerpo. Se oyeron voces desde el tejado de más allá. Domiciano soltó un grito, poco más que un quejido. Entonces aparecieron sus pies. Se dejó caer en lugar de quedarse colgando, y al cogerlo yo, su peso me hizo caer contra la endeble balaustrada. Oí un crujido y le lancé a la habitación. Cayó despatarrado. Yo oí pisadas en el tejado encima de nosotros y una voz que decía gritando: «¡Se ha caído de la cornisa!». El balcón se balanceó y volvió a oscilar. Yo pensé que se iba a separar de la pared y, justo a tiempo, salté a la habitación. A mi espalda, oí cómo el balcón caía en el callejón, donde se hacía pedazos.

La mujer me miró. Su rostro no tenía expresión.

—Siento los daños y perjuicios —dije—. Por supuesto, pagaré los gastos.

Extendió las manos como para dar a entender que no era preciso.

—No lo usamos nunca —dijo—. Le he dicho al propietario, hace ya unos meses, que era peligroso.

—Nos podía haber matado —dijo Domiciano—. A mí me ha hecho una herida en la rodilla.

La mujer cerró las persianas y echó el pestillo.

No quiero saber nada —repitió la mujer—. Por lo que a mí respecta es como si no estuvierais aquí. Pero el que os estaba persiguiendo va a ver que no hay personas en el callejón.

Una muchacha, que llevaba puesta una especie de túnica sucia y se frotaba los ojos para quitarse de ellos el sueño, entró en la habitación. Dejó la puerta abierta tras ella y yo pude vislumbrar una cama desordenada.

¿Qué pasa? —dijo.

—Nada. No has visto nada. Vuelve a la cama. En cuanto a vosotros —dijo dirigiéndose a mí—, os agradeceré que continuéis vuestro camino, sea cual sea.

Estoy desorientado —dije yo—. ¿A qué callejón da la puerta de este bloque?

No lo sé. Lo llamamos simplemente el callejón.

Miré a Domiciano. Estaba otra vez temblando (una reacción de temor que había visto antes en el campo de batalla).

—Tenemos que arriesgarnos —resolví—. Hemos andado mucho por el tejado. Había sólo un reducido destacamento de la Guardia. No pueden haber apostado soldados en todas las entradas del edificio.

Me cogió de la manga y me llevó a un rincón de la habitación.

Nos podíamos quedar aquí —dijo—. Están solamente esta mujer y la muchacha. Y si se ponen difíciles, tú y yo podemos encargarnos de ellas. Podemos atarlas a algún sitio.

No —contesté yo.

—¿Por qué no? Entonces podemos esperar hasta que se haga de noche.

—No —insistí—. Ella nos ha dejado entrar. No tenía por qué hacerlo. Además, con el toque de queda, correremos más peligro en la calle después de que oscurezca no ahora.

—No os hemos visto, como ya he dicho —intervino la mujer—. Ahora marchaos.

Su cara de luna seguía carente de expresión.

—¿Puedes mandar a la chica a que baje a la calle para ver si hay peligro? —preguntó Domiciano.

La mujer hizo un movimiento negativo de cabeza.

—No hagas caso a mi hermano —dijo Domitila—. Te estamos muy agradecidos, de verdad. Y ahora nos vamos. Sentimos lo del balcón.

La joven me miró. Tenía los ojos rasgados, en forma de almendra, y con largas pestañas. Se subió la camisa y se rascó el muslo. Y me dirigió una sonrisa.

Muchas gracias de nuevo —le dije a la mujer.

—A mí no me importa bajar y echar un vistazo —comentó la muchacha con una nueva sonrisa dirigida a mí.

No —le prohibió la mujer—. Tú te quedas aquí.

—No es necesario —dije yo—, pero gracias.

Bajamos en silencio las escaleras. En el descansillo del último tramo hice que los otros dos me esperaran mientras yo bajaba hasta el callejón. Estaba desierto, salvo por dos ancianos que estaban discutiendo violentamente y dándose golpecitos.

Llamé a Domiciano y a su hermana.

Cuando se pusieron a mi lado, le puse a él la mano en el codo.

—Andad despacio —musité—. Con naturalidad. Sin precipitaros. No nos conviene llamar la atención.

El brazo de Domiciano estaba rígido. Obedeció con dificultad. Cuando salimos del callejón, pasamos dos o tres esquinas más y desembocamos en una calle llena de gente, exclamó:

¿Adónde vamos?

—¿Tienes alguna idea?

Negó con un movimiento de cabeza.

—Está bien, entonces. Déjame a mí.

¿Por qué no vamos a casa de tu madre? —preguntó Domiciano.

Llevaré a Domitila allí, pero no a ti. Primero tenemos que quitarte a ti de en medio. Tú eres a quien están buscando.

Un chico de Rieti que había sido compañero de colegio nuestro vivía en aquel barrio. Sus padres habían muerto y él vivía solo luchando para ganarse la vida practicando el derecho. Era un joven reservado y silencioso, con un profundamente enraizado desprecio de la corrupción de los tiempos. A mí me habían siempre impresionado su honradez y su negativa a progresar en su carrera por los acostumbrados medios de adulación de los grandes y de darle coba a aquellos que le podrían ser útiles. Yo estaba seguro de que recibiría a Domiciano y le ofrecería cobijo, tanto más por que se sentía superior a él. Así que llevé allí a Domiciano, y se le dio acomodo, como yo esperaba.

—No puedo alojar a la joven —dijo Aulio Pettio—. Es cuestión de decoro, no de reputación, ya lo comprendes.

—Está bien —le contesté—. Va a ir a vivir con mi madre, pero estoy seguro de que tú también comprenderás que no puedo exponer a mi madre a ningún peligro pidiéndole que aloje también a Domiciano.

—¡En qué tiempos más absurdos e innobles vivimos! —replicó él.

A mí se me ocurrió pensar que recibía en su casa a Domiciano precisamente porque su necesidad de refugio confirmaba la indignación que sentía ante la degeneración de la República. Me describió una vez a Nerón como «ese ínfimo comediante que jugaba a ser César». Me gustó su desdén, aunque la descripción no era exacta. Nerón aspiraba con más entusiasmo a representar el papel de ser un gran poeta y actor.

A mi madre le alegró alojar en su casa a Domitila.

—Pero —me dijo— tú tendrás que encontrar otro sitio donde hospedarte mientras que ella esté aquí. No es que me importe lo que diga la gente, pero la muchacha tiene una reputación que proteger y estaría mal dar a las malas lenguas la oportunidad de difundir el escándalo en relación con ella.

—No te puedo agradecer adecuadamente lo que has hecho por nosotros —dijo Domitila—. No sé lo que habría sido de Domi, si tú no hubieras estado aquí.

Por supuesto lo sabía perfectamente. Me dio un beso de despedida. Era un beso casto, debido a la presencia de mi madre, pero hasta la menor demostración de afecto hacía que mi madre rechinara los dientes como muestra de desaprobación.

Más tarde ese mismo día, volví al apartamento de la mujer con cara de luna. Le llevé un pequeño obsequio y le dije que no había venido sólo a darle las gracias, sino a asegurarme de que no había

corrido ningún peligro. Asintió bajando la cabeza, pero no me dio las gracias por mi regalo.

—Yo no necesitaba una recompensa —comentó. La muchacha, a su vez, dijo:

—Sabía que volverías.

Me sirvió una copa de vino. La mujer se retiró a la cocina. La joven se estiró. Seguía vestida con la misma túnica y el movimiento dejó ver sus senos y sus muslos.

—Nos preparará algo de comida —añadió—. No es mi madre, ¿sabes?

—¿Quién es entonces?

—Simplemente me dejó vivir en su casa. Se puede decir que soy un huésped. Pago el alquiler, bastante, depende de...

—Comprendo... —dije yo. Me acerqué a ella y poniendo mi brazo alrededor de su cuerpo, la alcé un poco. Ella se dio la vuelta y me besó. Yo le metí la mano debajo de la túnica. Durante un momento dejó que reposara allí. Después me llevó a su habitación y a la cama desordenada.

No le mandé todo ese último capítulo a Tácito, simplemente una versión corregida. Hasta yo mismo estoy asombrado de haberlo escrito con tanto detalle. Al principio pensé que lo hice porque así probaba la manera tan eficiente en que yo había actuado y ponía por consiguiente en evidencia la ingratitud de Domiciano. Pero no es así. Incluso dudo ahora que Vitelio hubiera condenado a muerte a Domiciano si yo no hubiera intervenido para salvarlo. Habría sido una necedad, dadas las propias incertidumbres de Vitelio y las negociaciones que mantenía todavía con Flavio Sabino. Si hubiera matado al hijo de Vespasiano, habría perdido cualquier oportunidad de librarse de su propia aterradora posición. Porque ésa es la verdad, no tengo la menor duda. Vitelio vivía en una pura pesadilla y era plenamente consciente de las probables consecuencias de su irreflexiva debilidad que le había forzado a ceder a las demandas de Cecina y Valens. Sin embargo, había también momentos cuando él creía en sí mismo como emperador.

Aulo Petio mantuvo a Domiciano seguro en su casa. Pero esto no se le perdonó jamás. Unas semanas después de haber sido nombrado emperador, Domiciano dio órdenes de que se le expulsara de Roma. Supongo que tuvo suerte de que Domiciano actuara así al principio de su reinado, cuando no había todavía perdido del todo el equilibrio de su mente. La última vez que supe de Aulo Petio, estaba viviendo en misantrópico retiro en la desolada región de Boecia. Solía escribirme de vez en cuando. Yo era la única persona con quien tenía contacto. Más tarde éste fue uno de los delitos de que se me acusó: el de haber mantenido una correspondencia culpable de traición con un exilado. Ciertamente nuestras cartas, que eran interceptadas y copiadas, no podían más que haber desagradado a Domiciano. Hablábamos de él con menosprecio.

Pero me he adelantado. Encuentro difícil ahora mantener mis pensamientos en orden. Esta misión en que me embarqué de tan mala gana, ha llegado a ejercer una fascinación extraordinaria sobre mí.

¿Fue para recordar a la joven Sibila por lo que escribí ese último capítulo con tanto detalle?

Era siciliana. Al principio la tomé por una prostituta y a la mujer de la cara de luna por su alcahueta o «patrona». Pero la relación era diferente y más complicada. Hipólita la había ciertamente encontrado en la calle, se enamoró de ella (según me contó Sibila) y se la compró al hombre que la explotaba. Eso era ya bastante extraordinario. Pero lo era aún más que Hipólita tolerara el deseo que Sibila sentía por los hombres, aunque, como me contó la muchacha, tuvieron que ser «uno a uno». La mantenía principalmente como a una especie de prisionera en el apartamento y Sibila no se oponía a ello. «¿Qué hay ahí fuera —decía— excepto la oportunidad de pescar a un hombre? Y ahora que, de momento, te tengo a ti, no tengo necesidad de salir.»

Era una amante original y deliciosa, tanto más deliciosa cuanto que despreciaba y prohibía toda manifestación de emoción. Yo hice con ella todo lo que hubiera deseado hacer con Domitila. Algunas veces, mientras yacía, jadeante, en sus brazos, húmeda piel contra ardiente húmeda piel, y tenía su abundante cabello negro sobre mi rostro, yo veía a través de sus guedejas la cara de luna de Hipólita, observándonos. Nunca dijo nada, simplemente miraba y se daba la vuelta.

¡Qué extraño que esas dos semanas de intensa excitación política, cuando el destino de Roma estaba en la balanza, y tal vez mi vida junto con él, y cuando el olor de sangre permeaba el aire, hubieran sido para mí días también de un igualmente intenso erotismo! El otro día, al pasar por un puesto donde un comerciante vendía especias, sentí un súbito temblor. De repente, volvía a ser un hombre joven, y no sabía por qué hasta que, al aspirar el aire, sentí el olor del cuerpo de Sibila, que nunca se lavaba, sino que se frotaba con una esponja empapada de una infusión de especias. Eso era real, como no lo son mis otros recuerdos de ella. ¿Qué significan? Apenas puedo ahora recordar su rostro, sólo un pequeño lunar al lado de su boca, justo encima de un labio superior más bien grueso.

¿Y qué más? El tacto de su muslos fuertes y gruesos, al poner sus piernas alrededor de mi cuerpo.

Veo ahora la cara de luna de Hipólita con más claridad que la de Sibila, aunque mis labios y mi lengua la recorrieron pulgada a pulgada.

Balthus yace otra vez entre los perros. Estos recuerdos de Sibila reviven mi deseo por él. Es como si, forzando mis deseos en el muchacho, pudiera recobrar lo que encontré unido a ella; una fantasía absurda.

No le escribiré nada a Tácito sobre Sibila, pero lo cierto es que dominó mi vida en los días que siguieron.

Un día me dije a mí mismo: ¿Importa quién es el emperador, con tal de tener lo que tengo?

Otro día Domitila, en casa de mi madre, me dijo: «¿Te pasa algo? No me miras ya como solías mirarme».

Alguien nos querrá hacer creer que, en tiempos más felices, los hombres luchaban por principios y ahora solamente por posición y poder. Al no haber vivido en esos días gloriosos, no puedo decir si nuestros tiempos son degenerados o si la política es a la vez un asunto condenado a la maldad y a la brutalidad. Tú, Tácito, como historiador erudito, podrás resolver esta pregunta de difícil respuesta.

Yo fui partidario de los Flavios debido, inicialmente, a mi amor por Tito y mi amistad con Domiciano. Entonces me sentía inspirado por el idealismo de las palabras de Tito sobre el significado del Imperio. Pero ¿puedo absolverme a mí mismo de cualquier egoísmo? ¿Puedo simular que me impulsaba el amor a mi país o el deseo de paz? Y si no puedo, ¿he de suponer entonces que aquellos que abandonaron a Vitelio por Vespasiano —Cecina y Baso, los primeros— tenían motivos tan honorables? ¿No es más probable que el temor de que otros los aventajaran en la voluble estima de Vitelio y la esperanza de que su traición sería recompensada los llevaran a traicionar al hombre al que habían jurado lealtad, cuando sospecharon que su causa estaba a punto de ser derrotada?

En la ciudad esperábamos noticias del norte, no sabiendo ni siquiera si la batalla ya se había producido o si ningún bando se atrevía a ser el primero en atacar. Abundaban los rumores. No se los tenía en cuenta, aunque todos sabían en lo más hondo de su ser que el rumor no siempre es infundado, sino que a veces está justificado.

Así que, cuando se supo que Antonio Primo, una vez hubo derrotado al ejército de Vitelio delante de Cremona, y encolerizado por la ayuda que la ciudad le había prestado al enemigo, permitió que sus soldados se abandonaran a extremos de lujuria y crueldad, saqueando la ciudad, asesinando a los ciudadanos, violando a mujeres y niños y, finalmente, incendiando los edificios, después de cuatro días de matanzas, algunos dijeron que la noticia era demasiado horrible para ser cierta, y otros que su horror no podía haber sido inventado. Y, ciertamente, aquellos que creían lo peor resultaron tener razón, como ocurre generalmente.

Le llegó la noticia a Vitelio, que se había retirado unos días a una villa en los bosques de Aricia, entre esa ciudad y el lago Albano. Allí, según se dice, descansaba a la sombra de sus jardines. Como esas bestias que vuelven a caer en el letargo cuando están suficientemente bien alimentadas, optó por olvidar el pasado, el presente y el temido futuro. Fue precisa la noticia del desastre de Cremona para despertarlo de su pereza.

Pero su primer acto al volver a la ciudad fue negar el informe que le habían traído.

Flavio Sabino me dijo que la capacidad de juzgar del así llamado emperador no era mucho mejor que su carácter.

—Al ocultar la gravedad de su posición —decía—, está haciendo imposible arreglar la situación. Se niega a escuchar cualquier conversación sobre la guerra. Si alguien vuelve del frente con malas noticias, o lo mete en la cárcel u ordena que se le mate. Se comporta como si nada pueda ser verdad, a no ser que él decida que lo sea.

Pero, si el propio Vitelio rehusó hacer frente a la realidad, sus partidarios estaban alarmados por los rumores que la renuncia del emperador a darles crédito no podía acallar. Pensando sólo en la venganza, buscaron a aquellos a quienes se consideraba traidores, aunque en la Roma de entonces, al haber perecido el honor, no podía haber ni traición ni verdadera lealtad. Muchos hombres inocentes, culpables de nada más que de desear un futuro mejor, eran capturados y asesinados, o simplemente eliminados casualmente en las calles. El propio Flavio Sabino no se atrevía a salir de Roma sin una escolta de la Guardia de la Ciudad, y tenía dudas respecto a su lealtad, aunque se les llenaba los bolsillos de oro y se les alentaba el espíritu con magnánimas promesas de futuros dones.

Expresaba con frecuencia ansiedad con respecto al bienestar de Domiciano y no podía confiar en

mis garantías de que yo me había ocupado de este asunto. Pero no tenía otra opción que confiar en las medidas que yo había tomado. No se atrevía a tener al muchacho en su casa, porque sabía que su propia vida estaba en peligro cada día y cada hora, y que si le arrestaban o mataban, entonces le ocurriría lo mismo a Domiciano. Yo le aseguré que el amigo con quien estaba alojado se ocupaba él mismo de la casa y no le permitiría a Domiciano salir a la calle. Se rascó la cabeza y masculló que esperaba que esto fuera lo mejor, reconociendo también que no podía pensar en un plan que lo aventajara.

—No me atrevo a mandarlo fuera de la ciudad —dijo—, porque la Guardia ha puesto barreras en la carretera y está interrogando a todo el que viaja. Y no puedo confiar en que Domiciano no revele su propia identidad. Si sobrevive, mi hermano te estará eternamente agradecido. Me ocuparé de que se entere de que esto se debe a ti, porque estoy convencido de que Domiciano nunca lo admitirá.

Supongo que podía haberme ofendido ante su preocupación por el bienestar de Domiciano y su despreocupación por el mío. Pero su indiferencia no tenía importancia: yo no era el hijo de su hermano y podía arriesgarme.

Vitelio se espabiló o lo espabilaron los otros. Confió el mando de los pretorianos a su hermano Lucio, no mejor moralmente, pero de modales más enérgicos. En lo que podía haber sido un intencionado y expresivo gesto de confianza, llegó hasta a anticipar las elecciones y nombró cónsules y otros dignatarios para que ocuparan sus puestos con varios años de anticipación. Concedió tratados, que no tenía medios de hacer cumplir, a aliados, y derechos de ciudadanía a habitantes de las provincias que no podrían disfrutar. Condonó tributos y hasta impuestos. De manera que, sin preocuparse del futuro, malgastó los recursos del Imperio, y todo para ganar el aplauso de la multitud, fácil siempre de impresionar por la apariencia de generosidad. Algunos tontos llegaron a comprar honores y cargos, como si la prodigalidad de su gesto garantizara la permanencia de su gobierno.

Entonces, cediendo a las demandas de los soldados, se aventuró incluso a ir al campamento. Allí algunos —según he oído— se sintieron afectados por malos presagios: por ejemplo, un toro se escapó del lugar donde iba a ser sacrificado. Otros, más perspicaces o con un sentido más agudo de la realidad, se sentían aún más afectados por la conducta de su emperador. Porque todo lo que decía revelaba su absoluta ignorancia de las artes bélicas; hasta tuvo que preguntar cómo se llevaba a cabo el reconocimiento del terreno. Algunos decían que no sabía el significado de la palabra. Ni tampoco era probable que ni su habitual embriaguez ni la alarma que mostraba cada vez que recibía la más mínima mala noticia elevara la moral de sus tropas. Al fin, habiéndose enterado de que la flota que estaba estacionada en Misenum, se había pasado al enemigo, abandonó el campamento y regresó a Roma. Su breve imitación de la dignidad de general le hizo aún más daño que su habitual indolencia.

Mientras tanto, en el norte, la suerte de la guerra se inclinaba aún más pronunciadamente contra él. Tú te enterarás, Tácito, por tus otras investigaciones y mediante otras preguntas a los oficiales que tomaron parte en la campaña y que han sobrevivido, de todos los detalles con más exactitud de la que te puedo aportar yo. Después oí muchas historias de valor y proezas individuales, y no presté mucho crédito a la mayoría de ellas. No te envidio la tarea de separar el grano de verdad de la broza de las mentiras. A cuyo sentimiento añadiré meramente que mi propia experiencia de la guerra que, como sabes, es considerable, me ha hecho creer que los centuriones y los legionarios saben sólo lo que pasa a unos pocos metros de sus puestos, y los generales saben aún menos.

Me apresuro, Tácito, consciente de tu impaciencia, a poner punto final a mi narración, y yo me sentiré feliz de haberme deshecho de ella.

Flavio Sabino mandó mensajeros a las señas que yo le había dado, y me pidió que recogiera a Domiciano. Naturalmente, mi expresión manifestó sorpresa. Pero él sonrió y dijo: «No pasa nada. Todo ha terminado o está a punto de terminar. Me cuentan que hace unos días Vitelio se sumió en un profundo letargo, y estaba tan próximo a la desesperación que habría olvidado que era emperador si los que estaban a su alrededor no se lo hubieran recordado. He de añadir que con gran consternación suya. Ahora me ha llamado para que me reúna con él y desea llegar a un acuerdo. Creo que será provechoso si puedo tener a Domiciano a mi lado. Y para ti también lo será, por supuesto».

Yo me he preguntado a menudo por qué deseaba nuestra presencia. He llegado a la conclusión de que nos quería tener allí como testigos, para poder informar a Vespasiano y a Tito de que se había comportado honorablemente y no había tratado de engañar a nadie, ni de promover sus propios intereses por encima de los de ellos. ¡Así era el nivel de confianza entre los miembros de esa familia!

Había, por supuesto, quienes instaban a Flavio Sabino a que actuara por cuenta propia. El mérito de haber terminado la guerra, decían, «pertenece al hombre que esté en posesión de Roma. ¿Por qué no has de ser tú emperador en vez de tu hermano, o por qué no puedes compartir el Imperio con él? En cualquier caso, la gloria de la victoria final será tuya y eso es algo que merece la pena conseguir».

Flavio Sabino había demostrado que era ciertamente merecedor del Imperio al rechazar la tentación que se le ponía delante. Le había dado su palabra a su hermano y la cumpliría. Algunos de sus amigos encontraban esto increíble. Se habían olvidado de lo que significaba la palabra de un hombre.

Así que recogí a Domiciano, que albergaba sospechas respecto a esta invitación, y respecto a mis intenciones. Se habría negado a acompañarme si Aulo Petio no hubiera dado rienda suelta a su desprecio y no le hubiera dicho, sin rodeos, que, o se venía conmigo o lo pondría en la calle, dejándole que se las valiera por sí mismo.

—En cuanto a mí —dijo—, he de confesar que estoy hasta la coronilla de tus lamentaciones, tu autocompasión y tus sospechas. Te admití en mi casa porque nuestro amigo aquí presente me rogó que lo hiciera, pero no por amor hacia ti. Te agradeceré que te vayas, prefiero verte la espalda cuando te marches que tener que mirarte a la cara una sola hora más.

Era el mes de diciembre. El año que había visto a más emperadores que los cincuenta años precedentes estaba llegando a su fin. Era un día oscuro y muy frío, con el viento del norte soplando desde las montañas y trayendo con él, como alguien observó, a las tropas de Vespasiano hacia la capital y llevándose a Vitelio al olvido. La reunión se celebró en el Templo de Apolo. Flavio Sabino estaba ya allí. No mostró ni impaciencia ni excitación alguna, aunque el juego en que se que había embarcado con tanto valor en mitad del peligro se acercaba ya a un final triunfante. Abrazó a Domiciano, que crispó el rostro.

—Todo ha terminado —dijo entonces su tío—, menos los gritos.

Vitelio llegó tarde, con su hermano, un reducido grupo de oficiales de su personal y una escolta de la Guardia Pretoriana. A todos, menos a tres de ellos, se les ordenó que esperaran fuera. Los ojos de Vitelio estaban inyectados en sangre y su manera de hablar era aguardentosa, pero estaba sólo un poco borracho, aunque su aliento sugería que había completado las bebidas de la noche anterior con lo que los germanos llaman «*the hair of the dog*» (una última copa para quitarse la resaca).

Flavio Sabino, atento como de costumbre, empezó por darle el pésame a Vitelio por la muerte, unos días antes, de su anciana madre. Vitelio masculló unas palabras incomprensibles como respuesta.

Le temblaba la mano y pidió vino. Yo creo que Flavio Sabino había decidido no darle nada, juzgando que se le convencería más rápidamente de que aceptara un acuerdo si se le privaba de la bebida. En verdad, yo pensé que el desdichado Vitelio habría estado de acuerdo con cualquier cosa simplemente para zafarse de la reunión y poder beber. Pero al ver su condición lamentable, Flavio Sabino dio unas palmadas y le mandó a un esclavo que le trajera vino. Reinó un absoluto silencio hasta que Vitelio tuvo la copa en las manos.

Dio una impresión lastimosa. La carne se le había desprendido de los huesos, excepto en la tripa, que era enorme y se movía ahora de manera obscena. Un nervio se destacaba en su mejilla y había en sus ojos una expresión salvaje.

—Asumo que tu presencia aquí es un reconocimiento de que has perdido el juego —empezó a hablar Flavio Sabino.

Vitelio movió los labios como si fuera a decir algo, agitó débilmente la mano y suspiró profundamente.

—Honra a un romano el ser generoso en la victoria —continuó Flavio Sabino—. Mi hermano, el aclamado emperador, ha decidido seguir la política del Gran César. Su consigna es la clemencia. Por lo tanto, nada malo os pasará ni a ti ni a tu familia. Tienes mi palabra de honor. Lo único que debes hacer es renunciar a tus derechos al título de emperador, que reconocernos que hombres necios te forzaron a aceptar...

—Sí, ciertamente, ciertamente, sí —Vitelio, ahora que por fin había encontrado su voz, balbuceó unas palabras que salían de sus labios cayendo una sobre otra—. Ciertamente sí, nada estaba más lejos de mi mente que el que se me eligiera emperador. ¿Por qué iba a desearlo? Soy un buen hombre, pero he visto demasiado de las cortes imperiales como para pensar en mí mismo como... no, ciertamente, ciertamente; no. Pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué podría hacer cualquier hombre en mi lugar? Valens y Cecina —a ellos hay que echarles la culpa—, me forzaron a aceptar el cargo, y entonces los legionarios me rodearon, aclamándome. ¿Qué podría haber hecho yo? Tenía miedo de que se volvieran contra mí, si rehusaba. Pero todas las fibras de mi ser gritaban ¡no!

Empezó a sollozar.

—Esto es horrible —murmuró Domiciano en mi oído.

Y realmente lo era.

Flavio Sabino esperó hasta que la desgraciada criatura hubiera recobrado cierto control sobre sí misma. Su propio rostro permaneció impassible.

Mirando a Vitelio, yo pensé: «¡y hombres valientes han muerto por él!».

—Tengo redactado un documento de abdicación —dijo entonces Flavio Sabino—. En cierto sentido es algo irregular, puesto que tu título al Imperio no está concedido por mi hermano...

Vitelio levantó la cabeza. En su primera chispa de espíritu, dijo:

—Pero sí lo hizo. Después de vencer yo a Otón, Vespasiano administró el juramento de lealtad hacia mí y fue a mí por quien pidió toda prosperidad futura. Lo escribió y me lo dijo él mismo. Tengo todavía su carta. ¿Cómo puede ahora negar que soy emperador?

—Muy bien, entonces —aceptó Flavio Sabino—. Eso hace el documento de abdicación perfectamente válido. Así que lo único que tienes que hacer es firmarlo.

Pero ¿qué me va a pasar a mí? ¿Y a mis pobres hijos de los que espero poderme ocupar y para los que debo ganar el sustento?

Ese asunto se trata en este segundo documento. Te dije que mi hermano estaba dispuesto a practicar la clemencia. Es además generoso. Esto te asegurará una pensión de un millón de monedas de oro, y una finca en Campania, que heredarán tus hijos.

—¿Y es eso lo que vale el Imperio? ¿Es que es ése su precio?

Se levantó, con una cierta y nueva dignidad, resultado, tal vez, de la desaparición del temor. Dio

una vuelta por la habitación. Normalmente, desde que había asumido la púrpura, hacía lo imposible para disimular su cojera. Pero ahora cojeó pesadamente, como si, al liberarse de la carga del Imperio, fuera ya libre para continuar sus viejas costumbres, para volver a ser él mismo.

—Muy bien —dijo—. Dadme la pluma.

Entonces, cuando estampó su firma y dejó de ser emperador, añadió:

—Me rindo en bien de la paz y del amor hacia mi patria. Y por mis inocentes hijos. Ahora dadme más vino.

Cuando, después de abrazar a Flavio Sabino, sollozar sobre su hombro, darle las gracias por su gran consideración y amabilidad y, finalmente, apurar hasta las heces otra copa de vino, aquella parodia de emperador se marchó. Entonces Flavio Sabino se relajó:

—No estaba seguro de poder convencerle —decía una y otra vez—. Todo parecía garantizarlo, pero, sin embargo, no estaba seguro.

—Mi tío ha sido demasiado benévolo —me dijo Domiciano—. Podría haber asesinado a Vitelio allí mismo y todo habría realmente terminado. ¿Pero que ha recibido? Solamente un pedazo de pergamino. Y ha dejado marcharse a Vitelio, para que anuncie su abdicación a las tropas que le son todavía leales. ¿Qué se les ha prometido? Nada. ¿Y supones que un hombre como Vitelio es capaz de respetar un acuerdo como éste? La primera persona que le reprenda por su timidez le dará la vuelta a su débil mente. No hemos terminado con él todavía.

Aunque no podía de ninguna manera estar de acuerdo con Domiciano en que Flavio Sabino le debía haber asesinado allí mismo, la observación de aquél tenía fundamento. Fue ésa la primera vez en que le consideré un magnífico político. Y como tú sabes, no iba a ser la última.

El mismo Flavio Sabino tenía algunas dudas. Había logrado su primer objetivo al conseguir la firma de Vitelio en el documento de abdicación. Pero conocía a ese hombre. Conocía su debilidad de carácter. Y entonces lo demostró cuando Domiciano se lo reprochó, después de verme a mí asentir a sus razonamientos:

—Querido muchacho —le dijo a su sobrino mientras le daba unas palmaditas en el hombro—, tu capacidad de juzgar es superior a tu edad. Pero no creas que mis viejos ojos no pueden ver con tanta claridad como los tuyos. Tu análisis es acertado. Pero hay algo en nuestro favor que tú no tienes en cuenta: la codicia de Vitelio y su terror. Sabe (debe de saber) que, si rompe este contrato, pierde la vida. Mientras que, si lo observa, puede vivir los días que le queden con comodidad y prosperidad.

»Además, si, como tú sugieres, le hubiera hecho prisionero o condenado a muerte, piensa en la indignación de esas tropas que son todavía, como tú bien dices, leales a él. Como ves, le he dado una oportunidad para la paz y ése era mi primer propósito. Se ha derramado demasiada sangre en Roma este año.

Sin embargo, sabiendo lo precaria que era esa paz, Flavio Sabino congregó a los soldados que le eran leales a él para que prestaran juramento a Vespasiano, después de haberles leído él el documento de abdicación.

Mientras tanto, se difundió el rumor y los senadores y los ecuestres, todos los cuales habían hasta ahora temido declararse enemigos de Vitelio, fueron ahora a visitarle y a prometerle eterna lealtad a Vespasiano.

Pero incluso en el momento en que lo estaban haciendo, llegó una noticia que cambió la situación.

Yo creo que Vitelio tenía la intención de cumplir con su palabra, porque no tengo la menor duda de que, en lo más hondo de su corazón, le aliviaba el sentirse exonerado de la carga del Imperio.

Pero cuando fue al Foro y subió a la tribuna a declarar que había abdicado y que tenía la intención de dejar a un lado los emblemas del Imperio en el Templo de la Concordia, las protestas de la multitud, que se anticiparon a sus palabras porque el rumor le había precedido, le contuvieron.

Entonces, al encontrar su camino bloqueado por la chusma, volvió al palacio.

Entonces todo era confusión. Nadie sabía si Vitelio tenía que ser todavía considerado emperador o no; ni él mismo lo podría haber sabido. Era un día frío y miserable, con amenaza de nieve. Sin embargo, las calles y el Foro estaban ahora abarrotadas de ciudadanos, cada uno de ellos transmitiendo, creyéndolo o no, cada nuevo rumor. Algunos de los senadores y ecuestres que habían venido a rendir homenaje a Flavio Sabino lo pensaron mejor y se diseminaron, temerosos de haberse comprometido ya. Otros se quedaron porque, por su parte, temían haberse comprometido demasiado estrechamente para poder retirarse.

Entonces oímos noticias sobre el entusiasmo con que una parte de la chusma —nadie sabía lo numerosa que era— se había declarado en favor de Vitelio. Se informó también de que algunas cohortes de las legiones germánicas que habían permanecido estacionadas en la ciudad habían recibido órdenes de arrestar a Flavio Sabino y a los otros cabecillas de nuestro partido.

Domiciano manifestó ahora una energía que no la había visto nunca antes en él. Tenía el rostro enrojecido y hablaba en voz muy alta. Le dijo sin rodeos a su tío que, puesto que la discordia en la ciudad era ahora real, él se iba a tomar primero sus represalias. Ésas fueron sus palabras: «Tomarnos primero nuestras represalias».

—¿Qué quieres decir?

—Debes apresar a Vitelio (no debiste dejarle marchar en libertad), y, después, ataca y desarma a aquellas fuerzas que le continúan siendo leales.

Flavio Sabino suspiró.

—Mi intención ha sido impedir el derramamiento de sangre en la ciudad —repuso—. Ahora tú me incitas a que corneta horrores inconcebibles. No, continuaremos jugando el juego con cierta frialdad. Vitelio pensará en lo que puede perder o conservar.

El descontento de Domiciano era evidente, pero no tenía poder para cambiar la manera de pensar de su tío; y, aunque yo estaba de acuerdo con su juicio, no podía por menos de agradarme la constancia de Flavio Sabino en su determinación de hacer todo lo posible para evitar un estallido de violencia y asesinatos en Roma. Pero sus esfuerzos fueron vanos. Algunos de nuestros hombres fueron atacados por los partidarios de Vitelio, que eran más numerosos, así que fueron desperdigados y varios asesinados. Era evidente que la posibilidad de un acuerdo pacífico se alejaba. De acuerdo con esto, Flavio Sabino reunió a sus tropas y seguidores, y nos retiramos al Capitolio, por ser la parte de la ciudad más fácil de defender.

Llegó la noche, y no hubo ningún ataque. Pero el temor nos contuvo. Nevó y la visibilidad era tan mala que temíamos que el enemigo se echara sobre nosotros sin darnos cuenta. Pero la tormenta que causó nuestra ansiedad, porque la nieve iba acompañada de fuertes vientos, los desanimó á ellos. Indudablemente sus generales, mientras tuvieran algún control sobre sus tropas, temían que atacar en tales condiciones originaría sólo confusión.

Flavio Sabino no pudo dormir. Como tampoco ninguno de aquellos que se podían considerar como su estado mayor. Pasamos toda la noche discutiendo acerca de nuestra situación, interrumpidos solamente por informes de los centinelas que habíamos apostado y que más de una vez dieron la voz de alarma, lo cual indicaba que se estaba preparando un ataque y demostraba nuestro nerviosismo y la dificultad para saber lo que realmente estaba pasando, por causa de la nieve que siguió cayendo sin interrupción hasta casi rayar el alba.

Flavio Sabino resolvió hacer una última petición a Vitelio que pudiera evitar las hostilidades. Hizo muchos borradores. Finalmente, decía lo siguiente (has de comprender, Tácito, que cito de memoria, pero como fui uno de los principales autores del borrador final, puedes suponer que lo recuerdo bien):

Vitelio: parece ser que no habido otra cosa que una exhibición y simulación de una renuncia al

Imperio. Si no es así, ¿por qué, cuando bajaste de la tribuna, fuiste (según nos informan) a casa de tu hermano que da al Foro, donde tu presencia con seguridad inflamarán a la multitud, en vez de retirarte a la casa de la familia de tu mujer, en el Aventino? Eso habría respetado los términos de nuestro acuerdo. Pero tú te dirigiste al Palacio y muy poco después apareció en las calles un destacamento de tropas, armado y proclamando su lealtad hacia ti. Yo mismo, en la persona de mis soldados, fui atacado. Ésa es la razón por la que me he refugiado ahora en el Capitolio, que, no obstante, está rodeado por tus hombres. Si te arrepientes ahora de tu acuerdo, no tienes que luchar contra mí, a quien tan traidoramente has engañado, ni contra mi sobrino Domiciano, que es todavía un muchacho. ¿Qué vas a ganar con matarnos? Sería mejor que te pusieras al frente de tus legiones y combatieras, por el Imperio, contra el ejército de mi hermano. Eso decidiría el destino de Roma.

Se envió a un centurión de alto rango, Cornelio Marcial, a entregarle la carta a Vitelio. Yo me ofrecí a acompañarlo. Se sonrió al oírme. «Eso demuestra, señor, que sois joven, si no os importa que os lo diga. Cuando tengas mi edad, sabrás que el ofrecerse como voluntario es mejor dejárselo a otros.» No obstante, le agradó que le acompañara y respetó el valor de mi decisión.

Aprovechándonos de la penumbra de la madrugada invernal y de un nuevo chaparrón de nieve, salimos furtivamente del Capitolio por los cien escalones que bajan por la ladera de la roca Tarpeya. Nuestros puestos de avanzada no habían visto ninguna señal de fuerzas enemigas a lo largo de varias horas, pero no podían estar seguros de que regresásemos. Conforme íbamos bajando de la colina, utilizando la protección que árboles y arbustos nos proporcionaban, podíamos ver soldados, acurrucados alrededor de los braseros o tumbados junto a ellos arrojados con sus capas militares.

—Amodorrados cabrones —dijo Cornelio—. Pero no muchos de ellos estarán dispuestos a dar su vida por Vitelio, eso es un consuelo.

Cruzamos el Foro y nos dirigimos al Palatino.

—Hemos venido demasiado temprano. Vitelio no se habrá levantado todavía. Tenemos tiempo para beber y comer algo.

Aunque dudé de que Vitelio ni siquiera se hubiera acostado, y estaba seguro de que no habría dormido, me dejé persuadir y entramos en una taberna —del tipo de las que sirven a trabajadores nocturnos— en busca de un tazón de vino y un pedazo de pan «para animarnos».

Cuando nos acercábamos al palacio, fui consciente de hasta qué punto se iba desvaneciendo el control que Vitelio tenía del Estado. Aunque se podía ver un cierto número de soldados, era imposible afirmar si estaban en acto de servicio. No había una guardia regular, sólo un portero que estaba medio borracho. Cuando ofrecimos presentarle nuestras credenciales, bostezó y nos indicó con el dedo que pasáramos. Todo era confusión en el atrio. La gente se movía apresuradamente de un lado a otro, pero parecían hacerlo porque eso era lo más prudente y no porque hubiera alguna razón para ello. Cuatro esclavos pasaron delante de nosotros, cargados con baúles que sacaban del palacio. No parecía haber nadie a cargo de nada o de guardia. Entonces reconocí a un tipo corpulento y jadeante con la piel de color de aceituna; era Asiático, el anterior esclavo, catamita y proxeneta. Le llamé por su nombre y respondió de una manera que pretendía ser a un mismo tiempo obsequiosa e insolente.

—¿El emperador? No estoy seguro de que sepa si lo es o no, pobre hombre. ¿Tenéis un mensaje para él? ¿Queréis verlo? Bueno, que os sirva de algo, queridos.

Cornelio Marcial desenvainó su espada y puso la punta debajo de la mandíbula de la criatura. Una gotita de sangre salió de su cuello.

—Llévanos a donde está o te atravesaré con esto la garganta.

Asiático levantó la mano y empujó a un lado la hoja de la espada.

No sois muy diplomáticos, ¿verdad, queridos? Por supuesto os llevaré a donde está el pobre hombre. Sencillamente, no esperéis mucho de él.

Vitelio estaba en bata de dormir, Asiático le saludó con una repulsiva familiaridad, que hizo

brotar una sonrisa de los fofos labios del pseudoemperador. Cornelio le presentó la carta de Flavio Sabino. Vitelio la leyó o, mejor dicho, dejó vagar sus ojos por ella, y después la tiró a un lado.

¿No tienes contestación? —preguntó el centurión—. ¿He de decirle al general que recibiste su carta con desprecio?

La cuestión es, señor —intervine yo—, si tenéis la intención de ateneros al acuerdo que pactasteis, acuerdo que garantiza vuestra propia seguridad y bienestar, como no puede hacerlo ninguna otra cosa, o si lo habéis hecho pedazos y elegido confiar en las fortunas de una guerra que no podéis ganar, y que traerá la ruina a toda vuestra familia.

Vitelio se enjugó los ojos con una toallita, se sonó la nariz y le hizo un gesto a Asiático que, conociendo las costumbres de su amo, le puso enseguida un vaso grande de vino en la mano. Vitelio, al estilo de los borrachos, se lo bebió de un trago, y entonces dijo:

Eso son tonterías. Lo que diga ahora no importa. Lo sé. Dile a tu general que me atenderé a nuestro acuerdo si puedo. Tenía toda la intención, toda la intención de hacerlo. Pero los soldados no me lo permitieron, y no pude ir en contra de ellos. Me eligieron emperador. Han decidido que no puedo renunciar al cargo, aunque sé bien que todo es ahora inútil. Dile eso a tu general y dile que has visto a un hombre profundamente desdichado, a quien el mundo ha tratado con dureza.

Entonces nos hizo salir, después de decirle a Asiático que nos condujera fuera del palacio por un pasadizo secreto, que nos daría la oportunidad de no tropezarnos con los soldados, porque, comentó: «No tengo el menor deseo de tener vuestra sangre en mis manos».

—Lo veis, señor, está acabado y lo sabe —dijo Asiático—. Estaréis ahora a salvo. Y tal vez recordaréis que os he hecho un gran servicio.

—¡Ah! —dije yo—. Dudo que eso sea necesario. Eres el tipo de hombre capaz de sobrevivir a todo, y no puedo imaginar que no hayas hecho todavía tus preparativos. De hecho estoy sorprendido de encontrarte todavía aquí.

Me puso la mano, su aduladora mano, encima de la manga.

—¿Estás tan seguro de que un tipo como yo no puede tener ningún sentimiento honorable, ningún concepto del deber, ningún afecto? Pues bien, tú eres joven, querido, no se puede esperar de ti que sepas mucho. Pero ese pobre y amado hombre ha sido mi único benefactor, y ahora yo soy la única persona con la que puede ser como es. No estaría bien si lo abandonara ahora. Pero no puedo esperar que tú comprendas esto.

Me hizo sentirme avergonzado. Recuerdo a Esporo y cómo había hablado de Nerón.

—Quita tu mano del brazo de mi oficial, tú, desvergonzado —le conminó Marcial—. ¿Le atravieso las entrañas, señor? La tierra será entonces un lugar más limpio.

No —contesté yo—. Ya habrá hoy suficientes matanzas. No hay necesidad de empezar tan pronto por la mañana, y más con alguien que no es un combatiente. —Aparté la fofa garra de Asiático de mi manga—. Será una buena acción para todo el mundo —le dije—, si pudieras persuadir a tu amo de que muera como debe morir un romano.

Cuando le informamos del fracaso de nuestra misión, Flavio Sabino nos dio solemnemente las gracias por haberlo intentado y por los peligros que habíamos corrido. Sus modales fueron perfectos. Nadie podría haber adivinado lo profundo de su decepción. Entonces dio órdenes de que fueran examinadas las defensas, ofreció una oración a los dioses y me apartó a un lado.

Vela por mi sobrino —dijo— e impídele que se exponga imprudentemente.

—Vitelio no tiene deseo de luchar —dije yo—. Se habría sentido feliz respetando el acuerdo que hizo contigo. Me da pena por él.

—Sea como sea, Vitelio no cuenta para nada. Es como un corcho que flota en un mar de sangre.

Durante un corto espacio de tiempo, esperamos. Había dejado de nevar y un débil sol iba rompiendo las nubes. Obediente a las órdenes que se me habían dado, busqué a Domiciano. Ésa es la razón por la que al principio no me di cuenta de que se nos echaba encima la batalla. Fue solamente cuando oí gritos procedentes de la ladera de la colina, en el lado que da al Foro, cuando me enteré. Mientras tanto no podía encontrar a Domiciano. Esto me distrajo. Sabía que a Flavio Sabino le preocupaba la seguridad de su sobrino, no por el afecto que le pudiera tener —aunque éste no le faltaba—, sino principalmente porque era necesario para su amor propio y la conciencia de su propia virtud que nada le pasara al hijo de su hermano. Pero Domiciano, a la primera intuición del ataque, se había escondido en la casa de un sirviente del Templo de Júpiter. Allí se puso las vestiduras de hilo de un acólito, un útil disfraz. De todo esto me enteré más tarde. Mientras tanto, mientras le buscaba desesperadamente, no llegué a la escena del encuentro hasta que el Capitolio estaba en llamas.

Los vitelianos estaban ahora trepando la colina, mientras que nuestros hombres estaban distraídos por las llamas. El incendio había sido causado por los asaltantes, que habían arrojado teas ardiendo al tejado de la columnata y, cuando los defensores fueron rechazados, medio ahogados por el humo, echaron abajo la puerta, que no tenía ahora quien la guardara. Mientras tanto, otros se habían apresurado hacia la colina al oeste de la roca Tarpeya, un lado del cual nuestros hombres habían sido expulsados por el primer ataque. En resumen, todo era confusión, y ésta la causó la ineptitud de nuestras tropas, que eran insuficientes en número para custodiar todos los accesos por los que se podía subir a la colina. Perdida ya la esperanza de encontrar a Domiciano, desenvainé mi espada y corrí hacia el lado de la roca Tarpeya. Allí se desarrollaba un feroz combate cuerpo a cuerpo. Nosotros teníamos la ventaja del terreno pero ellos la de los números. El fuego detrás de nosotros alarmó también a nuestros hombres, algunos de los cuales, antes de que la batalla estuviera propiamente entablada, tenían más interés en encontrar una manera de escape que en resistir. Yo me encontré en el lado de Cornelio Marcial, herido ya en el hombro por una jabalina. La sangre le corría por el brazo en que tenía la espada, al intentar defenderse de los ataques de tres soldados auxiliares germanos. Yo le clavé la mía a uno por debajo del escudo, y cayó a tierra. Pero mientras que lo hacía, otro corrió contra mí enarbolando su larga espada. Dado que no llevaba escudo, porque no había tenido tiempo de armarme debidamente, no pude parar el golpe, así que me eché hacia abajo. Mi pie resbaló en la piedra cubierta de sangre y yo caí sobre el cuerpo del hombre que acababa de matar. Es muy posible que mi caída me salvara la vida, porque gracias a la empinada inclinación de la colina, me encontré dando vuelta tras vuelta, hasta que fui a descansar en mitad de un arbusto de laurel a unos veinte pisos o más hacia abajo. Por un momento me quedé allí, tratando de recuperar lo que pude haber creído que era mi último aliento. Digo «pude haber creído» porque en realidad no me acuerdo bien de nada. Cuando asomé la cabeza esperando ver a mi asaltante corriendo hacia mí, fue para descubrir, en vez de eso, que había desviado su atención hacia el centurión que estaba otra vez enfrentado a tres soldados del enemigo. Mientras luchaba por liberarme del arbusto, oí el más terrible de los gritos de batalla: «¡Cada hombre que se salve a sí mismo, corred, muchachos, corred!». Miré hacia arriba y vi caer a

Cornelio Marcial. Entonces, sacudiéndome a mí mismo como un perro que sale del agua, empecé a correr, colina abajo, para salir de la batalla. No estoy orgulloso de esto, ni orgulloso tampoco de los tajos que les administré a dos soldados que estaban tratando de impedir mi escape. Uno de ellos cayó, con el rostro abierto por mi espada; el otro tropezó y, como yo un momento antes, resbaló y quedó tumbado, ileso pero sin aliento. No tuve tiempo de ocuparme de él, sino que corrí colina abajo. Cuando llegué al terreno plano y miré hacia atrás, todos los edificios del Capitolio estaban en llamas.

Una mujer vieja se quedó mirándome.

—Si fuera tú —me dijo—, me desharía de esa espada sangrienta.

Tal vez su consejo fuera bueno. Pero no lo seguí.

En lugar de hacerlo, me quedé parado, mirando, horrorizado, cómo desaparecía entre las llamas el Júpiter Soberanamente Bueno y Grande, fundado por nuestros primeros padres como la sede del Imperio. El Capitolio, respetado incluso por los Galos, siglos antes, en los días de la República, estaba ahora destruido por la locura de una lucha por el Imperio en una batalla librada en defensa de un ser sobre quien las legiones habían impuesto la púrpura, y que había dado sólo una prueba de claridad de juicio en toda su vida: su comprensión de que no era un hombre adecuado para el puesto que no se le permitió abandonar.

Enfundé mi espada y, asumiendo un aire tan indiferente como me fue posible, me puse en camino por una ruta que me llevó, pasado el templo que Augusto había hecho erigir en memoria de su amado sobrino Marcelo, hacia el río y a través de él a casa de mi madre. Me sorprendió encontrar, a medio metro de la escena de la batalla, ciudadanos ocupados en sus quehaceres como si fuera tiempo de paz.

Nada les había pasado ni a mi madre ni a Domitila. Les aconsejé que no salieran de casa, a pesar de que no se veía tumulto en las calles en aquel lado del río.

—Es posible —dije— que Domiciano venga aquí también. No sé dónde está ahora.

—Pero ¿está vivo, está bien? —dijo Domitila.

—No tengo razón para pensar lo contrario. Voy a ir ahora a buscarlo. Si viene aquí, no le dejéis que salga. Puede estar tan a salvo aquí como en cualquier otro sitio. Es sólo cuestión de días hasta que el ejército de tu padre llegue a la ciudad. Pero estos días serán peligrosos.

—¿Y mi tío?

—No sé si escapó o fue asesinado o hecho prisionero. Todo allí está sumido en un estado de indescriptible confusión.

—Podíamos ver las llamas —dijo mi madre—. Quemar el Capitolio. Es peor que Nerón. Es un juicio.

—Tal vez —dije yo.

Cuando me despedí de mi madre evité cualquier expresión de inquietud. Ella no me dijo que no me pusiera en peligro, porque sabía que en Roma, ese día, el peligro y el deber estaban unidos en un vínculo tan estrecho como el del matrimonio. Pero antes de marcharme cogió la espada y la limpió para quitarle la sangre seca.

Me quedé sorprendido al descubrir que no eran todavía las doce.

Tácito sabrá, sin que yo se lo diga, cómo Flavio Sabino y el cónsul electo, Aticom, se rindieron y fueron llevados encadenados a presencia de Vitelio. Tal vez juzgue su rendición deshonrosa, al pensar que un soldado debe morir con la espada en la mano. Ésa es a menudo la opinión de hombres que han estudiado la guerra a distancia y tienen poca experiencia de lo que es una batalla. En cualquier caso, creo que Flavio Sabino se rindió cuando vio que las pocas tropas que seguían con él estaban sentenciadas a muerte si él no se rendía. Se dice que Vitelio le habría perdonado la vida si hubiera tenido el suficiente valor para hacerlo. Pero la chusma, compuesta en parte por legionarios, en parte por tropas auxiliares, en parte por ciudadanos —senadores entre ellos— y en parte por la plebe más degradada, pedía más sangre y Vitelio no se atrevió a negársela. Así murió un hombre por el cual yo sentía un gran respeto, un hombre que había servido a Roma en más de treinta campañas y que, a lo largo de este año terrible, fue el único, entre los hombres distinguidos, que había intentado obtener la paz, prefiriendo la diplomacia y las negociaciones a la guerra. Si hubiera tenido éxito, Roma no habría sufrido la ignominia de ver el Capitolio en llamas, y se habrían salvado las vidas de muchos hombres, algunos dignos.

Domiciano no compartía mi estima y respeto por su tío. En años posteriores le oí decir que si se hubiera seguido su propio consejo, Vitelio no se habría ido libre, después de firmar su acta de abdicación, y que la batalla del Capitolio, de la cual él mismo, por su propia iniciativa, había escapado con gran dificultad, enfrentándose con un gran peligro, con audacia e ingenio, fue la consecuencia de la cobardía de su tío y su imperdonable locura. De hecho, la escapatoria de Domiciano, a diferencia de la mía, fue ignominiosa. Sin embargo, aunque yo había luchado para salvarme y se me podría considerar exento de todo reproche, yo experimenté vergüenza, como la puñalada de un cuchillo, cuando me enteré de lo que le había ocurrido a Flavio Sabino. Me sentí como un desertor.

Y ciertamente, durante los tres días que siguieron permanecí escondido como un desertor en la cama de Sibila, mientras que, como en una pesadilla, oía a la chusma aullando por la ciudad en busca de los que ellos juzgaban desleales a Vitelio y asesinandolos sin discriminación. No había motivos para su locura. Si hubieran sido capaces de reflexionar, habrían pensado que Vitelio no podía continuar siendo emperador por más de una semana. Era como si con el incendio del Templo de Júpiter se le hubiera privado a Roma de razón, virtud y todo lo que distingue al hombre civilizado del bárbaro. Los hijos de la loba se habían convertido en lobos.

El tercer día, mi madre, que había desobedecido mi consejo de quedarse en casa, fue asaltada por un soldado auxiliar germano, arrastrada a la orilla del río y violada. Domiciano no se había atrevido a salir de la casa para acompañarla. Ella volvió al apartamento, no les dijo nada ni a él ni a su hermana, se retiró a su cuarto, escribió con mano firme una carta informándome a mí de lo que había pasado y se abrió las venas de la muñeca. Domitila la encontró sobre las sábanas empapadas en sangre, con el rostro apacible de la Diosa Minerva, a la que Domiciano decía tener tanta devoción.

No le puedo contar nada de esto a Tácito.

Ni a Balthus, aunque he adoptado la costumbre de leerle los capítulos que le voy mandando a Tácito. Los escucha como uno puede escuchar historias del Averno.

—No estoy ya sorprendido, señor —me dijo ayer—, de que hayáis escogido vivir tan lejos de Roma. Por desoladas que encontréis estas regiones, deben parecer un paraíso comparadas con el infierno de esa execrable ciudad. ¿Es que no conocen los romanos el significado de la paz?

—¿Paz? —le respondí—. Mi querido amigo, hacemos un desierto y eso es paz. Es la única paz que hemos conseguido. Sin embargo, había tardes a la orilla del mar... —Hice una pausa y meneé la cabeza—. Ven —dije—, cojamos los perros y vayamos a cazar liebres a los pastos de la colina.

Sabrás, Tácito, que en un último y desesperado esfuerzo para salvarse a sí mismo, Vitelio mandó mensajeros al general de las fuerzas flavianas, Antonio Primo, buscando condiciones o al menos una tregua. Pero era demasiado tarde; la lucha había ya explotado en los alrededores, entre los jardines, granjas y senderos serpenteantes o callejones. Aun así, Vitelio no parecía abandonar la esperanza, que, como ocurre a menudo, sobrevivió a la pérdida de su sentido de la realidad. Se reclutó a las sacerdotisas vírgenes de Vesta para que obtuvieran para él, con sus plegarias, unas pocas horas más de vida y un Imperio ficticio. Se dirigieron a Antonio y le instaron a que les concediera al menos un solo día de tregua, tiempo durante el cual se podía solucionar todo. Se asumió que, al hacer esto, tenían la intención de poder asegurar un medio de transferir el poder sin más derramamiento de sangre. Todo fue en vano. Antonio replicó adecuadamente que, con el asalto al Capitolio, todas las cortesías usuales de la guerra habían desaparecido; no quedaba nadie que pudiera dar crédito a las palabras de Vitelio.

De todo esto me enteré después por el propio Antonio.

Entonces preparó el asalto a la ciudad. Avanzó con tres divisiones, una directamente a lo largo de la Via Flaminia, la segunda siguiendo las orillas del Tíber, mientras que la tercera se dirigió a la Puerta Colline por la Via Salaria.

Las tropas de Vitelio, inferiores en número, tuvieron que ceder continuamente.

Hacia el mediodía me atreví a subirme al tejado del bloque del apartamento de Hipólita esperando poder seguir desde allí el desarrollo de la batalla y de esta manera escoger el momento más oportuno para unirme a mis amigos. Pero sólo podía ver fragmentos aislados. Fueron suficientes para persuadirme de que los vitelianos estaban cediendo terreno, pero que, desesperados y con ninguna posibilidad de escapar, cayeron en esa danza de la muerte que el momento extremo provoca. Así que, abrazando a Sibila y dándole las gracias a Hipólita, a la que no le desagradó verme listo para emprender la marcha, yo me despedí, asegurándoles que, fuera cual fuera el resultado del día, las vería sanas y salvas. Me alegro de poder decir que cumplí mi promesa.

Tácito, no quiero volver a ver jamás la degradación que se presentó aquel día ante mis ojos. Fue macabro. Bandas de soldados tomaban parte en combates cuerpo a cuerpo a lo largo de los estrechos callejones. No había ni orden ni dirección, porque en las luchas callejeras se trata de que cada hombre ataque y se defienda por sí mismo. Sin embargo, los ciudadanos eran espectadores. Se podía ver un grupo de hombres, de pie junto a la puerta de una taberna, con tazones de vino entre los puños apretados, mientras que, a pocos pasos de ellos, los soldados jadeaban, sudaban, chillaban y apuñalaban. Cuando se desencadenaba una pelea, no por un deliberado acto de voluntad, en una de las plazas de la ciudad, las gentes se asomaban a sus ventanas, sacando casi todo el cuerpo por ellas y dando voces de aliento o profiriendo juramentos, como si fueran aficionados en el Circo y los gladiadores legionarios estuvieran condenados a muerte. Tal era el espectáculo de esos encuentros que se oían los gritos más extraños y degradantes, como «¡Viva la muerte!», y se hacían apuestas por el resultado de peleas individuales. En un callejón vi a un niño pequeño, de no más de tres años de edad, salir tambaleándose de un portal, vestido sólo con una camisilla, con el culo al aire y sucio de barro, y después, otra vez tambaleándose, con una expresión de indiferencia, meterse entre dos soldados que se

movían adelante y atrás y que se embestían el uno al otro. El niño puso su brazo alrededor de la musculosa pierna de uno de los que estaban luchando, y se agarró a ella, mientras que la sangre chorreaba de una herida en el muslo del soldado y se mezclaba con el cabello rizado del pequeño. El soldado, incapaz de quitarse al niño de encima o no dándose cuenta de su presencia, intentó atacar a su adversario y, al balancearse excesivamente, expuso su garganta a una estocada. Se desplomó, el niño cayó con él y, repentinamente asustado, empezó a llamar a gritos a su madre. El soldado victorioso avanzó sobre el cuerpo de su víctima, sin tener en cuenta al niño y, empezando a correr, se fue en busca de nuevos enemigos y desapareció detrás de la esquina al final del callejón. Sólo entonces la madre del niño —o tal vez otra mujer— lo cogió en brazos, le sacudió el polvo y trató de calmarlo.

La batalla más encarnizada fue en el campo de Marte. Yo me uní a una cohorte de legionarios, o a lo que quedaba de ella. El centurión de más alto rango, con sangre que le chorreaba de un corte profundo en el ojo, me reconoció: había luchado por Otón unos meses antes.

—Están luchando hasta el último hombre —dijo—. Sólo los dioses saben por qué.

—Apuesto a que no —masculló un soldado.

—Será peor en el campamento de los Pretorianos —dijo el centurión. Entonces, levantando su espada ensangrentada, gritó—: Vamos, amigos, una carga más.

Durante unos momentos pareció una batalla regular. Apareció un espacio entre las dos fuerzas combatientes. A los hombres se les gritaba y empujaba para que formasen en línea. Del caos resurgió el orden. Entonces avanzamos, primero a un paso fijo y regular y después, siguiendo las órdenes del viejo centurión, las líneas iniciaron un trote. No pudo haber durado más de diez o doce pasos, pero nos dio un impulso. Las espadas chocaron con los escudos. Yo llevaba la mía a la derecha, el escudo siguiendo a la hoja que se introduce en el cuerpo, y, con un movimiento de la muñeca, pasé el escudo al lado del cuerpo y le metí la punta en el cuello, justo por encima del peto. Mi adversario cayó de rodillas, la sangre empezó a salirle a borbotones por la boca, y yo entonces retiré la espada mientras él caía sobre los adoquines del suelo.

La formación enemiga se deshizo y varios de ellos —eran soldados auxiliares germanos— arrojaron al suelo sus armas para librarse de su peso y poder huir más deprisa. El viejo centurión gritó para que nos detuviéramos. La mayoría obedeció. Algunos, a los lados, que tal vez no habían oído el grito, continuaron su persecución, lo suficientemente deprisa para matar a unos cuantos más de nuestro enemigo derrotado.

Entonces avanzamos otra vez en cierto orden, testimonio de la profesionalidad de los soldados y las órdenes del centurión, más allá del Campo de Marte (que era ahora nuestro) y hacia el Capitolio.

Había cadáveres por todas partes. Todos los canalones manaban sangre. Tres hombres habían sucumbido junto a la entrada de un prostíbulo. Vi a un desgraciado abrirse camino entre los cadáveres y examinarlos, respondiendo a la sugerencia de una prostituta nubia.

Tácito, ¿debo cansarte a ti, y rememorar la repugnancia que sentí, relatando los sucesos de ese terrible día? La oscuridad iba cayendo sobre la ciudad, pero la matanza no cesaba, ni la más degradada parte del populacho parecía dispuesta a dejar de contemplar, con avidez, la ininterrumpida masacre. Me pareció entonces que eran como esos hombres que obtienen placer del acto sexual de otros.

Puedo dejar a tu imaginación —a tu muy literaria imaginación— la recreación de un espectáculo más vívido del que yo te pueda describir, y puedo confiar en que pierdas el punzante desprecio de un hombre cierto de su propia virtud, ante los horrores que se producían por doquier. Por un lado, estaba el libertinaje de una ciudad entregada al lujo y a un placer más degradantemente ávido si se tenían en cuenta los desastres que en los últimos meses habían caído sobre Roma y aquellos, todavía peores, que eran aún inminentes; y por otro, estaban las crueldades y la miseria de una ciudad saqueada por hombres que habían olvidado todo lo que distingue al hombre civilizado del bárbaro.

Sí, te lo puedo dejar a ti. Tú lo sabrás describir más convincentemente.

Pero hay ciertas escenas que angustian mi memoria y que recuerdo todavía, tantos años después, en las horas de insomnio, cuando, privado del sueño, vuelvo a vivir una y otra vez la pesadilla de mi vida. Pongamos, por ejemplo, el caso de un legionario al que vi —un hombre rechoncho, barbudo y barrigón— arrancar su espada del cuerpo de un conciudadano, escupir en el contorsionado rostro que levantaba los ojos hacia él y coger entonces a una niñita de no más de diez años de edad, que estaba de pie en la puerta de una casa vecina, con el dedo pulgar en la boca. Cogió violentamente a la niña, que ahora se resistía y gritaba, y poniéndosela debajo del brazo salió corriendo a lo largo de un ruidoso callejón. Entonces la lanzó sobre el carro de un transportista, que estaba allí abandonado, y rasgó su ropa hasta dejar a la vista los genitales de la niña. Estaba a punto de abalanzarse sobre ella, cuando aparecí yo y clavé mi espada en su enorme culo. Puedo oír todavía sus gritos y oler sus excrementos. Cuando cayó al suelo, conteniendo mi repugnancia, le di una patada en la cabeza y escurrí mi espada sucia en sus carrillos. La niña saltó del carrito y echó a correr. Me pregunto aún si llegó a casa y si vivió.

Noté una mano en el hombro. Era la del viejo centurión.

—Era uno de los nuestros —dijo—, el asqueroso bruto.

—¿Fue esto por lo que te enrolaste en el ejército? —le dije.

Sus ojos azules estaban inyectados en sangre.

—Ésa es una pregunta que no quisiera hacérmela a mí mismo.

Un joven soldado pasó corriendo y, con gran asombro mío, saludó al centurión.

—Hay rumores de que se han entregado en el campamento pretoriano.

—Puede haber rumores —contestó el centurión—, pero yo en tu lugar no contaría con ello, muchacho. Se volvió hacia mí.

—Conoceréis el palacio, señor —dijo—, estando como estabais en el personal de Otón. Pobre desgraciado, en un día como éste se suicidó. Pero, conociendo el palacio como lo conocéis, ¿qué os parece si vamos ahí en busca del bastardo de Vitelio? No nos perjudicará mucho ser quienes le arrestemos.

Cuando era niño, ya casi en la adolescencia, tenía un sueño que se repetía con frecuencia. Me encontraba abandonado en una gran casa. La primera habitación estaba llena de objetos bellísimos y hermosas estatuas que, sin embargo, me asustaban, porque parecían moverse siempre que mis ojos dejaban de mirarlas. Entonces fui conducido por una fuerza que yo no reconocía pero que no tenía poder de resistir, a través de una serie de habitaciones, cada una más mezquinamente amueblada que la que yo acababa de dejar. Al moverme oí pesadas pisadas, como si fueran de piedras ambulantes, por detrás de mí. Finalmente, pasé a través de una larga cámara cuyo suelo estaba cubierto por una espesa capa de polvo y donde colgaban de las cornisas telas de araña. La cámara tenía en uno de sus extremos una puerta tachonada de trozos de pesado metal que no cedía a mi empuje. La llave de hierro, grande como la mano de un hombre, no giraba, y empujé mi cuerpo contra la puerta, al tiempo que las pisadas se acercaban cada vez más y una risa burlona llenaba el aire vacío.

Entonces el sueño se hizo realidad. El palacio imperial, abarrotado de soldados, oficiales, secretarios clientes, libertos y esclavos sólo unos días antes, estaba ahora desierto, silencioso como una tumba, a no ser por el distante murmullo de la ciudad que se extendía abajo. Pasamos silenciosamente a través de las habitaciones como en un estado de sobrecoimiento. No éramos los primeros en llegar. Otros soldados habían estado allí antes que nosotros. Había señales de robo: arcones boca abajo o saqueados, tapices arrancados de las paredes, plintos que ya no sostenían bustos, cerámica rota, botellas de vino vacías. En una habitación, donde tal vez los hombres habían expresado su desprecio por el destrozado emperador, se sentía un acre olor de orina. En otra yacía un esclavo con la garganta cortada. Tal vez había vuelto o se había demorado en busca de botín, y soldados que le habían descubierto le arrancaron su tesoro de las manos.

Las estancias personales del embajador eran las más maltratadas. No había un solo mueble que no hubiera sufrido daño. El contenido de los arcones revueltos que no tenía valor estaba desperdigado por el suelo. Las pinturas murales arañadas. Había un montón de excrementos en un rincón de su dormitorio.

—Hemos llegado demasiado tarde —dijo el viejo centurión—. Otros bastardos lo han apresado.

—Creo que no —repliqué—, es imposible que no nos los hayamos encontrado, o al menos hayamos oído los gritos de la chusma que debía seguir a la aparición de Vitelio. Tal vez no esté aquí. Es posible que en los últimos tiempos no estuviera aquí. En cualquier caso, no ha sido apresado aquí, de eso estoy seguro.

Una pareja de soldados se acercó a nosotros, arrastrando a un flaco y quejumbroso muchacho entre ellos.

—Lo encontré en las cocinas, señor. Dice que es el pastelero. —Puso la punta de su espada bajo la barbilla del muchacho—. Dile al oficial lo que me dijiste a mí.

La historia, que salió de sus labios entre quejidos de terror y súplicas de misericordia, era simple: Vitelio había ciertamente salido del palacio transportado en una litera hasta casa de su suegro en el Aventino. Ésa era su intención. Pero él había regresado, el muchacho no sabía por qué. Fue entonces cuando él, el pastelero, se había escondido, porque no tenía ningún sitio donde ir. Era un esclavo, sin familia. ¿Dónde había un refugio para seres como él? Así pues, se había ocultado en el armario de la carne, en la cocina. La última vez que había visto al embajador fue cuando la litera regresó, colina arriba, al palacio.

—Déjale marchar —ordenó el centurión—. No puede hacer ningún daño.

El chico nos miró asustado y salió corriendo hasta perderse de vista.

En algún lugar, en los recovecos de las estancias traseras, un perro ladró.

Volvió a ladrar.

Fuimos en la dirección del sonido. Seguimos las vueltas de los pasillos en la penumbra de la noche que se nos echaba encima. Al cabo de poco tiempo reinaría la total oscuridad y no disponíamos de lumbre. Entonces, al final de un largo corredor vimos al perro. Estaba sentado sobre las ancas y volvió a ladrar cuando nos vio. Al acercarnos, saltó hacia nosotros, pero se vio impedido por la cadena que llevaba sujeta al cuello. La cadena estaba enganchada al pomo de la puerta frente a nosotros. Un soldado la soltó y se llevó al perro, que saltaba junto a él, contento de que lo hubieran liberado. Intentamos abrir la puerta, pero no se movía. El perro estaba ahora tranquilo y por un momento todo estuvo en silencio. Entonces, uno de los legionarios, un corpulento ilirio, empujó a los otros a un lado, dio tres pasos hacia atrás y se abalanzó contra la puerta, golpeándola con el hombro. Se oyó el ruido de madera rota y la puerta cedió. Ahora era fácil abrirla. Alguien había puesto una cabecera de cama y una mesa contra ella. Daba a una habitación pequeña, donde se almacenaban artículos que no se necesitaban. No se veía a nadie. Pero poco después se oyó desde un rincón, donde estaban amontonadas alfombrillas y cubiertas de muebles, el sonido de un hombre conteniendo el aliento. A este sonido le siguió un estornudo. Me adelanté, me coloqué sobre el montón de alfombras y pude distinguir una figura humana; bajé la mano y, cogiéndolo por el brazo, saqué a Vitelio y le ayudé a incorporarse.

Oirás diferentes versiones de esta captura, no tengo la menor duda de ello. Pero créeme, Tacito, la mía es la cierta. Puedes creerme porque no me enorgullezco de lo que siguió. De hecho, el recuerdo me llena de vergüenza.

Mi intención era someterlo a un arresto formal y mantenerlo cautivo hasta que se restableciera el orden en la ciudad y los jefes de nuestro partido —ciertamente, el propio Vespasiano— decidieran qué se podía hacer con él: si debía ser formalmente enjuiciado o convenía deshacerse de él por orden imperial. Ésta habría sido la manera adecuada de comportarse. Así que le saludé con el respeto debido

a un hombre que había sido aclamado como emperador, aunque yo nunca había reconocido su título. Estarás de acuerdo en que esto era lo correcto.

Al principio, lamento tener que decirlo, él negó ser quien era. No, balbuceó, no era Vitelio. ¿Cómo podíamos suponer que lo era? Estas protestas dieron lugar a burlas e insultos de los soldados, que ese día habían luchado contra hombres dispuestos a dar la vida por esta criatura y que habían aguantado mucho hasta llegar a este momento. Entonces Vitelio cambió de táctica, después de que yo le recordara quién era y lo recientemente que había estado en su presencia como emisario de Flavio Sabino, «cuya muerte no tuviste la fortaleza de evitar», añadí. Cuando oyó estas palabras, se arrojó al suelo y me puso los brazos alrededor de las piernas rogándome que le perdonara la vida.

—Tengo algo importante que decir en relación con Vespasiano —gimió—. Llevadme a un lugar en que esté custodiado pero a salvo; será para ventaja vuestra, os lo aseguro, os lo garantizo.

—¿Le clavo la punta de la espada en la molleja, señor? —preguntó el centurión—. Es un hombre repugnante, y cuanto antes terminemos con este saco de mierda mejor será para todos nosotros. Es peor que Nerón. Al pensar que pueda haber hombres que coloquen a seres como éste en el lugar del divino Augusto o de Tiberio, el estómago se me revuelve.

—No —dije—, aunque comprendo lo que sientes; créeme, de verdad lo comprendo. No obstante, haremos lo que nos pide. Le corresponde al emperador Vespasiano decidir el destino de este desgraciado.

Hubo un murmullo de desaprobación por parte de los soldados, una insinuación de motín, pero el centurión era un hombre de honor y dijo:

—Como lo ordenéis, señor.

Envainó la espada y ordenó a los soldados que hicieran lo mismo. Ordenó a dos de ellos que sujetaran a Vitelio, que apenas parecía poder andar solo debido a la debilidad de su voluntad más que a la de su cuerpo.

Así, dando una gran impresión de orden y dignidad, salimos del palacio. En ese mismo momento nos interceptó una tropa conducida por el tribuno Julio Plácido.

—Tenemos problemas —masculló el centurión.

Yo me presenté al tribuno, que me conocía de nombre pero se sabía más importante y superior en jerarquía. Me felicitó sin mucho énfasis y aseguró que ahora era él quien se iba a ocupar del asunto. Ordenó que ataran las manos detrás de la espalda a Vitelio para demostrar que era un prisionero. Yo le comuniqué mis intenciones, añadiendo, como era mi deber, que Vitelio alegaba que tenía algo de importancia que decirnos relativo al bienestar de Vespasiano. El tribuno replicó:

—¿Y tú le creíste?

—No —respondí—, pero, en cualquier caso, eso es irrelevante. Es un prisionero del Estado.

—Yo me encargaré de él.

¿Qué podía hacer yo? Habría sido impropio insistir en mi petición. Se trataba de un superior. Ciertamente, al no tener un puesto oficial, incluso el centurión era superior a mí, y la consideración que me mostraba se debía más a mi familia y crianza, o tal vez a mis modales. Yo sólo podía situarme a la cola, un inútil testigo de un espectáculo degradante, al que se añadía la sensación de culpabilidad que me infundía la mirada preñada de reproche, que el miserable Vitelio me dirigía.

Le hicieron marchar lentamente desde la colina de los emperadores. Los soldados que le sostenían a ambos lados mantuvieron las espadas desenvainadas, por orden del tribuno, y las levantaron de manera que las puntas tocaran la parte inferior del mentón de Vitelio. Así pues, se vio obligado a mantener la cabeza alta y no pudo ocultar la vergüenza de su situación. De esta manera descendieron por la Via Sacra.

Sólo un incidente alteró el melancólico avance. Un soldado germano, miembro de la guardia personal de Vitelio (como se confirmó después), saltó de detrás de una columna con la espada

levantada sobre su cabeza. Creo que su intención era deshacerse de su señor, bien en un momento de cólera, o, más probablemente (como yo me incliné a creer), por compasión: para salvarle de la degradación que le esperaba antes de la muerte. Pero se lo impidió un legionario que se precipitó hacia él. Hubo un forcejeo; durante un instante el germano se soltó de ellos. Blandió su espada otra vez, pero, no pudiendo alcanzar a Vitelio, sólo logró cortarle la oreja al tribuno. Entonces dos soldados cayeron sobre él y le mandaron delante de su amo, a la oscuridad que a todos nos espera.

Se había ido congregando una multitud, alertada como siempre por el rumor de lo que estaba ocurriendo, y se reunió alrededor de la pequeña columna al entrar en el Foro. Había entre ellos muchos que unos días antes habían vitoreado a Vitelio. Algunos de los que se encontraban allí le habían obligado a romper el acuerdo que había pactado con Flavio Sabino (ese acuerdo que le garantizaba su seguridad, prosperidad y una ancianidad tranquila). Ahora le insultaban a gritos, algunos le arrojaban excrementos, otros barro o lo que tuvieran más a mano. Con las vestiduras destrozadas, el rostro y el cuello embadurnado de porquería, la cabeza mantenida aún erguida por la punta de las espadas, Vitelio ofrecía un espectáculo que era tan digno de lástima como causante de repugnancia. Porque un chusma en estado de frenesí no conoce la compasión. Vitelio sufría. Una vez, y creo que fue sólo una vez, sus labios se movieron y fue capaz de hablar. Se dijo más tarde que sus palabras no carecían de dignidad: «Sin embargo, yo fui vuestro emperador». Pero no sé si fue ciertamente esto lo que dijo, o si alguien puso después en sus labios las palabras adecuadas. Yo no estaba suficientemente cerca para oírle. Es muy probable que mascullara una palabra pidiendo merced, aunque sabía que estaba ya lejos de que se le otorgara.

De este modo le condujeron hasta las Gemonias, adonde unos días antes se había arrojado el cuerpo de Flavio Sabino. Allí lo mataron, no de una manera varonil, con un solo golpe de espada, sino lentamente, con una acumulación de pequeños cortes y tajos hasta que, finalmente, el tribuno, sujetando con una mano un paño para restañar su propia herida, les dijo a los soldados que se hicieran a un lado y él mismo dio unos hachazos al cuello de Vitelio hasta que la cabeza estuvo medio separada del cuerpo.

Después fue arrastrado al Tíber y arrojado a las aguas, que estaban ya rojas con la sangre de las batallas luchadas corriente arriba.

Así terminó...

¿Qué puedo decirte, Tácito?

Nada. Me alegra haber concluido la tarea que me encomendaste y que he llevado a cabo dolorosamente, con honestidad y respeto a la verdad. Haz tú lo mismo en tu Historia. Estoy seguro de que la leerán cuando yo esté ya relegado al olvido, porque tú eres un gran artista. Nunca lo he dudado. Te ruego solamente que me prestes el honor debido en lo que escribas y que reconozcas mi contribución. Esto me proporcionará un destello de inmortalidad.

¡Qué vano deseo!

Sabrás, naturalmente, que Domiciano, al salir de su escondite, desempeñó inmediatamente el papel de hijo del emperador de manera tan altiva e imperiosa que cualquiera que le observara entonces podía haber adivinado cómo se comportaría cuando le llegara su propia hora. Pero no hay nada de importancia que pueda contarte concerniente a eso.

Así que ¡adiós! y que la buena fortuna guíe tus pasos en tu trabajo y en tu vida.

Hace ya seis semanas que envié mi último informe a Tácito. Esperaba entonces haber terminado con los recuerdos de esa vida mía, ya muerta. Sin embargo, no puedo dejarlos desaparecer como desperdicios y escombros que flotan hacia abajo por el insulso río gris, camino del pálido mar.

Salí de Roma tan pronto como pude hacerlo honorablemente, después de asistir a las exequias de mi madre. Tal vez si Domitila hubiera hablado entonces me habría convencido de que me quedara. Si he de ser franco, lo dudo. Estaba deseoso de nuevas experiencias que pudieran borrar el horror de los años pasados. Lo que vi y experimenté confirmó el cinismo que el espectáculo de los sucesores de Nerón, luchando por lograr la supremacía, había inculcado en mí.

Tito me dio un puesto entre su personal. Me ofreció también libre elección de un miembro de sus tropas de jóvenes danzantes y se asombró o simuló hacerlo, cuando yo rechacé su propuesta.

Todavía lo admiro, siento aún ternura por él; pero ya no lo deseo ni lo amo. Pensé: «esto significa que me he hecho ya hombre». Intercambié cartas con Domitila; las suyas eran reticentes, incluso banales. Dijo sólo una cosa de importancia: que se reprochaba ser la causante de la muerte de mi madre. Yo sabía que esto no era cierto, y sin embargo leí en sus palabras una distancia creciente entre los dos. Entre los que me escribían, otros me contaban el placer con que Domiciano desempeñaba el papel de viceemperador y cómo presumía de estar compartiendo el triunfo Flaviano.

Al lado de Tito, tomé parte en el asedio y captura de Jerusalén. He escrito ya algo acerca de esto. Ciertamente, ya es bastante: rumiarlo más me causaría pesadillas, si el sueño no me ha negado ya su consuelo.

Destruimos el templo de los judíos. Abrí el Tabernáculo y lo encontré vacío. Supuse que contendría alguna revelación, alguna sugerencia de lo que los judíos creen ser el sentido y propósito de la vida.

Ahora pienso que esto sería una confirmación de que no hay ni sentido ni propósito. Balthus me lo discute: su amante Dios nos asegura que existen ambas cosas. Sigue tratando de convertirme. Yo le rechazo diciéndole que, siendo los cristianos una secta proscrita, él depende de mi impía protección. No es capaz de captar la ironía. Tal vez deba buscarle una mujer. Cuando se lo sugerí, rechazó la proposición. Encuentra repulsiva la carne femenina y el olor de las mujeres. Extraño. Está entregado a la castidad; hay muchos, me dice, que se han convertido en eunucos por amor de su Cristo.

Tomé parte en el triunfo concedido a Tito y Vespasiano. Ostensiblemente, el Senado les concedió este honor por su victoria en la Guerra Judía. En realidad, Vespasiano lo solicitó y sabía que, de hecho, estaba celebrando el haberse adueñado del Imperio y las muertes de decenas de millares de sus conciudadanos, algunos por su causa y otros intentando detener su usurpación del poder.

Cabalgué a lomos de un caballo ruano al lado de Domiciano, que iba montado en un semental blanco. Al aproximarnos a la Via Sacra, el semental dio un respingo y le faltó poco para tirarle al suelo.

Vespasiano y Tito salieron del palacio de madrugada, ambos coronados de laurel y vestidos de púrpura. Se dirigieron al pórtico de Octavia, hermana del divino Augusto y desdichada esposa de Marco Antonio. El Senado, magistrados y principales caballeros ecuestres los esperaban allí. Vespasiano dio la señal para que se hiciera silencio, que fue obedecida enseguida. Entonces, cubriéndose la cabeza con su manto, se levantó para decir las eternas oraciones. Casi no se podían oír, ahogadas por la capa y su acento provinciano. Tito las repitió después de él, más claras pero no más comprensibles, puesto que estas palabras están en un dialecto antiguo que nadie entiende. Pregunté después a Tito si le había pedido a los sacerdotes que le explicaran el significado de las palabras que había pronunciado. Él se rió: «Amado joven —me dijo—, ¿y qué importancia tiene eso?».

Una vez rezadas las plegarias, se pusieron sus vestiduras triunfales e hicieron los sacrificios a los dioses, y entonces dieron órdenes de que la procesión se pusiera en marcha. Cabalgaron juntos en una cuadriga y Domiciano y yo íbamos en primera fila detrás de ellos.

El espectáculo era magnífico. De eso no había la menor duda. No se reparó en gastos y se ilustraron los diversos aspectos de la guerra con numerosas e ingeniosas representaciones.

Unas mostraban cómo se arrasó el asolamiento de un próspero país, mucho más fértil que Palestina. En otras escenas se representaban ejércitos del enemigo totalmente destrozados, ejércitos mucho más impresionantes y mejor equipados que los de los desdichados judíos: en un lugar se los mostraba dándose a la huida; en otros, encadenados y cautivos. Se mostraban ciudades y sus defensores siendo vencidos por las legiones que se aglomeraban junto a las fortificaciones y murallas. Se veía correr la sangre, y a las desdichadas víctimas levantando las manos en actitud de rendición o súplica. Se incendiaban templos, se desmoronaban casas, los ríos corrían por terrenos devastados y había incendios por doquier.

Era, supongo ahora, algo soberbio, y el mensaje estaba claro: este era el pleno terror de la guerra de la que Vespasiano y Tito habían salvado a Roma y a Italia. Pero, sobre todo, eran evidentes los despojos del templo de Jerusalén: vasijas, mesas y candelabros de oro y tablas que tenían grabadas las leyes de los vencidos y despreciados judíos. Se mostraban imágenes de la victoria en oro y marfil, mientras la procesión triunfal se abría camino hacia el aún no restaurado Templo de Júpiter Capitolino.

Me divirtió notar cómo se retorció de aburrimiento el cuerpo de Vespasiano.

—¡Qué estúpido fui —decía entre dientes— al pedir un triunfo!

Pero Tito disfrutó de cada momento de ese día; Domiciano tenía una expresión agria y enfurruñada.

Esperamos delante del templo hasta que, siguiendo la tradición, llegó un mensajero de la prisión Mamertina para anunciar que el general enemigo había sido ejecutado.

Era mentira. No se había apresado a ningún general, pero la gente, que no lo sabía, estaba contenta.

Durante los ocho años del reinado de Vespasiano, raras veces estuve en Roma. Seguí una carrera militar en diversas fronteras, sobre todo en Anatolia, donde la rebelión era endémica. Fui herido tres veces, condecorado por valor, y cuando estaba en plena acción olvidaba mis pensamientos. No había aprendido todavía a desconfiar de los sueños imperiales de Tito, noblemente expresados. Creía que mis esforzados servicios en el campo de batalla y mi trabajo en asegurar una justa administración de las provincias conquistadas me permitirían olvidar el hedor de la corrupción en la propia Roma. No me daba cuenta de que su germen me había infectado.

Mi correspondencia con Domitila fue disminuyendo. ¿Qué otra cosa podía ocurrir? Entonces se casó. Su marido era un hombre que había estado asociado con Nerón. Ahora cortejaba a Cenis, la amante de origen humilde de Vespasiano. Ella fomentó la relación, esperando que, con ello, podía asegurar su posición de poder e influencia para el futuro cuando Vespasiano muriera. Vespasiano no le podía negar nada: accedió a la proposición de matrimonio y Domitila no pudo hacer otra cosa que obedecer. En cuanto a mí, no faltaban mujeres en Anatolia: esclavas circasianas que deleitaban los sentidos y no exigían nada de mi corazón.

Vespasiano murió erguido y de muerte natural porque, como él mismo decía, «un emperador debe morir de pie». Fue el primer emperador desde el divino Augusto que murió de muerte natural, todos los otros fueron asesinados o, como en el caso de Vitelio y Otón, se suicidaron. Tito le sucedió, el primer hijo legítimo de un emperador que hacía eso. Abandonó la simulación, que Vespasiano había honrado, de ser simplemente el «*princeps*» o «primer ciudadano». A mi amante de la adolescencia le gustaba que uno se dirigiera a él como «Dios y Señor». Si la llegada de Galba al trono probó que se

podía nombrar a un emperador de fuera de Roma, ahora Tito hizo trizas la fachada de la respetabilidad republicana. Algunos decían temer que demostrara ser un segundo Nerón, por aquello de su adicción al placer.

Pero, a diferencia de Nerón, Tito se deleitaba en los asuntos del Imperio. La administración le entusiasmaba. Se ocupó de su seguridad personal, asumiendo personalmente el mando de los pretorianos, adulándolos, recompensándolos generosamente; hizo forzosas la obediencia y la buena conducta en el Senado. Destacamentos de la Guardia arrestaban a todo sospechoso de deslealtad o desafección. Tales arrestos se hacían a menudo en lugares públicos, como el teatro; ésta era una manera eficaz de infundir temor y respeto hacia el poder imperial. Las ejecuciones eran inmediatas, sin las formalidades de un juicio.

Tito me trajo a Roma y me nombró su lugarteniente de la Guardia. Así pues, me unió a él ilegalmente. Sin embargo, y al mismo tiempo, ganamos el favor del pueblo actuando contra los impopulares delatores públicos, siempre dispuestos, mediante pago, a acusar a sus conciudadanos. Yo experimenté el placer de ordenar que varios de ellos fueran azotados y deportados de Roma. De esta manera, combinando la severidad con lo que yo privadamente consideraba la política del gesto, Tito se ganó una popularidad que se le había negado a cualquier emperador desde Augusto.

Tito encandiló al pueblo, al tiempo que atajaba la sedición en el Estado. Durante una temporada, parecía que el sol había atravesado las oscuras nubes que tenían envuelta a Roma en una mortaja.

Y el sol volvió a brillar de nuevo en mi propia vida. Descubrí que Domitila era desgraciada en su matrimonio, cargada con un hombre por quien no sentía ni afecto ni respeto. Estaba en la plenitud de su belleza, pero fue esa nueva expresión triste lo que revivió mi vieja pasión, y su tristeza lo que me permitió que me la llevara a la cama. Supe, en vida de Tito, lo que es sin duda el supremo gozo concedido a un hombre: convertirse en un solo ser con una mujer que verdaderamente te ama. Ahora sólo tengo un recuerdo de sus caricias para aliviar la noche perpetua de la vejez y el exilio. Entonces, en sus brazos, por primera vez en mi vida me sentía completo. Podía olvidar mi sentimiento de culpabilidad por haber estado asociado con ese Imperio que ha destruido la libertad.

Pero, inevitablemente, según parece, yo serví a ese Imperio. No podía ver ninguna alternativa. Había discutido a menudo esta cuestión con Tácito, quien, incluso cuando Domiciano le hizo pretor y senador, soñaba en la República. No quería creer ni aceptar lo que para mí era evidente: que las condiciones que hicieron posible la República ya no existían. Hacía tiempo que habían desaparecido. La República, insistí, había sido destruida no por pérdida de virtud, como él suponía (aunque eso podía ser la consecuencia de su destrucción), sino por el mismo éxito de los ejércitos republicanos al extender el dominio de Roma a tierras y pueblos distantes.

César era un producto de la República y su carrera fue la prueba de que estaba muerta. Él no tenía necesidad de matarla. No se puede matar a un cadáver. Cuando los Libertadores, modelados a su propio estilo, hicieron de César un cadáver, no pudieron infundir una vida nueva en su amada República. Marco Antonio lo sabía. Augusto lo sabía todavía con más claridad, Tiberio aceptó de mala gana la realidad del Imperio. Estaba claro para mí que el horror de esos años durante los cuales los herederos de Nerón lucharon por conseguir la supremacía no era más que la prueba de esto: se necesitaba un emperador enérgico, capaz de ganarse la lealtad y obediencia de las legiones. Vespasiano demostró ser un emperador de ese tipo. Y también lo fue, brevemente, Tito. ¿Por qué he de censurarme a mí mismo haber accedido a los dictados de mi razón y haberle servido?

Sin embargo, me atormenta la observación que le hice a Balthus: hacemos un desierto y lo llamamos paz. El desierto no alude una noción física, porque Roma y el Imperio prosperan. Es moral. Balthus me quería hacer creer que es lo que él llama «espiritual», aunque eso no tiene sentido para mí. Pero debe de haber algo en lo que dice el muchacho. Ahora, desde la distancia, comprendo que mis compatriotas romanos buscan significado en los cultos misteriosos de Oriente. Muchos de mis

soldados están entregados a la adoración de Mitras, dios de la Luz, y se apartan del Guardián de las Legiones. Yo los miro con infinito desdén.
Y me quedo con nada.

Tito murió repentinamente. Oficialmente, murió de una fiebre contraída cuando viajaba a Sulmona, lugar de nacimiento del poeta Ovidio, en cuyo *Arte de Amar* Tito siempre se había deleitado. Había sido emperador durante sólo dos años, tiempo insuficiente para perder su popularidad.

De hecho, Domiciano lo asesinó. No he tenido nunca la menor duda de ello, aunque no sé cómo se le administró el veneno.

Domiciano había conspirado contra él desde la muerte de su padre; y también antes de ella, creo yo. Sin embargo, Tito siempre le perdonaba y le reiteraba el amor que sentía por él, como hermano y como su designado sucesor. En privado me hizo la siguiente observación, al desechar la última y mal pergeñada conspiración, con socios de poca importancia: «Nadie estará dispuesto a asesinarme a mí para que Domiciano pueda ostentar la púrpura». Yo le recordé la persistencia de Domiciano. Él no me hizo caso.

En verdad, Domiciano no tenía razón alguna para albergar resentimiento contra su hermano, a no ser la conciencia de su propia inferioridad respecto a él. Esto persistió después de la muerte de Tito. Se enfurecía cuando alguien hablaba con admiración de él y cuando los senadores hablaban del difunto emperador con mayor entusiasmo aun que cuando vivía.

Unos días después de su llegada al trono, Domiciano me llamó a palacio. Lo encontré solo, arreglándose las uñas con un cuchillo. Puso de relieve el cambio en nuestras circunstancias, rehusando levantarse para saludarme. Estábamos acostumbrados a saludarnos con un abrazo. Entonces sentí que una fría distancia nos separaba. Incluso siendo emperador, Tito nunca dejó de acercarme su mejilla cuando nos encontrábamos en privado. Domiciano estaba sentado en un ángulo de la ventana que daba al valle del Foro entre el Palatino y el Capitolio.

—Tengo una visión para Roma —dijo—. Debe tener lugar un renacimiento moral. La corte debe dar el ejemplo.

Todos los emperadores, excepto Nerón y Cayo Calígula, supongo, empezaron su reinado con intenciones semejantes. Tito hasta había prescindido de su grupo de jovencitos bailarines; algunos de ellos poseían suficiente talento, encanto y belleza para hacer una fortuna en los escenarios públicos.

—He dado órdenes para que reúnan a los catamitas de mi hermano y los deporten —continuó Domiciano, como si estuviera leyendo mis pensamientos—. Sería absurdo pensar en restaurar la República —dijo—, pero volveré a establecer normas republicanas de virtud. Me dicen que algunas de las Vírgenes Vestales han faltado a sus votos de castidad. Así que he ordenado que se lleve a cabo una investigación, y las culpables serán ejecutadas.

Se miró las uñas y, aparentemente no muy satisfecho, se mordió la del anular de la mano derecha.

—La práctica de convertir a los jóvenes en eunucos —continuó— me repugna. Estoy preparando un edicto estableciendo que la castración sea una ofensa capital. Nada de lo que el divino Augusto consiguió fue más importante que la reforma de la moralidad. ¿No crees?

—Sé que lo intentó. No estoy tan seguro de que lo consiguiera.

—Ese maestro de escuela, Demócrito, que tan mal nos trató... Estoy dando órdenes para que lo busquen. No he decidido aún cómo matarle. ¿Azotes? Eso sería apropiado. ¿Te agradaría?

—Hace mucho tiempo de eso —dije yo—. Debe de ser ya un anciano. Y además, ¿qué importancia tiene?

—La tiene para mí. —Me dirigió una mirada siniestra de soslayo, y después la desvió—. Tú eres también culpable de ciertos delitos —dijo—. Un criminal, un adúltero. Te has estado llevando a tu cama a mi hermana Domitila. No lo toleraré. Conforme a la *Lex Julia*, ese decreto del divino Augusto que prohíbe el adulterio, se te puede mandar al exilio, a una isla remota y privarte de tu fortuna.

—No tengo fortuna —contesté—. Y tú lo sabes. Éramos siempre más pobres que nuestros compañeros de clase. En cuanto a Domitila, no niego la acusación. Su matrimonio es un desastre. Le gustaría divorciarse de su marido y casarse conmigo.

Se volvió hacia mí, me miró a los ojos y desvió otra vez la mirada. Rascó con la uña de su dedo pulgar el lado de su dedo índice hasta que aparecieron gotas de sangre.

—Lo prohíbo. Lo prohíbo terminantemente. Te prohíbo que vuelvas a ver a Domitila nunca más. Si me desobedeces, sufrirás el castigo de la ley. ¿Entendido?

Yo me volví y, sin pedirle permiso para marcharme, salí de la estancia.

En casa me encontré con una carta de Domitila. Me decía que teníamos que obedecer; añadía que lo hacía por mí. Supondría para mí la muerte el desafiar las órdenes imperiales de Domiciano. Ella se iba a retirar a la Campania, a las propiedades de su marido. Eso también eran órdenes de Domiciano.

No volví a ver a Domitila nunca más. En mi fuero interno le reprochaba su cobardía; me decía a mí mismo que yo hubiera desafiado a Domiciano. Así que cuando, más tarde, corrieron insidiosos rumores fuera de Roma, que amables amigos se encargaron de contarme, rumores acerca de cómo ella y Domiciano estaban unidos en un pacto incestuoso, de que se los había visto saliendo de la alcoba de ella, entonces, en mi estado de amargura y resentimiento, los creí, a pesar de que ella me había asegurado que anteriormente había resistido sus insinuaciones amorosas. Estaba demasiado deseoso de creerlos. Maldije la fragilidad y deslealtad de las mujeres y rehusé consolarme con el pensamiento de que ella era víctima de calumnias y de que tal vez, al rechazarme a mí por orden de su hermano, había sufrido más que yo y había aceptado su sufrimiento por amor a mí, a fin de que pudiera tener una carrera en la vida pública. Permití, pues, que se alojara en mi pecho la víbora del resentimiento, y de todo lo que tengo que reprocharme nada me parece ahora más culpable que los silenciosos reproches que dirigí durante muchos años a la única mujer a quien verdaderamente amé, la única que (ahora así lo creo) me amó como un hombre desea ser amado.

Sin embargo, tuve ciertamente una carrera pública, y una carrera de cierta distinción. Continué sirviendo a Domiciano, diciéndome a mí mismo que estaba sirviendo a Roma. Como mi presencia le molestaba ahora, mi servicio tuvo lugar en las fronteras del Imperio. Tomé parte, no exenta de gloria, en la guerra contra los Chattos (de hecho, la tribu de Balthus), guerra que le aseguró a Roma las fronteras septentrionales, haciendo posible que los ejércitos del Rin se pudieran unir con los del Danubio. Es más, habiendo sido yo quien atrajo la atención de Domiciano a la estratégica importancia del valle del río Neckar, puedo vanagloriarme justamente de haberle prestado al Estado un servicio importante y duradero.

Pero había suscitado los celos del emperador. Latentes durante muchos años, puesto que yo me había mostrado supeditado a su voluntad al abandonar a Domitila, los renovaron e intensificaron mis éxitos políticos y militares. Me encontré de pronto públicamente denunciado por sus delatores. Domiciano estaba dispuesto—incluso deseoso—a condenarme por acusaciones de traición. Después se suavizó. No logré comprender por qué, y desde entonces me he preguntado—y esperado, esperado fervientemente—si Domitila intervino y habló en mi favor. Pero no lo sé. Sea cual fuera la razón, la acusación más seria desapareció y me encontré solamente—¡solamente!—acusado de ofensas contra la *Lex Scantinia*, que prohíbe prácticas sexuales «contra natura». Yo consideré tal acusación con desprecio. Rehusé desdeñosamente implicarme en una defensa de mi inocencia, que tenía la seguridad de que sería rechazada; me sometí al juicio imperial y fui condenado al destierro.

Como Tácito me ha asegurado muchas veces, al haber muerto ya el tirano, tengo absoluta libertad de regresar a Roma. Pero ¿para qué?

Ahora en Roma sería más un extraño de lo que lo soy aquí. Mis hijos no tendrían lugar en la ciudad, siendo como son bastardos e hijos de una esclava. Y mi mujer me quiere y se ocupa de mí, supongo.

Así que paso los días en este clima boreal. Solía leer libros de filosofía. Ahora no significan nada para mí. También me ha abandonado la concupiscencia; su último destello fue mi breve deseo carnal de Balthus, que ha quedado en nada.

Por la noche bebo vino recio y veo fantasmas en llamas. No me queda nada, y sin embargo, me resisto a marcharme.

No siento ningún impulso de extender mis manos hacia el lejano litoral donde, estoy convencido, no encontraré nada más que oscuridad y vacío. Si, por alguna casualidad, hay una vida después de ésta—si estoy equivocado al creer que no la hay—, temo que sea una larga serie de noches frías, con el

sueño interrumpido por otra clase de pesadillas que uno se quisiera deshacer.

FIN